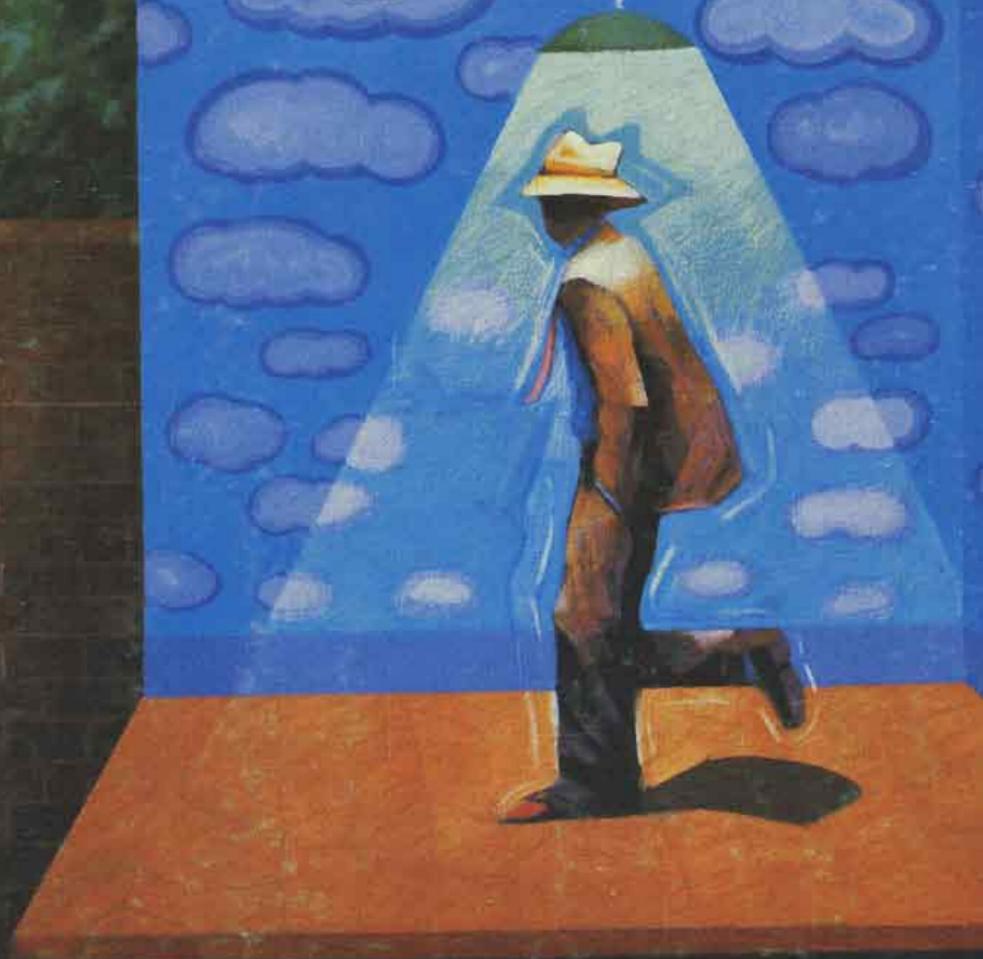


arauucaria

de Chile



A los interesados en el estudio de la flora de Chile, se les invita a que se comuniquen con el autor en la siguiente dirección: Dirección del Periódico y de las Ediciones, Universidad de Chile, Casilla 135, Santiago, Chile.

araucaria

de Chile

Nº 39- 1987

Este número de la revista "Araucaria de Chile" contiene los trabajos de los autores que se detallan a continuación. Los trabajos de los autores que se detallan a continuación, se publican en este número de la revista "Araucaria de Chile".

Los trabajos de los autores que se detallan a continuación, se publican en este número de la revista "Araucaria de Chile".

Los trabajos de los autores que se detallan a continuación, se publican en este número de la revista "Araucaria de Chile".



sumario

A los lectores.	5
De los lectores	6

<i>Diálogo del político y del escritor</i> (Volodia Teitelboim).	11
--	----

cartas de Chile

<i>Invierno de 1987.</i>	17
----------------------------------	----

nuestro tiempo

Hernán Soto: <i>Neoconservantismo y seguridad nacional.</i>	23
---	----

calas en la historia de Chile

Albert Davin: <i>Un testigo en la Guerra del Pacífico.</i>	35
--	----

aniversarios

<i>Las ideas de Gramsci, cincuenta años después.</i> Contiene: Osvaldo Fernández: <i>Gramsci, de un fascismo a otro</i> , p. 53 / Mauricio Lebedinsky: <i>Perfil humano y metodología de trabajo de Gramsci</i> , p. 57 / Carlos Pérez Soto: <i>El concepto de ciencia en Gramsci</i> , p. 64 / Eduardo Sabrovsky: <i>Filosofía y política hegemónica</i> , p. 71 / Rolando Rebolledo: <i>Las ideas de Gramsci y la educación superior chilena.</i>	76
Antonio Gramsci: <i>Cartas desde la cárcel.</i>	83

la historia vivida

Luis Alberto Mansilla: <i>Confesiones del «misterioso capitán Aguirre».</i>	95
---	----

temas

<i>Narrativa chilena post-golpe.</i> Contiene: René Jara: <i>En las huellas de la esperanza</i> , p. 109 / Jaime Concha: <i>Tres novelas posteriores al 73</i> , p. 118 / Carlos Cerda: <i>Realismo y configuración no mimética de la realidad en dos novelas chilenas</i> , p. 129 / Manuel Alcides Jofré: <i>Novela chilena del interior.</i>	136
---	-----

Director:

Volodia Teitelboim

Secretario de Redacción:

Carlos Orellana

Consejeros
y colaboradores:

Jorge Enrique Adoum, Margarita Aguirre, Carlos Albrecht, Fernando Alegría, Clodomiro Almeyda, Isabel Allende, Nemesio Antúnez, Ligeia Balladares, Mario Benedetti, José Balmes, Gracia Barrios, Gustavo Bercerra, Mario Boero, Leonardo Cáceres, José Cademátori, Alfonso Calderón, Javier Campos, Orlando Caputo, Hernán Castellano Girón, Carlos Cerda, Armando Cisternas, Patricio Cleary, Marcelo Coddou, Francisco Coloane, Julio Cortázar (+), Santos Chávez, René Dávila, Guido Decap, Luis Enrique Délano (+), Poli Délano, Humberto Díaz Casanueva, Eugenia Echeverría, Vladimir Eichin, Juan Armando Epple, Víctor Farfás, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, Claudio Giacóni, Ruth González Vergara, Alexis Guardia, Patricio Hales, Marta Harnecker, Guillermo Haschke, Bárbara Jacob, Manuel Alcides Jofré, Fernando Krahn, Omar Lara, Miguel Lawner, Miguel Litin, Juan López Carmona,

Algunos aspectos del lenguaje donosiano (Virginia Vidal). 156

textos

Poesía de Luis Cocifía, Mauricio Electorat, Andrés Morales y Cristóbal Santa Cruz. . . . 161
René Dávila: *Carta a la redacción*. . . . 169
Sergio Villegas: *Cartas abiertas*. 174

los libros

El cuento chileno, como siempre (José Miguel Varas), p. 183 / *Otro modo de contar la historia* (Augusto Samaniego), p. 189 / *Las memorias de Clodomiro* (Volodia Teitelboim). 195

crónica

Evocación de Ignacio Valenzuela (Claudio Périco), p. 201 / *Notas de un diario del retorno* (Enrique Kirberg), p. 203 / *Varia Intención* (Feria del exilio y del retorno - Desaparece revista «Auca» - Sheridan Circle - Cumplir sesenta años). 207

notas de lectura

Cátedras paralelas - Historias del poder - Las dictaduras en América Latina - Religión y proyecto político autoritario - El Vaticano y la administración Reagan - American Commander in Spain - Chilenas i chilenos. 213

Las portadas anterior y posterior reproducen pinturas de *Francisco Ariztía*, artista chileno residente en Lisboa, Portugal. Suyas son también las reproducciones de las págs. 108 y 160. Las restantes ilustraciones pertenecen a *Emma Malig* (vive en París, Francia), cuyas litografías se reproducen en págs. 4, 10, 16, 21 y 22; a *Aníbal Ortízpozo* (reside en Caracas, Venezuela), pinturas, en págs. 34, 51, 52, 81, 82 y 94; a *Nello Chiuminatto* (vive en Barcelona, España), autorretratos en págs. 168, 181 y 182; y *Verónica Gutiérrez-Molina*, cuyos collages se reproducen en págs. 200 y 212. Ella es residente en Montreal, Canadá.

Hernán Loyola, Sergio Macías, José Maldavsky, Patricio Manns, Roberto Matta, Eugenio Matus Romo, Gabriela Meza, Julio Moncada (+), Augusto Monterroso, Jacqueline Mouesca, Eugenia Neves, Osvaldo Obregón, Agustín Olavarría, Raquel Olea, Carlos Ossa, Carlos Ossandón, Alfonso Padilla, Patricio Palma, Isabel Parra, Olga Poblete, Fernando Quilodrán, Mauricio Redolés, Osvaldo Rodríguez Musso, Miguel Rojas Mix, Grinor Rojo, Luis Rubilar, Omar Saavedra, Cecilia Salinas, Augusto Samaniego, Federico Schopf, Antonio Skármeta, Rubén Sotoconil, Radomiro Spotorno, Bernardo Subercaseaux, Arturo Taracena, Eugenio Téllez, Mario Toral, Armando Uribe, María de la Luz Uribe, Juvencio Valle, Hernán Villablanca, Sergio Villegas, Sergio Vusković, Oscar Zambrano, Raúl Zurita.

Comité permanente:

Luis Bocaz, Pedro Bravo Elizondo, Jaime Concha, Osvaldo Fernández, Luis Alberto Mansilla, Alberto Martínez, Guillermo Quiñones, José Miguel Varas, Virginia Vidal.

Diseño gráfico:

Fernando Orellana

EDICIONES MICHAY.
Arlabán, 7, of. 49 / Teléfono: 232 47 58 / 28014-Madrid (España).

ISBN: 84-85594.
ISSN: 0210-4717.
Depósito legal:
M. 20.111-1978.
Catálogo de la Biblioteca del Congreso (Washington):
Nº 80-642682.

Impresores:
Graficincio, S. A. / Eduardo Torroja, 8 / Fuenlabrada (Madrid).

sumario



Hay quienes —aunque se declaren opositores a la dictadura— comienzan a sostener teorías que anticipan para Chile un «punto final» o una «ley de obediencia debida». Y todo esto antes de que el dictador o sus cómplices más cercanos hayan hecho la menor señal indicando que piensan marcharse.

La tendencia está convirtiéndose en una política a la moda. El punto de partida suele ser el enunciado de consignas que quisiéramos, sin conseguirlo, sentir conmovedoras: «reconciliación», «entendimiento», «acuerdos consensuales», etc. Vienen en seguida extrañas constataciones: «evidentemente, ha habido cosas positivas» en el régimen de Pinochet, etc., etc. Por último, una afirmación que antes sólo habíamos oído en boca de los propios militares: «en la guerra siempre se producen atrocidades». *Punto final.*

O quizás sea sólo un punto seguido; porque luego comienzan los pasos paulatinos pero resueltos hacia una fórmula política donde las víctimas van perdiendo cada vez más su respetabilidad, cediéndosele este derecho a los victimarios. Después de todo, estamos viviendo una época en que se habla ya muy poco de la otrora tan mentada «crisis de las ideologías» y se adopta con franqueza creciente el signo ideológico neoconservador. Que lo diga si no Mario Vargas Llosa, cuya apología de la propiedad privada como uno de los «fundamentos de la democracia» — traducida en su ardorosa defensa de los banqueros peruanos— tiene al menos un mérito indudable: su total falta de ambigüedad. El izquierdismo del Varguitas de la remota Lima de los años 50, es apenas un fantasma olvidado; acaso es sólo una cuestión de tiempo el que ocurra lo mismo con los ultra izquierdistas inverecundos del Santiago de los años 60 y 70.

Mientras tanto, la guerra no ha terminado ni tampoco sus atrocidades. Y no porque nadie —salvo la dictadura— las ande buscando. El drama no puede dejar de conmovernos, y más si nos concierne, como revista, de modo tan cercano. Enero de este año: Es detenida Miriam Bergholz, enfermera, 38 años. Vivió mucho tiempo en el exilio, en Noruega y Nicaragua. *Araucaria* ha publicado cuentos suyos, muestras de un talento literario fuera de lo común. Volvió a Chile y fue detenida poco después. La han sometido a las peores torturas, y sigue todavía encarcelada. Agosto: detienen a Luis Ernesto Tricot, sociólogo, 28 años, dos meses después de haber regresado de Inglaterra; también a su compañera, embarazada de seis meses. Después de cinco días de interrogatorios incesantes, Tricot es internado en un hospital con la columna vertebral quebrada en tres partes. Sigue incomunicado. El sociólogo es también colaborador nuestro. Septiembre, pocos días antes de entrar este número en prensa: dos hijas de José Miguel Varas, periodista y escritor, miembro del comité de redacción de nuestra revista, son detenidas, torturadas y pasadas a disposición de la Fiscalía Militar. Ana Iris y María Cristina tienen 16 y 17 años, respectivamente.

¿Se entenderá, después de todo, que haya únicamente un «punto final» con el que podamos estar de acuerdo: el que acabe con la dictadura y con tanto y tan prolongado horror?

de los lectores

Sobre el congreso de Valencia

Intentaré explicar los motivos que me llevan a no cumplir ese amigable acuerdo en virtud del cual a mi vuelta del Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas (Valencia, España, Junio 1987), al que asistí sin ser invitado, escribiría un artículo para vuestra revista, reseñándolo.

En realidad es un solo motivo: la cólera que me produce el sentir que el carácter general de dicha reunión chapoteó gozoso en la gran maniobra ideológica en marcha para persuadir a los intelectuales y artistas a seguir permaneciendo con buena conciencia en sus despachos ministeriales y académicos o académico-ministeriales.

Naturalmente hablamos de los intelectuales y artistas del «primer mundo» (¿es que hay intelectuales y artistas en otros mundos?).

En este congreso se usó con profusión la llamada «ambigüedad controlada».

Así la convocatoria se hizo bajo lema de celebrar los cincuenta años del II Congreso de Escritores Antifascistas en Defensa de la Cultura, que se realizara bajo los auspicios de la República Española en plena guerra civil y en la misma Valencia. Con ello no sólo se profitó, en una hábil maniobra de «marketing», del profundo impacto de aquel congreso, sino además se garantizó la patente progresista...

Todo esto podría ser, al menos, comprensible. Lo que hace sospechar de mala fe es dedicar cuota importante del tiempo a descalificar precisamente aquel congreso, de manera más o menos elegante («congreso de combate», «congreso manipulado», «congreso parcial»), por sufrir la mancha de haber sido, en buena parte, financiado con dinero de la URSS, en esa época gobernada por Stalin (por otra parte único gobierno del mundo que apoyó prácticamente la causa de la legítima República Española).

So capa de crítica al stalinismo (que nunca será bastante) se practicó el más feroz y primitivo de los anticomunismos, a cargo de ilustres renegados y conversos. Y, lo que es más grave, se llamó abiertamente al descompromiso, a la torre de marfil, a esa estupidez, del «compromiso con uno mismo», que parece declaración de diseñador de ropa o peluquero de «haute coiffure» con pretensiones de pensador, como casi todos en la posmodernidad.

Que tal cosa hagan los primermundistas no puede llamar mayormente la atención. Que lo hagan los españoles, tampoco, pues aunque ellos están en la «mesa del pellejo» del banquete del mundo, finalmente están en él. Pero que lo hagan los tercermundistas y cuartomundistas da verdaderamente rabia.

Dicen que el comienzo de la madurez es la caída de los dioses personales. Mi maltrecho olimpo íntimo sufrió aun más bajas en este congreso.

Octavio Paz, que escribiera algunos de los textos más lúcidos del siglo en nuestra lengua, llegó a decir, en el calor de los elogios al anfitrión, que la consolidación de la democracia española significaba que Franco había, finalmente, perdido la guerra. Sí, les juro que dijo tamaña estulticia.

Mario Vargas Llosa habló de ideas de concordia, acuerdo, sensatez, parlamento, democracia, como si fuese parangonable a los problemas de valones y flamencos en Bélgica, por ejemplo, el drama secular, sangriento y casi apocalíptico de nuestro pobre y amado Perú. Él, que ha hecho vivir con fuerza y respeto algunos de los personajes populares más entrañables de nuestra literatura ¿no percibe el pulso del volcán que tiembla bajo sus pies?

Es extraordinaria esta escisión de Vargas Llosa entre lo que nos dice su prosa y lo que dice él directamente. Pienso en Balzac, y no es necesario respetar distancias, cuyas opiniones políticas, en cierto momento, estaban en la opuesta de la fuerza crítica y progresista de sus creaciones. En fin, paradojas mayores tiene el alma humana. En el fondo Vargas Llosa cree que los escritores no deben «meterse en política». Estoy, en general, en desacuerdo con esa idea, salvo excepciones. La suya, por ejemplo.

Rafael Alberti no asistió, es un marinero demasiado navegado para encallar en tales bajos. Vásquez Montalban se quedó entre el público, desde donde hizo finas y punzantes observaciones, aunque siempre cautelosas. No fuera que le enrostraran el estigma espantoso no de haber sido comunista (muchos de los presentes lo fueron) sino de seguir siéndolo. Cabrera Infante estuvo avaro e hizo una discreta exhibición de su brillante pirotecnia verbal. El puede decir mucho más.

Jorge Edwards resultó una conspicua figura de consecuencia entre tanta volubilidad. Es de agradecer que siga siendo el caballero liberal que siempre fue y que, consecuentemente, dedicara toda su intervención a hablar de la dolorosa situación chilena.

Eso es lo que concierne a los mayores de nuestra literatura. Los menores hicieron otro tanto para intentar despojarse del imperativo de develar, con sus ilusiones, la oculta maquinaria del mundo, imperativo que nos acompaña desde los poetas griegos, pasando por Cervantes, Shakespeare et al.

Allá ellos y su posmodernidad y su «pensamiento débil» y su diseño. Sabido es que el corazón humano cuando se vacía de amor se llena de mierda.

No quiero escribir ni saber más nada del Congreso de Valencia (87). Juro asistir de hoy en adelante sólo a congresos que me inviten. Seguramente se es más piadoso con las estupideces propias y las de los amigos.

Vuestro

Radomiro Spotorno (Madrid, España)

Pisando la arena de Chile

Todavía estoy pasmado por mi viaje a Chile. Me he sentido tan extranjero al volver a Finlandia. Es terrible para mí vivir en este país tan diferente a nuestro aporreado Chile. Tendría para contarles páginas enteras de anécdotas, encuentros, en el metro, en los taxis, visitas a los viejos amigos... Me moví desde Quilicura, Renca, Conchalí y Lo Curro. Visité la tumba de Neruda, donde coloqué una rosa roja. Pude abrazar a la viuda de Nattino en la inauguración de una exposición. Me ensarcé en una discusión política con el profesor Figueroa, que es un señor que escribe en la revista *Cauce*.

Visité el lugar donde le pegaron los cuetazos a Pinochet; fui a pintar a unos 800 metros del lugar. También visité el sitio donde botaron a los tres compañeros degollados, así como donde encontraron a José Carrasco. Visité a mis vecinos de la población La Palma en Conchalí; quedé la llantería entre los viejos, todos estábamos felices de encontrarnos otra vez. Varios comentaban que yo seguía igual, el mismo de siempre, y hasta me encontraron más joven. Un amigo que me acompañó a diversos lugares estaba muy extrañado del cordial recibimiento que me brindaban, ya que él es un retornado y acotaba que con su persona no sucedió lo mismo. Estuve en Horcón, una caleta hermosa, sólo que está llena de hippies y maricones, y yo no sé si es por eso, pero nadie se preocupa del turista, lo que le da a uno mucha libertad; no hay ni pacos, ellos están en Puchuncaví. Pinté en la caleta; algo hice, aunque no tanto como hubiera querido. También fui a Valparaíso a pintar. Al otro día desperté llorando, por la miseria del puerto (pero también por la tristeza de saber que yo tenía que volver al Polo Norte). Estuve pintando también en el río Mapocho; volví a pie hasta la plaza de la Constitución, me detuve frente a la puerta de La Moneda y después doblé por Morandé (la puerta de Morandé 80 ya no existe). Tomé finalmente el metro frente al Ministerio de Educación. Todo esto con mi caballete y con la caja de pinturas a la espalda, y también con el cuadro de la iglesia Recoleta Franciscana, que así andaba mostrándose a medio mundo. Anduve mucho también en nuestras micros, que ni en los museos las aceptarían de puro destartaladas que están. Circulan amarradas con alambre y cordel, pero yo no debería quejarme, ya que con tantos saltos deben haberseme soltados todos los cálculos que tengo pegados al riñón.

Me hicieron una entrevista en la revista de los médicos: «Héctor Wis-tuba, artista-pintor». Saludé a Jadresić por teléfono, me abracé con Pedro Castillo en una calle, y un día voy saliendo con mi tía del metro Los Leones y me saluda un señor muy elegante. En la solapa del vestón tenía una insignia militar. Mi tía se quería morir. Yo más tranquilo que gato de yeso. Sabía que era médico pero no me acordaba del nombre. Nos llevó en taxi hasta donde íbamos; le pedí una tarjeta y pude ver el apellido, Fassani, ex-Presidente del Centro de Estudiantes de Medicina en el tiempo de la Reforma. Allí me vine a acordar que en una discusión hace muchísimos años ya, terminé limpiándome cierta parte del cuerpo con él. ¡Cómo fueron mis encuentros! También me hice amigo de Juan Radrigán.

Visité el museo de arte precolombino, un museo bellísimo, fui al teatro, al cine, a las ferias libres. Comí chupe de guatitas en «Las Tinajas», en Domingo Santa María con Vivaceta, es un negocio de un primo mío; comí pejerreyes de Rapel y piures en Horcón. Andaba con tanto vigor que hasta podría haber levantado en peso los Países Bajos. Le saqué fotos a un vendedor de pollitos y patitos en la feria de la calle 5 de Abril; se puso en pose para la foto y yo le dije «me voy luego al Polo Norte», y me rogó: «Mande las fotos, patrón». Se las voy a hacer llegar con mi tía. Cambié una jaiba pintada por dos kuchen alemanes; también hice algunas cosas serias para los compañeros que se juegan la vida diariamente.

Por ahora, creo que voy a tratar de pintar mucho y vender lo más posible, para juntar mi nueva mejora. Tal vez hasta se venga alguien del interior a vivir conmigo para que se me hagan menos largos los tres años que todavía tengo que esperar antes del retorno definitivo. Vengo lleno

de vivencias; yo fui como turista y no pregunté nada, pero me enteré de muchas cosas del destino. Miles de cosas me sucedieron, todas con finales felices. Pisando la arena, los papeles, la basura, me decía: esto es lo mío, y quiero compartir la lucha, las penas y también la mierda si es necesario.

Héctor Wistuba (Helsinki, Finlandia)

«PROYECCION» Y «PUNTO FINAL»

—¿Es posible «proyectar» algo de lo realizado por este régimen?

—Este régimen es tan extraordinariamente desastroso para Chile y ha sido tan claramente un retroceso que me parece imposible ponerme a pensar en la «proyección» del mismo (...). En materia de derechos humanos hasta hace poco había una opinión unánime respecto a la desaparición de la CNI, el término de la tortura y el exilio, y borrar toda la legislación que pueda posibilitar el uso de la fuerza contra el pueblo. Sin embargo, me horrorizo al ver ciertas expresiones opositoras que se preocupan más de los victimarios que de las víctimas. Se preocupan cuidadosamente de los victimarios, dando garantías de todo tipo. Nada de raro que desde allí surja algo como el «punto final».

(Patricio Hales, en una encuesta sobre la «proyección» del régimen de Pinochet. *Análisis* n.º 188, 17-23 agosto 87).

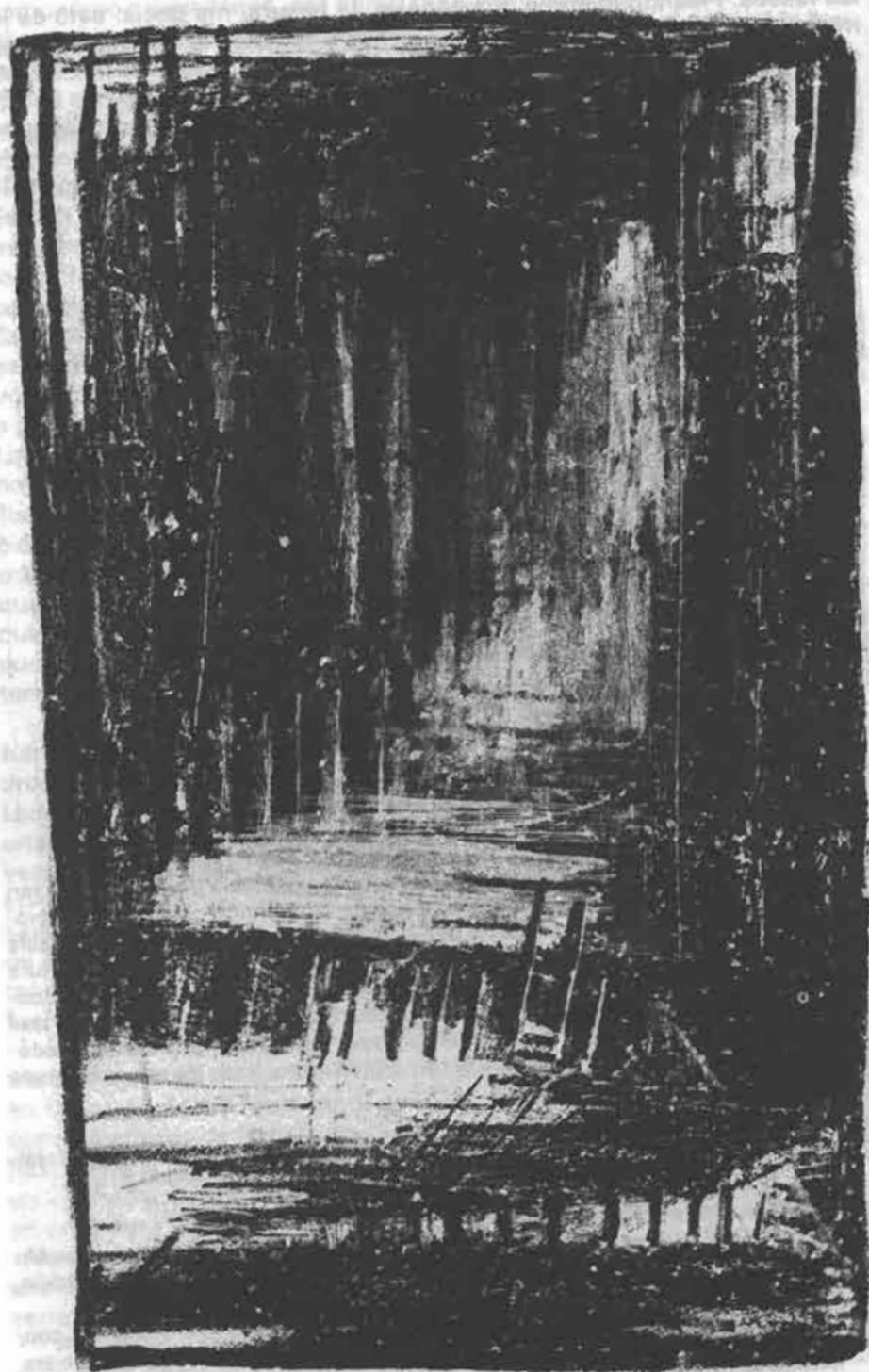
—¿Piensa que es importante una reconciliación?

—Es esencial. Hay que reconciliarse dentro de márgenes y marcos que garanticen que jamás la justicia pueda tener el carácter de venganza ni de reivindicación.

—¿Pero sí de justicia?

—Sí de justicia, pero relativizada, un poco flexible, si de verdad queremos consensuar, dialogar... porque, bueno, en la guerra siempre se producen atrocidades.

(De una entrevista a Erich Schnake, dirigente del Partido Socialista-Núñez, en *El Mercurio*, septiembre 13, 1987).



VOLODIA TEITELBOIM

Diálogo del político y el escritor

Olvido en seguida muchos detalles cotidianos, pero puedo recordar que el sábado 4 de julio de 1987, a las 5,55 de la tarde, realicé un acto insólito: le pedí a mi acompañante en el trayecto hacia la puerta del túnel del avión que me diera una flor de los dos ramos que llevaba envueltos en papel celofán. Le expliqué el motivo de esa petición que podía parecer extraña: —Es para Mercedes—. Un minuto después Mercedes Barcha aparecía por la boca de la manga que comunicaba el aparato con el edificio del aeropuerto Sheremetievo. Allí estaba con su rostro moreno, coronado por un gran sombrero blanco de alas anchas.

Dos pasos más atrás brilló la sonrisa de su marido, Gabriel García Márquez, con el pelo muy corto, en el cual empiezan a asomar las primeras canas.

—Te ves más flaco—, le digo.

—Mi trabajo me cuesta—. Luego con nostalgia del futuro agrega:

—¿Cuándo llegará el día en que vayas a esperarme al aeropuerto de Santiago?

Le pregunto si verá a Gorbachov. Digamos que esa interrogación tenía su historia. Un mediodía de noviembre del año pasado Gabriel García Márquez —a quien medio mundo llama Gabo— fue a verme a la casa donde me hospedaba en La Habana. Acababa de leer *El amor en los tiempos del cólera* y le pregunté qué estaba escribiendo en ese momento. —Una novela cuyo personaje es Bolívar—, me contestó—. Se concentra en el brevísimo tiempo en que hace una navegación por el Magdalena, sobre la cual toda la gigantesca bibliografía respecto al Libertador deja sólo constancia que esta se realizó, sin dar ninguna luz mayor, convirtiendo esos días en un misterio dentro de su vida. Yo llené el vacío de aquellas jornadas de contenido desconocido transformando la laguna en el nudo del Bolívar que escribo.

Siempre he celebrado en García Márquez esa alegre disposición a contarle a su interlocutor lo que está escribiendo. Ya le había escuchado con pelos y señales la truculenta y formidable historia que luego se llamaría *Crónica de una muerte anunciada*. Comprendo que es una técnica de trabajo. Al conversar sobre ella la está elaborando mentalmente y puliendo en su conciencia.

En ese momento andaba muy apasionado con la inminente fundación del Instituto de Cine Latinoamericano.

—Le pedí a Fidel —reveló— que nos ayudara a crear una escuela con 150 plazas para cineastas del Tercer Mundo. —Quinientas, me contestó.

Era ya cerca de la una de la tarde de aquel día en el instante en que le pregunté cuándo viajaría a la Unión Soviética, donde muchos amigos deseaban verlo. —En abril, me contestó. Pero no iré invitado por los escritores, sino por los médicos, —me aclaró con cierto dejo de picardía—. Seguramente percibió en mí alguna sensación de asombro. —Sí, yo soy un médico interesado en la paz del mundo. Conversé durante la Conferencia de los Seis en Ixtapa con el doctor Lown y me invitó a participar en la reunión mundial de los médicos por la Paz que va a celebrarse ese mes en Moscú. Tengo ganas de ir a la Unión Soviética. Es la hora. Me gustaría hablar con Gorbachov.

Ignoro por qué razón García Márquez no vino a la Unión Soviética en abril. Llegó ese día de julio no como médico sino en calidad de Presidente de la Fundación del Cine Latinoamericano para asistir, como huésped de honor, al Festival de Moscú. Por la conversación en La Habana sabía que el móvil primordial de su viaje era ver con sus propios ojos el desarrollo del proceso en la sociedad soviética y ojalá entrevistarse con el hombre que lo encarna. Por eso, cuando le pregunto en el aeropuerto si verá a Gorbachov, me dice: —Ese es mi deseo y mi esperanza—. Le centellea en la mirada un aire de niño curioso. —Estoy pensando en lo que yo le diría. Sería muy bueno que él fuera a América Latina. ¿Qué me dirá? Le conjeturo lo obvio y conocido. —No te hagas problemas, es muy comunicativo, tiene mucho tema y sería excelente para América Latina que te recibiera y pudieran conversar sobre tanto asunto que inquieta.

Para una antología del futuro

A las 9 de la noche del 16 de julio veo a Gabriel García Márquez muy en-corbatado. Recuerdo que en unas fantásticas y divertidas páginas de sus memorias tituladas «Visita al Papa», cuenta que para tal ocasión compró una corbata por primera vez en veinte años. Pero ahora yo lo estaba mirandol probablemente junto con cincuenta o cien millones de soviéticos en la pantalla de la televisión, por el programa «Vremia». Parecía feliz. Había realizado un sueño. Estaba frente a Gorbachov y ambos sonreían. No lo he vuelto a ver después de la recepción en el aeropuerto. Alguien me ha dicho que aquella conversación duró una hora y media. El escritor colombiano salió encantado; radiante de humor: —Caramba!—, habría dicho, me ha sucedido lo que nunca imaginé: hablar con un Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética que es más joven que yo.

Se agregó una originalidad más. Por primera vez en los catorce años en que estoy viendo con puntualidad casi religiosa el programa «Vremia», escucho reproducido textualmente parte del diálogo sostenido por ambos interlocutores. Yo diría que en esta materia es un acontecimiento único, por su falta de precedentes, por su forma de intercambio de opiniones, en que el estadista y el político considerado como la personalidad más significativa de la hora actual conversa con el novelista número uno de nuestro tiempo. El coloquio es cordial y de una trascendencia que en el futuro algún compilador estimaría digno de ser recogido en una antología que tal vez tuviera por título, *Diálogos de fines de siglo XX*.

Salta de inmediato sobre la mesa las dos palabras que recorren el

mundo no como dos fantasmas sino como dos vertiginosos viajeros bienvenidos por todos los hombres de buena voluntad. Representan imágenes frescas: no sólo la renovación de la sociedad soviética sino de la mentalidad humana contemporánea. Gorbachov subraya que «todo el mundo necesita *perestroika*». Se interroga en alta voz: «—¿Y es posible que no tengamos la suficiente sabiduría para llegar al entendimiento, para no hacer estallar al mundo, sólo por que somos diferentes?». García Márquez contesta que «si la *perestroika* es llevada a su fin será el acontecimiento más importante de la historia moderna. Yo tengo muchos amigos en América Latina — agrega — que acogen calurosamente lo que ustedes hacen».

Gorbachov puntualiza una constante de su pensamiento. Esta revolución dentro de la revolución se hace en función de los valores del socialismo y de los valores humanos generales. Pienso que un hombre como García Márquez es particularmente sensible a este ángulo del problema. La política soviética actual no tiene por objetivo causar buena impresión — aclara el Secretario General —. Es una necesidad social. El país ha madurado para los cambios.

Seguramente complace al escritor sudamericano escuchar decir al dirigente soviético: «No pretendemos ser poseedores de la verdad absoluta... Escuchamos la opinión de los demás». Es muy indispensable aprender el arte de saber escuchar.

El autor de la *Cándida Eréndira*, quien se empecina en enfatizar que es un escritor realista, casado con la fantasía, debe tener la sensación de encontrar un espíritu afín, oyendo expresar al dirigente político: «Necesitamos mucha imaginación creativa». Tal vez García Márquez vea que la tarea del estadista guarda cierta analogía con la del creador literario y que la reestructuración de la sociedad y la salvación del hombre frente a la bomba pueden armonizar las exigencias rigurosas y objetivas de la ciencia con las cualidades estéticas de la obra de arte.

García Márquez reconoce explícitamente su identificación con las preocupaciones de Gorbachov: «No puede imaginarse cómo esto me inquieta. Sus manifestaciones coinciden con lo que yo mismo pienso, con lo que he oído de mis amigos en América Latina... Esta vez deseaba mucho venir a la URSS». Después añade que los escritores, dentro de los cuales tiene numerosos amigos, desean: ¡Ni un paso atrás!». «Puede estar seguro — subraya — que también los intelectuales de América Latina están de parte de usted. Ahí se percibe con enorme interés lo que sucede en la Unión Soviética».

El autor de ese libro melancólico llamado *El coronel no tiene quien le escriba*, está ahora entusiasmado: «Para mí — le confía a Gorbachov — el acontecimiento más importante de los últimos años es la entrevista de hoy. Me siento feliz de que tenga lugar».

Para el lector soviético García Márquez más que un ídolo es un revelador profundo no sólo del trasfondo de América Latina sino del ser humano. Por eso, como lo puntualiza el padre del *Otoño del Patriarca*, después del castellano es el ruso la lengua donde sus obras se editan en mayores tiradas.

Gorbachov insiste. Su leit motiv es «desarrollar la democracia a lo largo y lo ancho». Señala que «lo más difícil es la *perestroika* en los dominios ideológico y espiritual». Luego señaló a su amigo colombiano que «cuando leía sus obras *Cien años de soledad* y otras, notaba que en ellas no había nada de esquemas y «están penetradas por el amor a la gente, a la humanidad». De veras —como se ha comprobado— el esquematismo es inútil y pernicioso tanto en la literatura como en la política.

Cuanto se hace por renovar la sociedad soviética, nada tiene que ver con un desprecio nihilista hacia el pasado. Se lo aprecia dialécticamente. «Pienso —recalca— que es preciso tener en alta estima cada día vivido después de la Revolución de Octubre. Y los días más difíciles no se vivieron en vano. Todo esto es nuestra historia. ¿Acaso se puede permitir la falta de respeto a las generaciones que crearon las bases del socialismo, que nos dieron la posibilidad de avanzar hoy? Hubo, claro está, también errores, e incluso tragedias. Pero si se observa lo que hemos logrado gracias a los esfuerzos del partido y del pueblo, son enormes los resultados. No hay pueblo sin raíces históricas. Un árbol sin raíces se seca y muere».

Esta reflexión de Gorbachov induce a García Márquez a una confesión personal: «—Lo fundamental es no vivir en vano y hacer la vida mejor para la gente. Todo lo que usted dice —agrega— me afecta profundamente, me obliga a pensar en la suerte de mi país, de América Latina. Allí hay un interés enorme por su política. Confío en que visitará América Latina».

Cuando García Márquez lo invita a hacer ese viaje, la respuesta que recibe es un juicio sobre el destino de nuestra América. «Me interesa —le explica— mucho ese continente y su suerte. Es un continente de enormes posibilidades y tradiciones. Pese a todas las dificultades, los pueblos de ese continente aspiran fuertemente a un futuro mejor. Pero los obstáculos son grandes y usted los conoce. El camino de la libertad es un camino difícil. No obstante estoy convencido de que aumentará el avance de América Latina por la vía del progreso. Confío en conocerla más de cerca».

Creo que estas apretadas expresiones sobre América Latina sintetizan su esencia, su drama, sus posibilidades y también denotan la voluntad de un conocimiento más directo y de una relación más profunda. Estoy seguro que García Márquez tenía la razón cuando dijo a Gorbachov que «su llegada a América Latina es muy importante para todas las fuerzas progresistas del continente».

Una pequeña anotación al margen. Como chileno siento la resonante y antigua verdad contenida en una pequeña y sencilla sentencia pronunciada por Gorbachov: «El camino de la libertad es un camino difícil».

No fue ésta meramente una conversación entre dos hombres. De algún modo representó un coloquio entre dos civilizaciones y un puente tendido entre la bullante sociedad soviética y una América Latina que espera y lucha por el pan y la justicia. La entrevista fortaleció la convicción que la política y la literatura, cuando están a la altura del hombre y a su servicio, son capaces de salvarlo y de asegurar un día de mañana digno de los sueños milenarios de una vida mejor. A ello se han referido estas dos figuras representativas del mundo actual. Esos sueños estaban implíci-

tos en el diálogo entre estas dos personalidades diferentes y afines a la vez, Mijail Gorbachov y Gabriel García Márquez. El renovador soviético del presente se comporta como un soñador práctico, sin utopía, del tercer milenio. El sudamericano, que quiere poner fin a «cien años de soledad» y a quinientos años de opresión, también está pensando en que la felicidad es posible mañana.

«YO, EL SUPREMO» Y SUS GENERALES

«Quiero que entiendan lo que les quiero decir: es el saludo del jefe del Estado al hombre que está con él, que está trabajando con Chile; y nos juntamos los dos. Yo lo estoy viendo desde arriba, porque Dios me puso ahí —la Providencia, el Destino, o como le llamen algunos, me ha puesto aquí—, mientras el otro está laborando, pero juntos; con la idea y el trabajo estamos haciendo grande a Chile y eso sí que es grande.

(General Augusto Pinochet en discurso en Los Andes, el 3 de julio de 1987).

Chiquito el brigadier general Patricio Serre. Pero las emprende con entusiasmo en lo suyo: sea en los distintos puestos que le han sido encomendados como militar y hombre de confianza del general Pinochet, sea en los intereses de su familia (o la de su mujer, que para el caso es lo mismo). Sobrino nieto de marinos, hijo de un oficial de Carabineros, es cien por ciento militar. Y «químicamente puro», según dice.

Hombre paternal, Serre ve el proceso como un niño que nació en 1973 y que, con casi 14 años, aún no puede desenvolverse solo. Casi con ternura, ve a Pinochet «como a un padre» guiando a ese adolescente «hasta su total evolución, cuando llegue a ser un hombre formado». No es un político, aclara, pero es capaz de darse cuenta de que éste «ha sido un gobierno profundo y, yo diría, riquísimo en realizaciones de orden moral». Un régimen —dice— «que da plenas libertades». Está convencido que el general Pinochet es el hombre para el 89. Le gusta porque «el partido político del Presidente es Chile» y porque trabaja para todos los chilenos, sin excepción, (...) Su general, dice, «es el candidato de los buenos chilenos». Como él.

(Del artículo «El soldado del ojo avizor», en *Apsi* n.º 203 1-7 junio del 87).

«El general no muere, el general sólo se desvanece».

(Declaración del mayor general Claudio López Silva, comandante de la Región Austral pasado a retiro. *La Epoca*, 7 julio 87).

Invierno de 1987

En este texto reproducimos los extractos principales de una carta dirigida por un padre residente en Santiago a su hija, exiliada en Canadá, en la ciudad de Montreal, y que ella consideró de interés hacernos llegar.

Creo, hija querida, que este es el peor invierno que me ha tocado pasar desde aquel del 74, en que tu hermano desapareció, ustedes tuvieron que salir precipitadamente del país y la familia quedó destruida o al menos dispersa. Todo se ha reunido para hacérselo particularmente duro y cruel. Ya debes haber sabido lo de las lluvias, —sin excluir el Norte Grande— las crecidas de los ríos, las inundaciones, que han afectado a más de cien mil personas y causado estragos en decenas de barrios de Santiago y en muchas otras ciudades del país. De niño le escuché decir a un tío nortino que cuando llovía en Antofágasta, cosa que ocurre rarísimas veces, es signo de que la mala suerte se cierne sobre el país. A nosotros no es que nos haya afectado materialmente en forma excesiva; la casa de La Reina está vieja y un poco destartalada, pero tiene todavía vida para muchos años. Hubo algunos destrozos, es cierto. Un viernes llegué un poco tarde (a pesar de las recomendaciones, no terminamos todavía con la mala costumbre de las reuniones interminables), y encontré a tu madre luchando por apartar camas y muebles de la pieza que era de tu hermano, porque del techo caía una imponente cascada de agua. Un par de tejas rotas habían producido un corrimiento general que dejó uno de los rincones de la habitación como si se tratara de un patio no de luz sino de lluvia. Pero todo esto son sólo pequeñeces si se lo compara con los terribles sufrimientos de las familias en las poblaciones y en muchos pueblos de la

provincia. El frío, que ya nos tenía ateriada el alma, ha caído de modo despiadado sobre los cuerpos de la gente. Y el gobierno se abanica. Los alcaldes o algún ministro hacen visitas de médico a las poblaciones y luego salen haciendo declaraciones triunfalistas, de que lo peor ya pasó y de que se tomarán medidas para paliar los sufrimientos de los damnificados. Y lo peor quizás todavía está por verse, y tampoco se han tomado medidas verdaderas. Lo de siempre: cafiaspirinas para los que se están muriendo de pulmonía. Ya lo vimos el año pasado. Se dijo que se tomarían medidas para impedir los desbordamientos del Mapocho y que se haría esto y lo otro, y que nunca más se volverían a producir estas catástrofes. Todo era mentira, por supuesto, porque no se hizo nada, no se previno nada y ahora miles de personas están sufriendo las consecuencias. Y encima, cualquier ayuda, por ridícula que sea, es presentada y publicitada de modo de ayudar a la grotesca campaña en que tú sabes está empeñado Pinochet para asegurarse la «reelección». Todo esto es bastante repugnante e invitaría a vomitar si no fuera porque sería una pérdida inútil de energías, y éstas es mejor guardarlas para causas más activas.

Eso de las «elecciones» es otra de las cosas que agrega elementos de amargura y rabia en este crudo y triste invierno. El Gobierno está empeñado a fondo en la historia, y yo no necesito darte detalles porque ya te has ido enterando de ellos a través de los recor-

tes que te mandé la semana pasada (y de las revistas que debe haberte llevado esa señora que viajó al Canadá a reunirse con su familia), incluso ése del diario *La Epoca* con la increíble historia de una pobladora que canta loas a «su» general Pinochet por la casita que le dio a ella y a su marido. Es una de las cosas más tristes que he leído en mucho tiempo; yo sé que existe gente así, a quienes la miseria no les sirve para entender mejor el mundo sino, por el contrario, sólo contribuye a envilecerlos. Pero lo que no puedo entender es que *La Epoca* publique este tipo de entrevistas. ¿Qué se propone con ello? ¿Indicarnos que los pobladores *están con* Pinochet? Ellos saben tan bien como nosotros que eso no es así, aunque existan ejemplares como el de esa señora, es sólo una golondrina que no hace verano. Historias como ésta me ponen furioso. Yo no sé si son los del diario los que están confundidos o ellos están en una campaña para confundir a la gente. Tengo mis razones para pensar que esto último es lo que más se acerca a la verdad.

Yo no sé qué nos está pasando en este país. Entre los recortes no quise incluirte los textos de unas entrevistas que está haciendo el señor Jaime Celedón y que publica cada cierto tiempo la revista *Apsi*. No sé si los has visto: es algo bastante curioso: es como «jugar a la televisión», porque se trata de algo parecido a lo que fueron hace muchos años «A esta hora se improvisa» y «A tres bandas», sólo que esto se hace a puertas cerradas, aunque, según dicen, hay unas cámaras video que filman el show. Todo esto es un poco grotesco, pero lo que me parece escandaloso es el tono de las discusiones (por lo menos las del último debate) en que se examinan los problemas del país como si se tratara de un país ajeno, que nos concierne sólo de lejos, o cuyos dramas nos afectan, es cierto, pero de un modo más bien abstracto. *Cómo decirlo con más claridad*, no quiero aparecer sectario, tú sabes que no lo soy. En esas mesas redondas participan personas muy serias, muy respetables, dignas además de estimación (no todas), pero al final todos terminan por entrar en eso que llamo «juego», que incluye una tendencia a la discusión engolada, altisonante, de gen-

te que está más preocupada de que el contendiente lo «comprenda», crea en su «buena fe», que de hacer una defensa rigurosa de principios de lo que sostiene. Me recuerda el peor estilo del peor «parlamentarismo», que tú como tantos chilenos jóvenes no conocieron. No estoy contra el debate «entre caballeros», pero sí estoy contra las discusiones bizantinas, inútiles y además presuntuosas. Allá los Arriagadas y otros maniáticos de la «politología» (la ciencia de moda) y sus prédicas tan abstrusas como reaccionarias; allá ellos, pero *el país verdadero*, el que sufre, el que necesita de cambios *ahora* para poder sacudirse esos sufrimientos, no tiene mucho que ver con estas discusiones sobre si nuestros enemigos son galgos o podencos.

Está también la historia de las «inscripciones electorales» que tiene tan desesperados a algunos. No necesito decirte, porque ya hablamos de eso en una carta anterior, que siempre he pensado que las tales «inscripciones» forman parte del gran plan pinochetista de institucionalizar su régimen y meter en ese engranaje a todo el mundo (salvo a «los marxistas», por supuesto). No lo tengo muy claro, pero a veces pienso que la izquierda actuó en esto con vacilaciones, con bastante ambigüedad. No creo que sea muy esclarecedor el decir que no estamos *por*, pero que tampoco vamos a pedir que se inscriban aquellos que quieran hacerlo. No sé, a lo mejor lo que correspondía era haber reaccionado inmediatamente que se abrió la campaña, llamando con toda la energía del caso, a *no inscribirse*, organizando un plan franco de boycott de los designios de la dictadura. No sé, a lo mejor una consigna así era inviable, o tal vez en ese instante no estábamos en condiciones de tomar una decisión como ésa. Como quiera que sea, lo claro es que ha hecho bastante daño la ambigüedad, la falta de claridad. Y *ahora* tal vez lo grave es que los que no hemos estado *por* corremos un riesgo cierto y serio de quedar aislados.

De todos modos, este problema no es lo más importante. Lo más importante es el penosísimo espectáculo de todos aquellos que han elegido en forma que casi linda con el desenfreno la llamada

campaña por «las elecciones libres». Yo no voy a analizar un problema que ya está suficientemente desmenuzado en informaciones de prensa, documentos, manifiestos, llamados, etc. Lo único que quiero es transmitirte mi vivencia, la sensación de desaliento, de irritación y hasta cólera, por esta otra parte de ese *juego politiquero* en que se hallan empuñados los conocidos sectores de centro derecha que ni siquiera necesito mencionar. Estos monopolizadores de la democracia, campeones de la libertad y heraldos de la justicia inmanente parece que se han propuesto darle la razón a Pinochet cuando habla de los «señores políticos» como de seres dignos de desprecio y de quienes hay que desconfiar. No hay palabras para calificar una conducta que le está haciendo un daño enorme a este país, y que es en buena medida responsable de que todos estos años se haya tornado virtualmente imposible unir a la oposición. Yo estoy llegando, querida hija, a una conclusión más o menos terrible: creo que hay gente a la cual *no le interesa de verdad que las cosas cambien en este país*, porque no sólo no les han tocado un pelo en catorce años de dictadura sino porque, además, muchos de ellos, han sacado no poco partido de este período tormentoso. Una amiga mía bastante perspicaz que viene llegando después de un exilio de doce años, me decía no sin razón, que la tiene acongojada la pobreza que ve a su alrededor («hay más hambre que la que se confiesa», me dijo un día), pero está también sorprendida de lo bien que les va, lo bien que viven no pocos que, de dientes para afuera, se declaran enemigos de la dictadura. La verdad es que lo que más le conviene a gente así es que el régimen se mantenga; claro que sin Pinochet sería mejor, pero por último, si Pinochet se queda, siempre será mejor él que no una «dictadura comunista». Miro con preocupación los resultados de la pugna interna por la dirección del partido Demócrata Cristiano. Si gana Aylwin*, prepárate para lo peor, porque eso puede ser el fin de to-

* Con posterioridad a la fecha de esta carta, Aylwin fue como se sabe el vencedor en la contienda interna democristiana (*N. de la R.*)

das las ilusiones sobre el entendimiento posible de toda oposición. Con las consecuencias que puedes imaginarte.

Triste invierno éste de 1987. Y trágico también. Porque esa especie de juego de salón en que aparecen asociados con tanto entusiasmo muchos políticos de centro-derecha, es de todos modos censurable, pero se merece calificativos muy graves apenas se echa una mirada a o que ocurre mientras tanto en el país. Tú ya debes haber leído, por ejemplo, los maltratos de que ha sido objeto Carmen Gloria Quintana, que en su esfuerzo para que se aclaren las responsabilidades criminales en la muerte de Rodrigo Rojas, quemado vivo el año pasado, ha tenido que soportar vejaciones insoportables de parte del fiscal que lleva el proceso, de los actuarios y de los militares comprometidos. Son cosas que te hacen hervir la sangre de rabia, uno se siente tan impotente. Y tantas cosas más: entre ellas, los allanamientos, otra vez, a las sufridas poblaciones de la periferia de Santiago. En medio de todo, presidiendo esta ópera del horror, el asesinato de los doce compañeros a mediados del mes de junio pasado. Es para no creerlo, hija, pero la sensación que hemos tenido, por momentos, es de que se produce esta cosa tremenda y luego *no pasa nada*. No es sólo el hecho de que tal vez los largos años de crímenes hayan terminado por insensibilizar a mucha gente, de que el asesinato haya concluido por banalizarse, incorporándose a «la noticia diaria», sino de que en muchos medios políticos y de prensa el trágico suceso fue tomado casi como «algo molesto», porque si hubiera que examinar el significado profundo de tan espantoso acontecimiento, llegando en el análisis hasta sus últimas consecuencias, habría sido necesaria una rectificación de la línea de conciliación con el régimen. Estos alegres predicadores de unas «elecciones libres» que nadie sabe cómo ni cuándo podrían realizarse si Pinochet no desaparece del mapa han caído en la trampa de una supuesta «transición hacia la democracia», y todo crimen nuevo de la dictadura pone en evidencia la fragilidad de su análisis y de sus proposiciones. No van, por eso, más allá de «deplorar», la masacre y olvidarse de ello, luego, lo más pronto posi-

ble. Olvidar, olvidar parece ser una consigna que le gusta a algunos. Como lo proclama alguien que acaba de volver al país después de un prolongado destierro. Fue personero importante en el mundo artístico de la Unidad Popular, pero hoy prefiere que no se le recuerden. Concedió una larga entrevista a una revista de derecha y por allí alude, como con desgano, al asesinato de los doce compañeros calificándolo de «pequeño holocausto». (La entrevista es un documento lamentable, un mal signo en este tiempo que quiere ser tan desesperanzado).

En la revista *Hoy*, en una crónica reciente sobre el momento político, se habla de que en el país reina un «ambiente de relativa paz social». ¡Qué tal!

Hay quienes prefieren elegir el camino de sumarse al carnaval provocado por el título de Miss Universo ganado por la chilena Bolocco. Fue vergonzoso, por ejemplo, que después del cable enviado por Pinochet, que fue por supuesto el primero en sacar pecho, haya venido el cablegrama de Monseñor Fresno, y su increíble frase acerca de que el título era «un homenaje a todas las mujeres chilenas». Ya hubiéramos querido una reacción tan concreta y oportuna frente a tantos casos en que su intervención habría significado tal vez alguna ayuda. Como cuando fue expulsado el cura Guido Peters, por ejemplo. Después vino lo de la goleada de la selección nacional al Brasil en la copa América de fútbol. Pero de eso mejor ni hablar, porque en la competencia de telegramas entraron hasta amigos nuestros que mejor habrían hecho en guardar su entusiasmo para una discreta celebración en privado.

Malos tiempos son éstos, hijita, y siento que por el momento si la situación actual sigue prolongándose, no parece propicia para que intentes retornar a un país donde uno tiene la sensación que habrá que hacerlo todo, absolutamente todo. Yo me pregunto si estos políticos que han obstruido por fanatismo, soberbia y ceguera todos los caminos que podrían haber llevado, hace tiempo, a una unidad de la oposición que inevitablemente habría acarreado el derrocamiento de Pinochet, piensan alguna vez en el verdadero alcance que tienen sus actos. Catorce años de dictadura es mucho, pero además es una anomalía, algo así como una equivocación o una perversión de la historia. Nuestro país no se merecía esto. Y lo más grave es que, de persistir en esa línea de exclusión de la izquierda y de creciente conciliación con el régimen, estos políticos están asumiendo una responsabilidad gravísima: cerrar a lo mejor para siempre las vías para una salida política a la actual situación.

Estos días se ha hecho público un plan detallado para retomar a partir de mediados de agosto una vigorosa campaña de movilización de masas. A ver si comenzamos a remontar las dificultades actuales, porque el 89 se sigue acercando y aunque la fecha en sí misma nos pesa a veces más de lo necesario por su sobrecarga simbólica, cómo querría, hija, que los acontecimientos evolucionaran de modo que pudiera recuperar el optimismo histórico que por el momento siento que se me ha convertido en una suerte de pesimismo constructivo.

Santiago, 3 agosto 1987

En 1844, un autre procès fut une
conséquence de la loi de 1831. Comme
la loi de 1831 imposait une peine de
mort à la suite de l'assassinat de son présumé

Même lorsque son sort était
guéri non par le traitement et la
sédation, il fut prouvé qu'il fut
guéri par que l'on fit entrer à un



Neoconservantismo y Seguridad Nacional

HERNAN SOTO

La simbiosis entre Seguridad Nacional y extremo individualismo constituye uno de los rasgos característicos de los fenómenos fascistas de América Latina. Implica, además, un aparente contrasentido que sorprende a los observadores acostumbrados a asociar la acción de los militares con políticas proteccionistas y favorables, en general, a la acción del Estado.

La geopolítica, el irracionalismo integrista y las pretensiones tecnocráticas que se entrelazan en la doctrina de la Seguridad Nacional aparecen fusionados con planteamientos libremercadistas que se proyectan también el terreno de la institucionalidad política¹.

Como se ha dicho, se aplica la noción de un «estado dual».

«El gobierno militar en sí mismo y el abultado aparato de seguridad toman la forma de un estado prerrogativo, capaz de ejercer una absoluta capacidad de control unilateral sobre sus enemigos potenciales o reales, sin ningún contrapeso por parte de otros niveles institucionales. De hecho, este Estado está sobre y más allá de las leyes. A su vez, en todos los asuntos considerados técnicos, el estado normativo existe. Los burócratas y los civiles pueden desarrollar sus actividades y reclamar sus derechos de acuerdo a las leyes establecidas. Claro

Hernan Soto es analista político y escritor. Vive en Chile.

¹ Caracterizaremos estos planteamientos bajo el término de «neoconservantismo» que estimamos más inclusivo que el «neo liberal» y más representativo del contenido reaccionario que alberga. No se nos escapan los componentes «liberales» de esta ideología, entre otros, los de tipo neoclásico en economía.

está, sin embargo, que este Estado normativo está subordinado a las necesidades de la Seguridad Nacional. Tan pronto como un problema comienza a adquirir un carácter político o de conflicto de clases, el Estado prerrogativo dirigido por los militares tomará el control de la situación»².

Una doble vertiente ideológica confluye a estos regímenes. Una ideología militar, la doctrina de la Seguridad Nacional, y un «corpus» de ideas propias del ultracapitalismo, las ideas neoconservadoras, básicamente en su versión norteamericana. Para algunos, entre ambas corrientes se ha producido una síntesis; para otros en cambio, se mantienen separadas y hacen una de la otra una utilización funcional de acuerdo a las circunstancias de la coyuntura. Explorar en torno a sus relaciones es el propósito de estas páginas.

En América Latina, las dictaduras militares fascistas surgieron como respuesta a la contradicción antagónica entre el llamado «estado de compromiso» y el avance del movimiento popular en medio de la crisis estructural en marcha que imponía un nuevo patrón de acumulación como base del capitalismo en esos países. El imperialismo trasnacional y las clases dominantes debieron recordar las sociedades de acuerdo a sus intereses en peligro y recurrieron para ello a las Fuerzas Armadas, único agente social con la capacidad y fuerza suficientes para cumplir esa tarea. Ellas estaban preparadas por la doctrina de la Seguridad Nacional y su concepción de «guerra subversiva y antisubversiva» para arremeter contra el aparato del Estado allí donde triunfaron, iniciando una política marcada por la implacable persecución a las fuerzas progresistas y los sectores democráticos³.

Esencialmente militar, la doctrina de la Seguridad Nacional era insuficiente para estructurar un proyecto político o un modelo socioeconómico. El Pentágono se la apropió de los franceses que la crearon durante la represión colonial en Argelia y la instrumentalizó como herramienta ideológica para enmarcar a las Fuerzas Armadas de América Latina y otras regiones amenazadas por los movimientos de liberación; fue utilizada, o al menos conceptualizada, desde dictaduras caudillistas hasta democracias más o menos formales e incluso en regímenes abiertamente progresistas por militares que, en algunos casos, vivieron una cultura de ghetto como fue el caso de las Fuerzas Armadas chilenas. Sus objetivos fueron, por eso mismo, extraordinariamente generales; trataron de expresar la dimensión conservadora de los institutos armados y valores tales como el orden, la grandeza del país, la cohesión social lograda a través de la eliminación del conflicto, la disciplina y la tranquilidad, supuestamente socavados por

² Tapia Valdés, Jorge, *Estrategocracia: el gobierno de los generales*, Las ediciones del Ornitorrinco. Santiago de Chile, 1986, p. 76.

³ La profundización en los temas relativos al Estado se erige como obligatoria para los revolucionarios que pretenden establecer un nuevo tipo de sociedad y, por ende, de Estado, llamado a desaparecer. Sigue siendo pertinente la referencia a los revolucionarios como «hombres de Estado», a diferencia de los «hombres del Estado» que aspiran, en última instancia, a perpetuarlo.

la acción incansable del comunismo. Generalidad y universalidad de objetivos, los hicieron también operacionales y de fácil trasmisión por corrientes culturales prejuiciadas y casi atávicas, que son propias de sociedades atrasadas.

«La Seguridad Nacional puede que no conozca muy bien lo que ella defiende pero ella sabe muy bien *contra* quien: significa la fuerza de la nación contra el comunismo. Su indefinición es lo que hace su operatividad: el comunismo puede presentarse en todas partes de la sociedad; para luchar contra él se necesita un concepto muy flexible. En todo lugar, donde una apariencia de comunismo se manifiesta, el Estado está allí y hace intervenir la Seguridad Nacional. La Seguridad Nacional es la fuerza del Estado presente en todo lugar y donde se pueda sospechar la sombra del comunismo. A veces es un objetivo el que es atacado, a veces otro, a la omnipresencia del comunismo responde la omnipresencia de la Seguridad Nacional»⁴.

Definido el enemigo, en una situación de crisis que amenazaba desbordar las estructuras capitalistas, no fue demasiado difícil empujar a las fuerzas armadas al alzamiento y al golpe de Estado. A ello contribuyeron también elementos institucionales propios de los militares. Sin embargo, el derrocamiento del gobierno democrático no aseguraba por sí mismo la perduración del nuevo régimen que, como todos los regímenes aspiraba a la permanencia.

Lo central era dar estabilidad en el largo plazo a la dependencia del capital trasnacional; para ello, junto al recurso a la fuerza, era preciso organizar de un modo nuevo la sociedad a fin de conjurar la amenaza revolucionaria y articular firmemente su economía al sistema trasnacionalizado imperante a escala mundial. Había que abrir las fronteras, dar garantías sustanciales al capital extranjero, promover las exportaciones basadas en ventajas comparativas, incluidas entre ellas los bajos salarios, e integrarse a los circuitos financieros donde el mercado asigna recusos, concentra monopolios y produce una lucha permanente donde sólo sobreviven los más fuertes.

Para enmascarar estos fenómenos había una ideología disponible: el neoconservantismo, que surgía en Estados Unidos y Europa, con fuerte respaldo tecnocrático, impulsado por la necesidad de relanzar el sistema vitalizando el mercado, abriendo cauce a la explotación en escala planetaria. Definida por algunos como «un pluralismo conservador libertario» que otorga «prioridad no a la visión del hombre como posibilidad de desarrollo... sino del hombre como consumidor»⁵, en Chile se llegó a su aplicación extrema conforme a su versión friedmaniana sostenida por la represión.

⁴ Comblin, Joseph, «La doctrina de la Seguridad Nacional» en *Dos Ensayos sobre Seguridad Nacional*. Arzobispado de Santiago de Chile, 1979, p. 46.

⁵ Machpherson, C. B. «Pluralismo, individualismo y participación», en *Alternativas*, n.º 1, septiembre-diciembre de 1983, Santiago de Chile, p. 41.

Neoconservantismo: origen y presencia

El neoconservantismo surgió en Estados Unidos ante el retroceso de ese país como potencia mundial por los avances de otras naciones capitalistas y del campo socialista. Fue también una expresión de la crisis provocada por la guerra de Vietnam. La necesidad de recuperar el terreno perdido e incrementar el poderío norteamericano se planteó como una de las ideas fuerza de los neoconservadores. Al mismo tiempo, surgió la exigencia de disminuir el gasto público a fin de destinar mayores recursos al gasto militar, logrando, simultáneamente, una reducción global de los ingresos del erario. Una vuelta a los ideales del «sueño americano» (libre empresa, competencia sin trabas, anhelos libertarios), explicó coetáneamente el surgimiento de esta poderosa tendencia, nutrida también con el aporte de filósofos europeos, que arrastró incluso a un buen número de intelectuales demócratas ⁶.

Más que una doctrina acabada, las ideas neoconservadoras conforman una corriente cuyos rasgos generales fueron descritos así por uno de sus apologistas:

«Los neoconservadores de los Estados Unidos parten de la opinión que un estado anheloso de regularlo todo conduce a la elefantiasis de la burocracia y es responsable de un ilimitado gasto fiscal y el consecuente endeudamiento económico e inflación. Por ello favorecen un acelerado programa de desburocratización, de liquidación del exceso de inversiones estatales y de incentivación de un resurgimiento de la iniciativa privada. Se aplica el principio de la subsidiariedad: lo que puede hacer el individuo o la familia no debe hacerlo la comuna, lo que puede hacer la comuna no debe hacerlo la ciudad, la provincia o el Estado» ⁷⁻⁸.

No fue una paradoja que una ideología semejante surgida en sociedades ultracapitalistas tuviera que aplicarse en países coloniales o dependientes en la forma propia del estado dual: vale decir, imponerse por medio de una represión sistemática y organizada de extraordinaria dureza; lo que en los países del centro significaba un mero énfasis dentro de las políticas

⁶ Irving Kristoll llegó a sostener que un neoconservador no era más que un izquierdista apabullado e invadido por la realidad.

Steinfels constata que «liberals» como Schlesinger Jr. y Galbraith fueron reemplazados en el liderazgo intelectual por neoconservadores, muchos de ellos provenientes de la izquierda liberal: Daniel Bell, Daniel Moynihan, I. Kristol, Seymour Lipset, Nathan Glazer entre otros.

⁷ Goldberg, Gerhard W. «El neoconservantismo en los Estados Unidos», en *Política y Educación en la democracia del futuro*, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1982, p. 48.

⁸ Detrás de esta envoltura, sus críticos norteamericanos han visto el peligro. Steinfels: «El gran peligro planteado por y para el neoconservantismo es que no llegue a ser nada más que una ideología lubricante y legitimante de una América oligárquica donde las decisiones fundamentales sean tomadas por las élites corporativas y donde las grandes desigualdades sean racionalizadas por apremiantes circunstancias económicas y un sistema jerárquico meritocrático, y donde la democracia llegue a ser un gesto ocasional y ritualista». (*The Neoconservatives*, Simon and Schuster, New York, 1979, p. 294).

propias del capitalismo, en los de la periferia constituía un vuelco sustancial, considerando que en ellos el estado juega un rol determinante en el desarrollo y funcionamiento de la economía y el conjunto de la sociedad, donde la imposición a ultranza de las leyes del mercado lleva a la confrontación social aguda.

La impronta neoconservadora fue evidente en todos los regímenes militares del Cono Sur de América Latina en la última década. En Chile su aplicación, considerablemente profunda, correspondió a la aprehensión que hizo de estas ideas Pinochet.

«Es requisito indispensable para la existencia y subsistencia de una verdadera libertad, el respeto al principio de subsidiariedad, en virtud del cual el Estado debe asumir directamente sólo aquellas funciones que las sociedades intermedias o los particulares no pueden desempeñar adecuadamente, como es el caso del Orden Público, la Defensa Nacional, las Relaciones Exteriores y aquellos servicios y actividades estratégicas que requieren de una coordinación general no accesible a otro órgano que no sea estatal», escribió el jefe militar chileno. «Es el respeto a este principio el que involucra la aceptación del derecho de propiedad privada y de la libre iniciativa en el campo económico, que consideramos como la única vía que conduce a un verdadero desarrollo» agregó Pinochet, para quien «la preservación de la libertad exige que el Estado no intervenga más allá del mínimo indispensable, en caso que no sea factible su entera abstención»⁹.

En la relación estabilidad del sistema y disponibilidad de la fuerza se encuentra la raíz de la aplicación conjunta de la doctrina de la Seguridad Nacional y las ideas neoconservadoras. En busca de la estabilidad en el largo plazo de la nueva forma de relación con el capital transnacional basada en la exacerbación de la dependencia, se comprueba que ella conduce inexorablemente a la inestabilidad debido a la sobre explotación de los trabajadores, a la reducción constante de su niveles de vida, a las altas tasas de cesantía y subempleo. Por lo tanto, debe entenderse que se vive una emergencia permanente: lo transitorio que es la emergencia, se convierte en lo regular, en lo establecido como permanencia consolidada; allí juega su papel la doctrina de la Seguridad Nacional a la cual «su concepción de la subversión y la lucha antisubversiva, otorga su legitimidad y justificación ideológica»¹⁰.

Así se explica también que los proyectos de largo plazo del fascismo contemplen, en la práctica, la misma salvaguardia que pasa a conformar lo que en Chile Pinochet llamó «democracia protegida». En la Constitución 1980, la proscripción de la izquierda, el recelo hacia los partidos políticos, el fortalecimiento de las atribuciones represivas mediante los regímenes de emergencia y sobre todo la interdicción del Estado por los militares a través del Consejo de Seguridad Nacional allegan elementos

⁹ Pinochet Ugarte, Augusto. *Repaso a la agresión comunista a Chile*, editado por el diario *La Nación* (p. 51 las dos primeras citas, p. 61 la última). Santiago de Chile, 1986.

¹⁰ Ruz, Marcelo, «Doctrina de la Seguridad Nacional en América Latina», *Mensaje* 261, agosto de 1977.

confirmatorios de la transformación de lo coyuntural en estructural, de lo episódico y emergente en definitivo.

Mayormente sustantivo aparece el esfuerzo antiestatista de los conservadores si se considera que históricamente en América Latina el estado se constituyó antes del desarrollo de las fuerzas productivas, como una necesidad social destinada a dar solución a los problemas que el libre juego del mercado no estaba en condiciones de asumir. Fue el estado, en Chile, por ejemplo, el que construyó los ferrocarriles, estableció el servicio de Correos y el sistema nacional de educación gratuita y que en este siglo implantó el servicio de salud de cobertura nacional y a través de CORFO y sus empresas filiales industrializó al país. Un historiador tradicionalista se refirió a la ideología antiestatista como «una revolución desde arriba» paradójicamente antiestatista, en una nación formada por el Estado»¹¹ «donde el estado es la matriz de la nacionalidad» agregando que «la nación no existiría sin el Estado que la ha configurado a lo largo de los siglos XIX y XX»¹².

Ilustra este planteamiento, Henri Lefebvre en los términos siguientes: «¿Cuál fue el papel del Estado en este proceso acumulativo (el proceso de acumulación económica)? ¿qué sucedió en Inglaterra, por ejemplo? El crecimiento económico, el proceso de acumulación económica, fueron espontáneos o casi espontáneos a partir de la Edad Media: el estado capitalista propiamente dicho, el estado burgés no entró en escena sino después de este crecimiento económico...» «... El caso de Francia es curioso e interesante, en Francia podríamos decir que el aparato del Estado se encuentra a horcajadas sobre el proceso de crecimiento: pues aquí la burguesía nace del crecimiento económico, pero se sirve del aparato del estado para la acumulación del capital y al mismo tiempo para afirmar su dominación en el curso del crecimiento» ... «Y llegamos finalmente a un caso límite, el de los países subdesarrollados donde la constitución del Estado precede el crecimiento económico... van a iniciar la industrialización y ya tienen su estado, su aparato estatal». En esos países «es el mismo estado el que se convierte en el terreno de las luchas sociales y de lo que está en juego en ellas».¹³

Por qué el estado

Tras el esfuerzo por dismantelar el estado hay algo más que objetivos económicos y de gobierno: hacer más eficiente la administración, disminuir el gasto público, concentrar la atención en las variables decisivas para la

¹¹ Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción del Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, ediciones La Ciudad, Santiago de Chile, 1981, P. 136.

¹² *id.* p. 5.

¹³ Henri Lefebvre, *Los marxistas y la noción de Estado*. Ediciones CEPE, Buenos Aires, 1972, pp. 68-73.

burguesía. Estos otros objetivos apuntan a la base social y a la disminución del ámbito de la política.

Mediante la privatización la sociedad se polariza y, al mismo tiempo, se fragmenta, creándose mayores oportunidades a las clases acomodadas para seguir disfrutando del sistema.

La privatización en el caso de los servicios tradicionales del Estado, establece una barrera entre los usuarios y el aparato estatal, desligado de esa responsabilidad. No puede ya reclamarse contra el Estado porque la relación es con el municipio, con el propietario del colegio, con el monopolio que adquirió la empresa eléctrica o de agua potable.

Como la privatización va de la mano con el predominio incontrarrestable del mercado, aquélla sirve también para que el hombre sea por sobre todo un consumidor, y el país, como un todo se incorpore de lleno a la economía internacionalizada del consumo.

«En nuestros días, el capitalismo de los monopolios asume la apariencia de una sociedad de consumo en lo que todo se hace en pro del consumidor, en que las necesidades del consumidor son la regla de la misma producción capitalista; así se disimula la realidad de esta producción y el hecho de que los productores capitalistas fabrican hasta los mismos consumidores aunque sólo sea a través de la publicidad y de los estudios de mercado, de suerte que el consumidor es el hombre más enajenado que haya existido jamás pese a que se cree un individuo libre, un individuo próximo a su realización, a su plenitud»¹⁴.

Mediante el desmantelamiento del Estado, en suma, se debilita la misma sociedad sobre la cual reposa y a la cual, según se dice, se pretende entregar mayores cuotas de libertad.

«Se trata... de atomizar el proceso de decisiones de modo de convertirlo en una suma de cálculos individuales que hagan innecesario e irrelevante el recurso a la acción colectiva y a la globalización. Esto supone una sociedad convertida en una yuxtaposición de mercados segmentados de decisión, por un lado, un Estado cada vez más reducido en su papel de agente económico y en su capacidad redistributiva, pero fortalecido en su potencialidad de resguardar autoritariamente las reglas del juego, por otro, y finalmente, una arena política de representaciones limitada a las opciones que se den al interior de esas reglas de juego. Un Estado reducido es, en esta concepción, un estado más fuerte no sólo por ser más manejable burocráticamente sino porque evitará la proliferación de actores políticos presionando para influir en decisiones que ya no pertenecerán a su ámbito. Es decir, lo que se reduce es la esfera de la política»¹⁵.

Con Chile, un antecedente

En 1932, en la inauguración de la Convención del Partido Conservador, el dirigente Héctor Rodríguez de la Sotta pronunció un discurso definitivo

¹⁴ Lefebvre, *op. cit.* p. 85.

¹⁵ Garretón, M. A. «Modelo y proyecto político del régimen militar chileno», en «Chile 1973-1983». *Revista Mexicana de Sociología*, FLACSO, Santiago de Chile, 1983.

rio del pensamiento de la derecha, que ahora ha resurgido tras la fachada tecnocrática del neoconservantismo.

Caracterizando a la «libertad absoluta, sin freno alguno en el orden moral» y a la «igualdad absoluta», como las causas principales de la crisis política, Rodríguez de la Sotta postuló que era indispensable liquidar la democracia igualitaria «por absurda», tanto como el sufragio universal. Abogó por la proscripción del comunismo que, en sus palabras, debía considerarse como «un delito de lesa humanidad» siendo sus partidarios «vulgares delincuentes». «Los comunistas no deben ser electores ni elegidos», dijo.

Atacó duramente al estatismo que, terminaría por «ahogar las fuentes de la producción y del trabajo». Planteó en su reemplazo un sistema en que «deshaciendo este atasco formado por el estatismo y el proteccionismo» y «dejando libres los caminos por donde circulan las riquezas se verá —añadió— cómo el régimen capitalista comienza a funcionar tan bien como lo hiciera en otros tiempos».

Sostuvo su argumentación así: «lo que está en bancarrota no es el régimen capitalista, sino, por el contrario, la tendencia socialista que se ha infiltrado en todos los espíritus y nos ha llevado a un estatismo feroz, rayando en el delirio que todo lo perturba y dificulta».

Afirmó: «que haya muchos ricos y muchos pobres es un hecho natural, inevitable, que existirá mientras el mundo sea mundo. Está dentro del plan providencial que así sea y todos nuestros esfuerzos por evitarlo resultarán infructuosos. Y si esos esfuerzos llegaran a fructificar, alteraríamos de tal forma el orden natural, que la humanidad quedaría condenada a desaparecer».

Concluyó su discurso en estos términos: «En esta hora suprema que vive Chile, yo veo el único camino de salvación en un triple movimiento reaccionario: reaccionario contra las democracias liberales basadas en el sufragio universal y en un régimen de libertad absoluta hasta para el comunismo; reacción contra las tendencias socialistas y el estatismo exagerado que es su instrumento; reacción contra el estado docente que cada día se convierte más en el gran forjador de demagogos y comunistas»¹⁶.

La intervención militar

A comienzos de los años 30, la derecha estaba todavía bajo el trauma que le provocaron las intervenciones militares iniciadas en 1924, cuyo impulso modernizador pareció amenazar sus privilegios, de manera que no contaba con las Fuerzas Armadas —ni éstas con la doctrina de la Seguridad Nacional— a fin de imponer sus ideas. El sistema, muy golpeado por la

¹⁶ Rodríguez de la Sotta, Héctor, «Crisis económica, política y moral», discurso pronunciado por el Presidente del Partido Conservador, Hector Rodríguez de la Sotta, al inaugurar la convención que celebró el Partido en Santiago durante los días 24 y 25 de septiembre de 1932. Santiago, Dirección General de Prisiones, 1932. Los párrafos citados aparecen, conforme a su orden, en las siguientes páginas: 6-12-17-16-24 y 32.

crisis del 29, logró finalmente un punto de equilibrio que luego se transformó en un decidido desarrollo de las fuerzas productivas con el Frente Popular, las políticas de sustitución de importaciones y el creciente papel del Estado en la economía.

Obligada a ajustarse a las reglas de juego democrático, la derecha trató de controlar desde adentro a los sucesivos gobiernos, logrando un éxito con González Videla. Trato en vano de mantener incólume el predominio oligárquico en una sociedad que comenzaba a abrirse a las demandas primero de los sectores medios y luego de las masas obreras y campesinas. El fracaso del gobierno de Alessandri —1958 a 1964— le demostró que la crisis nacional escapaba a su control y amenazaba las bases de su dominación.

A medida que se profundizaba la crisis estructural del país, los sectores reaccionarios empezaron a acariciar la idea del golpe militar. Virtualmente barrida por el triunfo de Frei en 1964, la derecha fue afectada por medidas del gobierno demócratacristiano, tales como la reforma agraria y el establecimiento del impuesto patrimonial; pero sobre todo, receló de la posibilidad de un triunfo de la izquierda y la iniciación de un proceso revolucionario, expresado en las elecciones presidenciales de 1958 cuando el candidato popular, el Dr. Salvador Allende, estuvo a treinta mil votos de conseguir la victoria.

Luego de la debacle de 1964, los partidos tradicionales, el Liberal y el Conservador, decidieron fusionarse en una nueva organización donde predominaron los elementos estancieros, de filiación fascista. En su proyecto reorganizador se dieron la mano con los dirigentes de la burguesía monopolista que en 1967 realizaron la Convención de la Confederación de la Producción y el Comercio. Surgió así el Partido Nacional, con el programa del capital monopólico y un discurso autoritario, abiertamente fascizante, que en los hechos hacía suya la doctrina de la Seguridad Nacional.

Al definir sus objetivos, Sergio Onofre Jarpa, su Presidente, escribió: «... el Partido Nacional no fue organizado para colocar parches o servir de muleta a un sistema en decadencia. Además, esta actitud de enfermo resultaría contraproducente. Si damos oxígeno al moribundo, retardaremos el desenlace que a todos nos interesa que se produzca pronto, antes que el organismo nacional haya sido roído hasta los huesos por los parásitos políticos y el microbio internacionalista»¹⁷.

A partir de 1967, comenzaron los llamados a las Fuerzas Armadas que, resentidas por su aislamiento y menoscabo material, buscaban en la doctrina de la Seguridad Nacional aprendida en las escuelas de Panamá y los Estados Unidos una orientación para sus inquietudes corporativas. El gobierno del Presidente Frei debió encarcelar a la directiva del Partido Nacional por conveniencia con trajines subversivos en la Armada; poco después,

¹⁷ Jarpa, Sergio O. «Objetivos del Partido Nacional», folleto, ed. Nueva República, Santiago de Chile, 1967, p. 10.

hubo signos de inquietud en el Ejército; se inició un proceso que culminó en 1969 con el acuartelamiento del general Roberto Viaux en el Regimiento Tacna.

Se había producido, pues, un germen de entendimiento entre la Derecha y los militares partidarios de la Seguridad Nacional que presagiaba un proyecto inédito en la sociedad chilena.

En esos momentos se decidía una opción bipolar: o avanzar hacia un régimen de nuevo tipo, orientado al socialismo que cambiara en sentido progresista los patrones de acumulación, rompiera con la dependencia, y desarrollara fuertemente las fuerzas productivas simultáneamente con un proceso de acelerado cambio social o bien revertir los procesos de democratización y su impulso redistributivo e igualitario a cambio de impulsar la acumulación capitalista sin las barreras de la democracia y lograr así una relación positiva con el capitalismo transnacionalizado.

El pueblo optó por la primera alternativa. El Partido Nacional, ese «partido distinto para cosas distintas» de que hablara Jarpa, se jugó a fondo por la segunda. Resucitaron con otra apariencia las mismas viejas ideas: el desmantelamiento del Estado, la crítica a la democracia, la panacea del capital extranjero. El programa de Alessandri lo planteó derechamente: reducción del gasto público, término del proteccionismo y liquidación de las actividades ineficientes, el estímulo a la inversión extranjera, fueron sus ideas centrales. Monetarismo, ventajas comparativas para la exportación de materias primas, acumulación privada en desmedro del ahorro público, mano de obra barata constituyeron el fondo de los planteamientos elaborados por cuadros técnicos formados en la Universidad de Chicago.

«La industrialización a toda costa, adoptada por Chile siguiendo orientaciones anticuadas de algunos organismos internacionales, ha provocado un derroche de cuantiosos recursos fiscales en actividades ineficientes así como el abandono de otras que podían competir ventajosamente en el mercado internacional», señaló, por ejemplo, el programa del candidato de la Derecha, donde las ideas tradicionales aparecían vestidas con el ropaje tecnocrático de los neoconservadores¹⁸.

Derrotada en las urnas, la oligarquía desde el mismo cuatro de septiembre eligió el camino de la conspiración; que era también el del cerco, la manipulación y alianza con los sectores más retrógrados de las Fuerzas Armadas, en un proceso que le llevó tres años hasta su culminación el 11 de septiembre de 1973.

Se cerró así un círculo que, con pocas modificaciones, se mantiene hasta hoy. La Seguridad Nacional, huérfana de proyecto, dio bandazos durante el primer año de régimen militar, hasta que recibió el aporte neoconservador del equipo formado en la Universidad de Chicago, en lo económico, y de los ideólogos derechistas —Guzmán, Fontaine, Ibáñez y otros, en lo político, expresado plenamente a partir de 1974.

Se pretendió «renovar las bases mismas de la sociedad chilena, sus va-

¹⁸ Partido Nacional, «La Nueva República», Impresora Planet, Santiago de Chile, 1970.

lores y estructuras y sus patrones de conducta», mientras «fue casi total la ruptura de las nuevas autoridades económicas con el pensamiento y políticas económicas tradicionales. Difícilmente se halla en la historia reciente algún otro ejemplo de país que se haya embarcado tan integralmente en un programa de extrema ortodoxia monetarista y de políticas de desarrollo inspiradas en la doctrina del libre mercado»¹⁹.

El fracaso de la experiencia hacia 1982, significó la acentuación de la represión ante el incremento de las manifestaciones y movilizaciones populares motivadas por el descontento. Al mismo tiempo, provocó una readequación del modelo económico, para afrontar la crisis del sistema bancario y el servicio de la deuda externa, y de la orientación política, donde apareció la necesidad de reagrupar a la derecha gobiernista con vistas al futuro.

En el proceso de institucionalización del régimen militar, es ahora Renovación Nacional, el partido del gobierno, el que sostiene las ideas del neoconservantismo que pretende mantener a través de un nuevo entendimiento con los sectores dominantes en las Fuerzas Armadas.

Buscando libros antiguos en viejas librerías de Buenos Aires encontramos un gran volumen de tratados, una obra titulada "COOK" más o menos en español (París, L'Paris le Paris, 1825) cuyo autor es Albert Davin, un soldado de mar de la marina de guerra francesa. Davin viajó en barco entre 1822 y 1823 el Océano Pacífico, desde la Tierra del Fuego hasta las Islas Hawái, pasando por la Polinesia francesa. Dos buenos volúmenes de este libro están destinados a relatar sus impresiones de viaje por Chile y el Perú. Es así que Davin describe cinco capitanes españoles. De un libro de este tipo se sabe poco de su largo periplo.

¹⁹ Zahler, Roberto, «Políticas de liberación y estabilización en los países del Cono Sur: el caso chileno 1974-1982», en *Perspectivas económicas para la democracia, Balance y lecciones para la experiencia chilena*, Foxley, Gatica, Zahler, et al., Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago, 1984, p. 11.

El programa de extirpación de la malaria en el país por el que se ganó el premio Nobel de Medicina en 1927, el programa de extirpación de la malaria en el país por el que se ganó el premio Nobel de Medicina en 1927, el programa de extirpación de la malaria en el país por el que se ganó el premio Nobel de Medicina en 1927.



teniente sirvió el capataz de la compañía, que era también el jefe de la explotación y alianza con los sectores más importantes de las Fuerzas Armadas, en un proceso que le llevó tres años hasta su culminación el 15 de noviembre de 1973.

Se cerró así un círculo que, con pocas modificaciones, se repetiría hoy. La Seguridad Nacional, mediante el proceso de banderización que el primer año de régimen utilizó, hasta que recibió el apoyo necesario del ejército, se unió a la Universidad de Chicago, en el momento y de los modos que se describen —Guzmán, Fontaine, Ballester y otros, en política, empezando plenamente a partir de 1974.

El primer año de régimen utilizó, hasta que recibió el apoyo necesario del ejército, se unió a la Universidad de Chicago, en el momento y de los modos que se describen —Guzmán, Fontaine, Ballester y otros, en política, empezando plenamente a partir de 1974.

Un testigo de la Guerra del Pacífico (1883-1884)

ALBERT DAVIN

Preámbulo y traducción de *Fernando Casanueva*

«Lo que sigue no es una novela. Es una serie de bosquejos trazados al lápiz y tomados del natural por un turista apasionado de la verdad (...). Algunos de nuestros lectores han visitado, quizás, las regiones objeto de estos estudios; ellos volverán a encontrar aquí, como lo espero, algunas de sus impresiones. Quienes no las conozcan, se enfrentarán en estas páginas con una opinión formulada después de un examen atento, lo que ya es algo».

(Albert Davin, 1886)

Hurgando libros antiguos en viejas librerías de Burdeos hemos encontrado, con gran sorpresa e interés, una obra titulada *50.000 milles dans l'Océan Pacifique* (Paris, Librairie Plon, 1886) cuyo autor es Albert Davin, teniente de navío de la marina de guerra francesa. Davin recorrió, en efecto, entre 1882 y 1885 el Océano Pacífico, desde la Tierra del Fuego hasta las Islas Hawai, pasando por la Polinesia francesa. Dos buenos tercios de este libro están destinados a relatar sus impresiones de viaje por Chile y el Perú. Es así que Davin destina cinco capítulos enteros, de un total de ocho, a esta etapa de su largo periplo:

- I) El estrecho de Magallanes y los canales laterales de la Patagonia.
- II) Lima durante la ocupación chilena. La sociedad peruana (1883-1884).
- III) Valparaíso y los chilenos después de la guerra del Pacífico (1884).

IV) Los *intermedios*¹ (puertos secundarios) del Perú y de Chile: El Callao, Pisco, Pisagua, Arica y Tacna, Iquique. Lota.

V) Los peruanos antiguos y modernos. Una *hacienda* actual. Una nerópolis de los Incas.

No tenemos noticia que este meritorio testimonio haya sido traducido al español y en Chile es desconocido, no sólo por el público lector en general sino por los especialistas².

Casi nada hemos podido averiguar, hasta el momento, en relación a la vida y obra de Albert Davin. Sólo sabemos que publicó otro libro titulado *Noirs et jaunes. Paysages, cérémonies, traités* (París, 1888), que se conserva en la Biblioteca Nacional de París.

De *50.000 milles dans l'Océan Pacifique*, algunas de cuyas páginas ofrecemos traducidas a continuación, se desprenden no sólo las aptitudes literarias del autor sino otras cualidades que hacen de él un testigo válido: buen observador, con cierta dosis de fina ironía que le permite tomar la necesaria distancia respecto a los acontecimientos que presencia y presenta, no se deja caer en la tentación del «pintoresquismo» tan propio de muchos viajeros del siglo XIX y, ¿por qué no?, del nuestro. Al contrario —y sin perder de vista que él es un oficial de marina francés del último cuarto del siglo pasado, con todas las naturales limitaciones que su época, su país y su formación le imponen— Davin posee la cultura y sensibilidad suficientes para criticar abiertamente a la llamada «civilización» y los daños que ella ocasiona al entrar en contacto con las sociedades denominadas «periféricas», para finalmente dominarlas o destruirlas. Como él mismo lo afirma en un párrafo destinado a la suerte de los indios fueguinos:

«La trata de esclavos, abolida en el viejo continente, se practica corrientemente en la Tierra de Fuego. Los jóvenes fueguinos, arrancados, de sus madres, son arrastrados a Punta Arenas y vendidos como domésticos (un niño vale 100 piastras). Estas dos causas explican la hostilidad de los naturales hacia los blancos y el cuidado con que aquéllos huyen de la vecindad de éstos (...). La lucha entre las dos razas se traduce por una guerra de exterminio que despuebla poco a poco las tierras magallánicas.

«El combate es demasiado desigual: ¿qué pueden los arpones de hueso de foca, las flechas de astillas de sílex, contra las balas? ¿Cómo la informe piragua de corteza de árbol podría escapar de la afinada embarcación ballenera del cazador de lobos marinos?» (p. 11)

Por lo demás, en todas las latitudes donde su navío echó el ancla, Davin pudo constatar el mismo fenómeno. En las Islas Marquesas, posesión de

¹ Las palabras subrayadas están en español en el original.

² Por ejemplo, Hernán Godoy, en *El carácter chileno* (Santiago, Edit. Universitaria, 1977, p. 458), trabajo muy discutible pero bastante completo en lo concerniente a sus fuentes bibliográficas, no menciona a Davin, citando en cambio a testigos ya clásicos del acontecer chileno en el período 1861-1891: Eugéne de Robiano, A. Gallenga, Theodoro Child, Benedicto Spila de Subiaco, Charles Wiener, Gabriel Carrasco, Rubén Darío y André Bellessort. pp. 211-214.

su país: «el viento de muerte que sopla sobre los archipiélagos polinésicos no perdona a las Islas Marquesas; aquí como en otras partes, los maorís parecen consumirse al contacto de la raza blanca» (p. 245). En las Islas Hawai que pronto caerían, como el propio Davin lo vaticina con certeza, bajo la hegemonía de los Estados Unidos: «las garras del águila se han posado sobre el archipiélago; todos los ciudadanos de la libre América saben que la bandera de la Unión flotará muy pronto sobre el palacio de los Kamehameha³ (...). Por último nadie ignora que el blanco tiene el privilegio de hacer desaparecer las razas en contacto con él. En los Estados Unidos, estas razas han huido hacia el Far West; pero en las islas, cuando no pueden sustraerse a su vecindad, mueren» (pp. 209 y 246).

Si nos atenemos a la parte concerniente a Chile y al Perú, el ojo sagaz de Davin retuvo, fijándolo, el paisaje, tanto geográfico como histórico —la «coyuntura histórica», como diríamos hoy—, que caracterizaba a ambas sociedades latinoamericanas que lo acogieron en su calidad de viajero europeo a fines de la sangrienta Guerra del Pacífico que las enfrentó. Todo esto lo vertió, como ya se dijo, en un lenguaje de buena calidad literaria. Su pluma captó el detalle, preciso y decidor, que muchas veces escapa a los observadores locales. Sin duda, algunas de sus observaciones chocarán, por ejemplo, a más de algún lector chileno acostumbrado a las versiones oficiales —hagiográficas y litográficas— de la Guerra del Pacífico, las cuales no poco daño mistificador han causado en la historia pasada y presente de Chile.

Junto a su pluma, Davin maneja con igual soltura sus lápices y pinceles. En efecto, su libro está ilustrado con diez dibujos suyos, muy precisos y de muy buena factura.

Ha sido difícil para nosotros, por las inevitables razones de espacio, poder seleccionar y traducir tan sólo algunas de entre las muchas páginas notables que este fino y agudo observador francés destinó en general a la situación de las Repúblicas de Chile y del Perú en esa época y, en especial, a esos llamados «momentos estelares» de la historia chilena decimonónica.

Por ello pensamos que nada puede ser más apropiado, en lo inmediato, que presentar a los lectores de *Araucaria*, de preferencia a chilenos y peruanos, la visión que tiene este testigo inteligente y neutral de un capítulo común y dramático en la vida de ambos pueblos, cuyas consecuencias y repercusiones de todo orden se perciben hasta el día de hoy tanto al norte como al sur de la Línea de la Concordia.

Y así como lo expresa Albert Davin, «esperamos que no se dejará de leer con cierto interés estas notas tomadas en Lima durante la ocupación chilena, y en Valparaíso en el momento en que las tropas victoriosas retornaban a sus hogares» (p. 33).

F. C.

³ Los Kamehameha constituían la dinastía que desde fines del siglo XVIII regía el archipiélago. Davin escribía estas líneas en 1886; doce años más tarde, en 1898, EE.UU. procedía a la anexión de las islas.

Lima durante la ocupación chilena (1883-84). La sociedad peruana

¿Quién se ocupaba, ayer, de Chile y del Perú? Antes de la guerra del Pacífico, se consideraba vagamente al Perú como la patria del desorden y de la anarquía; a Chile, como la del trabajo y del progreso laboriosamente proseguídos. Apenas se sabía que estos dos Estados se disputaban la preponderancia sobre la costa occidental de Sudamérica, y que los chilenos, ahogados entre el mar y los Andes, comenzaban, discretamente, la conquista apacible del litoral septentrional, fundando sin cesar, en pleno Perú, establecimientos industriales. Aunque la lucha entre ambas repúblicas existía ya desde hacía muchos años en estado latente. Por una parte, los chilenos establecidos sobre el territorio peruano (particularmente en la provincia de Tarapacá) no querían dejar que el Perú se aprovechara de las industrias que ellos se habían esforzado en crear. Por su lado, los peruanos veían con muy malos ojos la invasión de sus propios dominios por los extranjeros.

Una lucha de cuatro años terminó con el tratado de Ancón, que significó la ruina para el Perú. A causa de los intereses financieros comprometidos, el Antiguo Mundo no podía asistir impávido al desmembramiento y a la ruina, sin remisión, del Perú, su deudor. Esperamos que no se dejará de leer con cierto interés estas notas tomadas en Lima durante la ocupación chilena, y en Valparaíso en el momento en que las tropas victoriosas retornaban a sus hogares.

Dos vías férreas, de 10 km. de largo, surcan más o menos paralelamente la llanura que separa Lima de su puerto, el Callao. Una de dichas líneas pertenece a una compañía inglesa, la otra a una norteamericana (...).

El ferrocarril acaba de conducir un batallón chileno a la última estación: cerca de los vagones abiertos, las armas yacen en desorden; una mezcla de soldados, mujeres y niños encucillados, reunión de pañoletas verdes, de vestidos rosados, de pantalones rojos, de chales deshilachados, de trenzas al vuelo, de tines cobrizos: se diría una abigarrada congregación de gitanos. Uno busca sin querer los grandes carruajes de los saltimbanquis, las pelucas de los payasos y los pantalones bordados de lentejuelas.

Llegamos al *Puente viejo*, dominado por el peñón desnudo de San Cristóbal; algunos burros ramonean ricinos plantados al azar en el lecho del torrente; el viejo puente construido por los sucesores de Pizarro franquea el Rimac y deja escapar pequeñas cascadas entre sus arcos redondeados; el tren se detiene (...).

La constitución de 1867⁴ reconoció como religión única en el Perú a la católica, prohibiendo el ejercicio público de cualquier otro culto. Ya el año anterior, un decreto que reglamentaba las manifestaciones religiosas había provocado una especie de revuelta entre las mujeres y el clero. Por eso, cuando las campanas tocaban el Angelus, los carruajes y los jinetes se detenían, los transeúntes se descubrían con respeto, todos se arrodillaban hu-

⁴ Sin duda se refiere a la Constitución de 1860, promulgada bajo la presidencia del mariscal Ramón Castilla, y que rigió hasta 1920.

mildemente en la calle. Hoy día los campanarios permanecen mudos, la soldadesca llena las calles, las plazas públicas; el eco sólo repercute el sonido de las trompetas chilenas, y lo que más sorprende, según los frailes, es la profusión de soldados y banderas chilenos; el estandarte de la estrella flamea por doquier: sobre los fuertes, sobre los edificios, sobre las casas particulares. Las tropas del vencedor acampan en todo sitio: en los cuarteles, en medio de las avenidas, en los monumentos. Por este solo hecho, los brillantes cortejos, los atuendos elegantes han desaparecido; un silencio lúgubre reina sobre la ciudad (al exterior al menos): el silencio de las ciudades ocupadas por el enemigo (...).

Los oficiales chilenos, con quienes uno se topa a cada instante, tienen algo de esos *conquistadores* que pusieron los cimientos de Lima en la vanguardia del Rimac; cubiertos de galones, adornos y penachos, las piernas ceñidas por botas amarillas, los bigotes con las puntas retorcidas hacia arriba, el quepis inclinado a la oreja, estos oficiales arrastran sus sables por el empedrado; pisan con desdén el suelo conquistado, haciendo resonar sobre las baldosas las rodajas de sus espuelas y cada uno parece decir: «¡El Perú, soy yo!» ¡Ah!, si en la quietud de las noches las sombras de los compañeros de Pizarro cabalgan por sobre las cúpulas de la Ciudad de los Reyes, deben sentirse identificadas con estos descendientes suyos rejuvenecidos y modernizados. Estos altivos vencedores mantienen un terror saludable, no dejando de exhibir a los ojos de los vencidos fuerzas imponentes. Regimientos enteros desfilan por las calles, encabezados por bandas de música, con los estandartes desplegados; soldados de cara siniestra marchan al paso portando un doble cinturón de cartuchos, quienes, una vez que se han dispersado, se entregan a copiosas libaciones de aguardiente de Pisco en tabernas de mala muerte.

Al caer la tarde, se diría que un hada bienhechora esparce polvo de oro sobre los monumentos de Lima. Pero este efecto sólo dura un instante, pues los medios tonos crepusculares no se conocen en estas latitudes. Después de la puesta del sol, las calles están desiertas, las tiendas cerradas; algunos indígenas silenciosos vagan bajo las arcadas de la *Plaza Mayor*, donde la sociedad limeña se paseaba otrora en traje de baile. Al frente, como un espectro del pasado, la catedral proyecta su fachada magnífica; bajo la luz de la luna, las siluetas de oficiales del ejército victorioso se perfilan sobre las terrazas del palacio (...).

Junto con pagar regularmente el *cupo* (contribución de guerra)⁵, los

⁵ El ejército chileno de ocupación impuso esos cupos tanto en Lima como en los departamentos sometidos a él. Por ej. «una expedición chilena al mando del general Lynch con 2.500 hombres, se trasladaron a la hacienda Puente del Sr. Darteano y le impone un cupo de 100.00 soles de plata y si no le daba esa cantidad hacía destrozos a la hacienda». Como Darteano se negara, las tropas «redujeron a cenizas y ruinas la hacienda que era una de las más hermosas y adelantadas del valle». Claro que no todos los hacendados tenían el temple de Darteano en el valle del Santa, pues según el mismo autor citado, «otros propietarios se declararon a favor y sin disimulo de los chilenos proporcionándoles animales, recursos y hombres». Cf. W. Kapsoli, «El Perú en una coyuntura de crisis: 1879-1883», en *La Guerra del Pacífico*, Wilson Reategui et al., vol. I, Univ. San Marcos, Lima, 1979, pp. 32-33.

peruanos no abandonan un solo instante su insaciable sed de placeres: grupos de cincuenta personas se dirigen a hacer picnics a los baños de mar de la Magdalena; otros visitan las ruinas de Chorrillos, ese campo de batalla donde se decidió no hace mucho el destino del Perú. El verbo español *bailar*, parece ser la palabra mágica de reunión de los limeños, quienes abren de par en par las puertas de su hilera de salones y las parejas oscilan cadenciosamente a la luz de 500 cirios (...).

A través de las ventanas abiertas se puede oír, en la distancia, a los *serenos* chilenos, quienes, en cuclillas en las esquinas de las calles, mantienen el orden público y manifiestan su presencia mediante el sonido chillón de sus silbatos. En los torbellinos del vals, se olvida la invasión; los infortunios de la patria no franquean en absoluto el umbral de estas mansiones de los príncipes del *salitre* y del guano (...).

Se observan muchas casas cerradas; es una consecuencia de la guerra: los chilenos imponen periódicamente un gravamen a los limeños ricos (hay que mantener como es debido al ejército de ocupación), y cuando los vencidos no están en condiciones de pagar, se les deporta a los confines de la Araucanía⁶. Es por esta razón que uno encuentra en la ciudad sólo a gente del pueblo, y que los carruajes de los señores permanecen prudentemente en las cocheras.

Las familias peruanas cuentan, a menudo, con más de doce hijos, y las grandes fortunas del país apenas son suficientes para educar como corresponde a todos ellos. Es en Francia, en Inglaterra, en Alemania donde consuman su educación; a causa de esto hablan mucho de París, de Londres, de Berlín, en francés, en inglés y en alemán.

Criadas en medio de esas fortunas que una racha desfavorable aniquila a veces inopinadamente, rodeadas de un ejército de domésticos, las niñas de familia se casan sin dote. Leer a Octave Feuillet⁷, calcar las modas francesas, bailar el vals lánguido llamado «boston», hablar de trapos y del tocador, hacer representar a su pareja de baile el papel de *títeres*, hacerlos que repitan sus declaraciones muertas de risa, detenerse largo tiempo en las tiendas, maldecir la invasión chilena, hablar en términos calurosos del almirante Dupetit Thouars, quien salvó a los peruanos de la ruinas que hubiera provocado un eventual bombardeo de Lima por los chilenos⁸; re-

⁶ Se conocen los nombres de varios desterrados a Chile por diversas razones, especialmente la de resistir, de una u otra forma, a las disposiciones del ejército ocupante. «Fueron desterrados a Chile, entre otros, el ciudadano Julio Jaymes y apresados el Director de Correos, Muñoz, y el funcionario de Aduana, Rafael Izcue, por negarse a entregar libros y documentos, propios de la dependencia a su cargo». Raúl Rivera Serna, «La ocupación chilena de Lima. Aspectos político-administrativos», en *La Guerra de Pacífico*, vol. I, op. cit., p. 20 Cf. nota II.

⁷ Octave Feuillet (1821-1890), escritor francés de novelas idealistas de «inspiración burguesa y moralizadora», muy apreciadas, entre nosotros, por la emperatriz Eugenia de Montijo.

⁸ El propio Davin relata más adelante en su libro: «Se sabe que hacia el fin de la guerra del Pacífico, los chilenos querían bombardear y destruir la ciudad de Pizarro, después de haberla saqueado previamente (...) El almirante francés Dupetit-Thouars protestó enérgicamente, recibiendo el apoyo del almirante inglés, y ante esto los chilenos debieron inclinarse».

partir el resto de su tiempo entre los deberes religiosos y las obligaciones mundanas: tales son sus ocupaciones habituales. Por eso ellas no tienen la menor idea de la vida práctica; acostumbradas a ver desde su más tierna infancia al cabeza de familia gobernar, sin la menor preocupación, vastas haciendas, arrendar a los extranjeros terrenos ricos en salitre o en metales preciosos, para obtener de ellos una renta segura, dichas señoritas no son capaces de imaginar que es necesario luchar para conquistarse una situación en la vida.

Sin embargo, 1.500 soldados chilenos⁹ bastan para mantener a raya a esta ciudad de 120.000 almas; el general Montero¹⁰, antiguo vicepresidente de la República, quien ha llegado a ser presidente de facto después de la deportación de Calderón¹¹, hace reñir sus gallos de pelea en Arequipa y la situación continúa hasta ahora en un statu-quo. ¿Por qué los peruanos permanecen en esta inacción? Tal como Fabius Cunctator¹² melló las fuerzas de Aníbal contemporizando con él, ¿también los peruanos quieren agotar la paciencia de Chile? ¿O bien los notables locales temen, después de haber estampado su firma al pie de una cesión, territorial, temen digo, perder la vida durante la revolución cuyo preludio estará marcado por la retirada de las tropas chilenas?¹³

He aquí a nuestro juicio, la verdad: los unos, disfrutando (gracias a la ocupación enemiga) de una seguridad poco común, consideran en voz

pero sin perdonar» (p. 98). Otro autor, ya citado, expresa que el almirante francés «ante la amenaza de destruir Lima que lanzó el general Manuel Baquedano, respondió que en caso de producirse ésta, bombardearía a las fuerzas chilenas con los barcos de su armada que se encontraban surtos en el Callao». Raúl Rivera Serna. op. cit., p. 12.

⁹ En la batalla de Miraflores (14 de enero de 1881), que abrió las puertas de Lima al ejército chileno, éste contaba con 10.000 hombres, de los cuales fueron contados como bajas 2.124. Un poco más de un año después (febrero 1882) el ejército de ocupación contaba con 13.500 hombres. F.A. Encina y L. Castedo *Resumen de la Historia de Chile*, t. III, Ed. Zig-Zag, Santiago, 1980, pp. 1568 y 1604.

¹⁰ Lizardo Montero no era general sino contraalmirante. Fue derrotado junto a su aliado el general Presidente de Bolivia Narciso Campero por el ejército chileno en el Alto de la Alianza (Tacna) el 26 de mayo de 1880.

¹¹ Davin se refiere aquí al Dr. Francisco García Calderón quien fue elegido por los «vecinos notables» de Lima como Presidente Provisional del Perú (22 de febrero 1881). Como rehusara firmar la paz con Chile mediante cesión territorial, fue apresado junto a Manuel Gálvez, su ministro de RR.EE. y deportados a Chile (Quillota), 6 de noviembre 1881.

¹² Quintus Maximus Verrucosus Fabius, Cunctator («El Contemporizador») (275-203 a. C.) Cónsul romano, quien fue nombrado dictador después de la derrota de los romanos por Aníbal en la batalla de Trasimeno (217 a. C.). Cunctator era partidario de pactar con los cartagineses, para llevar a cabo una guerra de desgaste contra ellos, más tarde.

¹³ No todos los dirigentes peruanos eran partidarios de la cesión territorial a cambio de la paz con Chile. Entre los principales adversarios de esta solución, además de García Calderón, estuvieron el general Andrés A. Cáceres (derrotado por los chilenos en la campaña de Tarapacá en noviembre de 1879), quien organizará la resistencia contra el ocupante en la sierra peruana durante dos años y medio, y Nicolás de Piérola, dictador del Perú (1879-1881), quien después de la entrada de los chilenos a Lima, se retirará a Ayacucho para continuar la guerra. Ambos serán más tarde presidentes de la República durante el período llamado de la «Reconstrucción nacional». Cáceres (1894-1895), Piérola (1895-1899).

baja que el deseo de restaurar el antiguo orden de cosas es «aspirar a descender»; ellos comparten, pues, la opinión del doctor Pangloss: «todo es para mejor, en el mejor de los mundos posible»¹⁴. Los otros, sin sospechar nada, se jactan de poder festejar muy pronto la evacuación de su territorio: se ilusionan con vagas esperanzas; cuentan, a la vez, con el tiempo, con las epidemias, con el cansancio general, con una intervención extranjera, ¡qué sé yo!, cuentan con todo por último, excepto con su propia energía.

Por su parte Chile (aunque no quiera confesarlo de ninguna manera) piensa en la reducción definitiva de un país cuyos habitantes manifiestan tan buena disposición. Los vencedores sienten que la apertura del canal de Panamá¹⁵ debe ocasionar, fatalmente, la ruina de la opulenta ciudad de Valparaíso, su principal emporio marítimo; comprenden que, gracias a la perforación del istmo, el Callao llegará a ser el San Francisco de la América meridional, y, aunque la obra de los españoles en el sur del continente no pueda compararse en absoluto a la de los anglo-sajones en los EE. UU., nadie podría prever lo que el porvenir reserva a la república chilena. Su tenacidad, su coraje, su sólida organización, su estabilidad gubernamental, son muy capaces de lograr extender el «panchilenismo» sobre una parte de los inmesos territorios comprendidos entre la Tierra del Fuego y Panamá, entre Lima y Montevideo. (...)

La catedral de Lima

Largas colgaduras de terciopelo rojo extendidas sobre pilastras encuadran el altar mayor todo brillante de oro y coronado por un baldaquín provisto de columnillas grisáceas: son las famosas pilastras de plata maciza que los peruanos cubrieron con pintura al aproximarse los soldados de Chile; vana precaución: los chilenos no se han atrevido en absoluto a atacar al clero, poderoso y numeroso¹⁶. Es necesario, sin embargo, hacerles justicia; todo aquello de lo cual podían apropiarse fue arrebatado a los laicos:

¹⁴ El Dr. Pangloss es un personaje del cuento filosófico de Voltaire titulado *Candide* (1759). El preceptor Pangloss «conserva, a pesar de las lecciones de la experiencia, su optimismo inquebrantable».

¹⁵ Davin se refiere aquí al proyecto de Ferdinand de Lesseps quien, pensando que tendría el mismo éxito que en las obras del canal de Suez (1869), creó en 1880 una compañía para abrir otro canal en el istmo de Panamá, comenzando los trabajos en 1882. Este proyecto fracasó, quebrando la compañía en 1889 y originando uno de los escándalos bursátiles más importantes de la historia de Francia.

¹⁶ Este respeto a los bienes eclesiásticos no fue general. El mismo Davin cuenta en su obra (p. 108) que durante la ocupación chilena en Pisco, «un oficial habiendo encontrado en la iglesia una Virgen de su conveniencia, juzgó oportuno apropiársela. De esto resultó una amarga queja del cura, un reclamo del arzobispo de Lima, encuesta ordenada por el almirante Lynch. (...) y por último indagaciones a cuyo término se encontró la famosa tela. Desde entonces, ésta no figura ya en el santo lugar; escondida a cualquier mirada, las súplicas más insistentes no conmueven al inflexible cancerbero que la custodia».

los utensilios de los laboratorios, las colecciones, las bibliotecas, las anclas, las cadenas e incluso el piso de los cuarteles de Lima.

Una vasta cripta, excavada bajo el altar mayor, alberga los restos de Pizarro. Curioso por visitar la tumba del conquistador, me dirijo a un sacristán: «*Señor*, me dice, el arzobispo ha hecho retirar la llave del sepulcro y la conserva en su casa, por temor de que los chilenos se apoderen de la reliquia». Al día siguiente, interpele a un canónigo: «*Señor*, el general Lynch ha ordenado cerrar la cripta, para asegurarse que el esqueleto de Pizarro no sea de ningún modo cambiado por otro». En estas circunstancias, era preciso dirigirse al arzobispo o al general chileno Lynch, gobernador de Lima¹⁷. Me abstuve cuidadosamente, pues, de intentar importunar a tan eminentes personajes. Se comprende, por lo demás, que la sepultura del héroe permanezca vedada a la mirada de los profanos; ciertos coleccionistas han emprendido la fragmentación meticulosa del esqueleto, y muy pronto no quedaría ya nada de él, si la ávida turba de intrusos tuviera oportunidad de penetrar libremente en la cripta (...).

La estatua ecuestre de Simón Bolívar se alza en medio de la plaza Bolívar, frente a la Cámara de Diputados. Fue erigida en 1858, el 9 de diciembre, aniversario de la batalla de Ayacucho, sangriento combate que selló la independencia del Perú. El monumento representa, sin duda, la entrada de Bolívar a Lima: el Libertador saluda a la multitud que lo aclama, y su caballo se encabrita al tronar del cañón. Los chilenos son acusados, injustamente quizás, de haber querido llevarse la imagen del héroe, ese paladín de los peruanos; se añade que el peso de la estatua fue la sola causa que hizo abortar tal proyecto: «*Si non e vero, e bene trovato*».

Dos líneas de tranvías cruzan la ciudad: una conduce a los jardines de la Exposición, abierta aquí en 1876. El palacio se alza en medio de maticos de verdor y de flores, frente a los muros de la prisión de Lima. Un pórtico monumental de acceso al parque: en la cúspide, la República peruana, tocada con el gorro frigio, está vestida con una túnica de muselina verdadera, cuyas hilachas, agitadas por el viento, ponen al desnudo, a ratos, formas poco culturales. En medio de las avenidas enarenadas, bajo bosquecillos cultivados a duras penas, se ha instalado el campamento de un escuadrón chileno. Los caballos remonean los brotes; cartucheras y mo-

¹⁷ El contraalmirante Patricio Lynch (1824-1886) fue designado el 4 de mayo de 1881 «general en jefe del ejército de operaciones en el territorio que se extiende al norte del (río) Sama y encargado del mando político y militar del país». Respecto a los más de tres años de su jefatura máxima en el Perú, las opiniones, por supuesto, están divididas. Según Encina, historiador chileno, «su habilidad e inteligencia levantaron un verdadero pedestal a su prestigio. "El mejor virrey del Perú" lo apodaron algunos extranjeros. (...) el hombre de guerra más completo que haya producido la América española». Encina, op. cit., t. III pp. 1578-1579. Según los historiadores peruanos «la política que aplicó el ejército chileno en la guerra librada contra el Perú, fue la de causar el mayor daño posible a la propiedad estatal y privada de los peruanos. La prepotencia, el abuso, el robo, el pillaje se convierte en el comportamiento habitual y natural de los chilenos durante la ocupación del territorio peruano». Alejandro Reyes F., «La Guerra del Pacífico: pasado y presente», *La Guerra del Pacífico*, v. II, op. cit., p. 61. (Cf. nota 5).

chilas cuelgan de las ramas; las mármits del vivac humean a la sombra de las yucas (...).

Desde tiempos inmemoriales las corridas de toros han gozado de gran estima entre los españoles; debíamos, pues, encontrar en Lima este tipo de distracción. Sin embargo, mientras que en España se rodea a este espectáculo de todos los refinamientos que confieren la destreza y la agilidad, aquí sólo se trata de una lucha entre animales inofensivos y hombres sin intrepidez, frente a un público enervado.

La arena, a cielo abierto, está circundada de graderías capaces de contener diez mil personas, y la atracción por las *corridas* es tan grande que las tribunas se llenan en un abrir y cerrar de ojos. El público, compuesto solamente por gente del pueblo, fuma cigarrillos, como ensalada con cebollas bajo la férula de los centinelas chilenos. (..)

De pronto las puertas se abren: los *picadores* y los toreros irrumpen en la arena; los primeros, a caballo, vestidos de chaqueta negra y llevando sombrero de paja, carecen de prestigio (sic). Los toreros, al contrario, gastan ricos trajes: chaqueta y pantalones de terciopelo color oro viejo o celeste, con borlas y adornos de metal o de seda negra. A la cabeza, el *primer espada*, en traje de terciopelo violeta recamado en plata: es un negro opuesto, bien plantado, muy ágil y ocurrente, lanzando, a veces, chistes oportunos.

Un joven oficial chileno, de veinticinco años apenas, preside con aire desdenoso la ceremonia, dando la señal de partida de la corrida; hace acompañar con música los mejores pases; deja caer indolentemente en la arena billetes de banco destinados a los *toreros* (...).

Una visita al convento de Santo Domingo

No es mi intención efectuar el inventario de las sesenta iglesias de Lima; me ocuparé tan sólo de aquellas que ofrecen mayor interés ya sea por su origen o por su arquitectura. Pizarro trafa en su séquito siete dominicanos, quienes fueron los fundadores, a partir de 1549, del primero de los conventos de Lima, el de Santo Domingo. El claustro consta de dos patios interiores rodeados de arcadas sostenidas por pilares incrustados de antiguos azulejos, cuyos tonos armoniosos contrastan con los colores chillones modernos (...). Bajo los arcos, se ven surgir monjes de blanco; otros, sentados a la sombra de las anchas hojas de un plátano, fuman cigarrillos a la vez que discuten animadamente sobre una cuestión que no parece referirse para nada a la teología.

El claustro presenta un estado de completo deterioro: trozos de azulejos que han caído al suelo han dejado, por todas partes, manchas blancuzcas; los ladrillos están desprendidos y verdes de humedad; los jardines, casi abandonados, están invadidos de plantas y malezas que crecen al azar. Subimos a la primera planta por una escalera escabrosa apoyada contra la muralla sucia, las grietas existentes en el techo permiten ver el cielo

azul. Se vive en el permanente temor de pasar a través del piso que experimenta, bajo el peso de las visitas, inquietantes movimientos de oscilación. Las columnas, resquebrajadas, exhiben la astucia del arquitecto: un haz de bambúes constituye la armazón, a su alrededor otras varas verticales colocadas formando un cuadrado están revocadas de arcilla y pintadas con cal: es la incuria del *Extremo Oriente*. Si llegara a llover, todo se vendría abajo, y de tal conjunto de ruinas no quedaría sino un montón de barro. Los monumentos de Lima, de apariencia engañosa, se parecen a esas momias bolivianas tan bien conservadas en los terrenos arenosos: tóquenlas Uds. con la punta del dedo y se deshacen del todo convertidas en polvo.

Entre dos letanías, nuestros dominicos se apiadan de los desastres reiterados sufridos por los ejércitos peruanos, dando libre curso a su mal humor en las murallas; podemos leer en un muro, escrito en grandes caracteres: «¡Viva el Perú! ¡Muera Chile!» (...).

El convento de la Merced

El convento de la Merced fue otrora más rico aún que el de Santo Domingo, a juzgar por las ruinas que el tiempo ha respetado (...). El bullicio de la ciudad no llega en absoluto al claustro; algunos pájaros revolotean en el follaje; un chorro de agua canta en una pila. ¡Cuán favorables al estudio podrían ser este silencio y este retiro! Sin embargo, la regla de San Benito no ha atravesado el océano de ninguna manera.

El segundo patio está abandonado; los muros grisáceos, de siniestro aspecto, están ornados de esculturas estropeadas; en el solar maltrecho crecen en desorden maíz y repollos plantados por el hermano portero del convento. El piso de la primera planta está cubierto de viejos ladrillos y el solo hecho de caminar descalzos sobre esta superficie gastada, dispareja, erizada de salientes, constituye desde ya una penitencia capaz de redimir muchos pecados (...). En una celda, un padre en hábito blanco estudia en medio de infolios polvorientos. Cuatro soldados chilenos encargados de la custodia del convento y de protegerlo de las depredaciones, trasladan por cuenta propia poco a poco las bibliotecas. Uno cree soñar al pensar en la riqueza que poseían algunos de estos establecimientos religiosos. La cofradía de *Nuestra Señora del Rosario*, la más opulenta de todas, conservaba otrora, otras maravillas, una corona engarzada con más de 500 diamantes; hoy en día no queda ni siquiera el engaste de ellos. Resumamos en tres palabras nuestra impresión de los claustros peruanos: soledad, suciedad, miseria.

Estos tres sustantivos, aplicables por lo demás a muchos otros sectores de la ciudad, son el resultado de la anarquía, de los reveses de la fortuna, de la invasión. Una tarde, en los alrededores de Lima, el sol esparcía sus últimos rayos sobre la planicie desierta: pensábamos en la Ciudad de los Reyes, en sus sangrientos orígenes, en su presente humillante, la cordillera de los Andes crece a ojos vistas; picachos ocultos hasta entonces asoman ahora su cabeza rojiza por encima del horizonte; por último, aparecen

las cumbres nevadas. El tumulto de las revoluciones peruanas no podría perturbar la serenidad de estos gigantes calcáreos: el pie de este macizo grandioso, Lima no es más que un montón de polvo.

Poco a poco se apagan los rumores de los arrabales; con las sombras de la noche un silencio solemne envuelve la llanura; pronto sólo puede oírse el susurro de los cañaverales mecidos por la brisa y el parloteo de las cascadas en el cauce del Rimac; no se perciben más que los campanarios amarillentos, semejantes a los rastrojos de trigo que erizan la campiña que se acaba de segar.

Negros buitres, llegados de los cuatro confines del horizonte, comienzan a planear, lanzando chillidos agudos, por encima de las viejas cúpulas. Después de haber dado vueltas largo tiempo por los aires, esa siniestra bandada se abatió de pronto sobre la Ciudad de los Reyes, y el espectro de la invasión se alzó frente a nosotros: ¿no son esos pájaros rapaces la cabal imagen de la horda extranjera que acaba de precipitarse sobre la ciudad? ¿no constituyen, también, la imagen exacta de esos aventureros que sustituyeron su omnipotencia a la de los Incas semidioses? Obstaculizados en su marcha por una diplomacia prudente y preocupada de salvaguardar los intereses de sus nacionales residentes en el Perú, los invasores modernos no han podido seguir el ejemplo de ese procónsul que impulsó las águilas romanas a las puertas de Corinto y permitió a sus legionarios el saqueo y destrucción de esta capital de las letras y de las artes¹⁸ (...).

Acabábamos de llegar de la ruta principal, cuando de pronto una patrulla de caballería chilena nos interceptó el camino:

- ¿Quiénes son Uds., señores?
- Viajeros franceses.
- Para ser simples turistas escogen Uds. horas muy singulares. ¿Llevan armas?
- Ninguna.

Y, obedeciendo una orden del oficial, los jinetes se apean, traban sus cabaladuras, nos rodean, nos registran con una precipitación llevada hasta la rudeza. Volviendo a partir al galope ya la tropa estaba lejos, cuando constaté la desaparición de mi monedero; y nosotros nos decíamos, al volver a pasar por las fortificaciones de la ciudad: «Los chilenos son maestros consumados en el arte de la guerra»¹⁹.

Valparaíso y los chilenos después de la Guerra del Pacífico (1884)

Sólo la imaginación castellana era capaz de otorgar a Valparaíso el nombre que esta ciudad lleva hasta el día de hoy. Valparaíso significa en espa-

¹⁸ El autor se refiere a Lucius Mummius, quien después de la batalla de Leucopetra (146 a. C.), que significó el fin de la independencia de Grecia (la cual será en adelante una provincia romana), ordenó saquearla y apoderarse de todas sus obras de arte.

¹⁹ «la anécdota que referimos aquí no podría dar lugar a ninguna protesta. Entiéndase bien que de ningún modo pensamos responsabilizar a Chile de un hecho aislado y al que no otorgamos más que una importancia muy secundaria». (N.A.)

ñol «Valle del paraíso»; pues bien, nada hace recordar allí el paraíso, y uno busca en vano el valle. Fundada a mediados del siglo XVI²⁰, esta colonia sufrió las más crueles vicisitudes; saqueada muchas veces por los ingleses, fue mortificada sobre todo por Drake, enemigo irreconciliable de todo lo que fuera español.

En 1578, el célebre filibustero encontró allí veinte casas, saqueándolas de arriba abajo. Pero los infortunios de la ciudad no pararon allí; los terremotos de 1822 y 1829 la destruyeron casi enteramente; se incendió en 1843 y fue bombardeada por los españoles en 1866. A pesar de estas adversidades, sigue siendo el principal centro comercial de Chile, así como Santiago es el centro agrícola, a la vez que la capital de las letras y la ciencias. El papel de Valparaíso se comprende a la perfección, si consideramos que su vasta rada es testigo de un movimiento anual de barcos que fluctúa entre 2.500 y 3.000 entradas y salidas (...).

La calle Arturo Prat cambia tres veces de nombre, una vez por kilómetro: es la más animada, la más hermosa y la más larga de todas. Ella debe su nombre al comandante de la goleta chilena «Esmeralda» hundida el 21 de mayo de 1879, frente a Iquique, por el monitor peruano «Huáscar». En el momento de irse a pique su barco, Prat se lanza al abordaje sobre la cubierta del enemigo; el ruido del cañoneo apaga su voz; el humo de la pólvora lo torna invisible; llega solo a bordo del «Huáscar» y cae, acribillado a balazos, al pie de la torre del monitor. En un estilo más enfático que convencido, con una pizca de exageración lírica, propia del carácter hispanoamericano, la prensa argentina comunicaba poco después: «Que el respeto de la América republicana entone himnos en su tumba, y que los soldados llamados a combatir bajo sus banderas se inspiren en el heroísmo de Prat». Se habló menos, en Francia, del alférez Bisson, quien hizo estallar la presa enemiga que comandaba (el «Panayotti») antes que caer en manos del adversario. Lorient, su ciudad natal, se contentó con levantarle una estatua, y el público en general habría olvidado tal acto heroico si, en 1883, la Cámara de Diputados no hubiera beneficiado a su sobrina con la renta vitalicia de 1.500 francos, la que disfrutaba anteriormente la hermana del héroe. Se olvida rápido entre nosotros los franceses, la abnegaciones sublimes, en este siglo en que la erección de estatuas ha llegado a ser una institución nacional. En Chile, los procedimientos cromolitográficos reproducen al infinito el retrato del capitán de la «Esmeralda»; todos lo cuelgan piadosamente en sus muros familiares; no hay niño que no sea capaz de recitar el episodio del combate del «Huáscar». Un monumento construido en mármol que lleva en su cúspide a Arturo Prat coronado por la Fama, será inaugurado próximamente en Valparaíso (...).

A todas horas, una muchedumbre compacta se apretuja en la calle Arturo Prat: muchas personas atareadas, algunos paseantes, una prodigiosa cantidad de oficiales y sobre todo de coroneles. Sin embargo, en esta oli-

²⁰ Quien bautizó a Valparaíso fue Juan Saavedra, unos de los lugartenientes de Diego de Almagro, en 1536. Sólo en 1544 la caleta es fundada puerto por Pedro de Valdivia.

garquía denominada por eufemismo República de Chile, el gran número de oficiales no atrae la consideración pública hacia el elemento militar (salvo algunos nombres que han llegado a ser históricos y que absorben el entusiasmo del país). Es necesario que todo chileno tenga al nacer pasta de banquero, negociante o abogado. Si, desgraciadamente, el porvenir no justifica estas expectativas, el infortunado ingresa al ejército, considerado como el refugio de los fracasados²¹ de la banca, de la abogacía o del negocio.

Antes de la guerra del Pacífico, el ejército regular chileno no llegaba a los 4.000 hombres; fue preciso efectuar una leva de 40.000 para aplastar a un enemigo cuyas cabezas renacían como las de la hidra de Lerma. La reserva partió, pero aquellos que la integraban deseaban, una vez firmada la paz, retornar a sus quehaceres habituales. Esta noble ambición ha sido realizada. En el mes de junio de 1884, comenzó la evacuación, por pequeños grupos, de las guarniciones del Norte. Cada soldado pudo colgar en su panoplia respectiva el revolver que le hizo compañía en el desierto de Atacama y también esas espadas, en forma de cruz latina, semejantes a las que llevan los cantores en «Hamlet» y «Roberto el Diablo»²². Tal o cual coronel volvía a ocupar sus funciones de empleado en una casa mayorista; tal o cual capitán se dedicaba de nuevo a la elaboración de píldoras en el laboratorio de una farmacia. Y todo esto sin reclamar, sin murmurar, sin encontrar que era desgraciado recaer en la situación anterior. El gobierno, por otra parte, siempre circunspecto, se había preocupado de antemano de asegurar la construcción de tres vías férreas y enviaba rumbo a la Araucanía²³ las diferentes fracciones de tropas, a medida que éstas desembarcaban de vuelta.

Así, el elemento civil predomina en Chile y el partido que está en el poder (compuesto de financieros y abogados) se muestra muy receloso. Teniendo por la dictadura militar una aversión particular, el Gobierno elimina cuidadosamente a cualquier individuo capaz de prestarse a ella. Uno de los héroes de la guerra peruano-chilena, el general Baquedano, quien se hallaba en una situación ideal para hacer cambiar el curso de estas concepciones, se ha visto colmado de honores y recibido como un triunfador romano; la poesía cantó sus hazañas; una calle en cada ciudad mereció su nombre; sin embargo, su candidatura a la presidencia de la República fracasó lastimosamente. Sometido a una admirable disciplina, el partido civil hizo todo lo necesario para quitarse de encima al ilustre general, y bajo la égida protectora de dicho partido, el señor Santa María ganó lejos

²¹ En el texto original aparece la expresión figurada «fruits secs», que hemos traducido por «fracasados» en español. «Fruits secs», significa en francés, «persona que no ha rendido nada de lo que parecía prometer».

²² Esta última ópera es del compositor alemán Giacomo Meyerbeer (1791-1864), la que en 1831 tuvo un enorme éxito en París.

²³ No hay que olvidar que paralela a la Guerra de Pacífico, Chile emprendía la ocupación de la Araucanía. En 1881 hubo un alzamiento general mapuche con la consiguiente y terrible represión contra los indios efectuada por el general Gregorio Urrutia. Se recomienza, hasta 1882, la construcción de fuertes: Lautaro, Temuco, Victoria, Cholchol, Carahue, etc.

las elecciones²⁴. Esa derrota del partido clerical y militar en la persona del general Baquedano, conforme al deseo de la clase dirigente, parece haber asegurado la estabilidad gubernamental. El actual presidente, el señor Santa María, es omnipotente; su partido compuesto de 150 personajes, dispone de las dignidades, de los puestos y casi de la fortuna pública.

Valparaíso, ciudad mercantil, en más de un aspecto se asemeja a la antigua Cartago. Ha recibido fríamente a sus soldados, de vuelta de Chorrillos, después de una campaña de cinco años. A decir verdad, las banderas de la nación, presentes por doquier, flameaban en las ventanas, y la población de los *cerros*, congregada en los muelles, esperaba ansiosamente el desembarco de las tropas: una madre volvería a ver a su hijo; una mujer a su marido. ¡Y cuántos faltaban a la lista! Empero, la multitud permanece silenciosa, sin manifestar ningún entusiasmo. Un señor subido a una carroza, el alcalde de la ciudad según me informan, pronunció un discurso esmaltado con las palabras patria y coraje, sin mencionar el reconocimiento al que de alguna manera tienen derecho estos infortunados. ¿Es que estos soldados no recibían una paga y no debían ellos, en cambio, ofrendar su vida? Entre estos hombres macilentos, fatigados, en su mayor parte esqueletos vivientes, un viejo *ganadero* de barba gris, situado detrás del orador, resumía admirablemente la situación al exclamar: «¿Qué es mejor, el hacer o el hablar?» Este fue el castigo del alcalde.

Lo repito, muchos espectadores; pero ni una corona, ni una flor para estos vencedores, quienes, ayer todavía, combatían por la patria, haciendo avanzar tan lejos por el Norte sus fronteras. A pesar del himno nacional interpretado por las bandas militares, se hubiese pensado más bien en un ejército de mercenarios desfilando ante capitalistas ávidos de enterarse si las fatigas de la campaña no habían despreciado demasiado sus «bienes» humanos. Detrás de los soldados y a una respetuosa distancia marchaban, en filas apretadas, las *rabonas*. La *rabona* es la compañera tan inseparable como ilegítima del soldado. Ella vive con él durante la paz; lo sigue a la guerra; lleva el bagaje, los víveres, los cartuchos; hace la cocina y prepara el campamento. En una palabra, el cuerpo de *rabonas* reemplaza al de la intendencia que aquí sólo existe en estado de proyecto. Sin embargo, su papel no se limita en absoluto a esto: durante la batalla estas Euménides desgreñadas, de mirada huraña, las manos y la cara negras de pólvora, hacen fuego contra el enemigo; luego, arrojando el arma ya inútil por falta de municiones, las *rabonas* se precipitan al frente *navaja* en mano. (...)

¿No debía Chile, antes que nada, pagar su deuda de gratitud a los inválidos, víctimas de su ambición? Los héroes oscuros de Chorrillos, de Tacna, de San Juan, de Miraflores, de Tarapacá, vagan miserables por las calles, mendigando un pan que el Estado les rehusa. Un día, un soldado me pide limosna y como yo le ofreciese una moneda, me dijo: «¡Oh! señor, ¿no podría darme dos? ¿Dónde encontraré trabajo? ¿Quién me querrá emplear

²⁴ A pesar que el general Baquedano renunciaba a su candidatura, Santa María obtuvo en el Congreso Pleno 225 votos de 305 sufragantes.

ahora?», y él me mostraba una pierna de palo y su brazo derecho amputado. Pero esta parte de América hace oídos sordos a las teorías filantrópicas.

El chileno es positivo, rudo, salvaje incluso, cuando la educación no ha limado las asperezas de su carácter. Veán Uds. a los jinetes del campo: en sus duelos, los dos adversarios se precipitan uno contra otro al galope tendido de sus cabalgaduras, y es raro que uno de los combatientes no perezca en el choque. Por lo demás, todo buen chileno oculta en su ropa o en sus botas un arma parecida a la *navaja* catalana, arma temible como pocas, que puede abrir a un hombre de un solo tajo. Convencido que su destino lo llama a regenerar la América del Sur, el chileno exhibe un soberano desprecio respecto a los otros pueblos: «Dennos 40.000 hombres, dicen ellos (40.000 chilenos, por supuesto) y daremos la vuelta triunfal al Viejo Mundo». O aún más: «El sitio de Sebastopol²⁵ no es nada comparado con la toma de Arica».

Lejos de nuestra intención está el querer denigrar a un pueblo joven que ha dado pruebas de su bravura; las declaraciones que aquí hemos transcrito han sido expresadas delante nuestro y muestran la tendencia de espíritu propio de la clase media. Por lo demás, ¿no es el orgullo un defecto como cualquier otro? De seguro este defecto no podría ocasionar la condena del pueblo o del individuo que lo posea.

Estos hombre altaneros y violentos ofrecen, en general, una apariencia robusta, y, aunque la belleza, frecuente entre los miembros de las clases altas, deba atribuirse en parte a la cuota de sangre extranjera, no hay que perder de vista que no teniendo las chilenas por dote más que su exclusiva belleza, los chilenos ricos, los extranjeros solidamente establecidos en el país, sólo se casan con las más hermosas de ellas; de esta manera se efectúa una selección en provecho de la alta banca, del mundo político, del gran comercio. Cuando uno examina a los *peones*, podría creerse a la nación entera víctima de la injusticia de la fortuna: el raquitismo y la anemia imprimen estigmas imborrables en esos pobres seres; pero, lo repito, cuando uno considera a las clases altas cambia de impresión.

²⁵ Este fue el asedio principal de la Guerra de Crimea, en que los ingleses, franceses, turcos y sardos derrotaron a los rusos. El sitio duró un año, de septiembre de 1854 a septiembre de 1855.



... Política y Economía del CHRS; el filósofo argentino, Abelardo Estovilla; el teólogo italiano José Ruffini-Rigolini; el periodista Heber Kämpel, de la Universidad Humboldt de la República Democrática Alemana.

Entre los estudiantes, habría que mencionar a los propios estudiantes del W'Al, como Miguel Lawner, Roberto Rebellato, Carlos Pérez, Eduardo Sabrowsky, así como también, a Luis Riquelme, Carlos Ruiz, Carlos Oyarzún, Antonio Vera-Gallo, Osvaldo Fernández, Isabel Torres, Esteban Santa Cruz, y muchos otros.

A cincuenta años de la muerte de Antonio Gramsci, Chile era el momento y lugar simbólico, grande sino así la ocasión para ensayar un debate sobre esta relación del fascismo?

A pesar de esta confluencia de circunstancias, el simposio era un evento

Las ideas de Gramsci, cincuenta años después

Gramsci: de un fascismo a otro

OSVALDO FERNANDEZ

Del 25 al 31 de mayo, organizado por el ICAL (Instituto de Ciencias Alejandro Lipschütz) se llevó a efecto en Santiago de Chile un simposio sobre la «Actualidad y vigencia del pensamiento de Gramsci». Con el apoyo y auspicio del Instituto Gramsci de Italia, se convocó a una treintena de investigadores extranjeros y chilenos a un debate sobre el dirigente político y teórico italiano, que muriera hace cincuenta años en las cárceles del fascismo mussoliniano.

La delegación extranjera estaba representada, entre otros, por Antonio Santucci, filósofo italiano y Vice-Presidente del Instituto Gramsci; Georges Labica, filósofo francés, Director del Equipo de Investigación de Filosofía, Política y Economía del CNRS; el filósofo argentino, Abel García Barceló; el teólogo italiano José Ramos Regidor; el investigador Heinz Krumpel, de la Universidad Humbolt de la República Democrática Alemana.

Entre los chilenos, habría que mencionar a los propios colaboradores del ICAL, como Miguel Lawner, Rolando Rebolledo, Carlos Pérez, Eduardo Sabrovsky, así como también, a Luis Razeto, Carlos Ruíz, Carlos Osandón, Antonio Viera-Gallo, Osvaldo Fernández, Isabel Torres, Eduardo Santa Cruz, y muchos otros.

A cincuenta años de la muerte de Antonio Gramsci, Chile era el momento y lugar simbólico, ¿dónde sino allí la ocasión para entablar un debate sobre esta víctima del fascismo?

A partir de esta confluencia de circunstancias, el simposio era un evento

fuera de lo común. Pero, además, por la forma que adquirió, el espacio y tipo de reflexión que logró abrir, por su contenido y por sus participantes, no fue un coloquio más, sino una viva y productiva reflexión sobre la realidad chilena, a propósito de Antonio Gramsci.

Semanas antes, el ICAL había preparado una serie de seminarios, destinados a dar a conocer la figura de Gramsci. Queremos decir con esto, que el ICAL estimó desde el comienzo que se trataba de una empresa teórica de envergadura. En esta misma perspectiva, y gracias al aporte del Instituto Gramsci de Italia, se editó, previamente al coloquio, el libro, *Gramsci, actualidad de su pensamiento y de su lucha*, con textos de autores italianos, como Nicola Badaloni, Umberto Cerroni, Enzo Santarelli, Eugenio Garin, Palmiro Togliatti, Giuseppe Vacca, y de los chilenos, Sergio Vusković, Antonio Leal y el autor de esta nota.

De tal manera, la semana del 25 al 31 de mayo fue, exactamente, el momento del debate, de la confrontación en su doble significado, entre realidad nacional y pensamiento teórico, en primer lugar, y entre las distintas tendencias, en segundo.

Dos hechos marcaron este momento de debate teórico: 1) que se lograra constituir un espacio de real debate, donde la naturaleza específica de la práctica teórica no fue desvirtuada; 2) y que este debate abriera un importante arco de amplitud y de presencia. Por una parte porque el pueblo estuvo presente y fue, de cierta manera, uno de los principales protagonistas del evento, a través de dirigentes sindicales, dirigentes de pobladores, estudiantiles y de los movimientos femeninos, dirigentes mapuches, etc.; y por otra parte, porque se hicieron presentes las diversas tendencias que abarcan el arco de debate de las ideas en el Chile antifascista.

En este sentido, gracias a la modalidad del coloquio, no sólo se vino al Instituto Lipschütz, desde los sindicatos, universidades y poblaciones, sino que también, de una manera programada, el Instituto desplazó su coloquio hacia estos lugares. Se visitaron las poblaciones, estableciendo un diálogo con los pobladores, se visitaron los sindicatos, y parte del coloquio se extendió a algunas universidades como la Católica de Santiago y Valparaíso, y la universidad de Temuco.

La discusión y estudio de la obra de Gramsci no es algo raro en la realidad latinoamericana y chilena. En Chile se le conoce desde los años cincuenta, cuando comienzan a llegar sus principales escritos, traducidos por la editorial Lautaro de Argentina. Pero el coloquio tocó un punto especial de estos últimos años, cual es la lectura de Gramsci que se viene propiciando desde fines de la década del setenta, y que se la enmarca dentro de lo que se ha llamado, la «crisis del marxismo».

De ahí que pareciera inusitado este coloquio sobre Gramsci realizado desde las posiciones marxistas. Un golpe para quienes en alguna ocasión quisieron oponer Gramsci a Lenin; pero principalmente un golpe para el anticomunismo oficial de la dictadura, que a estas alturas daba por periclitado al marxismo.

Esta particular coyuntura teórica e histórica, explica la temática que se enfatizó durante esta semana.

En primer lugar, el concepto de hegemonía fue objeto de una atención particular. El desarrollo del movimiento popular chileno y las distintas alternativas que se dan en su interior colocan como uno de los puntos neurálgicos la cuestión de la hegemonía. Gramsci es uno de los autores que mayor atención prestó a esta noción, que toma de Lenin y que desarrolla pensándola en el contexto de las sociedades modernas europeas. Con el problema de la hegemonía se vincula la cuestión de la correlación de fuerzas, y principalmente el problema del poder. Temas y problemas que en el marco de la lucha popular, están a la orden del día en Chile.

Dentro de este orden de temas, estaba la relación entre Gramsci y Lenin. Pensados como autores antagónicos por ciertos sectores de la izquierda, el desarrollo del coloquio se encargó de enfatizar el vínculo estrecho que los une, sobre todo porque es casi incomprensible el marxismo de Gramsci, desvinculado de la revolución rusa y de Lenin. Tanto Gramsci, como Mariátegui, y Lukacs, entre otros, elaboran su intervención teórica a partir de la dinámica que les proporcionaba en ese entonces, el pensamiento y la práctica de Lenin.

En este sentido intervino Antonio Santucci, quien junto con reafirmar el hecho de que el pensamiento de Gramsci, en especial el que elabora en sus *Cuadernos de la Cárcel*, es un pensamiento fragmentario y póstumo, insiste en que esto no exime su profunda coherencia interna. Hay allí una lógica puesta en obra, sea cual sea la factura del escrito en concreto. Esta coherencia, que reivindica una cierta ortodoxia, hace difícil su uso como aval de una crisis del marxismo, o como apoyo para disminuir la importancia de Lenin dentro del marxismo. Algo similar afirmó Georges Labica, quien hizo notar el hilo conductor del marxismo, que a través de sus principales representantes ha venido tocando distintos aspectos de la realidad. Así, dice Labica, si Marx representa la ciencia, Lenin es el momento de la revolución, y Gramsci el de la cultura. Pero como partes de un todo que son, la revolución y la tarea del intelectual deben consistir en su vinculación a aquélla.

Además de aquellos puntos que tocaban el problema de la revolución en América Latina y el lugar que tiene en ella la reflexión sobre Gramsci, se abordaron también temas específicos de nuestra realidad cultural, como la teología de la liberación y el entronque del pensamiento de Gramsci con ella. José Ramos Regidor examinó, especialmente, el carácter de este vínculo. La lectura de Gramsci hecha por teólogos tales como Gustavo Gutiérrez, por ejemplo.

Dentro de esta misma orientación se discutió acerca del *sentido común* y la dimensión que este concepto gramsciano puede alcanzar en América Latina. Teniendo presente que por sentido común puede entenderse sabiduría popular, tradición conservadora, sedimentación de la ideología dominante, pero también espíritu de rebelión acumulada a través de siglos de postergación social y racial.

Pero Gramsci significa también el desarrollo de un marxismo abierto, antidogmático, en tanto su obra se expone como una crítica al materialismo vulgar. Estas ideas y la importancia de la filosofía en Gramsci, fueron los temas tocados por el Doctor Heinz Krumpel, quien señaló que en la hora actual, la tarea de la filosofía consiste en desarrollar la conciencia crítica, rompiendo con el positivismo y abordando aquellos temas descuidados por el marxismo como el de la fe, de la esperanza, de la vida y la muerte, etc.

Frente al positivismo, se puede decir que el objeto sólo es posible como conciencia histórica. Hay que reemplazar el pensamiento mecánico, elevando a un rango particular las preguntas por la existencia individual del hombre, en su vivir cotidiano, ecológico y social. Esta orientación, propuesta por el Profesor Krumpel, da una dimensión especial a las tareas de la filosofía en América Latina, las que ligadas a los otros aspectos propios de nuestra especificidad, indican que en la medida que esta temática sea asumida por una generación intelectual, y se haga conciencia crítica en las masas, se estará originando una nueva lectura de Gramsci en América Latina.

Pero el aspecto simbólico que convirtió el coloquio en el lugar geométrico de la denuncia del fascismo, le imprimió al todo una significación particular. Así, el hecho que entre las ponencias se escuchara la de Clodomiro Almeyda, quien junto con saludar al coloquio entregó una comunicación especial; o cuando otro de los ponentes hizo saber, que venía saliendo de las cárceles de la dictadura, y contó cómo allí, al igual que en los tiempos de Gramsci, había una preocupación constante por la formación teórica; o lo del diario mural, donde bajo el alusivo título de *Letras de la cárcel* se colgaban cartas de los presos políticos chilenos.

En definitiva, la realización del coloquio fue una empresa político-cultural completa, donde una de sus partes no menos central, fue la realización de una exposición de pintura, dibujo, video *Hegemonía y visibilidad*, con obras de José Balmes, Francisco Brugnoli, Gonzalo Díaz, Virginia Errázuriz, Nury González, Jorge Tacla, Patricia Vargas, y los textos de Justo Pastor Mellado, Gonzalo Muñoz, Pablo Oyarzún, Eduardo Sabrovsky, y Cecilia Sánchez.

Esta empresa total, representa una forma nueva de debate y acción cultural. Es confrontación ideológica en el más fructífero sentido de la palabra. Gracias a ella, las ideas transitan y se miden a otras ideas. Se quiebran las cristalizaciones ideológicas y prejuicios que el anticomunismo manejado por la dictadura pretende imponer en Chile, país de tradición pluralista. Todo esto se expresa hoy en lo que es el Instituto Alejandro Lipschütz.

Perfil humano y metodología de trabajo de Gramsci

MAURICIO LEBEDINSKY

El perfil humano de Gramsci y su metodología de trabajo como dirigente político y teórico son inescindibles. Son aspectos complementarios que necesariamente deben entrar en su biografía intelectual. El problema es cómo se forjó esa personalidad política, que fue capaz de continuar a Lenin en aspectos importantes de la teoría, que fue apto para hacer una interpretación rica —y no dogmática— de Lenin, de leerlo como el líder bolchevique que leyó a Marx: de manera creadora. Es decir, perfeccionando la teoría y la práctica.

La obra de Gramsci ha ido adquiriendo creciente importancia. Se cuenta entre los 250 autores más leídos del mundo. ¿Por qué este fenómeno? En principio pasa con él lo que con los clásicos: las sugerencias que emanan de sus escritos, en forma germinal o fragmentaria, son una fuente de inagotable pensamiento. Pero, hoy su obra sobresale, se destaca con otras luces, el enfoque creador de los clásicos —de Marx y Engels, y de Lenin— tiene en Gramsci a un representante eximio, quizás no superado, luego de la muerte de Lenin, en el movimiento comunista internacional.

Es un autor que ha dado, a través de los *Cuadernos de la cárcel*, una riqueza de categorías nuevas que indican un estudio muy hondo de la realidad, un denso humus cultural y un pensar teórico capaz de abstraer y generalizar hasta mostrar esa riqueza asombrosa de categorías, de puntos nodales del pensar, cuyo atractivo han sentido tantos estudiosos de procedencias geográficas diferentes, de distintas extracciones ideológicas y políticas, de variadas disciplinas.

Cuando se ilumina el perfil humano, que explica algunos elementos de su biografía, y entramos en el aspecto metodológico, hay que distinguir en Gramsci su método de trabajo como político —como hombre en contacto con las masas, en su Partido y en el Movimiento Comunista Internacional, así como en el plano intelectual—. Probablemente muchos de estos elementos estén imbricados unos con otros. Por ello, antes de referirnos a lo metodológico, conviene hacer un breve repaso de su biografía.

Rasgos sobresalientes de su vida

Gramsci nace en la isla de Cerdeña, en una casa muy pobre cargada de problemas, entre ellos la prisión del padre. Posee una salud muy precaria. Debe trabajar desde niño, y cada paso en su formación escolar es trabajo: tanto para él como para su familia, por las graves dificultades económicas que atraviesan. Adquiere desde temprano, y de manera explícita, la perspectiva del pobre, del explotado, por su situación personal y también por la cercanía con la miseria del minero, del campesino. Se forja, así, su conciencia anticolonialista, referida a la explotación de la Isla por el poder central, problema extendido al sur de Italia, al Mezzogiorno. En esas condiciones supera las limitaciones del dialecto, adquiere la lengua italiana, con una voluntad encarnizada y una formación intelectual sólida.

Gana una beca —de estudiante pobre— para la universidad, y viaja a Turín. Pese a sus tremendas limitaciones económicas y de salud, será un estudiante de aplicación ejemplar. Se va elevando al contacto con el Turín rojo, con la clase obrera italiana y la ampliación de su horizonte cultural, va rompiendo su cáscara sarda, sin abandonar jamás la preocupación por su lugar natal y el sur de Italia.

Militante de la izquierda socialista, se transforma a los veintiocho años en el dirigente de la clase obrera turinesa en el «bienio rojo» de 1919-1920, en íntimo contacto con los obreros, en medio de las luchas y las metrallas de los escuadrones blancos, gérmenes del fascismo. Luego de la escisión de Livorno —en 1921— entra en la dirección del Partido Comunista de Italia, que lo envía a la Unión Soviética como su representante en la Internacional Comunista (III Internacional). En un proceso complejo, llega a la secretaría general de su Partido y a ser diputado por Venecia, en medio del auge del fascismo.

Su método de trabajo es notable. En íntimo contacto con la clase obrera, con los sectores campesinos y con los intelectuales —educador de los principales cuadros de su Partido— forja con su delicado trabajo de orfebre, con su humanismo sin límites, con su razonamiento inteligente, lo que será la dirección histórica de su Partido, que lleva una lucha encarnizada contra el fascismo. Serán los cuadros que resistirán cárceles y torturas, y formarán la resistencia contra el fascismo. Por último, alojado en la prisión, siendo uno de los que mueren en las cárceles de Mussolini, su obra teórica, de un heroísmo callado y sin límite, hecha en medio de las horribles condiciones de la cárcel, lo transformará en el más alto exponente del pensamiento avanzado de Italia, de las fuerzas que quieren transformar el capitalismo en socialismo. Pero, también lo convierte en uno de los más altos exponentes del marxismo en el siglo XX, en el continuador de Lenin, en una figura cuyo conocimiento y perfil va creciendo día a día, y que alcanza su pináculo en este homenaje que le rinden las fuerzas progresistas, a cincuenta años de su fallecimiento.

Cuando la clave para vencer, para salvar a la humanidad del holocausto, se encuentra en la encrucijada de transformar un marxismo dogmático

en un marxismo creador, la figura de Antonio Gramsci se convierte en la gran senda de los fundadores del socialismo científico, de Lenin, en piedra de toque para esa liberación de las fuerzas revolucionarias.

Su metodología y estilo de trabajo intelectual

Siendo hombre de Partido, ligado íntimamente a las masas, sobre todo a la clase obrera, sintió en la cárcel, en sus reflexiones, el aislamiento, la falta de diálogo fecundo, la exploración concreta del estado de ánimo y las preocupaciones de los hombres concretos, de Juan o de Pablo como dice en sus cartas. Además, en la cárcel, salvo contactos aislados y su correspondencia, se va alejando de los afectos, de la camaradería, de todo lo que constituye para el hombre el motor afectivo de su accionar. Son una excepción la presencia de Tatiana, su cuñada, que desempeña junto con Sraffa, su amigo de juventud y célebre economista, la tarea de ángeles guardianes. Estuvo en esos años alejado de su mujer, de sus hijos, de sus camaradas de Partido, del movimiento internacional.

Justamente Gramsci era un intelectual en el que lo afectivo, como en todo hombre verdadero, tiene gran importancia. El error del intelectual —para él— consiste en que éste quiere saber sin llegar a comprender (es decir con acopio de información y no arduo de razonamiento); pero también porque quiere hacerlo sin apasionarse. Además, pretende hacerlo alejándose de la organización, de la militancia política. Gramsci considera que se necesita la organización para disciplinarse. La máxima comprensión se logra, dice en un artículo juvenil, entrando en la organización, en el Partido político.

En Gramsci la cultura no es solamente acumular datos e información sino la organización del yo interior; hay que conocerse a sí mismo; ser dueño de sí mismo; ser elemento de orden en torno a un ideal. El es hombre de diálogo no de monólogo, como lo dice en sus cartas. Necesita al interlocutor, aun en el plano familiar. Además toda su formación tiene carácter polémico.

En una de sus cartas de prisión a su cuñada Tatiana Schucht, del 15 de diciembre de 1930, le dice;

«Toda mi formación intelectual tuvo un carácter polémico, de manera que me resulta imposible pensar “desinteresadamente” o estudiar por estudiar. Sólo en contadas ocasiones me he abandonado a alguna línea particular de pensamiento y analizado algo a causa de su interés intrínseco. Usualmente me hace falta entrar en diálogo, ser dialéctico para llegar a obtener estímulo intelectual. Ya te dije una vez cuánto odio eso de andar arrojando piedras a la oscuridad. Yo necesito un interlocutor, un adversario concreto, aun en situación familiar».

Gramsci tiene una curiosidad inextinguible pese a su agotamiento nervioso. Necesita, en el aislamiento de la cárcel, lecturas para pensar, para

dialogar, para polemizar, para forjar hipótesis, para desarrollar su capacidad creativa.

El flujo de materiales a la cárcel es irregular. A veces tiene que quedarse con una maleta restringida de libros. O le llegan revistas y libros de procedencia católica o fascista. Por períodos ese arribo es mayor. Por momentos le prohíben escribir. Cuando se le restringe la escritura lee febrilmente, pero rechaza esa metodología. Traza siempre planes y los cumple cuando tiene los cuadernos que le autorizan a ingresar, luego de reclamar por el cumplimiento estricto del reglamento carcelario.

Por supuesto que el bagaje intelectual está dado por su formación sólida anterior. Tiene que utilizar constantemente ese instrumental que lleva en su memoria, en su capacidad infinita de razonamiento.

Como él dice, durante todo el período carcelario le molestaron sus «hábitos» universitarios, del intelectual que trabajó siempre fichando materiales, en bibliotecas, con un importante examen de fuentes. Pese a ello, en la cárcel no abandonó ese hábito. Cuando tiene que sacar de su celda pequeña una colección de revistas de cuatro años, se pasa días enteros registrando el material que contienen. Cuando se queda sin lectura para seguir trabajando, hace traducciones, se ocupa de lingüística, de su especialidad como forma de seguir desarrollando su capacidad de pensar, de abstracción.

Gramsci ficha, examina las fuentes. Luego piensa y recién descende con la pluma a sus cuadernos. Ese es su método largamente adquirido. Antes de entrar de lleno en los temas, utiliza la monografía parcial como material de base. Rehace, sintetiza, reordena el material constantemente. Se autoexige exactitud en la información, precisión en el razonamiento.

A lo largo de toda su obra rechaza —en lo intelectual— lo que él denomina el facilismo o la irresponsabilidad. En los consejos a su cuñada —que quiere ser traductora— le dice que debe dominar las dos lenguas y no sólo el lenguaje corriente sino también el técnico.

Cuando recuerda la actividad de los profesores destacados de la Universidad de Turín, admira la perseverancia del estudio de fuentes, de la elaboración de historias de la literatura y otras disciplinas. Siente respeto profundo por el laboreo serio y perseverante.

En sus comentarios al trabajo intelectual que realiza, a sus escritos, advierte constantemente sobre su precariedad, su carácter de estudios parciales, de material de base para llegar a elaborar estudios más profundos. Dice que de un autor hay que juzgar el material publicado directamente por él. En una de sus cartas comenta que un editor quiso recopilar sus artículos que él denomina de circunstancia. Eso hubiera representado quince tomos de 400 páginas. Se niega en absoluto a ello por considerar que fueron escritos con premura, al calor de acontecimientos parciales. Incluso, se niega a que se publiquen a través de la cátedra de filología, una serie de trabajos de lingüística que escribió, por considerar que el tema no está exhaustivamente tratado. Todo ello habla de sus precauciones, excesivas quizás, de sus «escrúpulos de método».

Asimismo, piensa que hay temas tratados unilateralmente —según él—, sin estudiar muchas facetas. Esto no se corresponde con la orientación multilateral de Gramsci, con el estudio de todas las facetas, con la compatibilización del material para que no tenga fallas lógicas y con el pulimiento de lenguaje. No se corresponde con su tendencia giroscópica, global.

Quizás temía lo que después se produjo. En sus cuadernos hay temas sin terminar, que tienen varios enfoques. Eso es notable en el problema de la ideología, por ejemplo, en toda la riqueza que sobre ese tema se encuentra. A veces se dice que estudió más los aspectos superestructurales que la economía. Pero, aparte de que sus consideraciones sobre economía son muchas y muy valiosas, piénsese en el tema crucial de «americanismo» y «fordismo», en su polémica con Croce, lo cierto es que desarrollaba los cuadernos para él, para armonizar las partes en el texto definitivo.

Además hay autores que se toman de definiciones parciales para desarrollar un tema sin consideraciones acerca del ritmo de pensamiento, de la idea más general que recorre los escritos del autor. Sin embargo, la publicación de sus manuscritos, con mensajes cifrados o de fábula esópica, con alteración de nombres, para atravesar el sello y la firma de los carceleros, considerando el ritmo de su pensamiento, ha conmovido profundamente a los medios intelectuales y es una fuente inextinguible de reflexiones, por la riqueza que contiene y por la metodología del abordaje.

Desde el punto de vista de su propia obra, tienen una importancia crucial para nosotros sus consideraciones metódicas de cómo abordar la obra de los fundadores del socialismo científico, de Lenin, y también las consideraciones respecto de Croce.

Hay que reconstruir la biografía intelectual personal y de su medio. Seguir la trayectoria de sus obras mayores y menores desde el punto de vista cronológico. Ver su práctica política, lo implícito como concepción teórica y filosófica. Evitar el encandilamiento para tener un ángulo crítico, el estudio filológico, etcétera. Son notables sus consideraciones con respecto a la obra de Marx y Engels. Considera que no hay que confundir a ambos, aunque sí valorar sus aportes individuales. Lo mismo se puede decir de sus consideraciones con respecto a la relación Marx-Lenin; cómo es que a través del leninismo que se valora al marxismo. Ese método le permite hacer una lectura profunda, pero no dogmática, pese a la tremenda admiración por los fundadores de la teoría y de la práctica del movimiento revolucionario, y continuar pensando en ese curso del desarrollo de la teoría y de la práctica. También exige una valoración cuidadosa de Croce, de los periódicos de sus obras, de sus aciertos y errores.

Es notable en él la valorización de la filosofía vinculada a la política. Seguir lo espontáneo y lo consciente, teorizar sobre la práctica.

No se deja llevar por un criterio deducccionista, el que rechaza. Es un estudioso de la situación concreta, capaz de descender en la información a las ramificaciones más finas. No cree en la fatalidad de las leyes, en el «topo de la historia», en su trabajo, independientemente de los hombres concretos. Puede consolar en una derrota pensar que la historia trabaja

para nosotros, pero no sirve para el accionar consciente. Cuando hay condiciones para el despliegue de actividad hay que enterrar, con todos los honores, la concepción fatalista.

No acepta el dogma del canal emisor único ni la analogía mecánica. Su entusiasmo por la Revolución de Octubre, por el leninismo, está dado por el alto despliegue del elemento subjetivo, consciente. Además rechaza la actitud pasiva, de «miserable notario», de registrador de los acontecimientos, de sentarse en el banco de la historia para ver pasar el cadáver del enemigo. Lo esencial —dice— es la actitud activa, consciente, inteligente. Hay ciencia y hay arte de la política. Pero este arte consiste, para él, en ver más lejos, relacionar hechos aparentemente diversos, tener velocidad para hacerlo y sacar rápidamente las conclusiones sobre el curso probable de los acontecimientos para accionar —con un programa— sobre la realidad.

Para Gramsci, la historia es política. Y no hay forma de explicarse los acontecimientos presentes, donde se hace historia, que ir a indagar su curso. Por ello, dice que un dirigente político, en vista de que la historia está presente en la política, no puede accionar, con criterio, si no conocer por lo menos los cien últimos años de la vida de su país.

Mucho se ha escrito sobre la capacidad de Gramsci para conceptualizar, crear nuevas categorías, y acerca de la riqueza fascinante de su lenguaje político. ¿De dónde viene? No cabe duda de que Gramsci, ante los acontecimientos, no se queda en la superficie. Va al estudio de la historia de Italia, de las ciudades que florecieron otrora, del Renacimiento, del proceso de unidad nacional (desde las ideas de Maquiavelo, y otros pensadores, hasta el curso efectivo de la unidad italiana con el Risorgimento). Estudia sus corrientes, el transformismo, la revolución pasiva. Ahí se ve la génesis de las categorías: de «revolución pasiva», es decir desde arriba con todas sus implicancias, del «transformismo», es decir la captación por el Piemonte de la intelectualidad tradicional y contestataria. En el estudio de la cuestión meridional, en las particularidades de las fuerzas motrices de la revolución, se da cuenta de que para el abordaje del tema campesino no basta levantar la organización de los campesinos pobres, o lograr que los obreros cedan en sus concepciones corporativas inscribiendo —en sus programas— las reivindicaciones de campesinos e intelectuales para hegemonizar la alianza. Advierte que por encima de lo estructural (latifundistas-campesinos) se levanta una armazón intelectual. Defienden al latifundista el escribano, el abogado, el cura, el Vaticano, los industriales del norte, y hasta los grandes intelectuales, como Croce. También del lado campesino hay defensores como Salvemini y Gobetti.

Pero, se da cuenta de que hay un verdadero bloque que defiende a los que dominan. Y que, aparte de la organización gremial de los campesinos, hay que tirar a la cabeza de ese bloque intelectual, que es la cabeza que sostiene la estructura agraria. El concepto de bloque histórico como unidad de estructura y sobreestructura viene de ahí; pero también el razonamiento que tiene para definir al Estado como «centauro»: mitad caballo y mitad hombre, mitad fuerza y mitad razón —es decir fuerza, domina-

ción y también dirección, hegemonía consenso—. De ahí parte su visión de la sobreestructura, como sociedad política y sociedad civil, y del papel de los intelectuales.

Gramsci nos ha ayudado en esa visión de que la superestructura es algo viviente. Por supuesto que cuando se lee *El 18 Brumario* o *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, o los trabajos de Marx y Engels sobre la revolución en España, o muchos de los trabajos de Lenin, esto se confirma. Pero, a veces, la enseñanza manualizada o la ortodoxia ha llevado el concepto de superestructura a un reflejo de la infraestructura de ideas, de instituciones, que le quitan vida y objetivos. Con el análisis de Gramsci sobre el papel de los intelectuales, de la burocracia, de la escuela, de los profesores y grandes intelectuales, orgánicos y tradicionales que lo sostienen sacamos una concepción viviente, dinámica, concreta. Lo mismo acerca de cómo atacar en una sociedad concreta, o en estos días, los bastiones enemigos.

En la polémica ideológica hay que apuntar, dice Gramsci, a los grandes intelectuales. Destruir las concepciones fundamentales. Por eso la emprende con Croce. El tiene influencia sobre los intelectuales del sistema. Dice que hay un método para ello: no tergiversar; decir lo que el adversario piensa; admitir los dardos que nos arroja. Reconocer el dolor que nos causa, pero argumentar hasta vencerlo. Solo así nuestra polémica puede desbloquear a los intelectuales bajo su influencia. El intelectual tiene intereses concretos, pero también está acostumbrado a razonar. Ese último es el costado por donde se puede penetrar. Mas también hay que ir al sentido común, al folklore, a las degradaciones de los conceptos ideológicos de los que dominan y forman consenso vinculando a gobernantes y gobernados.

Además, hay que combatir también en el plano de la enseñanza, de la iglesia, de los medios masivos de difusión. No se puede ser, en países católicos anticatólico burdo —dice Gramsci—. Ellos son mayoría. Hay ateos ricos, reaccionarios, y masas de católicos que tienen posiciones progresistas. Se trata de hacer tambalear el bloque dominante que tiene una armazón ideológica —formado por intelectuales— y ganar a una parte de ellos para la constitución de otro bloque histórico progresista. Hay que formar los intelectuales orgánicos del proletariado, de las clases subalternas. Es decir que su conceptualización tan rica, surge del examen histórico y actual de los problemas, dentro de un examen concreto y de una rica experiencia de razonamiento, de teoría, de síntesis.

El cuidado que puso Gramsci en el estudio concreto de los fenómenos de su tiempo, lo salvó de las visiones catastróficas. Eso sucede con su estudio del capitalismo. En medio de la crisis del 30, estudió los nuevos fenómenos de racionalización y predijo que no todo era estancamiento. Se apoyó en el trabajo sobre el imperialismo de Lenin, desarrollando los nuevos fenómenos. Su examen concreto del fascismo lo llevó a la conclusión de que era imposible combatirlo de entrada con las tesis del VI Congreso de la Internacional Comunista, de clase contra clase, u oponiendo al fascis-

mo la dictadura del proletariado. Concebía un movimiento antifascista amplio y una Asamblea Constituyente que luchara por la democracia y la hegemonía. Cuando se dan, en esa línea, los Frentes Populares, insiste en la hegemonía.

Le dio la razón al grupo leninista dirigido por Stalin que sostenía la posibilidad de construir el socialismo en un solo país, pero tuvo dudas sobre los métodos y la dogmatización del marxismo. En cambio, atacó a Trotski por sus ideas inmaduras sobre el socialismo en la Revolución de 1905, como teórico del ataque frontal y como cosmopolita. Valorando a Rosa Luxemburgo, criticó su espontaneísmo.

Por supuesto que hay que ubicar a Gramsci en su tiempo y comprender algunas de sus limitaciones, que provienen de su formación. Se le ha criticado una insuficiente relación entre filosofía y ciencia; se discuten problemas alrededor del historicismo y del humanismo, y algunas de sus tesis filosóficas en relación con el materialismo. Se le reprocha que no llegó a articular bien lo de la guerra de posiciones y guerra de movimientos. Todo ello hay que discutirlo. Además, hay que tener en cuenta las limitaciones de la cárcel, de materiales, de su época. No hay que sacralizarlo ni a él ni a los clásicos, ni a Lenin. Hay que seguir analizando y pensando los fenómenos nuevos, el Estado, la intelectualidad, los medios de difusión que tanto han cambiado.

Pero su legado es inmenso en la vía del marxismo creador.

El concepto de ciencia en Gramsci

CARLOS PEREZ SOTO

«Parece posible la existencia de una objetividad extrahistórica y extrahumana? Pero ¿quién juzgará semejante objetividad? ¿Quién podrá ponerse en esa especie de “punto de vista del universo en sí” y qué podrá significar semejante punto de vista?... Objetivo significa siempre “humanamente objetivo”, lo que viene a equivaler exactamente a “históricamente subjetivo”, es decir, que objetivo significaría “universal subjetivo”¹».

¹ En todo este trabajo centraré la postura de Gramsci remitiéndola a los textos más explícitos que se pueden encontrar en torno al tema en los *Cuadernos de la Cárcel*. Básicamente me remitiré al Cuaderno n.º II: «Apuntes para una introducción y preparación al estudio de la filosofía y de la historia de la cultura». Dentro de estos apuntes, que proceden del período 1932-33, me interesan dos textos centrales: «Observaciones y notas críticas sobre un intento de Ensayo Popular de Sociología» (CEP), y «La ciencia y las ideologías científicas» (CIC). Para esto usaré la traducción castellana de Miguel Candel (1981), que se basa en la edición Einaudi italiana de 1975, y que está publicada bajo la dirección de Manuel Sacristán por Editorial Crítica de Barcelona, 1985. Todas las referencias de páginas están tomadas de esta edición. La primera cita proviene de CEP, pág. 89.

I. Introducción

Cuando decimos que el marxismo es una teoría científica básicamente, queremos transmitir una impresión de certeza. La idea, como más de una vez se dijo en tiempos de la II Internacional, de que Marx ha revolucionado el estudio del hombre y la sociedad de una manera análoga a como las ciencias naturales han revolucionado el conocimiento de la naturaleza. El marxismo es, para esta impresión, ciencia de la historia, ciencia de la economía, ciencia de la política.

Sin embargo, cuando tratamos de explicitar qué se quiere decir en ese contexto con la palabra ciencia, nos topamos con otras caracterizaciones que Marx hace de su obra. Ha hecho una teoría materialista de la historia, ha usado el método dialéctico. Qué significado puede atribuirse a los términos *materialismo*, *ciencia* y *dialéctica* es un asunto polémico en la tradición marxista.

Para unos, las ciencias particulares van obteniendo del mundo polémico material, objetivo, un saber positivo que lo revela y que permite encontrar las formas más generales del movimiento de la materia, como materia pura, como materia organizada en vida y conciencia, o como sociedad humana con relaciones sociales objetivas. La dialéctica aquí, según la formulación canónica, es «la ciencia de la ciencia», la «ciencia de las leyes más generales de la naturaleza, el hombre y la sociedad». La naturaleza aquí es el referente exterior, objetivo, independiente, *en* el que ocurre la historia humana, del que deriva esta historia, y con el cual nos relacionamos a través del trabajo, de la práctica social.

Hay puntos decisivos, como mostraremos, en que Gramsci *no* está de acuerdo con esta imagen. Gramsci pondrá en duda la objetividad pura, la certeza absoluta de la ciencia, la adecuación general del método de la ciencia. En Goerg Luckacs y Ernst Bloch es posible encontrar dudas y planteamientos parecidos. Algo así es posible en Mihoilo Markovic en Yugoslavia o, más lejos del centro doctrinal del marxismo, en el grupo Frankfurt.

Para unos la ciencia es el modelo y la base de la certeza, para otros lo es la dialéctica. Para unos la dialéctica es una generalización de las ciencias particulares. Para otros difiere en esencia de las ciencias. Para unos la naturaleza es el marco de la historia humana, para otros la naturaleza sólo es concebible en el marco de la historia, de la práctica. Para unos la materia objetiva es el dato primordial, para otros la objetividad se construye socialmente.

En estas alternativas hay una TENSION fundamental que recorre toda la historia de la tradición marxista. Se puede decir que el marxismo *consiste*, entre otras cosas, en esta polémica. No es posible decidir simplemente aquí cual es el marxismo correcto y cual no. La polémica actúa como *motor teórico*, pertenece al núcleo doctrinal. La diversidad obedece, en último término, a que la historia no se ha consumado, a que vivimos siempre en transición, a que los grandes temas con que la ideología burguesa

ha contribuido al progreso de la humanidad se mezclan íntimamente con los que son y serán característicos del socialismo. Unos superan internamente a los otros. Vivimos esa transición en el plano de la ideología y de la práctica, y nos movemos en sus dualidades. Esa polaridad, ese conflicto, es nuestra vida.

II. El concepto de ciencia en Gramsci

Si ordenamos las inquietudes de Gramsci en torno al tema encontramos las siguientes líneas centrales:

1. A Gramsci le parece necesario considerar a la ciencia (incluso natural) como una creación histórica.

— Afirmará esto en la constatación de que todo saber científico es provisorio (*CIC*, p. 140).

— En que toda práctica científica se da en el marco de la práctica histórica, sometida a sus contradicciones y contingencias,

— en que la ciencia no se ha desarrollado linealmente, ha sido «eclipsada», ha sufrido el debate ideológico de cada época, porque siempre va «revestida» de ideología, porque tiene consecuencias en la práctica ideológica.

— porque se puede convertir en un fetiche, en una nueva magia, en un recurso irracionalista.

2. En un sentido más fuerte afirmará incluso que debe considerarse a la ciencia como actividad en la superestructura, como ideología.

3. Pero ocurre que clásicamente se ha entendido a la ideología como falsa conciencia, como subjetividad social. La ciencia, en cambio, sería el reconocimiento de lo objetivo como tal, la conciencia de la verdad del objeto. Ante esto Gramsci, de manera aún más radical, afirmará que no tiene sentido hablar de la objetividad pura, independiente de la conciencia que la conoce. (*CEP*, p. 89)

4. Incluso afirmará reiteradamente que la idea de materia exterior, pura, lo que él llama «materialismo metafísico», tiene su origen en ideas religiosas, que se imponen a través del sentido común. Es la idea de un creador exterior a la naturaleza, un creador objetivo, existente por sí mismo, la que está presente, sepámoslo o no, en la idea de materia independiente y existente por sí misma. (*Ibid.*, p. 83-84; p. 90; p. 66-69)

5. Con la misma insistencia Gramsci nos propone un concepto distinto de materia, de objetividad. Lo objetivo es lo común a todos los hombres. Es lo «históricamente subjetivo». Lo objetivo es siempre «humanamente objetivo». Lo que es «conocimiento real para el género humano históricamente unificado». (*CEP*, p. 89, *CIC*, p. 139) Por esto, intenta redefinir la alineación Engelsiana materialismo/idealismo en términos de objetivismo/subjetivismo. (*CEP*, p. 84) Afirma que la filosofía de la praxis es una superación tanto del materialismo como del idealismo. (*Ibid.*)

Defiende un subjetivismo inmanentista, colectivo, historicista, en contra del subjetivismo idealista, pero también en contra del materialismo puro.

6. Esto lo lleva a recordar que en tiempos de Marx el término materialismo no tenía que ver con objetividad de lo exterior sino con el inmanentismo y el realismo político, (CEP, p. 79-82) y afirmar que la filosofía de la praxis es un «historicismo absoluto», «humanismo terrenalizado, mundanizado», (Ibid., p. 115) una «continuación de la filosofía inmanentista depurada del aparato metafísico y llevada al terreno de la historia».

7. Por otro lado Gramsci cree que la tendencia a entender el marxismo como ciencia está relacionado con el intento de hacer «ciencia histórica» en los mismos términos que «ciencia natural». Critica la idea de que se puedan hacer predicciones en la acción histórica afirmando que las predicciones ya son un elemento que ayuda a crear la acción. (Ibid., p. 74) Critica la idea de aplicar métodos estadísticos al estudio de lo social: las masas no son inertes. La conciencia rompe la espontaneidad de lo natural. (Ibid., pp. 106-107) Afirma la necesidad de distinguir una metodología específica para el estudio de lo histórico. (Ibid., p. 75; pp. 122-123) Afirma incluso que a la filosofía de la praxis le interesa la materia sólo como elemento de la producción, no como objeto de hipótesis puramente teóricas.

8. Por último Gramsci afirma dos reconocimientos:

— que es posible distinguir entre el núcleo firme de la ciencia y rechazar la investidura ideológica que lo acompaña, (CIC, p. 142) porque la tarea de la ciencia es justamente encontrar lo que es común a todos los hombres, distinguiéndolo de lo que es transitorio; (CIC, p. 139)

— y por otro lado afirmará que la ciencia es un modelo de unidad de la teoría y la práctica que prefigura la praxis del obrero del futuro, del productor consciente.

9. En resumen, Gramsci criticará el intento de separar hombre de naturaleza, actividad de materia, ser de pensar, sujeto de objeto. (Ibid., p. 141) Criticará la idea de Lukacs de que el marxismo sólo es aplicable a la historia y no a la naturaleza afirmando que la naturaleza sólo se conoce a través de la práctica humana. (CEP, p. 131) Y afirmará que la dialéctica, como base de la filosofía de la praxis, debe ser entendida como base de una filosofía integral, que inicia una nueva fase en la historia. Diríamos: como sentido común del comunismo. (Ibid., p. 101)

Como se ve, a pesar de que nos hemos detenido en dos apuntes que no ocupan más de 60 páginas, la cantidad de cuestiones vitales que se plantean es enorme. Sólo cabe aquí una profunda admiración por un hombre que preso, atormentado, enfermo, es capaz de escribir con tanta lucidez y amplitud. Admiración por lo que estas ideas contienen y también por la enorme cantidad de temas que logran sugerir, por la vasta proyección de los desarrollos que permiten.

Nuestras críticas deben entenderse en ese contexto. Es inútil e injusto pedirle a Gramsci todavía más de lo que hizo, pero eso no elude nuestra responsabilidad de completarlo. Es inútil pedirle la coherencia reposada de un erudito, porque no pudo y, sobre todo, no quiso serlo. Pero esto no

elude nuestro deber de buscar la coherencia de su pensamiento y llevarla al desarrollo de sus posibilidades.

III. Críticas al concepto de ciencia de Gramsci

Discrepamos de la opinión de Gramsci de que el materialismo objetivista, metafísico, derive sustancialmente de las ideologías religiosas. Creemos que esta tesis es, como mínimo, incompleta. Si bien se puede rastrear el origen de la afirmación de la materia exterior en la panteísmo de Spinoza, este no puede ser el elemento teórico central que ha actuado en el sentido común. Gramsci olvida aquí la importancia de la praxis industrial en el mundo moderno. Su certeza de manipulación, de dominio de la naturaleza, de conquista del mundo. Esta es una fuente práctica de la impresión de objetividad pura. La indicada por Gramsci tiene la apariencia de referirse a las ideologías clericales de su época, de generalizar el atraso del sentido común y del mundo productivo italiano, de referencia erudita al spinozismo.

Pero esto nos lleva también al problema de la objetividad como tal. Creemos que hay en Gramsci una oscilación que, aunque reduce la objetividad a la práctica del conocimiento, la conserva como núcleo duro de lo real. Cuando Gramsci afirma que es posible quedarse con el «hecho objetivo» y rechazar el «revestimiento ideológico», dice algo distinto a cuando sostiene que las predicciones contribuyen a crear los hechos históricos.

La raíz del asunto está en que aún en el concepto de Gramsci es posible poner la objetividad exterior, pero ya no como lo inmediato, sino como límite de la práctica congnotiva. Resulta así que la práctica de conocer es un acercamiento indefinido a la misma objetividad pura que ha criticado. Lo que nos plantea al respecto equivale a mantener la verdad como estado, o como cosa, y a considerar histórico sólo el proceso de su conocimiento. Es decir, no habría historia de la verdad misma sino sólo de la ignorancia. Nuevamente es posible aquí la pregunta gramsciana: ¿Cómo nos consta esa verdad que *es*?, ¿Cómo sabemos si nos acercamos a ella o no?

Pero también está implicado aquí el problema de la historización de la ciencia que hace Gramsci. Nos dice que es un producto histórico, pero no especifica a qué práctica histórica se refiere. La cuestión es que en el marxismo HISTORIZAR es algo más que poner la dimensión temporal.

Historizar es poner el fenómeno en relación con la historia humana real, es decir, con las relaciones sociales. Lo que debiera decirnos Gramsci no es que la ciencia se ha eclipsado o no, sino a qué relaciones sociales responde, y a partir de eso, ver si el tal «eclipse» lo es, o es un cambio en las relaciones sociales. Se puede decir esto también así: Gramsci nos dice que la ciencia es ideología, pero no nos dice de qué práctica social es ideología. Curiosamente el historicista Gramsci ha «eternizado» la ciencia como una actividad permanente del hombre para luego comprobar sus «eclipses» temporales. Creemos que el problema está justamente en no completar la historización: no

toda idea de la naturaleza puede ser llamada ciencia. Cada forma ideológica, cada forma de las relaciones sociales, tiene una idea de lo natural que le es característica. La ciencia es una de ellas. Considerarla históricamente debe significar acotarla a una práctica social determinada, buscar su conexión con ella, su coherencia como ideología.

Si lo intentamos así podemos discrepar también de la relación que hace entre el materialismo y el idealismo con la religión. Históricamente ambos aparecerán precisamente como productos de la ciencia. Podemos pensarlos como la polaridad básica en torno a la cual la ciencia como ideología de una formación social se mueve. Hume, Berkeley, el materialismo francés, Kant, deben ser entendidos como intentos de darle un fundamento racional a la ciencia. Sus éxitos y sus fracasos deben ser vistos como índices de los límites de fundamento de la propia ciencia como forma ideológica.

Creemos, por último, que Gramsci no ha sacado, respecto de la ciencia, todas las consecuencias de su crítica a la posibilidad de predicción en la acción histórica. Aquí ha propuesto algo verdaderamente radical:

«La previsión aparece, pues, no como un acto científico de conocimiento, sino como la expresión abstracta del esfuerzo que se hace, el modo práctico de crear una voluntad colectiva». (CEP, p. 78)

Lo radical aquí es que dos cosas que se acostumbra a pensar como lógicamente separables y en secuencia —la predicción, el resultado— aparecen fundidas en la práctica política. Si somos audaces podemos reconocer en esto un modelo de relación dialéctica genuino. No cualquier acción recíproca, no cualquier interacción, es dialéctica. El mecanicismo de Newton pudo reconocer y contener la idea de acción recíproca sin ser dialéctico. En él los términos siguen siendo externos, pero se relacionan. Hay términos (independientes, separables) y hay relación entre ellos (o no). Lo característico de la dialéctica, en cambio, es que la contradicción es *interior*, los términos *no* son separables, e incluso más, los términos *no* son lo «real y verdadero», lo real es la contradicción, la mediación. La máxima dialéctica puede decirse así: LA MEDIACION ES EL SER. Los extremos son creados por la mediación, existen por y a través de ella. Nosotros distinguimos los términos. Nuestro pensar no es posible si no distinguimos entre sujeto y objeto, forma y contenido, predicción y resultado. Pero estos términos no existen por sí mismos, lo único que es real es su encuentro. La existencia es algo más complejo que la exterioridad. Estamos implicados colectivamente en toda existencia. Gramsci lo dice así: «humanamente objetivo», «históricamente subjetivo». Creemos que no generalizó con suficiente fuerza este concepto salvo, como es lógico, en lo que era su preocupación central: la teoría de la hegemonía.

IV. Propositiones

Creemos que estas críticas, y la dirección que sugieren, nos habilitan para simplemente proponer. Nos interesa aquí la expresión paradigmática de ciertas ideas que, creemos, son posibles a partir de un desarrollo de lo que está implícito, o incompleto, en Gramsci.

La ciencia sólo puede ser entendida históricamente, esto es, considerándola como expresión de una práctica social determinada. Debe ser entendida como forma ideológica de una práctica, es decir, como su sector ideológico determinante.

Entenderla como ideología no significa hacerla sinónimo de falsedad. Ni la ideología es simplemente falsa, ni la ciencia es sinónimo de verdad. La ideología es fundamentalmente expresión. Su falsedad es la parcialidad, la incompletud, que provienen de las contradicciones sociales de que es expresión. En su parcialidad la ideología *dice* esas contradicciones; contiene, en forma invertida, su verdad.

La teoría de la ideología de Marx sugiere una idea de la verdad ya no como estado, o como cosa, ni como nómeno último del conocer, sino, auténticamente, una historicidad de la verdad misma, una cocreación. No hay verdad, sólo hay historia de la verdad. No hay historia del camino hacia la verdad. Hay historia de la verdad misma.

La historia de la verdad es la historia de las formas ideológicas que no hacen sino decir «como idea» lo único que es real y verdadero: la práctica humana de la producción social de la vida.

Si la ciencia está acotada históricamente es posible concebir, junto con la superación del mundo que expresa y que le da sentido, la superación de la ciencia misma.

Tal como el socialismo no suprimirá el desarrollo de las fuerzas productivas que han hecho posible el capitalismo, pensar en la superación de la ciencia no significa pensar en su supresión. La ciencia es un dato de la historia, es un gran aporte perdurable de la cultura burguesa al patrimonio común que la humanidad hará real en el comunismo. Las formas ideológicas no se suprimen, ni se reemplazan: se superan unas a otras. Su movimiento es de inclusión progresiva en totalidades mayores.

Tal como es posible hacer una historia orgánica de los modos de producción social, es posible hacer una historia autónoma y determinada de las formas de la ideología que los expresan. La magia, el mito, la razón formal, la fe universal, la ciencia, son *una* secuencia orgánica.

La dialéctica no es una simple generalización de la ciencia, sino su superación. La dialéctica no es una alternativa a la ciencia. No hay un método alternativo a otro. Su relación es genética. No se puede pensar dialécticamente sin haber agotado las posibilidades de la razón científica. La ciencia es un momento necesario, previo, de la dialéctica, pero es esencialmente distinta de ella.

El marxismo no es una ciencia. Es más que *una* ciencia, y es más que *la* ciencia. Marx ha hecho, respecto del hombre y de la sociedad, algo

mucho más profundo que lo que los científicos han hecho respecto de la naturaleza.

La dialéctica es el sentido común del comunismo.

Filosofía y política hegemónica

EDUARDO SABROVSKY

«“Verum ipsum factum” [lo verdadero es lo que se hace].» G. B. Vico, citado en Gramsci, “Teoría y práctica”, *Cuadernos de la Cárcel*, QXVIII.

Uno de los aportes fundamentales de Gramsci al desarrollo del marxismo en un sentido dialéctico (activo, social-subjetivo), en oposición al paradigma positivista que privilegia unilateralmente el carácter objetivo del discurso teórico, reside en su concepción de la objetividad, de la verdad de tal discurso, entendidas no ya como una relación privilegiada con un mundo de objetos, sino por el contrario, como expresión de su carácter hegemónico, de su transformación en «sentido común» de un bloque histórico. Así, respecto a la posibilidad de «prever», índice de la capacidad atribuida a la ciencia positiva de enfrentar sin mediaciones al mundo real, dice Gramsci; «... es posible “prever” en la medida en que uno actúa, en la medida en que uno aplica un esfuerzo voluntario, y por tanto contribuye a crear el resultado “previsto”. La predicción se revela así, no como un acto científico de conocimiento, sino como la expresión abstracta del esfuerzo realizado, como el modo práctico de crear una voluntad colectiva.»¹

La verdad del discurso teórico, su pretensión de objetividad, no son en Gramsci ni mayores ni menores que la capacidad histórica del sujeto colectivo que lo anuncia; como en Marx (Tesis II Sobre Feuerbach) la verdad no es más que «la realidad y la potencia, la terrenalidad de [un] pensamiento». Por cierto, no se trata aquí de proponer un abandono de la científicidad, sino de entender que su fuerza no radica en sí misma —lo que equivale a privar a la ciencia de todo carácter de «conjuro» —sino en su capacidad de convocatoria peculiar, asociada a la cultura que surge en

Eduardo Sabrovsky es ingeniero y licenciado en filosofía. Vive en Chile.

¹ Antonio Gramsci, «El concepto de ciencia», QXVIII. Todas las citas de Gramsci corresponden a la edición de los *Cuadernos de la Cárcel* de Editori Riuniti, Roma, 1971.

Occidente a partir del siglo XVI con Galileo, Descartes, etc.: es, dirá Gramsci, «la subjetividad más altamente objetivizada y concretamente universalizada.» No hay por tanto en Gramsci la noción de una «ruptura epistemológica» a la Althusser, sino por el contrario, un énfasis en la continuidad entre ciencia y filosofía, e ideología, expresada en el *dictum*, que Gramsci toma de Croce, «todos los hombres son filósofos».

Del carácter hegemónico, político, de todo producto teórico, surge como corolario la concepción de la teoría, no como un *corpus* hecho de una vez para siempre —o que contiene al menos un núcleo inmutable— y que bastaría con aplicar, sino como elevación, como un hacer emerger al discurso teórico los contenidos implícitos en la praxis, afectando a éste incluso en sus tesis de más alto nivel: el marxismo como una «filosofía de la praxis». De paso, y frente a una posible objeción en el sentido de que la diversidad de prácticas, al dar lugar a una igual diversidad de discursos teóricos, resultarían en una explosión del marxismo en una infinidad de «marxismos» más o menos locales, habría que responder que la unidad del marxismo no puede ser —ni ha sido de hecho, excepto a nivel de superficie— una unidad teórica, sino práctica, histórica, en la medida en que ha dado expresión en el plano de la teoría a las demandas democráticas y socialistas de determinados sujetos actuando históricamente.

En consonancia con esta concepción, es posible interpretar globalmente la obra de Gramsci, y en particular los *Cuadernos* y los textos en ellos que tratan de temas de filosofía, como una reflexión en torno al concepto de «hegemonía», puesto en circulación en estado práctico por Lenin y la social-democracia rusa, orientada hacia el posicionamiento de este concepto en el centro del espacio teórico del marxismo, dando cuenta a la vez del colapso de las distinciones duras entre base y superestructura y sustituyendo la constitución discursiva, por la articulación hegemónica de un «bloque histórico» cuyo principio articulante no está garantizado de antemano por una ontología del ser social.

Este trabajo se propone radicalizar la centralidad de la noción de «hegemonía»² en el sentido que nos parece discernir en Gramsci³, otorgándole a ésta, en el plano teórico-filosófico, la misma centralidad que se otorga en el plano político: frente a ella, la lógica que quisiera fundar la identidad de los sujetos históricos en una pura materialidad aparece como un obstáculo al pleno despliegue de estrategias hegemónicas, y al desempeño mismo por parte de la teoría de un rol hegemónico, como cúspide de una concepción del mundo de la teoría y la práctica, la cual sólo puede ser resuelta en última instancia en beneficio de la segunda, elevándola a una «filosofía de la praxis», para la cual la noción de hegemonía es central.

² Esta racionalización se encuentra en Ernesto Laclau y Chantal Mooffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, 1985. Sin embargo, el tratamiento que hacemos de ella en este trabajo es enteramente original.

³ «... el desarrollo político del concepto de hegemonía representa un gran avance filosófico, así como político-práctico.» «Conexiones entre el sentido común, la religión y la filosofía», QXVIII.

Esta cuestión es de especial pertinencia en el caso de Chile, como escenario de estrategias hegemónicas de relevancia histórica, de signo democrático y socialista. En este sentido, es posible discernir en la reconocida cuestión de la «deficiencia teórica» de la izquierda chilena, no una simple carencia, sino la ocupación del espacio teórico del movimiento popular por parte de un marxismo reduccionista, escolástico, que inhibe la emergencia a la plenitud de la conciencia teórica de los contenidos implícitos en la praxis, y por tanto, priva a la teoría del desempeño de su rol cohesionante del bloque histórico, precisamente en los momentos en que tal cohesión ha sido, desde 1970 hasta el día de hoy, particularmente necesaria. Para esta teoría la estrategia hegemónica de la «vía chilena al socialismo» de la Unidad Popular sólo podía ser rechazada como «desviación» y «reformismo», o bien recuperada al interior de una lógica para la cual la articulación hegemónica opera como una categoría auxiliar, encañada de dar cuenta del campo de influencias emanando desde un sujeto cuya centralidad es resuelta ontológicamente, al exterior del proceso de articulación. Es decir, en el mejor de los casos se hace una lectura de la estrategia hegemónica del movimiento popular chileno regida por la paradigma de la alianza de clases, como expresión de la variación contingente entre la constitución teórica y político-práctica del sujeto: el resultado es que esta estrategia queda reducida fatalmente a la pobreza entitativa, a la contingencia.

La noción de hegemonía es empleada originalmente por Gramsci de manera paralela al uso leninista, dando cuenta de la especificidad de la situación italiana, caracterizada por una revolución democrático burguesa inconclusa, llevada a cabo como revolución pasiva, donde la burguesía ha ejercido un rol dominante pero no dirigente.

Más adelante, sin embargo, en los *Cuadernos* la hegemonía ocupa ya el lugar de categoría clave de la política, relacionada con la ampliación del concepto de estado, hasta incluir las funciones de organización del consentimiento de los dominados propia de la sociedad civil: «En política, el error proviene de una comprensión inexacta del Estado, en su sentido integral: dictadura+hegemonía.»⁴ Más allá de los detalles de los desplazamientos que sufre en Gramsci el concepto de hegemonía, habría que destacar que él esconde una recomposición teórica más profunda: el colapso de las distinciones osificadas base-superestructura. En efecto, en el privilegio otorgado por la teoría marxista pre-gramsciana al rol coercitivo del Estado está implícita una noción empobrecida de la superestructura, tributaria del materialismo filosófico, como pura ilusión de la cual una sociedad bien constituida podría simplemente sacudirse. En cambio, el estado ampliado de Gramsci no sólo es una emanación de la sociedad, sino que la constituye a través de la sociedad civil, incluso —tal como se aprecia en la cultura del trabajo tematizada en «Americanismo y Fordismo»— al nivel de la relación económico —material— más elemental. Por lo tanto, la centralidad de la noción de hegemonía en Gramsci alcanza al

⁴ *Cuadernos de la cárcel*, p. 811.

núcleo filosófico del marxismo, y no se detiene en una pura ciencia positiva de la política: implica el derrumbe de la distinción osificada aludida más arriba, y tendrá su expresión más acabada en la filosofía de la praxis gramsciana, donde el materialismo marxista asociado a la base se disolverá en una concepción historicista.

Hay en Gramsci el impulso a tomar en serio la posición adquirida por el concepto de hegemonía, cerrando la brecha entre discurso práctico y teórico: «Un hombre de política —dirá Gramsci— escribe acerca de la filosofía: pudiera ser que su “verdadera” filosofía debiera ser buscada más bien en sus escritos de política. En cada personalidad hay una actividad dominante y predominante: es aquí donde su pensamiento debiera ser buscado, bajo una forma que en la mayor parte de los casos es implícita, y en ocasiones incluso en contradicción con lo que es profesado expresamente.» Y agregará: «... el desarrollo político del concepto de hegemonía representa un gran avance filosófico, así como político-práctico.»⁵ Se trata entonces de buscar la verdadera filosofía implícita en la política de signo socialista en la cual, desde Lenin, Gramsci y la IIIª Internacional, la hegemonía como constituyente de la identidad de un sujeto nacional-popular tiende a ocupar un lugar central...

La filosofía de la praxis, de matriz gramsciana, supera las distinciones duras entre base y superestructura, y con ello recompone el espacio teórico del marxismo. Esta superación, al abolir la posibilidad de una composición puramente material del sujeto, instaura una lógica distinta, presidida por el concepto de hegemonía: así, el mismo sujeto clasista tradicional del marxismo se nos aparece como resultado de una articulación hegemónica, con lo cual desaparece su privilegio, como sujeto central, paradigmático, respecto al sujeto de la periferia. Con ello, la racionalidad propia de la periferia, presente en el discurso político de Lenin y de Gramsci —y en verdad, en todo el discurso contemporáneo del marxismo, a más de sesenta años de los últimos levantamientos obreros en Europa— emerge a la superficie, accediéndose a un nivel superior de unidad entre teoría y práctica.

La misma lógica articuladora preside también la recuperación, para la filosofía de la praxis, de una totalidad depurada de toda racionalidad exógena. La totalidad se revela como un punto de partida —y de allí se sigue la posibilidad de reivindicar para el marxismo una dialéctica, una procesión inmanente de figuras históricas— en la medida en que ella es aportada por el sujeto colectivo que enuncia su proyecto, escribe su autobiografía y, en ese acto, dota a la historia de sentido inmanente. La totalidad instaurada ha sido calificada en este trabajo de discursiva: es en el discurso donde la totalidad emerge, no como hallada, sino como producida por la articulación lingüística presente en él.

En la praxis gramsciana se disuelven las oposiciones rígidas entre materia y espíritu, objeto y sujeto, base y superestructura. Con ello se prepa-

5. «Política-Filosofía-Economía», QXVIII.

ra el terreno para una nueva síntesis cultural, para la superación hegemónica de las formas de conciencia propias de la alta cultura —la «filosofía alemana» en la terminología gramsciana. Ahora bien, las cuestiones que surgen en el plano de la teoría sólo tienen relevancia en la medida en que está en juego, a través de ellas, la conciencia de los intelectuales y por su mediación, la conciencia colectiva: la teoría, en efecto, no es más que una forma de conciencia, la de los intelectuales, a través de los cuales retornan a la praxis elaborados formalmente los contenidos que en ella están implícitos.

La filosofía de la praxis es capaz de realizar —politizar, historizar— las tendencias anti-metafísicas, contestatarias, presentes en la cultura contemporánea, las cuales quisieran invertir la relación de subordinación de *mythos* a *logos*, tal como fue establecida por la filosofía griega, aboliendo las distinciones propias del *logos* —aparencia vs. esencia; exterior vs. interior; contingencia vs. necesidad, etc— o, más bien, recuperándolas bajo la forma del mito: el momento de la teoría en la filosofía de la praxis, por lo tanto, no es aniquilado, pero sí queda en evidencia su carácter narrativo y la especificidad de su eficacia, de su necesidad, derivada nada más —ni nada menos— que de su capacidad de interpelación de la conciencia colectiva articulándola hegemónicamente en torno al mito. Este mito es, en Gramsci, «el Príncipe-mito» en alusión a Maquiavelo, y también «... el mito soreliano... una ideología política expresada ni como fría utopía ni como teorización erudita, sino más bien mediante la creación de una fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso para avivar y organizar su voluntad colectiva», y cuyo aspecto lógico «... aparece como nada más que una autoreflexión de parte del pueblo —un razonamiento interior gestado en la conciencia popular, cuya conclusión es un grito de urgencia apasionada.»⁶

Surge así una visión de la praxis —de la historia, del lenguaje— desprovista radicalmente de volúmen: no hay nada fuera de la historia, ni tampoco hay un «dentro» que de cuenta de ella, que garantice su racionalidad. Tal racionalidad sólo puede serle aportada por una intervención hegemónica que produce la necesidad, a partir de la gestación de un sentido común renovado y una voluntad colectiva.

⁶ Gramsci, «El Príncipe Moderno», «Breves notas sobre la política de Maquiavelo», *Cuadernos de la Cárcel*. La mención se refiere a Georges Sorel (1847-1922), principal teórico del sindicalismo revolucionario, autor de las célebres *Reflexiones acerca de la Violencia*. Gramsci tomará la concepción de la ideología como mito de Sorel, pero la criticará en cuanto «...Sorel nunca avanzó de su concepción de la ideología como mito a una comprensión del partido político, sino que se estancó en la idea del sindicato.» (*op. cit.*)

Las ideas de Gramsci y la educación superior chilena

ROLANDO REBOLLEDO

Los trabajos de Antonio Gramsci entregan un aporte importante al análisis de la relación entre base y superestructura, entre proletariado e intelectuales, siguiendo una línea de investigación iniciada por el propio Marx.

En «Los intelectuales y el Estado hegeliano»¹ Gramsci plantea que ya con Hegel se deja de pensar en los intelectuales según «castas o estamentos» analizándolos más bien en función del Estado (del cual, según Gramsci, constituyen una «aristocracia»). En varios de los «Cuadernos de la cárcel» se continúa el análisis del fenómeno desde distintos ángulos. Uno de ellos es el del concepto de *ideología* (ver, en particular, «El concepto de ideología» en los *Cuadernos*, II. 3, 1932-1935). La tesis ahí expuesta es desarrollada posteriormente por varios autores. Citemos en particular los aportes de Althusser, quien introduce el concepto de *Aparato Ideológico de Estado* (AIE)².

En el presente trabajo se plantean algunas tesis sobre la lucha ideológica en la educación superior chilena, a la luz de las contribuciones teóricas señaladas y en función de los antecedentes históricos de nuestra formación social.

Gramsci estimaba, siguiendo a Marx, que el objeto de las ciencias no es *reducir* los fenómenos de la superestructura a su base social y económica, sino que *deducirlos a partir de esa base*. «La pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de presentar y exponer toda fluctuación de la política como expresión *inmediata* de la (infra) estructura tiene que ser combatida en la teoría como un infantilismo primitivo, y en la práctica hay que combatirla con el testimonio auténtico de Marx, escritor de obras políticas e históricas concretas. A este respecto son de especial importancia el *18 Brumario* y los escritos acerca de la «Cuestión oriental», pero también otros (*Revolución y contrarrevolución en Alemania*, *La guerra civil en Francia* y otros trabajos menores). Un análisis

Rolando Rebolledo es profesor de Matemáticas de la Universidad Católica de Chile, y Vicepresidente del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschütz.

¹ Antonio Gramsci. *Cuadernos de la cárcel*; Ed. Siglo XXI, II, 2 1929-1932. México, 1986.

² Luis Althusser. «Idéologie et appareils idéologiques d'Etat». *La Pensée* n.º 151, París, 1970.

de esas obras permite fijar mejor la metodología histórica marxista, integrando, iluminando e interpretando las afirmaciones teóricas dispersas en todas las obras³. Gramsci establece luego en el citado texto, las «cauteladas» de Marx en sus análisis concretos. Nos pone así en guardia contra las visiones estáticas de la infraestructura. Nos llama a considerar su desarrollo como un rico y complejo proceso en el que sólo se puede analizar una fase cuando ésta se haya completado, pudiendo sólo avanzar hipótesis cuando su desarrollo esté aún en curso. De eso colige Gramsci la posibilidad de *errores de cálculo* de los dirigentes de las clases dominantes, errores que el desarrollo histórico corrige y supera a través de las *crisis*. Plantea también que no siempre se analiza con suficiente profundidad los factores de tipo interno, de carácter organizativo, que determinan muchos actos políticos (por ejemplo, la necesidad de dar coherencia a un grupo, a un partido, a una sociedad).

Estas ideas básicas, aún de carácter meramente descriptivo, son ciertamente insuficientes para determinar los mecanismos precisos de relación entre base y superestructura en una formación social concreta, pero señalan un camino.

Para Althusser, el punto clave en dicho análisis es la forma en que se asegura la *reproducción de las relaciones sociales de producción* que, según él, se hace en cada formación social concreta a través del ejercicio del poder de Estado en los Aparatos de Estado (represivos e ideológicos). «El papel de aparato represivo del Estado consiste esencialmente, en tanto que "aparato represivo", en asegurar las condiciones *políticas* de reproducción de las relaciones de producción que son, en último término, *relaciones de explotación*. El aparato de Estado no sólo contribuye, en una gran parte, a reproducirse a sí mismo (en el Estado capitalista existen dinastías de hombres políticos, dinastías militares, etc.) sino que también, y sobre todo, asegura por la represión (desde la fuerza física brutal hasta las simples órdenes y prohibiciones administrativas, la censura abierta o tácita, etc.) las *condiciones políticas* del ejercicio de los Aparatos ideológicos del Estado»⁴.

Así, para Althusser, la Escuela (el sistema escolar) no sólo capacita al hombre para *aprender un oficio*, sino que también, y sobre todo, enseña la *sumisión* al orden establecido por la clase en el poder. La lucha de clases se da entonces en el seno de los AIE en el marco de «protección» que da el aparato represivo de Estado a la ideología dominante y se expresa de manera principal en forma de *lucha ideológica*, pero la lucha de clases por su riqueza y complejidad no se restringe a esa sola forma; en períodos de gran intensidad desborda ampliamente ese marco y es por esa razón que las clases oprimidas pueden llevar los contenidos de su lucha a esos aparatos desarrollando en ellos su propia ideología, disputando terreno a los opresores.

³ A. Gramsci, «Economía e ideología». *Cuadernos*, II 1929-1932, ed. cit.

⁴ L. Althusser, op. cit.

Los elementos teóricos anteriores — apenas esbozados — se ven enriquecidos y transformados a la luz de nuestra propia experiencia histórica. Ninguno de los autores anteriores podía prever en su plenitud el desarrollo actual del imperialismo y las formas que ha asumido su dominio sobre nuestro continente. No podríamos preciarnos de hacer un análisis concreto de nuestra situación si desconociésemos elementos actuales del ejercicio de la dominación imperialista en nuestro país y, dialécticamente, los objetivos que asume el Movimiento de Liberación Nacional de los pueblos de América Latina, proceso en el cual se inscribe la lucha antifascista del pueblo chileno. La subordinación al imperialismo del régimen dictatorial chileno depende en gran medida de las *formas ideológicas de sumisión* (que no son independientes de las formas económicas). Decía Marx que ninguna clase puede preservar largo tiempo el poder del Estado si no es capaz de mantener la hegemonía ideológica.

Recordemos, a modo de ilustración, la recomendación del equipo asesor de Reagan en lo que se refiere a los intelectuales latinoamericanos: «Estados Unidos debe tomar la iniciativa ideológica. Es esencial que estimule un sistema educacional en América Latina que enfatice la común herencia cultural de las Américas. La Educación deberá inculcar el idealismo que sirva de instrumento para la sobrevivencia. *La guerra es inherente a la humanidad. El elemento ideológico-político habrá de prevalecer.* De manera especial. Estados Unidos ha fallado en dar vuelo a los ideales de libertad política, iniciativa privada, anticentralismo y patriotismo moderado que el pueblo americano aprecia. No obstante las diferencias regionales, estos mismos conceptos, heredados de la cultura griega, el derecho romano y la ética judeo-cristiana son comunes tanto a la América inglesa como a la América Latina. Así, mientras la preparación técnica es necesaria para el progreso material, la educación filosófica es lo más importante. (...) La cultura es el medio por el cual las culturas se mantienen e incluso superan su pasado. *Quienquiera controle la educación define su pasado —y como se ha visto— también su futuro.* El mañana está en las manos y el cerebro de aquellos que están siendo educados hoy. (...) *Debe ser iniciada una campaña para capturar la "élite" intelectual iberoamericana mediante radio, televisión, libros, artículos y folletos, más donaciones, becas y premios. Consideración y reconocimiento es lo que más apetecen los intelectuales, y tal programa pueda atraerlos»*⁵.

En este contexto de enfrentamiento con el imperialismo es que queremos examinar una AIE particular, la Educación Superior Chilena.

Tesis 1: La tesis de Reagan de la globalidad de los conflictos encuentra su soporte económico en la concentración monopólica y la «transnacionalización» de la economía. El desarrollo del capitalismo en Chile, durante el actual período dictatorial, determina un desarrollo desigual de los Apa-

⁵ Documento de Santa Fe, elaborado por los asesores de Reagan en su período de candidato a la presidencia.

ratos Ideológicos del Estado. Estos se hacen cada vez más funcionales a la dominación imperialista.

Tesis 2: La llamada *autonomía relativa* es necesario examinarla a la luz del fenómeno global de la sumisión al imperialismo. Este fenómeno determina la puesta en práctica de un *control global de la superestructura* (las «élites» del documento de Santa Fe), incluyendo la reorganización de las instituciones de Educación, la desorganización y penetración del movimiento sindical, etc.

De este modo, si bien aparentemente la autonomía relativa de sectores de la superestructura aumenta con respecto al Estado fascista, porque surgen voces que plantean reivindicaciones democráticas en su seno, o bien porque algunos intelectuales acceden a fondos foráneos que les permiten realizar investigaciones que no incidirían directamente en las relaciones de producción en nuestra propia formación social; el imperialismo teje, sin embargo, una red de control, eminentemente ideológico, por encima de cada formación social, que pone en cuestión la supuesta autonomía de los aparatos ideológicos.

Tesis 3: Las tesis del imperialismo para imponerse necesitan borrar el análisis de clase. Esto busca lograrlo impulsando temas en el debate ideológico, que desvíen la atención, centrándose en los siguientes contenidos principales: *interdependencia de los conflictos, Modernismo, Apolitismo, Anticomunismo.*

Tesis 4: En nuestro país, particulares experiencias históricas representan una ventaja relativa para enfrentar la agresión ideológica imperialista en el seno de un AIE particular: el Sistema de Educación Superior.

Si bien éste se ha desarrollado durante este período en forma funcional al ejercicio de la dominación imperialista (a esto obedece la atomización del sistema, el debilitamiento relativo de las universidades estatales, la intervención militar, las condicionantes y reducciones impuestas al presupuesto, las facultades de «élite», etc.), no es menos cierto que el proceso histórico vivido por nuestro país hasta 1973, se reflejó y en cierto modo lo precedió en las universidades chilenas. El proceso de Reforma Universitaria tuvo características inéditas en la historia de las experiencias revolucionarias mundiales. Representó una disputa ideológica en la que las clases oprimidas, por efecto de la agudeza alcanzada por la lucha de clases a nivel nacional, lograron imponer objetivos nacionales al desarrollo de dichas instituciones disfuncionalizándolas de la dominación imperialista.

El concepto de una universidad crítica al servicio de la nación engarza con el de comunidad universitaria, como reflejos respectivos de un Proyecto antiimperialista de desarrollo y de fuerza del cambio, reagrupando a todos los actores del cambio en el seno de esa AIE y con objetivos nacionales de lucha.

Hay en lo anterior una propuesta de *organicidad intelectual* (siguiendo a Gramsci). El intelectual une teoría y práctica en el seno de un AIE; el intelectual revolucionario lo hace además en estos aparatos en función de las tareas de la revolución para el período. En el caso actual de Chile di-

chas tareas son antiimperialistas y precisan de un Plan Nacional de Desarrollo.

Pero de lo anterior surge también la posibilidad de disputar palmo a palmo la conducción ideológica de la Educación Superior de la Dictadura, uniendo esta lucha al proceso liberador de nuestro pueblo (sin el cual no sería posible). Se puede así lograr disfuncionalizar en forma progresiva este AIE de la propia dictadura. Es en este proceso que reside la mayor originalidad de la lucha ideológica en la Educación Superior chilena. Lucha ideológica que dependerá, por su parte, de mayor movilización (y recíprocamente). En el curso de este enfrentamiento, la vanguardia debe buscar afianzar sus intelectuales orgánicos, creando gérmenes de futuros Aparatos Ideológicos de un Estado de un nuevo tipo.

¿DONDE ESTA CHILE?

Hoy se pregunta el mundo por desaparecidos, masacrados: nosotros nos preguntamos por el país en total: ¿donde está Chile? De allá vinieron libros y ministros, y maestras geniales, maestras de escuela, y vinieron alturas que en Europa ignoramos. Hoy Chile no está en Chile. Chile sustituido, esa cosa que hay debiera llevar otro nombre, debiéramos ponérselo, un nombre de marrones injuriosos y de coágulos negros, como cuando la sangre se parece a una letra.

No le llamemos Chile a ese fantasma, guardemos la palabra para aquél país delgado, oceánida y cultísimo. No le llamemos Chile a cualquier cosa. Washington guarda Chile en algún sitio. Devuelve Chile a Chile, hombre de los rodeos vaqueros y las desmemorias. Devuélvenos el nombre de la gente.

(Del artículo *Chile* de Francisco Umbral, publicado en el diario madrileño *El País* el 6 de septiembre de 1987).



Los capotes que pertenecen a los campesinos que viven en las montañas de los Andes, que el campesino de la zona de los Andes que el campesino de la zona de los Andes que el campesino de la zona de los Andes...

Quezco Citia:

El pasado, muchos males, muchos trabajos, muchos problemas, pero no he caído nunca en la dificultad de la vida, por lo que me he dado cuenta de que la vida es una lucha constante. Sin embargo, muy poco puedo hacer. Pero me doy cuenta de que sentir que pasar por estas dificultades, con la ayuda de Dios, de que se agraven las dificultades, desde que me acordé de que...

políticas con un rigor científico y precisión de sus Plan Nacional de Educación.

Por lo tanto surge también la posibilidad de disputar patrimonios la ideología ideológica de la Educación Superior de la Dictadura, atacada así hasta el mismo liberador de nuestro pueblo (sin el cual



El Caballero, Fernando Botero, inventando su ideología, más allá y de cualquier tipo de ideología, siempre se define a una idea.

No se trata de un libro de historia, sino de un libro de historia para el pueblo, un libro de historia para el pueblo. El libro de Fernando Botero es un libro de historia para el pueblo de Chile, un libro de historia para el pueblo de Chile, un libro de historia para el pueblo de Chile, un libro de historia para el pueblo de Chile.

Cartas desde la cárcel

ANTONIO GRAMSCI

Gramsci, como se sabe, alcanzó a cumplir en la cárcel sólo once de los veinte años de su condena. Su mala salud, agudizada por la prisión, le acarrió una muerte prematura cuando alcanzaba apenas los cuarenta y siete años.

En ese período de encierro produjo sus Cuadernos y escribió, además, sus célebres Cartas desde la cárcel dirigidas a su esposa Giulia, a su cuñada Tania, a su madre y a sus hijos Delio y Giuliano, de los cuales sólo conoció al primero. Si los Cuadernos lo convirtieron en uno de los pensadores marxistas eminentes del siglo, las Cartas muestran al hombre de entrañable condición moral, lleno de coraje, sabiduría y ternura. El amor por sus semejantes, por la vida y por las cosas buenas y bellas que ella puede ofrecernos; su serenidad y modestia y la falta absoluta de auto-compasión hacen de él un verdadero y ejemplar héroe de nuestro tiempo.

Las cartas que publicamos a continuación representan, por supuesto, sólo una pequeña parte de las muchas que él escribió desde su celda.

Querida Giulia:

He pasado muchos malos ratos, muchas veces me he sentido físicamente débil, casi agotado, pero no he cedido nunca ante la debilidad física y, por lo que se puede decir de estas cosas, no creo que vaya a ceder de ahora en adelante. Sin embargo, muy poco puedo ayudarme. Cuanto más consciente soy de que tendré que pasar por malos momentos, de que soy débil, de que se agravan las dificultades, tanto más me obstino en poner

en tensión mis fuerzas volitivas. Algunas veces doy un repaso a estos últimos años transcurridos, pienso en el pasado y me parece que si hace seis años me hubiese propuesto como deber pasar por las penalidades que me ha tocado sufrir, no lo habría creído factible; habría dicho que me habría roto en cada momento. Precisamente hace seis años pasé —adivina— por Rivisondoli, en Abruzzo, que tú has mencionado algunas veces por haber transcurrido allí el veraneo. Pasé por allí encerrado en un vagón de metal que había estado toda la noche bajo la nieve y yo no tenía ni abrigo, ni camiseta de lana y no podía siquiera moverme, porque teníamos que permanecer sentados por falta de espacio. Temblaba de arriba abajo como si tuviese fiebre, mis dientes castañeteaban, y me parecía que no estaba en condiciones de acabar el viaje, que el corazón se me helaría.

Sin embargo, han pasado seis años desde entonces, y he conseguido quitarme de encima aquel frío glacial. Y si alguna vez vuelvo a tener aquellos escalofríos (que algo se me han quedado pegados a los huesos), me echo a reír recordando lo que pensaba entonces, y me parecen chiquilladas.

Querido Delio:

Me ha gustado tu pequeño rincón viviente en el que tienes pinzones y pececitos. Si los pinzones se escapan de la jaula, no hay que cogerlos por las alas o las patas, que son delicadas y pueden romperse o dislocarse: hay que cogerlos cerrando el puño alrededor de su cuerpo, sin apretar. Siendo yo joven, crié muchos pájaros y también otros animales: halcones, búhos, cucos, picazas, cornejas, jilgueros, canarios, pinzones, alondras, etc., etc.; también crié una pequeña serpiente, una comadreja, algunos erizos y algunas tortugas.

Así fue como yo vi a los erizos recoger la cosecha de manzanas.

Una tarde de otoño, cuando ya había oscurecido, pero la luna brillaba luminosa, en compañía de otro chico, un amigo mío, fui a un campo lleno de frutales, sobre todo de manzanos. Nos escondimos entre la maleza, a contra viento. De repente aparecieron los erizos, cinco: dos más grandes y tres pequeñitos. En fila india se dirigieron hacia los manzanos, dieron unas vueltas por la hierba y luego comenzaron a trabajar: ayudándose con los pequeños hocicos y con las patitas hacían rodar las manzanas que el viento había arrancado de los árboles, y las ponían todas juntas, bien cerquita las unas de las otras, en una explanada.

Pero se ve que las manzanas que yacían en el suelo no eran suficientes: el erizo más grande, con el hocico levantado miró en derredor suyo, eligió un árbol muy encorvado y trepó seguido por su mujer. Se pusieron en una rama cargada y empezaron a balancearse rítmicamente: sus movimientos se comunicaron a la rama que osciló cada vez con mayor rapidez, con sacudidas bruscas, y cayeron al suelo más manzanas. Después que hubieron amontonado también éstas cerca de las otras, todos los erizos, los grandes y los pequeños se hicieron una bola y se tendieron encima de las frutas, con las púas erizadas, atravesándolas: algunos tenían pocas manzanas en-

sartadas (los erizos pequeñitos), pero el padre y la madre habían conseguido ensartar siete y ocho manzanas cada uno.

Mientras regresaban a su madriguera, nosotros salimos de nuestro escondrijo, metimos los erizos en una saco pequeño y nos los llevamos a casa.

Yo me quedé con el padre y dos ericitos y los tuve durante muchos meses, en libertad, en el corral: cazaban todos los animalitos: cucarachas, mariquitas, y comían frutas y hojas de ensalada. Las hojas frescas les gustaban mucho, y así pude domesticarlos un poco: ya no se hacían una bola cuando veían a la gente. Sin embargo, tenían mucho miedo a los perros. Yo me divertía llevando al corral unas culebras vivas para ver cómo los erizos las cazaban. En cuanto el erizo percibía la presencia de la culebra saltaba raudo sobre sus cuatro patitas y embestía con mucho valor. La culebra levantaba la cabeza, con la lengua fuera y silbaba; el erizo producía un ligero ruidito, aguantaba a la culebra con las patitas delanteras, la mordía en el pescuezo y se la comía a trocitos. Un día estos erizos desaparecieron: seguramente alguien los cogió para comérselos.

Otra vez te escribiré acerca del baile de las liebres, del pájaro tejedor y del oso: y por lo que se refiere a otros animales te quiero contar más cosas que he visto y oído cuando era un chiquillo: la historia del potro, del zorro y del caballo que tenía cola sólo en los días de fiesta, etc., etc.*. Me parece que tú conoces la historia de Kim, los cuentos de la selva, y sobre todo el de la foca blanca y el de Rikki-Tikki-Tawi, ¿verdad?

Querido Delio:

He sabido que vas a la escuela, que mides nada menos que un metro y ochenta centímetros y que pesas dieciocho kilos. Y pienso que ya eres muy grande y que dentro de poco tiempo empezarás a escribirme cartas. Mientras puedes hacer que mamá escriba ahora al dictado, lo mismo que me hacías hacer a mí en Roma los «pimpos»* para la abuela. Ya me dirás si te gustan los otros niños de la escuela y qué aprendes y de qué forma te gusta jugar. Sé que construyes aviones y trenes y que participas activamente en la industrialización del país. Pero, ¿vuelan después de verdad esos aviones y los trenes corren? Si yo estuviera allí, por lo menos colocaría el cigarrillo en la chimenea del tren para que se viese un poco de humo.

Además me tienes que escribir contádome algo de Giuliano. ¿Qué te parece? ¿Te ayuda en tus trabajos? ¿El también es un constructor, o bien es demasiado pequeño para merecer esta calificación? En fin, quiero saber un montón de cosas y dado que tú eres tan grande y también me lo han dicho, un poco parlanchín, estoy convencido de que me escribirás, con la mano de mamá de momento, una carta muy larga con todas estas noticias y otras más. Y yo te mandaré noticias de una rosa que he plantao y de una lagartija que quiero amaestrar.

* Son cuentos de Rudyard Kipling, en particular de *El libro de la selva*.

* Felicitaciones de los niños a sus mayores en días de fiestas.

Besa a Giuliano de mi parte y también a mamá y a todos los de casa, y mamá te besará a ti de mi parte.

P. D. He pensado que a lo mejor no conoces las lagartijas: se trata de una especie de cocodrilos que se quedan siempre pequeños.

Queridísimos Delio y Giuliano.

No me habéis vuelto a escribir, por qué, desde hace mucho tiempo.

No he vuelto a saber nada de los animalillos de Delio, de su pinzón, de los pececillos.

Además ¿Ha recibido Delio el libro de Pinocho? ¿Le han gustado las ilustraciones? Tienen algo que ver con la idea que él se había hecho del muñeco? ¿Le gusta a Giuliano la historia de Pinocho?

¿Cuáles son las cosas que ahora os interesan más en casa y en la escuela? Escribidme muchas cosas, los dos.

Muchos abrazos y muchísimas caricias.

Querido Delio:

He recibido tu carta y he tenido noticias de tus actividades escolares. ¿Te han gustado los cuentos de Mowgli? Mi vida transcurre de forma un poco monótona, pero bastante satisfactoria para la salud.

Me apena no poder estar, cerca de mis queridos muchachos y no poderles ayudar en sus deberes escolares y en los problemas de la vida. He leído en los periódicos los resultados del campeonato de ajedrez, pero yo no sé jugar: he aprendido sólo a jugar a las damas un poco.

Querido Giuliano:

He recibido la fotografía y la nota, pero las dos cosas no concuerdan.

En la carta te quejas, casi lloriqueas como un niño de cinco años, has de afrontar los acontecimientos con más ánimos.

Tú mismo me escribiste en una ocasión diciéndome que el curso que haces sirve para no perder un año de estudios: ¿y te parece poco? Después habría que ver si los reproches que te hacen son merecidos o no. De todas formas si hay que hacer una cosa, hay que hacerla sin quejarse, sin gruñir como los cachorrillos, de manera que puedas sacar de ello todo el provecho. A mí no me gusta que un muchacho como tú se queje, cuando en la foto se te ve decidido, tranquilo, con voluntad de alcanzar tu objetivo; así me gustas mucho y te deseo mucha suerte.

Querido Giuliano:

¿Cómo va tu «cabecita»? Tu carta me ha gustado mucho. Tu forma de escribir es más segura que la de antes, lo cual demuestra que te estás transformando en una persona mayor.

Me preguntas qué es lo que más me interesa. Tengo que contestarte que no hay nada que me «interesa más», o sea que muchas cosas me interesan mucho al mismo tiempo. Por ejemplo, por lo que a ti se refiere, me interesa que estudies bien y con provecho, pero que también seas fuerte

y robusto y moralmente lleno de valor y firmeza; por eso me interesa que descanses bien, que comas con apetito, etc.: todo está relacionado y entrelazado; si un elemento del conjunto faltase o fuese defectuoso, la totalidad se desharía. Por eso me ha sabido mal que me hayas escrito que no puedes contestar a la pregunta de si vas con firmeza hacia tu meta, que en este caso significa estudiar bien, ser fuerte, etc. ¿Por qué no puedes contestar si depende de ti disciplinarte, resistir a los impulsos negativos, etc.?

Te escribo seriamente porque veo que ya no eres un chiquillo, y también porque tú mismo me escribiste en una ocasión pidiendo que te tratase con seriedad. A mí me parece que tú tienes muchas fuerzas latentes en el cerebro; tu misma afirmación diciendo que no puedes contestar a la pregunta, significa que reflexionas y eres responsable de lo que haces y escribes. Y además, también se ve en la fotografía que he recibido que hay mucha energía en ti. ¡Viva Giuliano!

Querido Giuliano:

Tú quieres que te escriba acerca de cosas serias. Muy bien. Pero ¿cuáles son las «cosas serias» que quieres leer en mis cartas? Tú eres un chico, y para un chico incluso las cosas de chicos son muy serias, porque están en relación con su edad, con sus experiencias, con las capacidades de las experiencias y la reflexión acerca de ellas les han proporcionado. Por otra parte prometes escribirme algo cada cinco días: estaré muy contento si lo haces, demostrándome así que tienes mucha fuerza de voluntad. Yo te contestaré siempre (si puedo) y muy en serio.

Querido, yo sólo te conozco por tus cartas y por las noticias que los mayores me dan de ti: sé que eres un buen muchacho, pero ¿por qué no me has escrito nada de tu viaje al mar? ¿Crees que no se trata de una cosa seria? Todo lo que se refiere a ti es para mí muy serio y me interesa mucho; también tus juegos.

Querido Delio:

Esta vez no he recibido ninguna nota tuya.

Por la fotografía de Giuliano he podido ver un rincón de tu cuarto, con la jaula del loro. Lástima que no sea posible distinguir al pajarillo. Espero que con la ensalada verde (que tiene que estar picada muy fina) y el mijo se cure bien, y que las plumas le vuelvan a crecer largas y resplandecientes.

Queridísimo Delio:

Me siento un poco cansado y no puedo escribirte mucho.

Tú escíbeme siempre y en especial sobre lo que te interesa de la escuela.

Yo creo que te gusta la historia, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque se refiere a los hombre vivos y todo lo que está relacionado con los hombres, con todos los hombres posibles, con todos los hombres del mundo, en cuanto se unen todos ellos en sociedad y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos, te tiene que gustar más que cualquier otra cosa. Pero ¿es así?

Querida Giulia:

Puedes decirle a Delio que la noticia que me ha hecho llegar me ha interesado muchísimo, porque es importante y muy seria. Espero que alguien haya arreglado con un poco de pegamento el daño hecho por Giuliano y que, por consiguiente, el sombrero no se haya transformado ya en papel para tirar.

¿Recuerdas cómo Delio creyó en Roma que yo pudiese arreglar todas las cosas rotas? Seguramente ahora se le ha olvidado. ¿Tiene predisposición él para arreglar las cosas rotas? A mi parecer sería un indicio de constructividad, de carácter positivo, mucho más que el juego del «mecano».

Te equivocas si crees que yo de pequeño tenía tendencias literarias y filosóficas, como me escribiste. Al contrario, era un intrépido pionero y no salía de casa sin tener granos de trigo y cerillas envueltas en trocitos de tela impermeable, por si acaso me veía arrojado a una isla desierta, abandonado a mis solos medios.

Además era un atrevido constructor de barcas y carritos y me sabía al dedillo toda la nomenclatura marinera: mi mayor éxito lo tuve cuando un hojalatero del pueblo me pidió el modelo en papel de una soberbia goleta de dos puentes para reproducirla en hojalata. Estaba más bien obsesionada por estas cosas, porque había leído «Robinson» cuando tenía siete años y «La isla misteriosa». Creo incluso que una vida infantil como la de hace treinta años hoy día es imposible: ahora los niños, cuando nacen, tienen ya ochenta años, como el Lao-Tse chino. La radio y el avión han destruido para siempre el robinsonismo, que ha sido la forma de fantasear que han tenido muchas generaciones. El mismo invento del «meccano» indica que el niño se intelectualiza con rapidez. Su héroe ya no puede ser Robinson sino el policía o el científico ladrón, al menos en Occidente.

Querida, te abrazo con los niños.

Queridísima Giulia:

A veces en nuestra correspondencia falta una «correspondencia» efectiva y concreta. Si a esto añadimos el elemento tiempo, que hace olvidar lo que se ha escrito anteriormente, la impresión de «monólogo» se fortalece.

¿No te parece? Recuerdo un pequeño cuento popular escandinavo: tres gigantes vivían en Escandinavia lejos el uno de los otros, al igual que las grandes montañas. Después de miles de años de silencio, el primer gigante grita a los otros dos: «¡Oigo el bramido de una manada de vacas!» Transcurridos trescientos años, el segundo gigante interviene: «¡Yo también he oído el bramido!» Y trescientos años después el tercer gigante amenaza: «¡Si seguís haciendo tanto alboroto yo me marchó!»

¡Bien! Hay un viento del sureste que da la impresión de que uno está borracho.

Querida, te abrazo con ternura a ti y a nuestros niños.

Querida Giulia:

Me ha interesado lo que me escribiste sobre Delio como alum-

no, sobre su seriedad que no se disocia de un cierto amor por la alegría.

Siento una gran pena por haber sido privado de la participación en el desarrollo de la personalidad y de la vida de los dos niños; y pensar que yo lograba hacerme en seguida amigo de ellos y lograba interesarles.

Me sigo acordando de la nietecita de la dueña de la casa de Roma donde yo vivía; tenía cuatro años y un nombre muy difícil, que lo habían sacado del santoral turco. No conseguía abrir la puerta de mi habitación, a la que se acercaba de hurtadillas, dado que la abuela le había dicho que no había que molestarle porque estaba siempre escribiendo. Golpeaba la puerta muy despacito con timidez, y cuando yo preguntaba: «¿Quién es?», contestaba: «¡Stlivi! ¿Quieres jugar?» Después entraba, ofrecía la mejilla para ser besada, y quería que le hiciese los pajarillos, o unos cuadros es-trambóticos, obtenidos con gotas de tinta lanzadas al azar sobre un papel.

Queridísima Tania:

He cambiado de celda hace algunos días y también de galería: (La cárcel está dividida en galerías.) Antes estaba en la primera galería, celda número trece; ahora estoy en la segunda galería, celda veintidós.

Mi vida sigue siendo más o menos la de antes. Quiero describírtela un poco detalladamente, así podrás imaginar cada día lo que hago.

La celda tiene una anchura de una habitación de estudiante: a ojo calculo que tendrá unos tres metros por cuatro y medio, y tres y medio de altura. La ventana da al patio, donde se toma el aire: no es una ventana regular, por supuesto: es una de las llamadas «boca de lobo», con las rejas en la parte de dentro; sólo se puede ver un trozo de cielo, no se puede mirar al patio, ni siquiera de lado.

La disposición de esta celda es peor que la anterior, que estaba orientada al sur-sudoeste (se veía el sol hacia las diez y a las dos ocupaba el centro de la celda con una franja de unos sesenta centímetros); en la celda actual, que seguramente tiene una orientación hacia sud-oeste-oeste, el sol se va hacia las dos y se queda en la celda hasta tarde, pero tiene una franja de veintitantos centímetros. Durante esta estación, más cálida, quizá sea mejor así.

Además: la nueva celda está situada sobre el taller mecánico de la cárcel y se oye el estruendo de las máquinas; a pesar de ello me voy acostumbrando.

La celda es muy sencilla y muy complicada a la vez. Tengo un camastro con dos colchones (uno de ellos es de lana). La ropa blanca se cambia cada quince días, más o menos. Tengo una mesita y una especie de tocador, un espejo, una palangana y una jarra de hierro esmaltada. Tengo muchos objetos de aluminio comprados en la Rinascente*, que han organizado un departamento en la cárcel. Tengo algunos libros míos; cada semana recibo ocho libros de la biblioteca de la cárcel para leer (doble suscripción).

* Cadena de grandes almacenes italianos.

Por la mañana me levanto a las seis y media; a las siete tocan diana: café, aseo, limpieza de la celda; tomo medio litro de leche que acompaño con un panecillo; a las ocho más o menos vamos a tomar el aire, y esto dura dos horas. Paseo, estudio gramática alemana, leo la «Señorita campesina» de Puskin y aprendo de memoria unas veinte líneas del texto. Compró un periódico comercial-industrial, y leo algunas noticias económicas; el martes compro el *Corriere dei Piccoli*, que me divierte; el miércoles la *Domenicana del Corriere*; el viernes el *Guerin Meschino*, la revista de humor. Después de tomar el aire, café; recibo tres periódicos; la comida llega a horas disparatadas, desde las doce hasta las tres; caliento la sopa de caldo, o la pasta a la italiana, como un trocito de carne (si es de ternera, porque aún no consigo comer la carne de buey), un panecillo, un trozo de queso (no me gusta la fruta) y un cuarto de vino. Leo un libro, paseo, reflexiono sobre muchas cosas. A las cuatro, cuatro y media, recibo otros dos periódicos. Ceno a las siete (la comida llega a las seis): sopa, dos huevos crudos, un cuarto de vino; no consigo comer el queso. A las siete y media dan el toque de queda, voy a la cama y leo libros hasta las once-doce. Desde hace dos días, hacia las nueve tomo una tacita de manzanilla.

Queridísima Giulia:

He recibido tu carta. Las fotografías aún no me han llegado; espero que estará también la tuya. Naturalmente, también te quiero ver a ti, en el grupo, con los niños, como en la fotografías del año pasado, porque en el grupo hay algo que se mueve, dramático; se ven una relaciones que se pueden prolongar, imaginar como viñetas, como episodios de vida concreta, cuando el objetivo del fotógrafo no está encuadrado. Por otra parte yo creo conocerte lo suficiente para imaginar otras viñetas, pero no puedo evocar con suficiente fuerza las acciones de los niños en sus relaciones contigo.

Además tengo envidia porque no puedo gozar del frescor de las primeras impresiones sobre la vida de los niños, ni ayudarte a guiarlos y educarlos.

Querida, te abrazo.

Queridísima Tania:

Una cosa que me ha hecho reír mucho de tu última postal es tu afirmación de que sabes que quiero que me feliciten el día de mi santo. No sé quién te ha revelado este secreto, que tenía escondido con esmero; tan escondido y tan secreto que ni siquiera me recordaba que lo escondía desde la edad de seis años (sólo hasta los seis años recibí el día de mi santo).

Pero te quiero revelar otro secreto mío: nunca he podido satisfacer y tal vez, pobre de mí, no lo pueda satisfacer nunca, el deseo de comer un frito mixto de riñones y de sesos de «babirusa» y de rinoceronte.

Querida Tania, de todas formas agradezco tu felicitación con la simple advertencia de que el San Antonio que me protege no es el de junio, sino el de enero, acompañado por la especie europea del «babirusa». Des-

graciadamente, el «babirusa» vive únicamente en las islas de Sonda, y por lo tanto es muy difícil de encontrar sobre todo en forma de sesos y riñones frescos. Queridísima Tania, te abrazo con ternura.

Queridísima Giulia:

He recibido tus dos cartas. Estoy más tranquilo desde que he vuelto a escribirte.

Tania me ha contado, muy divertida, que Delio ha pensado untar con vaselina un elefante, cuya piel reseca posiblemente había sentido al tacto; a mí no me extraña que un chico piense untar un elefante con vaselina, aunque no creo que se me ocurriesen semejantes ideas cuando yo era pequeño.

También me ha dicho que Giuliano quiere saber todo lo que se refiere a mí: creo que tendrá relación con el hecho de haber visto una foto mía en un parque de cultura. Queridísima, cuando pienso en todas estas cosas, y en vuestra vida, que desde hace tantos años (una cuarta parte de mi existencia y más de un cuarto de la tuya) se desarrolla tan separada de la mía, no me siento muy alegre. Sin embargo, hay que resistir; hay que intentar adquirir fuerzas. Por otra parte, lo que me ha ocurrido no era del todo imprevisible; tú, que recuerdas cosas, ¿recuerdas cuando te decía que «me iba a la guerra»? Quizás no era muy serio por mi parte, pero era verdad, y así en realidad yo me sentía. Y te quería mucho, mucho.

Sé fuerte y haz todo lo que puedas para estar mejor. Te abrazo con ternura junto a nuestros hijos.

Queridísima Teresina:

La desgracia peor de mi vida actual es el aburrimiento. Al menos, los tres primeros meses después del arresto fueron muy animados: sacudido, enviado de un extremo a otro de la península, aunque sufría mucho desde el punto de vista físico, no tenía tiempo para aburrirme. Siempre había nuevos espectáculos que observar, nuevos personajes excepcionales que clasificar: realmente me parecía estar viviendo en un cuento fantástico.

Pero desde hace más de una año estoy en Milán, en ocio obligado.

Me preocupa mucho el estado de ánimo de mamá, por otra parte no sé qué hacer para tranquilizarla y confortarla. Querría infundirle el convencimiento de que yo estoy muy tranquilo, como en realidad lo estoy; pero me doy cuenta de que no lo consigo.

Para ella mi encarcelamiento es una desgracia terrible y algo misteriosa en sus concatenaciones de causas y efectos: para mí es un episodio de la lucha política que se combatía y se seguirá combatiendo y no sólo en Italia, sino en el mundo entero; durante cuánto tiempo todavía, no se sabe. Del mismo modo que durante la guerra se puede caer prisionero, yo he quedado preso y sabía que esto podía ocurrir, y que incluso podía ocurrir algo peor. Pero me temo que tú también pienses igual que mamá.

Afectuosos recuerdos para todos. Os abrazo.

Queridísima mamá:

Esta es la quinta Navidad que paso privado de libertad, y la cuarta que paso en la cárcel. A decir verdad la condición de desterrado en que pasé la Navidad de 1926 en Ustica, era aún una especie de paraíso de la libertad personal, comparada con la condición de presidiario. Pero no creas que me ha abandonado mi serenidad. He envejecido cuatro años, he dejado de reír tan a gusto como lo hacía antes, pero creo que me he hecho más sabio y he enriquecido mi experiencia acerca de los hombres y de las cosas.

Por lo demás, no he perdido el gusto por la vida; todavía me sigue interesando todo y estoy seguro que, aunque no puedo desgranar habas asadas, sin embargo no me desagradaría ver y oír a los demás mientras las desgranan. Por lo tanto no he envejecido, ¿no te parece? Uno se vuelve viejo cuando empieza a tener miedo a la muerte, y cuando le molesta ver cómo los demás hacen lo que nosotros ya no podemos hacer.

En este sentido estoy seguro de que tú tampoco has envejecido a pesar de la edad. Estoy seguro de que estás decidida a vivir todavía muchos años, para poder conocer a todos tus nietecitos: mientras se quiera vivir, mientras se siga sintiendo el gusto por la vida y se quiera alcanzar aún alguna meta, se resiste a todas las enfermedades. Sin embargo, tienes que convencerte que también hace falta ahorrar las propias fuerzas sin obstinarse en hacer grandes esfuerzos como en la primera juventud.

Muchas felicidades a todos y recuerdos a todos en casa. Te abrazo con ternura.

Queridísima mamá:

Recibí la carta que me escribiste por medio de Teresina.

Creo que tienes que escribirme así a menudo; en tu carta yo he advertido todo tu espíritu y tu forma de razonar; era realmente una carta tuya, y no una carta de Teresina.

¿Sabes de qué me he acordado? Precisamente me ha vuelto con claridad a la memoria el recuerdo de cuando yo hacía el primero o segundo año de la escuela elemental y tú me corregías los deberes; recuerdo perfectamente que nunca conseguía recordarme que «ucello»* se escribía con dos «ces» y que tú me corregiste esta palabra al menos diez veces.

Entonces, si nos ayudaste aprender a escribir (y antes nos hiciste aprender muchas poesías de memoria: todavía recuerdo «Rataplán» y otra, «Lungo i clivi della Loira / che qual nastro argentato / corre via per cento miglia / un bel suolo avventurato»), es justo que uno de nosotros te sirva de mano para escribir cuando no tienes fuerzas. Sólo el recuerdo de «Rataplán» o de la «Canción de Loira» te harán sonreír. Y también recuerdo (yo debía tener cuatro o cinco años) cuánta admiración me causaba tu capacidad para imitar el redoble del tambor, encima de la mesa, mientras declamabas «Rataplán». Por lo demás, tú no puedes imaginarte la cantidad de cosas

* Pájaro.

que yo recuerdo, en las que tú apareces siempre como una fuerza benefactora y llena de ternura hacia nosotros.

Si lo piensas bien, todos los problemas del alma y del paraíso y del infierno, en el fondo no son sino una forma de ver este hecho sencillo: que cada acción nuestra se transmite a los demás según su valor de bien o de mal, pasa de padres a hijos, de una generación a otra con un movimiento perpétuo. Y al igual que todos los recuerdos que nosotros tenemos de ti son de bondad y de fuerza, y tú has dado tus fuerzas para sacarnos adelante, esto significa que tú estás ya, desde entonces, en el único paraíso que existe, que para una madre creo que es el corazón de sus hijos.

Te abrazo con ternura con todos los de casa.

«SMOG» Y DIGNIDAD

—¿Y en cuanto a ese «smog» moral?

—Para mí eso es lo más grave, porque corroe el alma de la nacionalidad. Me encuentro con esto de las doce muertes, en cuatro lugares diferentes de la ciudad. La oposición dice que fue un asesinato, el gobierno que fue un enfrentamiento... Esto, no digo doce muertos sino dos o tres, o uno solo, habría causado una conmoción en cualquier lugar del mundo. Aquí la duda le preocupa a unos pocos, al gobierno nada. Pregunto qué sucede y me dicen: «No podemos pasar horrorizados todo el tiempo». Este acostumbramiento, el hecho que la masa de la gente lo condene pero no para que se arriesgue a levantar la voz, es algo que me estremece.

(Eugenio Velasco, ex-decano de la Facultad de Derecho en una entrevista concedida al retornar al país, después de largos años de exilio. Revista *Hoy* n.º 520, 6-12 julio 87).

—¿Qué ocurre cuando no hay denuncia, cuando el país no se remece?

—Cuando no se actúa contra la maldad, terminamos convertidos en un país deprimido y esquizofrénico (...) Uno termina por reprimirse y eso destruye la dignidad de un país.

(Ariel Dorfman, escritor, en *Análisis* n.º 188, 17-23 agosto 1987).

Confesiones del «misterioso capitán Aguirre»

LUIS ALBERTO MANSILLA

Así bautizó Neruda en una de sus cartas a quien es ahora un hombre de bigote blanco y pulcra indumentaria que, pese a su viveza, no disimula sus setenta y siete años. Se parece a un coronel inglés jubilado de regreso a la metrópoli. No fue difícil conversar con él sobre seis décadas de la vida de Chile con los avatares y protagonistas que él conoció de cerca. Lo que nos costó más fue ordenar la avalancha de información y recuerdos, las estampas, evocaciones, las mil y una anécdotas que se amontonaron sin mucho concierto en las varias horas que conversamos en un departamento en Franz Jacob strasse, Berlín, República Democrática Alemana.

Santiago Aguirre ha sido un incansable animador de la vida chilena durante medio siglo. Arquitecto destacado, profesor universitario, empresario, diplomático, militante comunista desde 1932, aficionado a una cierta bohemia, a la travesura y las misiones confidenciales y a veces imposibles. Se casó tres veces y ahora sobrevive a varias generaciones, a cuya memoria contribuye con estas confesiones, testimonio apenas parcial de su paso por la historia política y cultural de Chile.

—Usted ha llevado una existencia «bien vivida», como se dice y es un testigo interesante del pasado chileno y de sus personajes. Es mejor que

Luis Alberto Mansilla es periodista. Dirige el *Boletín* publicado por la Central Única de Trabajadores de Chile (Comité Exterior) en Berlín, República Democrática Alemana.

nuestra conversación siga un orden cronológico. Así, en esta entrevista irá apareciendo usted mismo y su testimonio sin mayor confusión para los lectores. Empiezo preguntando por sus orígenes y sus antepasados. ¿Le parece?

—Es difícil aclarar bien los recuerdos. La memoria es como esas novelas o películas modernas que avanzan y retroceden en el tiempo y uno no sabe en la lectura o en la proyección si está asistiendo al pasado, al presente o al futuro de los protagonistas. Nací en Santiago el 11 de diciembre de 1910 en una casona de la calle Agustinas de propiedad de mi abuelo materno, el General Estanislao del Canto. Era un hombre lleno de condecoraciones y honores, porque ostentaba el triste título de vencedor de Balmaceda en la contrarrevolución de 1891. Su vida sentimental fue un escándalo en su época. Decidió divorciarse de mi abuela, lo que era inaudito en un general de la República, según la moral en uso. Eso le obligó a residir en Tacna con su amiga, su única hija, Dora —mi madre— y yo. Allí conocí a Salvador Allende, en 1914, cuando yo tenía cuatro años y él seis.

Los primeros años

—De Allende vamos a hablar más adelante. Ahora sigamos el hilo existencial suyo. ¿Cómo transcurrió su infancia?

—Hasta 1920 mi madre me acompañaba siempre a la escuela. Mi padre se había marchado a Europa, desentendiéndose de nosotros. Era ingeniero y, además, un inventor loco. Con el tiempo volvió y recuerdo que me llevaba a reuniones del llamado grupo «Montparnasse», en el que estaban pintores como Camilo Mori y Luis Vargas Rozas y músicos como Acario Cotapos. Hice mis estudios secundarios en el Liceo de Aplicación de calle Cumming. Descubrí ahí que tenía una capacidad natural para el dibujo y un gran interés por el diseño arquitectónico. No obstante, cuando dí mi bachillerato y fui a la Universidad de Chile, me inscribí en la escuela de Ingeniería, tal vez por presión de mi padre.

—¿Su familia era partidaria de Arturo Alessandri?

—Sólo mi madre tenía cierta desviación populista y seguía con entusiasmo al «León de Tarapacá». Ocurrió que en los primeros años de su gobierno murió mi abuelo. Arturo Alessandri fue al velorio acompañado del Ministro de Guerra y del director de la Escuela Militar. Recuerdo que me llamó y me dijo junto al féretro: «El próximo año inauguramos un curso de alféreces en la Escuela Militar y para conservar la gloria del General del Canto te ofrecemos una beca de honor en ese curso». Fui de inmediato a comunicárselo a mi madre y ella sólo me dijo: «Usted sabrá». El director de la Escuela Militar Barceló Lira, me preguntó luego en el mismo velorio: «¿Qué has decidido?» Contesté con decisión: «Mi abuelo me dijo que no fuera jamás masón ni militar y yo respeto sus deseos». El Presidente, que guardaba la grave compostura de la circunstancia, se volvió a mí y me susurró «chiquillo de mierda».

—¿En definitiva sus primeros años fueron felices?

—No diría que fueron penosos ni muy felices. Era el único nieto del famoso General del Canto, cuya casa de la calle Agustinas tenía cuatro patios y 23 servidores, pero me daba cuenta de la miseria que había apenas cruzaba algunas cuadras más allá. En la calle Agustinas sólo teníamos vecinos oligarcas, los Edwards, por ejemplo, vivían a pocos metros de nosotros. Pero mi mejor amigo de infancia fue un muchacho de apellido Zamorano que era hijo de un cargador de carbón. Repito que luego que el abuelo emigró conocíamos las estrecheces con mi madre, los calcetines zurcidos, la leche racionada, etc. Creo que ya entonces entendí confusamente que la vida era injusta para muchos.

El poeta con gorra de cobradora

—¿Que le pasó en el Liceo de Aplicación?

—Lo más inolvidable fue tal vez mi participación en la Academia Literaria que dirigía Luis Tejeda Oliva que ya entonces era un versificador de ingenio increíble. En el liceo se aplicaban métodos experimentales de la pedagogía alemana. Los alumnos provenían de la clase media pobre y la convivencia era alegre y democrática. Los profesores eran en su mayoría gente de avanzada, militantes de Partido Radical o del socialismo. Un día, Tejeda Oliva me invitó al Instituto Pedagógico a escuchar un recital de un poeta que prometía y que era alumno de francés. Se llamaba Neftalí Reyes. Fue en 1924 y, hacía poco, con el seudónimo de Pablo Neruda había publicado en la editorial Nascimento *20 poemas de amor y una Canción desesperada*. Era delgado, de aspecto funeral y con una voz lenta y extraña. Después del recital fuimos a un café, conversamos y entonces nació nuestra amistad. No llevaba una capa negra sino gris y además un jockey parecido al que usaban las cobradoras de los travías de entonces. Después fuimos caminando Alameda abajo hasta la Librería Chilena, de propiedad de un pariente de Neruda. Nos acompañó Tomás Lago que era de alta estatura y muy serio. Neruda vivía en una pensión de la calle García Reyes en una pieza empapelada con hojas de *El Mercurio* y con algunas tablas sueltas en el piso. Esta convivencia juvenil se interrumpió cuando el poeta consiguió, un cargo consular en la India. Pero se reanudó más estrechamente, después en otros escenarios, y en Chile hasta sus últimos días.

—¿Y que ocurrió con la academia de Tejeda Oliva?

—La verdad es que no era muy «académica». Había sesiones en las que los poetas y cuentistas de Liceo leían sus producciones en medio de un bullicio general. Pero no se alteraban. Luego Tejeda decidió que los mejores autores y contertulios teníamos que transformarnos en profesores de primeras letras de la escuela nocturna Luis Enrique Schneider para suplementeros y artesanos que funcionaba en las noches en el propio Liceo. Funcionaba a las mismas horas y en el mismo local que el Liceo Federico Hansen que servía para completar la educación secundaria de empleados

y obreros. Su joven rector era el estudiante de historia Hernán Ramírez Necochea, cuya abierta militancia comunista no correspondía a la imagen estereotipada que se tiene de los intelectuales revolucionarios. Era un joven pulcro, bien vestido, suave, de apuesta figura. Fue también mi amigo desde entonces.

—¿Y vino luego la Universidad de Chile y la Escuela de Ingeniería?

—A los dieciocho años me despedí con pena del Liceo de Aplicación, su academia literaria y sus escuelas nocturnas, y ya dije que le obedecí a mi padre —el inventor loco— que no toleraba otra cosa que no fuera un destino de ingeniero para mí. Mis compañeros de entonces fueron después políticos y personas destacadas; estábamos, por ejemplo, en el mismo curso, Ignacio Palma, después senador demócratacristiano y Eduardo Paredes destacado director de obras públicas en años posteriores. Teníamos grandes inquietudes políticas y nos abanderizábamos de acuerdo a nuestras ideas. Yo pertenecía al grupo «Renovación». Existía también el grupo «Avance». Pero nos uníamos moros y cristianos para las fiestas de la primavera y el carnaval en la Quinta Normal. Fui alumno de Ingeniería en plena dictadura de Ibáñez. Los estudiantes éramos unánimes en la lucha contra la tiranía. La agitación en las escuelas era permanente, cotidiana; salíamos a la calle después de las clases y los apaleos y brutalidades policiales no hacían otra cosa que multiplicar el número de manifestantes. El decano de la Escuela de Ingeniería era Gustavo Lira, un ibañista muy influyente. Había organizado el soplónaje en todas las aulas. Y un día al ir a clase me encontré con que no podía ingresar. Había sido expulsado por cinco años. El rector de la Universidad de Chile era Don Claudio Matte, un caballero de derecha, conciliador con la dictadura. Todos saben que fuimos los estudiantes de entonces la fuerza decisiva para derrocar a Ibáñez. Todo ese largo entrenamiento en el combate sirvió después para impulsar la primera reforma universitaria. Queríamos democracia, libertad, renovación, fin de los privilegios y valores caducos. Hay jóvenes de entonces que fueron para mí figuras inolvidables: el poeta Julio Barrenechea, el profesor Astolfo Tapia, el periodista Luis Enrique Délano.

De los «soviets» al PC

—¿Fue entonces cuando se «tomaron» la Casa Central de la Universidad?

—Estuve en dos tomas de la Casa Central Universitaria. Primero en 1931 para provocar la caída de Ibáñez. Después en 1933 durante los llamados «Cien Días» de Dávila. Establecimos en la segunda toma los «soviets» universitarios. Era una imitación en exceso idealista e inmadura de organizaciones de los bolcheviques soviéticos. No obstante sus protagonistas fueron lo más granado de los jóvenes de izquierda de entonces y de los dirigentes obreros. Allí estaban —por ejemplo— Salvador Allende y Elías Lafferte.

—¿Y cuando pasó el temporal volvió a la Escuela de Ingeniería?

—Sí, me admitieron de nuevo. En el intertanto había trabajado en la Municipalidad de Santiago con un título de «Ingeniero Ayudante». Allí contribuí a formar un sindicato de obreros y empleados del que fuí elegido director. Al recuperar mi calidad de estudiante de ingeniería, me dí cuenta definitivamente que había equivocado mi vocación. Decidí matricularme en arquitectura. Fue en 1933. Estaba seguro ahora que estaba en el camino de mi vocación.

—¿Y cuándo empezó a contactarse con los comunistas? Usted era un «futrebito» de hogar burgués ¿Cómo fue atraído por un partido de obreros que siempre ha enfrentado la represión y persecución de los gobiernos burgueses?

—Mi padre fue uno de los fundadores del Partido Socialista y me acostumbré a ver, en la que había sido casa del General del Canto, a «conspiradores» como Oscar Schnake, Marmaduke Grove, Eugenio Matte. Hablaban siempre de tomarse el poder y proclamar en Chile la «República Socialista». Mis amigos más jóvenes, Salvador Allende y Julio Barrenechea, dijeron que era el momento de tomar decisiones de militancia política e ingresaron al recién fundado Partido Socialista. Yo no los seguí. Por esos días se produjo la rebelión de la marinería en Valparaíso. En Santiago los neo-fascistas empezaron a organizar guardias blancas para contribuir a su derrota y sofocar cualquier manifestación solidaria en Santiago. Había un cuartel cerca de mi casa en el que le entregaban carabinas a los más destacables pijes. Yo fuí allí con el fotógrafo Antonio Quintana y con esas carabinas en la mano nos dirigimos a un humilde local del Partido Comunista. Les entregamos las armas y cuando dijimos que queríamos nuestro ingreso, el encargado nos miró extrañado. «Lo vamos a estudiar» dijo. Después de unos meses fuímos llamados para integrar la primera célula de intelectuales. Recibimos el carnet en 1932 de manos de Elías Lafferte, a quien ya conocía.

—¿Y de marxismo-leninismo usted sabía algo?

—No sabía nada. Era sólo el corazón el que me llevaba hacia los comunistas. Lo interesante es que mi madre aprobó mi decisión. Desde el comienzo los comunistas me parecieron fraternales y abiertos, gente de buena cepa humana. El marxismo me empezó a interesar a partir de la militancia. Me dí cuenta —modestamente— que Marx, Engels, Lenin coincidían en casi todo con lo que yo pensaba hasta entonces sin orden ni concierto científico. Lo curioso es que disminuyeron mis ímpetus de futrebito revolucionario algo loco. Adquirí conciencia que debía dedicarme con todo empeño a mis estudios de arquitectura hasta terminar la carrera. Desgraciadamente, también me habían expulsado de esa Escuela luego de la toma de la Universidad en 1933. Recién pude terminar y recibir el título en 1937.

La Alianza de Intelectuales

—*Usted fue uno de los fundadores de la Alianza de Intelectuales exactamente en 1937, hace cincuenta años ¿Cómo ocurrió eso?*

—La gente democrática en Chile estaba consternada ante el avance del fascismo en Europa y en nuestro propio país. Les estremecía, además, la guerra de España y la urgencia de solidarizar con los republicanos. Nuestra célula de intelectuales recibió el encargo de contribuir a la formación de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura. Parece que la idea era de Neruda, que enviaba urgentes recados a Chile y que viajó incluso a concretar el proyecto. El trabajo práctico debíamos hacerlo nosotros y yo en buena parte. Me acordé del grupo Montparnasse al que había pertenecido mi padre y todos sus integrantes estuvieron de acuerdo en ser parte de la Alianza. Así conquistamos a Camilo Mori, Isaías Cabezón, Acario Cotapos, Mireya Lafuente. El novelista Alberto Romero fue designado presidente y le cedió después el puesto a Neruda. Fue elegido un directorio en el que estaban Juan Negro, Juvencio Valle, Antonio Quintana, Arturo Aldunate, D'Halmar, el arquitecto Sergio Larraín García Moreno. Nuestras actividades estaban dirigidas a denunciar el fascismo, a defender el humanismo, a informar sobre lo que ocurría en España, a proclamar nuestra adhesión a los trabajadores y exigir su presencia en el gobierno de la República. Organizamos foros, concursos, lecturas, mítines. Fuimos a las universidades, los sindicatos, los partidos políticos, editamos panfletos, manifiestos, revistas, libros. Creo que no ha existido en toda nuestra historia cultural un organismo más activo, batallador y amplio que la Alianza de Intelectuales. Es evidente que su influencia fue importante en la victoria en 1938 del Frente Popular y de Pedro Aguirre Cerda. Ningún intelectual, escritor o artista importante le negó su adhesión. Estaban con la Alianza de Intelectuales Vicente Huidobro y Gabriela Mistral. Nos llegaron adhesiones de todo el mundo: desde Picasso a Bernard Shaw. A estas alturas resulta increíble que nadie haya hecho la historia completa de la Alianza de Intelectuales. Veo que sus cincuenta años han pasado sin pena ni gloria.

—*¿Y cuando viajó a Europa por primera vez?*

—En 1937, luego de ser animador de agotadoras jornadas culturales antifascistas de la Alianza de Intelectuales, me uní a un viaje organizado por los alumnos del último año de la Escuela de Arquitectura, talvez porque entre ellos iba también Inés Frey que sería mi mujer. El viaje era a la Italia de Mussolini. En el grupo iban además artistas como la escultora Lilí Garafulic e intelectuales como el profesor Norberto Pinilla. La Italia fascista nos pareció estridente. Todo daba la impresión de una opereta siniestra, con el retrato del Duce por todas partes y con una cantidad de monstruosidades arquitectónicas que ofendían la gloria de Roma. Nosotros, estudiantes de arquitectura, abríamos los ojos con horror. En Nápoles coincidimos con la visita de Hitler al Duce. El despliegue policial era aterrador. Pasaron ambos personajes con el brazo levantado en veloces automóviles abier-

tos. La multitud hizo el mismo saludo fascista. Yo no pude resistir. Levanté el brazo y apreté el puño. Al día siguiente nos marchamos a París. No resistimos más el espectáculo del fascismo. Llegamos exactamente el Primero de Mayo, horas antes del gran desfile de la CGT en el Bois de Boulogne. Nos unimos a una columna de intelectuales en la que marchaban el pintor Luis Vargas Rojas y su mujer Henriette Petit, que vivían en París. Uno de los oradores extranjeros del mitin era Salvador Ocampo, que habló a nombre de la CETAL, con sede en México. Me pidió que tradujera en la misma tribuna su discurso. Cuando subí me temblaron las piernas de emoción: allí estaban la Pasionaria, Maurice Thorez, Louis Aragón y otros personajes para mí legendarios. La consigna de ese Primero de Mayo era «Todo para España», «Abramos las fronteras». El claudicante gobierno socialista francés había cerrado las fronteras y no dejaba pasar las armas que la solidaridad internacional quería hacer llegar a los republicanos. La política de «no intervención» no era otra cosa que una colaboración con los fascistas alemanes que sí internaban inmensos arsenales y aviones para aplastar a la República. Allí mismo tomé la decisión de servir en algo a los republicanos. Me dirigí a un comité de solidaridad y aceptaron mi oferta de ir a España con alguna misión útil.

—*¿Y fue a España?*

—Pasé varias veces llevando dinero, documentos, instrucciones. Estas misiones se repitieron cinco o seis veces y eran arriesgadas. El avance fascista era cada vez mayor y costaba llegar al territorio republicano. El peligro de ser detenido, asesinado, alcanzado por una bomba era como para intranquilizar a cualquiera. Yo no abandoné un aspecto de pequeño burgués tranquilo en viaje de negocios. Cuando en el tren alguien me hablaba de la situación decía: «Yo soy extranjero y no entiendo nada de política». Quise aprovechar bien el tiempo en París y conseguí una matrícula en el taller de diseño arquitectónico de Le Corbusier. Me sentaba en un tablero junto a un arquitecto brasileño de aspecto modesto. Era Oscar Niemeyer.

«Don Tinto» y el Frente Popular

—*¿Cuando volvió a Chile?*

—En septiembre de 1938, en vísperas de la matanza del edificio del Seguro Obrero que ensangrentó los últimos días del demagogo gobierno de Arturo Alessandri Palma. El país estaba en plena campaña electoral y, aunque el bloque de partidos de izquierda del Frente Popular era fuerte y tenía una adhesión de masas enorme, la victoria no era segura. El candidato de la derecha, Gustavo Ross, contaba con inmensos recursos financieros y la oligarquía que lo apoyaba montó la primera campaña de terror que se recuerde en Chile. Aseguraban que los conventos serían quemados, que las monjas violadas, que se establecería el amor libre, que funcionarían soviets y koljoses en todo el país, etc. No obstante, el candidato Pedro Aguirre Cerda era lo menos aterrador posible. Era chiquito, moreno, de

bigotes medianos, con vocación de maestro y agricultor, moderado y espontáneo a la vez. Le decían «Don Tinto», aunque apenas tomaba una copa al almuerzo. Estaba casado con una dama muy católica, doña Juanita, que no le hacía mucho honor a la comentada belleza de la mujer chilena. A pesar de todo, en octubre del 38 triunfó Aguirre Cerda y aunque quisieron arrebatárle el triunfo con un abortado golpe militar llegó a La Moneda en gloria y majestad. Su ministro de Salud fue mi amigo de infancia Salvador Allende.

Salvador Allende

—*Hablemos ahora de Salvador Allende. A partir del Frente Popular Allende fue un personaje clave de la izquierda chilena y pienso que no es del todo conocido en su dimensión humana, en sus flaquezas y grandezas. Le pido que hable de Allende tal como Ud. le conoció;*

—Ya dije que fuimos alumnos en un Kindergarten de Tacna y aprendimos juntos a deletrear los títulos de un diario. Mi abuelo era masón y en su logia conoció al Dr. Allende Padin, abuelo de Salvador. Por eso nuestras familias estuvieron siempre muy relacionadas. Debo decir que Allende me parecía cuando joven un pije antipático y un poco jactancioso. Cuando fue Ministro de Salud en cambio demostró ser un consecuente político popular, uno de los más sólidos, honestos, dinámicos personeros del Frente Popular. Salvador tenía al comienzo mejor amistad con mi madre que conmigo. Una de sus cualidades fue siempre entenderse muy bien con las mujeres. Era con ellas galante, caballeroso, gentil. En política tuvimos diferencias en nuestros años juveniles. Pero las relaciones familiares se mantuvieron cordiales. Yo visitaba a menudo en Viña del Mar a su madre doña Laura. Y después, las mejores continuadoras de nuestra amistad fueron nuestras respectivas esposas. Cuando se produjo el terremoto de 1939 Allende me propuso formar una sociedad para construir casas en Chillán. No era un negocio sino una forma de contribuir por una vía no oficial a darle un techo a los millares de damnificados. Nuestras ganancias fueron nulas. Yo puse al servicio de la empresa mi profesión de arquitecto y de contratista de primera categoría del Ministerio de Obras Públicas. La experiencia sirvió para unir nuestras modestas economías. Teníamos una cuenta corriente conjunta. Acudía a mí con cierta angustia después de cada una de sus campañas electorales. Sus arcas personales, jamás repletas, quedaban vacías. Se le ocurrían algunos negocios que proponía llevar a cabo usando mi nombre y mi crédito. Mi aval era siempre mi madre, que había heredado las propiedades y fortuna de su padre. Nuestros contactos en la vida eran casi cotidianos a partir de 1940. Entendí que el hombre que aparecía un poco arrogante era bastante tímido y que el galán de cierta fama no era otra cosa que una especie de delicado caballero romántico. En política no era un teórico y era poco lo que sabía de marxismo aunque tenía cierta predilección por los libros de economía. Tomaba muy en serio su

oficio de médico y le gustaba que antepusieran el título de «Doctor» a su nombre. Era institucionalista y respetuoso de organizaciones como la masonería, para la que ingenuamente preparaba informes acerca del orden socialista con el que soñaba. Cuando salía hacia su logia me decía: «Yo me voy a mi misa, vete también a la tuya». Creo que entre sus cualidades más destacadas habría que mencionar su firme voluntad a prueba de reveses, de contradicciones. Era de una inmensa honestidad y de gran valentía para defender sus posiciones. Detestaba a los políticos pinganillas que hacían grandes promesas a sus electores que sabían que jamás iban a cumplir. Tenía accesos de furia y llegaba a ser irritante en el trato con la gente de su entorno. Pero luego pedía perdón y se portaba encantador. Se empeñó en ser presidente porque tal vez eso era un desafío a sí mismo en el que tenía que vencer. No obstante, sería más justo decir que anhelaba ser dirigente de los grandes cambios sociales que orientaron toda su acción política a lo largo de su vida. Otra cualidad suya era la lealtad y el cariño por sus amigos. Lo último que me dijo por teléfono cuando ya era Presidente de la República fue: «Mira, Santiago, yo no soy remiso a la amistad». Fue en 1972 cuando me embarcaba a cumplir mi misión de Encargado Cultural en la Embajada de Chile en la RDA.

El travieso Neruda

—*El otro personaje del que es necesario que hable es Neruda. Ud. fue uno de sus amigos más próximos a lo largo de toda una vida. Le sugiero que conversemos sobre él sin los lugares comunes ya conocidos.*

—Cuando uno ha convivido y conocido demasiado a alguien no sabe como empezar. Creo que nuestra amistad fue más estrecha a partir de su ingreso al Partido Comunista. Cuando se produjo la persecución de González Videla, yo era de la comisión de organización del Partido y recibí el encargo de ubicar a Pablo en diversos domicilios clandestinos, en distintos lugares del país. Fue reconfortante comprobar, cómo este hombre que gustaba de los placeres de la vida se acomodó a todas las contingencias y sobresaltos. Sólo pedía algunos libros para leer y papel para continuar escribiendo el *Canto General*. Cometía muchas imprudencias; iba al cine incluso. Cuando, por fin cruzó la cordillera y se puso a salvo respiramos con alivio todos los de su custodia. Conocía sus amores con Matilde en el exilio y naturalmente guardé el secreto. Me envió desde Capri la edición anónima de *Los Versos del Capitán* y me reí mucho cuando conspicuos comentaristas se los atribuían a los más peregrinos autores. De regreso del exilio se acostumbró a vivir en mi departamento de la Avenida Santa María, cuando venía desde Isla Negra. Llegaba sin anunciarse. Se instalaba en el salón y empezaba a llamar por teléfono a sus amigos o hacer citas de trabajo. Le gustaba pasearse por la terraza que dominaba el río Mapocho y el cercano Parque Gran Bretaña. Recuerdo que una vez realizamos una fiesta muy alegre en la que los invitados baila-

ban can-can al son de un disco estridente. Pablo me llamó de pronto y me dijo: «¿Por qué no llamas a la Violeta Parra para que nos entristezca un poco?» Así fue. Apareció a las dos de la madrugada Violeta con su guitarra, y cantó las canciones más tristes de su repertorio ante el contenido desconcierto de los invitados. También le gustaba organizar comidas en mi casa a beneficio de las finanzas del Partido. Acudían algunos ricos conocidos que pagaban suculentas cifras a pesar de que los fines eran inequívocos. Pablo se preocupaba de todos los detalles de esas cenas; desde las servilletas hasta el menú. Nadie salía defraudado. Acostumbraba siempre a hacerme travesuras inesperadas. Anduve mil veces con él buscando cachivaches en los mercados; le acompañé a ver las películas de Cantinflas que tanto le gustaban; hice largos viajes en su compañía y con Matilde al exterior. Al contrario de lo que algunos creen, tenía una sólida formación política, un criterio exacto acerca de lo que había que hacer, aun en las más complejas situaciones. Estoy seguro que su militancia comunista nunca fue una actitud romántica guiada sólo por los impulsos de su generoso corazón. Siempre tenía datos completos de la realidad y observaba lo bueno y lo malo en sus viajes por los países socialistas. Le gustaba cometar las noticias y a menudo hablaba más de política que de literatura. Pero es evidente que sus conversaciones predilectas se referían a la vida cotidiana, a los sucesos de sus amigos, a las comidas, los vinos, los objetos. Con él no se sentían penas. Y cuando alguien las tenía se empeñaba en que se disiparan con sus inagotables ocurrencias.

El desconcertante Alessandri

—Hablemos ahora de un personaje de la derecha que fue Presidente de la República y que usted conoció muy bien. Antes una pregunta inevitable ¿Cómo un conocido comunista como usted pudo tener un trato familiar con Jorge Alessandri Rodríguez?

—Ya dije que mi madre fue alessandrista y que tenía cierto grado de amistad con el padre de Jorge Alessandri. Es conocido que Don Arturo —que era un hombre muy ingenioso y de temperamento italiano— tenía un trato áspero hacia su hijo Jorge. Decía siempre: «Este está estudiando para Dios». El gran personaje del entorno familiar de Jorge fue su madre, doña Rosa Rodríguez, a quien le rendía un culto casi enfermizo. Aunque no era especialmente un amigo suyo, siempre tuvimos un contacto amable cuando fue Ministro de Hacienda y después Senador de la República. Al ser elegido Presidente de la República en 1958, la mejor agente de estos contactos fue su secretaria privada Rosa Celis, querida amiga mía. Con Guillermo del Pedregal, Salvador Allende y Miguel Labarca habíamos formado la sociedad comercial Sochildico cuyo objeto era abrir el comercio con los países socialistas. Hay que decir que Jorge Alessandri no era un anticomunista obsesivo. Era leal a su clase, un cerrado partidario de la economía liberal y de las ganancias de las empresas. Pero no quería

las llamas del infierno para los comunistas a quienes les reconocía el derecho a existir, como a cualquier otro partido. Le interesaba abrir el comercio y los contactos diplomáticos con los países socialistas y talvez por eso me invitaba algunos miércoles a tomar té con él en La Moneda. Era un hombre de apariencia fría y severa pero de pronto se permitía bromas que resultaban desconcertantes. Conseguí con él visas para las primeras delegaciones comerciales y culturales de los países socialistas que vinieron a Chile. Por consejo mío una delegación soviética le regaló un álbum con la historia completa del Ballet Bolshoi de Moscú. Alessandri era entusiasta del ballet y de la ópera. Asistió a la primera presentación y luego a otras funciones del Ballet Stanislavski, que hizo una temporada en el Teatro Municipal en 1960 y que fue el primer conjunto de la URSS de su género que visitó el país. Alessandri fue a saludar personalmente a los bailarines y les expresó su gran admiración.

Pienso que Alessandri dañó su propia imagen y el juicio ante la historia al aceptar la presidencia del llamado Consejo de Estado de la dictadura. A poco andar se dio cuenta de que nada tenía que hacer allí. Lo visité por última vez en 1980 cuando regresé al país. Lo encontré viejo y desanimado en su departamento de la calle Phillips. Cuando le hablé del estado del país me respondió con voz cansada: «Mire hombre, a mí ya no me interesa nada»...

Arquitecto y diplomático

—*Nos hemos olvidado de su condición de arquitecto y universitario ¿Está contento con su trayectoria profesional?*

—Soy enemigo de la gente contenta de sí misma y no me gusta exhibir los títulos y honores conseguidos. Ejercí la profesión de arquitecto durante treinta y cinco años. Fui siempre algo extravagante y aficionado a la experimentación en el oficio. Figuro entre los primeros que proyecté, por ejemplo, arcos parabólicos en poblaciones para obreros. Construí la primera casa cubista en Chile. Fue en Concepción, pertenece al ex ministro Rolando Merino Reyes y todavía existe. Es una casa sin puertas ni ventanas aparentes y desconcierta, aún, a los que pasan por la calle Aníbal Pinto donde está ubicada. Siempre practiqué en mis trabajos un principio de Le Corbusier: «La casa es una máquina para vivir y para la felicidad del hombre». Contribuí a que Chile adquiriera en la URSS durante la administración de Frei una planta para la construcción de casas prefabricadas que funcionó muy bien hasta el fin del gobierno de la Unidad Popular. Durante muchos años ejercí la docencia en la escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile y fui jefe del Centro de Investigaciones Arquitectónicas en Valparaíso. Lo que más me complace es haber dirigido un taller de arquitectura de largas realizaciones. Fueron mis alumnos algunos destacados arquitectos de ahora: Sergio González, Miguel Lawner, la bella Yolanda Schwartz fallecida trágicamente, etc. Projecté también una cons-

trucción que nunca se realizó: La fundación Pablo Neruda, que iba a funcionar en la antigua casa del poeta de la avenida Lynch.

—*Por último está su actividad de diplomático de la Unidad Popular en la República Democrática Alemana ¿Cree usted que servía para diplomático?*

—No estoy seguro si en verdad fui un buen diplomático y si servía para eso. El gobierno de la Unidad Popular me designó agregado cultural en Berlín, capital de la República Democrática Alemana. La Embajada se había abierto recién y su titular era Carlos Contreras Labarca, que asumió el cargo con el minucioso celo que siempre le caracterizó. Cuando llegué allí me di cuenta que la Embajada era de recursos franciscanos. Tenía apenas tres funcionarios y una secretaria muy eficiente. La RDA había puesto en marcha un gran intercambio comercial con Chile y además nos entregaba una inmensa solidaridad material. El proceso chileno era objeto de la más grande atención del gobierno y de la población de la RDA. Todos los días recibíamos delegaciones y éramos invitados a participar en actos de homenaje y conocimiento de nuestro país y de su proceso político. En el terreno me di cuenta que además de actividades culturales debía ocuparme de los asuntos militares. Hasta tenía el título de agregado militar, lo que era muy paradójal ya que siempre fui antimilitarista. Con nuestro pobre presupuesto y personal no podíamos responder ni atender todas las atenciones que nos hacían. Le pedíamos auxilio a los estudiantes chilenos que había en Berlín y Leipzig. Ellos venían para despachar las cartas y solucionar en parte el agitado movimiento de la embajada. El golpe de Pinochet nos sorprendió cuando apenas nos recuperamos del impacto y emociones que nos había causado el Festival Mundial de la Juventud celebrado en Berlín en julio de 1973. El centro de la atención de millares de jóvenes fue Chile y todos querían visitar nuestra embajada para dejar algún mensaje. Fueron muy dramáticos para mí los golpes recibidos: el asesinato de Salvador Allende, la muerte doce días después de Pablo Neruda, los asesinatos de millares de nuestros más heroicos compañeros. Con el corazón desgarrado asistimos a los inmensos actos solidarios que se realizaron a lo largo de toda la RDA. Estuvimos en la presidencia de uno de los más grandes mitines que se hayan efectuado en Berlín. Millares de obreros, estudiantes, intelectuales se dirigieron espontáneamente hacia la Unter den Linden para repudiar el golpe fascista. Innumerables muchachos pedían ir a luchar a Chile. Pocas veces he visto un estallido tan enorme y conmovedor de solidaridad con la causa de un pueblo.

—*¿Se quedó en la RDA?*

—Viví allí siete años después del golpe. Estaban conmigo mi tercera mujer y mis dos hijos pequeños. Me dieron un trabajo en la Academia de Arquitectura como investigador y me trataron oficialmente como un diplomático.

—¿Y que le hizo regresar a Chile en 1980?

—Podía regresar, no estaba en ninguna lista de prohibidos. Era necesario que retornáramos algunos viejos, aunque sólo fuera para levantarle el ánimo a los compañeros que luchaban. Cuando pedí instrucciones acerca de lo que debía hacer en Chile me dijeron: «Debes pasearte por el Paseo Ahumada a mediodía». Así lo hice. Fui al café «Haití», me senté en la Plaza de Armas, me detuve a conversar con los que me reconocieron con alegría. Hubo quienes huyeron asustados al divisarme, otros me saludaron con las mayores precauciones y temores. Los entendí a todos. Mi departamento de la Avenida Santa María empezó a ser vigilado por la DINA. Sufrí tres aterradores allanamientos. Los agentes buscaban armas o comunistas escondidos. Además de eso, un vecino que era magistrado se empeñó en arrebatarme el departamento alegando que era de propiedad del PC. Caí gravemente enfermo. Todos creían que moriría y hasta hubo alguien que esperó vigilante mi último suspiro. Me recuperé felizmente. Era imposible para mí a los setenta y tres años seguir resistiendo el asedio policial. Por eso salí de nuevo a un segundo exilio, a casa de una amiga en Essen, en Alemania Federal. Ella me envió los pasajes e hizo todas las gestiones. Ahora vivo en Hannover, en una modesta pieza de turco, con muy escasos recursos. Un amigo español dueño del restaurante «La Mancha» en Hannover me invita a comer todos los días. Pienso mucho en mis jóvenes hijos, Santiago y Diego, que son estudiantes y viven en la RDA. Me preparo ahora para un nuevo regreso —talvez el último— a Chile.

—¿A los setenta y siete años, qué espera?

—Casi nada. No crea que le voy a contestar que espero la muerte. Estoy ya en la edad natural para morir pero nunca pienso en eso. Alguien generoso me dió un honroso título: «Maestro de vida». No es cierto. Pero me gustaría ser eso. No estoy arrepentido de nada. Asumo todo lo que he hecho.

APRENDICES DE BRUJOS

«A veces pienso que Pinochet tiene poderes mágicos y consigue que la oposición cometa todos los disparates imaginables. Hasta el lenguaje político es una caricatura. Se habla de los referentes, de la dirigencia, de la coyuntura. Todos quieren posar como científicos políticos, de politólogos. Con esa manía academicista, usando una terminología siútica, sólo se consigue divorciarse más de la realidad».

(Eugenio Velasco, ex-decano de la Facultad de Derecho, en *Hoy* n.º 520, 6-12 julio del 87).

Narrativa chilena post-golpe

En las huellas de la esperanza

RENE JARA

1. Entre 1973 y 1978 la narración chilena asumió una fisonomía heroica que, en las formas del testimonio, textualizó con amargura y urgencia la epopeya del sobreviviente. *El paso de los gansos* (1975) de Fernando Alegría, *Soñé que la nieve ardía* (1975) de Antonio Skármeta, *En este lugar sagrado* (1977) de Poli Délano, no logran superar el entramado monológico del discurso testimonial. La gran excepción es la novela de Hernán Valdés, *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile* (1974), en la cual el factor testimonial se sustrae del primer plano del relato para integrarse como uno de los muchos niveles discursivos en el dialoguismo novelesco¹. La novela de Valdés prelude, en este contexto, lo que sucedería en lo que ahora propongo llamar *la novela chilena del ciclo del golpe* que, sin perder la violencia del gesto acusatorio lo vuelca a menudo sobre el dedo mismo del que hace la denuncia, sobre su propio discurso y el contacto de éste con aquellos otros discursos que, con mayor o menor eficacia, lo han contaminado. La publicación de *Casa de campo*, de José Donoso, en 1978, puede servir como punto de partida a un tramo de dominancia cronológica que se prolonga, por el momento, hasta 1983². En este

René Jara es profesor en la Universidad de Minnesota, Estados Unidos. El presente artículo es complementario de un ensayo más amplio cuyo título es «Los límites de la representación: la novela chilena del golpe».

¹ Fernando Alegría, *El paso de los gansos* (Nueva York: Ediciones Puelche, 1975); Antonio Skármeta, *Soñé que la nieve ardía* (Barcelona: Planeta, 1976); Poli Délano, *En este lugar sagrado* (México: Grijalbo, 1977); Hernán Valdés, *Tejas Verdes, Diario de un campo de concentración en Chile* (Barcelona: Ariel, 1974).

² José Donoso, *Casa de campo* (Barcelona: Seix Barral, 1978).

artículo me limitaré a proponer sumariamente algunos rasgos del ciclo y a revisar, de manera rápida, tres ejemplares: *La visita del presidente o Adoraciones fálicas en el Valle del Puelo* (1983) de Juan Villegas, *La casa de los espíritus* (1982) de Isabel Allende y *Coral de Guerra* (1979) de Fernando Alegría³.

2. El contenido manifiesto de estas novelas puede definirse, en términos generales, como una voluntad de poner en evidencia las formaciones discursivas que dieron lugar a la catástrofe que interrumpió los circuitos semánticos del entendimiento, la socialización y la comunicación en la mañana del 11 de septiembre de 1973. Teorizando el golpe como un problema discursivo, asumen las características de un contradiscurso que no sólo desplaza su propia coherencia sino, al mismo tiempo, se levanta y construye como un desafío al discurso oficial y cuestiona sus límites retóricos: discurso que se juega en las márgenes del discurso propio y del discurso del Otro, el de la historia sancionada por el Estado. El énfasis en la situación discursiva y el dialoguismo a que ello da lugar, incluso en el nivel temático a veces, les permite enjuiciar simultáneamente las formas del discurso burgués y del discurso populista en sus conexiones con la retórica de la patriarquía descubriendo fisuras cuya percepción obliga a releer con mirada fresca y desprejuiciada la trayectoria de la culpa en la historia chilena reciente. La ya mencionada *Coral de Guerra* y *Una especie de memoria* (1983) de Fernando Alegría, por ejemplo, desafían tanto la clausura épica del lenguaje autoritario como la debilidad intrínseca del discurso populista que condujo a Salvador Allende al sillón presidencial en 1970. *Casa de campo* y *El jardín de al lado* (1981) de José Donoso deconstruyen las jerarquías de la familia patriarcal burguesa y los sememas del exilio territorial e interno⁴. *La visita del Presidente* pone en términos de narración el vaciamiento y el fracaso histórico del populismo como aparataje discursivo. *La casa de los espíritus*, por último, presenta una síntesis del acontecer de los estratos dominantes de la sociedad chilena desde los años de 1920 y subraya la inhumanidad del golpe desde una visión feminista de la historia que no vacila en deconstruir los valores patriarcales de la burguesía. Estas novelas, en consecuencia, no se hallan identificadas por un modo común de ver la realidad; lo que les da su carácter de ciclo es el análisis despiadado de la crisis de las significaciones una vez compartidas, y de la significación de esa crisis que, ahora sin duda, se comparte.

3. La intriga de *La visita del Presidente* gira sobre aquel vértice donde

³ Juan Villegas, *La visita del Presidente o Adoraciones fálicas en el Valle del Puelo* (México: Centauro, 1983); Isabel Allende, *La casa de los espíritus* (Barcelona: Plaza y Janés, 1982) Fernando Alegría, *Coral de Guerra* (México: Nueva Visión, 1979). El presente artículo es complementario de un ensayo más amplio cuyo título es «Los límites de la representación: La novela chilena del golpe».

⁴ Véase mi ensayo, «Sujeto / Territorio / Exilio / Cultura», sobre *El jardín de al lado* (Barcelona: Seix Barral, 1981), en el volumen *Semiótica y discurso*, René Jara, ed. que aparecerá a fines de este año en la serie de *Eutopías* (Universidad de Valencia, España).

el discurso populista pierde su capacidad retórica de persuasión e identificación transformándose en un lenguaje de signos muertos utilizado por un mandatario que sólo busca el medro personal. Marca el instante en que los discursos se transforman en *recursos*, en que junto con extraviarse el proyecto histórico que los define, empiezan a desmoronarse las instituciones que los fundaron: la democracia burguesa y el diseño patriarcal de la conducta. El humor, la sátira, la atmósfera carnavalesca y las distorsiones del punto de vista del narrador constituyen las bases estratégicas del relato.

La novela comienza y termina en un prostíbulo; no sucede lo mismo con los destinos de los personajes que acaban en un delirio final de naturaleza pesadillesca. En la escena inicial de la «Rosa de los Mares», el prostíbulo sureño administrado por Eduvigis González, el incendio provocado por la iglesia y los militares precipita la desgracia de la región. En el burdel elegante de la Juliana Contreras, la intervención de los uniformados provoca la caída del Presidente. Mientras que en la primera catástrofe mueren la paz y el progreso del pueblo, en la segunda se extinguen los esfuerzos del Presidente para hallar la unidad nacional. En ambas secuencias los guardadores del orden público son los predadores; los patriarcas (in)voluntarias marionetas y víctimas de su propio juego; y las prostitutas, con su afán de inmolación, sea en beneficio del pueblo o de la patria, son los árbitros del progreso y la cordura. El paralelismo prostibulario produce el vaciamiento narrativo del sujeto presidencial: su centralidad y su retórica, que constituyen los pilares de su rango, son desplazadas. Consecuentemente, en el transcurso novelesco, a medida que los centros se vacían para convertirse en orificios, se desvanecen los contornos de la comunicación narrativa, la cual empieza a ser penetrada por la locura, la afasia, la incapacidad de articular el mundo que aqueja a la escritura de Ramiro Espinoza tanto como al discurso de su Presidente, y, finalmente, por el falo mesiánico de Raimundo —«rafz del mundo son tus venas»— y los cuchillos mutiladores de los traucos.

El subtítulo, «Adoraciones fálicas en el Valle del Puelo», abre una línea de sentido opuesta a la anterior, pero que converge con ella en los marcadores del fracaso que se sitúan, esta vez, en la impotencia de las representaciones imaginarias del narrador. Ramiro advierte que los puelinos, bajo la dirección de Eduvigis y la sombra tutelar de Raimundo, han logrado construir una cultura y un lenguaje distintos de aquéllos que han dictado su propia existencia de consejero y alcahuete del presidente; pero, al mismo tiempo que los percibe como una alteridad, no puede abstraerse a contaminarlos con los operadores de su propio discurso, el de la democracia burguesa; su escritura, entonces, no sólo es invadida, sino que invade a la vez el universo ritual del valle: consecuentemente, los procesos de socialización de Pico Quemado se constituyen en una especie de «democracia en libertad»; esta libertad existe sobre la base de un orden moral, religioso y social que hay que administrar a través de autoridades naturales en lucha con los demonios de la cultura burguesa simbolizados

por el Presidente y las instituciones oficiales de gobierno que tratarían de intervenir con inútiles campañas moralizadoras de domesticación popular. La alegorización irónica del liberalismo criollista y del modo democristiano alcanza en la novela de Villegas una gran eficacia narrativa. Ramiro no puede menos que percibir la nueva vida en el valle del Puelo como una utopía irrealizable, porque su propio discurso se empeña en negar su alteridad: su discurso, como el del Presidente al que sirve, carece de posibilidad dialógica. El impotente, pasivo y abúlico Ramiro quisiera, sin embargo, que la historia pudiera escribirse de nuevo como lo han hecho los pobladores de Pico Quemado, el pueblo construido a la memoria de Raimundo, que se le presenta, idealmente, como una posibilidad de superar el caos institucional y de construir un proyecto de futuro. Pero Ramiro es un producto de su escritura: a la homotextualidad de su discurso monológico, volcado incestuosamente sobre sí mismo, se suma la homosexualidad de sus relaciones de dependencia de los poderes engañosos y precarios del Presidente; todo continuará girando en torno a un falo, el pene inútil del presidente, el miembro preternatural de Raimundo, mientras Cristina, la muchacha que se le ofrece con pasión primitiva, incontaminada y desinteresada, vuelve al silencio y a la sombra. El ex botero Raimundo Almonacid, el héroe enraizado a las entrañas del mundo, vigilará con el miembro erecto el bienestar y la felicidad de la comunidad primitiva. El mecanismo irónico hace que la utopía se distopice, que la imagen del protector no sea sino un doblaje del macho autoritario y generoso cuya potencia presidiría sobre los niños y las mujeres del país: después de todo lo único que le faltaba al presidente era fuerza.

Es así como el evangelio según Ramiro se convierte en un testimonio reaccionario sin asidero en la realidad histórica, un regreso a las formas arcaicas de la burguesía patriarcal. El mérito de Villegas es el de obligar al lector, en la recepción de los meandros de la anécdota, a producir un núcleo de sentido que se organiza en torno a una pregunta demoledora en sus consecuencias históricas: ¿caso no se trata del mismo fracaso histórico desatado por la cobardía, el aislamiento, la falta de generosidad y comunicación que marcó gran parte de la historia nacional hasta 1970, el que empieza a vivir Chile luego de tres años en que los sueños —fraguados menos en la conciencia de Radomiro que en la de Eduvigis— de felicidad comenzaba a cumplirse?, ¿no es la pasividad traicionera de Ramiro, la cobardía egocéntrica del Presidente, lo que dejó las puertas abiertas a la ambición de la gran burguesía política y económica concretizada en las armas militares? Son estas preguntas, que surgen de la lectura de *la visita*, las que integran esta novela al ciclo del golpe; después de todo, en el texto, el país es un gran prostíbulo para el presidente, y los militares ya se habían ejercitado en su destrucción, habían aprendido una lección de eficiencia, y entonces, en 1973, podían incendiar el palacio de gobierno como habían incendiado antes la Rosa de los Mares, e instalar luego en el sillón presidencial a un émulo uniformado del buen Raimundo, ocultando bajo los miranda del poder la maligna cojera del trauco violador de vírgenes.

4. Isabel Allende da una vuelta más a la espiral interpretativa desatada por *La visita*, puesto que ahora se trata de una residencia. *La casa de los espíritus* conduce el proyecto narrativo hasta los límites exteriores de la aventura masculina de la significación. A partir del título empiezan a conectarse la noción de habitación humana y la de unos habitantes no tan humanos que la pueblan, apuntándose a una redefinición de lo humano; los supuestos marcadores del orden, la organización y la autoridad se mezclan con los de lo inesperado, el caos, la rebeldía. La casa construida por el patriarca Esteban Trueba cuando contrae matrimonio con Clara del Valle es un monumento a la modernidad, pero Clara se la llena de fantasmas y habitaciones laberínticas. La noción misma del cosmos es puesta a prueba porque Clara representa la agencia de lo reprimido en la sociedad chilena; la libertad de los fantasmas corresponde a la disolución de los límites de un orden impuesto artificialmente. *La casa* es el ámbito donde los espíritus mezclan sus voces con las de los humanos exigiendo la creación de una clave hermenéutica ya que sus signos pertenecen a una dimensión extraña a la del orden simbólico establecido por la familia burguesa. En la casa, los espíritus pueden desafiar la autoridad de las mujeres sin producir anarquía, y ellas pueden contener la rebeldía de los espíritus sin recurrir a los campos de concentración. Su autoridad, consagrada en la escritura que gobierna la historia de la mansión —e inscrita en los cuadernos de anotar la vida— actúa silenciosamente, en dinámica centrífuga: en la ayuda, la voluntad de perduración, el amor, la comunicación. En una de las isotopías medulares de la novela de Allende se halla la oposición de autoridad y poder; este último opera centrípetamente en la exhibición delirante de la fuerza y el derecho; al revés de la primera, es una fuerza mezquina, brutal e implacable: sus semas se articulan en las figuras de Esteban Trueba, el macho burgués, y de Esteban García, el nieto bastardo de aquél, coronel epitómico de una barbarie que se origina en la violencia del patriarca, en las violaciones de Trueba. Cuando este poder se asienta la represión se desata, el golpe tiene lugar, los campos de concentración hacen su entrada en la historia, y Alba, la nieta bautizada del viejo Esteban se encuentra en uno de ellos, torturada y violada por su primo.

La hebra argumental dominada por el patriarca se ciñe a las estructuras del romance de la tierra cuya secuencia contiene el dominio territorial, la conquista del interior y la formación del latifundio. La hacienda de «Las Tres Marías» que Trueba se pone febrilmente a reconstruir es una réplica irónica de una de las encarnaciones de la diosa primordial —Parcas, Gracias, Horas, Gorgonas— que se presenta como sustituto al imperativo de posesión. Férua —la que castiga— al advertirle a su hermano que lo de la hacienda es una idea romántica, pone las cosas en su lugar; Esteban ha decidido emprender la aventura una vez que su novia, Rosa la Bella, ha muerto; la tierra se le transforma en la mujer abandonada, descuidada por campesinos infantiles e irresponsables; la tierra y los campesinos —todos niños y mujeres— son los cuerpos que necesita para poner en ejercicio su virilidad; el macho necesita probarse. La secuela de sus violaciones

da lugar a una cadena incestuosa en que las mujeres, hijas legítimas del patriarca, son pretendidas, poseídas y finalmente violadas por sus hijos bastardos. El ideograma que funda esta historia adquiere una dimensión ética: la dinámica subterránea del incesto se postula como un efecto de la irresponsabilidad social de una patriarquía burguesa cuyas motivaciones ideológicas reifican el mundo y las personas en términos de propiedad y explotación.

Si bien las estructuras del romance de la tierra son fácilmente asimiladas por el sistema paródico y carnalesco dominado por las mujeres y los fantasmas que, ironizando el universo de Trueba, los vuelven cabeza abajo y hasta hacen del héroe la víctima de sus acciones, no sucede lo mismo con la secuencia del golpe dominada por Esteban García. La barbarie fascista logra lo que parecía imposible, el silencio momentáneo de los fantasmas. Es por ello que, en los tramos finales de la novela se produce una violenta transformación narrativa que se corresponde en el plano semántico a la quiebra de los circuitos del sentido. La escena del golpe —antecedentes y consecuencias— se inscriben en un registro diferente; el relato asume un carácter testimonial, periodístico, instituyendo un sistema cartesiano de significación que pone un dique a los procesos de la ironía. Esta mutación narrativa que un escrutinio estético podría condenar tiene, sin embargo, un valor semiológico importante: se muestra como un modo de representar el colapso de la cotidianidad; no hay nada más familiar que los fantasmas, su fragilidad corpórea es garantía de su permanencia, pueden callar, sorprendidos, por un rato, pero como la historia misma continúan existiendo. La escritura narrativa se vuelca así sobre sí misma: la ausencia de los fantasmas es un comentario acerca de su presencia. Los asesinos pueden dar cuenta de los vivos, pero nada pueden contra los fantasmas que dan a los vivos su diferencia; se entierra a los muertos, jamás la esperanza; por eso Alba —torturada por la noche fascista—, sacudiendo su odio, reflexiona que su oficio es la vida y, en vez de prolongar los trabajos del rencor, se empeña en la tarea de reconstruir las memorias de su mundo, encontrar las huellas de la esperanza en el hijo que bien puede serlo de su amante, el joven revolucionario, o el producto otra vez incestuoso de su torturador.

5. Fernando Alegría proporciona en *Coral de guerra* el tramo final de esta historia. El coral es un canto a cuatro voces, religioso, de ritmo lento y solemne. En la novela de Alegría, la cuarta voz asume una doble identidad: la de un emisor que trasciende el sufrimiento y reencuentra —re-ligare— los nexos con la historia y la existencia en la sección final del texto, y la de un receptor que debe conectar en su conciencia —re-ligare— los tres monólogos de la sección inicial. Los dibujos de Mario Toral que aparecen cada seis páginas, en secuencia pesadillesca, refuerzan el imperativo de participación imaginaria por parte del destinatario, a la vez que ubican los contenidos de la distorsión, dominantes en la primera parte, en relación contrapuntística con la limpidez de las imágenes

líricas de la secuencia de clausura. Las dos partes de la novela se ubican en los extremos del etos guerrero: voluntad destructora e imperativo de defensa, siendo el sujeto lírico vencedor de la última sección el que recupera las distorsiones producidas por el vencedor de la primera.

La primera sección se configura sobre la base de tres monólogos: el de un joven marido que intenta averiguar el paradero de su mujer desaparecida; el del uniformado y torturador que, «enamorado» de ella, la tortura y entrega a la tropa para purificarla; y el de la propia mujer que da cuenta de su desamparo y su dolor. En el marco del coral, el lector es arrastrado por el torbellino del lenguaje; su función en el trílogo que conforma la escena de la escritura es la de identificarse con uno y otro emisor, con una y otra respuesta, *alterándose, torturándose*, sin saber quién o qué es el destinatario de qué. Por este procedimiento, Alegría nos hace leer el lenguaje mismo de la tortura cuyo discurso se vive como si el ángulo de la recepción se desplazara de un lado a otro, haciéndose y deshaciéndose en figuras a la vez nuevas e idénticas en el vértigo de un dinamismo que duplica las imágenes de Toral. Los dibujos tienen los ecos alucinados de las pesadillas de desmembramientos, historizados, en el ámbito mismo de lo real, sancionados por la imaginación y el recuerdo: son híbridos de humano, animal, vegetal, lunar y telúrico; formaciones musculares y óseas caracoleadas, laberínticas, cuya representación se resiste al nombre; collages de yuxtaposiciones, incongruencia, construcción y deconstrucción de un universo a la busca de una conciencia; imposibilidad de ver más allá de la forma, como la tortura se inscriben en los cuerpos: necesidad entonces de encontrar la forma o la imposibilidad misma de hallarla; cuadro anatómico de músculos, huesos, quizás nervios, cortados, deformados, castrados, falos y senos en gesto de vuelo, trampas, cuevas, vaginas, testículos; fibras de una anatomía humana y cósmica que se entretrejen, chocan y se hieren, quizás para exponer y parodiar mitos de estructura, cohesión, totalidad orgánica que constituyen la utopía autoritaria⁵. Es así como el trigrama y la actividad del receptor coralizan una metafísica de la destrucción cuyo eco se inscribe, asimismo, a nivel de lenguaje; amor rima con terror, consentimiento con resentimiento, tortura aliterá con ternura. La escritura marca los trazos de la distorsión semántica de los vocablos: la tortura se instituye como discurso a la vez que cuestiona sus propias inscripciones; el uniformado no se sale con la suya, su palabra, sus conceptos son sometidos al análisis por sus víctimas; el discurso no tiene dueños como quisiera el dictador, la actividad de la conciencia lo somete a un proceso continuo de descentramiento.

El auto-cuestionario del discurso, su esencial dialoguismo, legitima narrativamente la secuencia lírica de la segunda parte del texto. El «mo-

⁵ Véase para las articulaciones del discurso autoritario, mi «Arqueología de un paradigma de negación: el discurso del Jefe del Estado», en *The Discourse of Power. Culture, Hegemony, and the Authoritarian State in Latin America*, Neil Larsen, ed. (Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1983), 24-42, y para una discusión más teórica de esta formación discursiva, mi «Discurso y Representación», en *Eutopías*, 1 (1984).

«... de la prosa trilogica se desplaza hacia el apóstrofe y la escritura lírica en que los sentidos torturados empiezan a recuperar solidez. El ritmo tenso y solemne proyecta el lenguaje hacia un plano de mayor materialidad lingüística a medida que se produce un acercamiento al sujeto primario de la imagen en una dinámica de recuperación de la riqueza de la semiosis y de los valores de la vida. El emisor es un ente innominado y protéico que asienta sus raíces en la tierra, da frutos de vida, sobrepasa la muerte, neutraliza las significaciones apocalípticas, y pone en movimiento un deseo de vida plena que no se satisface, para siempre insatisfecho, que se constituye en la tensión del trayecto. El lenguaje se resemantiza, desaparecen los dibujos de Toral —tor(al)tura—, se recupera el entusiasmo —la aleg(o)ría—, la racionalidad constructiva, cuya proximidad es la cifra de su distancia, y cuyo sentido último es permitir la existencia del carnaval multitudinario de las significaciones: «somos una pareja redonda girando como las cuen- / tas de un rosario / ... un pájaro tomando desayuno y la ardilla cosiendo / su almohada...» (p. 99).

6. Esta revisión muy breve y precaria, localizada menos en el plano de lo estético que de lo semiótico, permite reflexionar por lo menos provisoriamente sobre lo que he propuesto llamar la novela chilena del ciclo del golpe. Conviene anotar que la noción de ciclo, como la de un acontecer que una vez acabado puede volver a suceder, contiene los valores de estabilidad, proyección y retorno; enmarca por ello una dimensión apocalíptica con sus marcadores de catástrofes cósmicas y revelación discursiva, organizada en torno al eje de un acto de violencia repentina, un golpe cuya brutal deliberación se materializa en la sorpresa congeladora del que lo recibe. Este efecto de asombro tiene que ser organizado narrativamente para hacerlo inteligible, necesita verbalizarse para exorcizar el afantasmamiento de los códigos que permiten acceso al sentido, pasar de la conciencia al discurso y, en el tránsito, descubrir las huellas que, previamente indescribibles, anunciaban la conmoción; decodificarlas, internalizarlas para abrir otra vez las ventanas hacia las «alamedas» de la esperanza, suturar, cerrar las heridas preservando, amorosamente, la cicatriz. Por eso, en el título que encabeza este escrito, he querido sugerir que la función, o por lo menos una de sus funciones, de esta narrativa es recuperar y hacer visibles las huellas de la esperanza y sincronizarlas con las de la derrota, dándole realidad a un presente cuya presencia es posible por hallarse traspasado del pretérito y transfigurado por un proyecto de futuro. La función del lenguaje poético en general, pero en particular la de la novela, es la de suspender las fronteras del lenguaje y el mundo real mediante la configuración de lo que se ha reprimido o no se ha formulado: la atracción del material inconsciente al mundo de la experiencia para estimular la transformación de esta última. En *La visita*, *La casa* y el *Coral* se admite aquello que normalmente se excluye del discurso público, la cuota de responsabilidad que le corresponde a cada uno en su presencia discursiva, menos para conjurar la barbarie que para evitar su reiteración. Ello equi-

vale a un relajamiento de los límites de la subjetividad de una época, al reingreso de lo imaginario en el nivel simbólico del lenguaje y las instituciones para permitir la reconstitución de esa subjetividad: lo excluido, al constituirse en objeto de configuración verbal, se ubica en la escena de validez intersubjetiva y adquiere existencia social. Pero hay todavía más. En el impulso desatado por Clara del Valle y Alba Trueba, por los bardos anónimos del cancionero chilote, por el maestro que dirige los acordes sinfónicos del coral se perciben, renovadas, las vibraciones del continuum material de las palabras, el temblor de los significantes que estimula la presencia de otros vocablos en el laberinto de la significación: la capacidad productiva de una textualidad que descubre puntos provisionales de clausura anclados, sea en el deseo (Alegría y Allende), o en la fisonomía pragmática que surge del hábito cultural que se quiebra; porque hallarlo equivale a romperlo, a tomar una actitud diferente para enfrentarse a la existencia (Villegas). Esto, claro, sucede en todo texto porque es condición de la semiosis que se interrumpa en el hallazgo de un interpretante final que surge de las instrucciones de la lectura, de las selecciones operadas en el escrito, pero ello ocurre quizás con mayor violencia en los ejemplares analizados. Porque aquí no sólo hallamos un mundo condenado a la destrucción —el nuestro, en el que tarde o temprano uno tiene que morir—, sino el gesto, más decisivo, de la condenación de ese mundo a la muerte en la realidad misma de la historia, sobre cuyas páginas cuelga el cadáver del presidente y las mujeres violadas por el trauco. Casi podría decirse que en estas novelas el interpretante final asume la recuperación del universo semántico, la reconstitución de la historia, con ademanes de urgencia. No se trata sólo de darle al mundo de la muerte un alterno de finitud y clausura, sino de darle a los sentidos del mundo rutas inéditas de circulación; por ello que, a la representación de la destrucción se asuma, en los tres casos, la representación de la negación de esa destrucción, sea en el canto de vida y esperanza que sirve de pórtico y epílogo a la novela de Villegas, o en el coro guerrero y gozoso que cierra la de Alegría. La línea manifiesta de la intriga es siempre la de la destrucción, pero en todos los casos se inscribe bajo ella un sub-texto que la deconstruye para proyectarla hacia formas de realidad y plenitud que ni siquiera es posible nombrar.

La escritura de Ramiro Espinoza no es más que el ruido fugitivo de una pluma que, con mayor o menor energía y claridad, rasga el papel; la de Alba Trueba, un collage de rastros, huellas de imágenes, imágenes de huellas; las del joven marido, la mujer castigada, el uniformado son voces de fantasmas —fantasma el vencedor, fantasma el vencido—, sobrevivientes y agonistas de una conciencia al acecho. En el eco de esas voces —si se descarta en los tres casos la de los uniformados— se halla, sin embargo, una decisión política, la de pasar a ser otro, el entusiasmo de la esperanza y el amor. Escritura que se dibuja en las formas de la voluntad de ser, de la esperanza; lenguaje que retraza las huellas del pasado, de la historia: en las huellas de la esperanza.

Tres novelas chilenas posteriores al 73

JAIME CONCHA

1. Por mucho tiempo, por un tiempo acaso incalculable, la cultura chilena tendrá que girar en torno al año fatal de 1973. (¿Fatal? Esto lo explicaré más adelante, al hilo del comentario que me sugiere una de las novelas.) Más que una ruptura con todo un pasado predominantemente democrático, 1973 representa un trauma decisivo para la sociedad chilena en su conjunto, trauma que es culminación, por una parte, del esfuerzo por cambiar las estructuras del país y, por otra, punto de partida de la represión, del exilio y de la tiranía en general.

Para responder al acontecimiento y como una serie de reacciones por él suscitadas, se produce dentro y fuera del país un intento múltiple de reflexión. Intento tal vez más abundante en cantidad que en lucidez, menos intenso que locuaz, pero que, a pesar de ello, atraviesa todo el mapa intelectual de la nación. Políticos que cantan la palinodia o se empecinan torpemente en evitarla; sociólogos que con mirada experta (¡siempre ha de ser experta la mirada de un sociólogo!) se empeñan aún en hacer la anatomía de una revolución que ellos mismos contribuyeron a enterrar... Es posible que todo este disonante coro discursivo sólo busque escamotear un sordo sufrimiento, el sufrimiento ensordecedor situado, por supuesto, más allá del confort del conocimiento. En todo caso, artistas y estudiosos tratan de evaluar el daño histórico, difícilmente subsanable, que está infligiendo al país una dictadura que tiende más y más a consolidar su engranaje.

2. En el terreno literario, las diversas formas y géneros participan de ese esfuerzo de reflexión. Hay, en todas estas manifestaciones, un apetito por sorprender el secreto de lo que pasó, de lo que permanece todavía, muchos años después, como algo enigmático —la irrupción monstruosa de la Esfinge en nuestra historia. En todo escritor hay una actitud edípica en relación con el 73, no en el sentido de Freud, sino en el mismo sentido en que un Sarmiento, al comienzo de su *Facundo* (1845), trataba de descubrir el misterio de la tiranía rosista¹. En *La guerra interna*, que veré a

Jaime Concha es ensayista, autor de numerosos libros de crítica literaria. Es profesor en la Universidad de Seattle, Estados Unidos.

¹ «... también se hallan millares de almas generosas que... no han desesperado de vencer al monstruo, que nos propone el enigma de la organización política de la República. Un día vendrá al fin que lo resuelva, y la Esfinge Argentina, mitad mujer por lo cobarde, mitad tigre por lo sanguinaria, morirá a sus plantas, dando a la Tebas del Plata, el rango elevado que le toca entre las naciones del Nuevo Mundo» («Introducción», de 1845).

continuación, la niña que se desespera por saber «¿Quién es mi padre?», tiene que escuchar de la boca de un torturador lo siguiente: «Su papá, niñita, es una esfinge. Pero tal vez tenga usted razón. La esfinge devora a los que no saben resolver sus enigmas, dijo alguien que no fui yo» (p. 127). Y es que todos estos escritores, oprimidos dentro o exilados en el exterior, comparten un mismo aire de familia, que confiere al año 1973 un sello destructivo de sus vidas, de sus destinos profesionales y, a veces, en contadas ocasiones, hasta de su conciencia política.

Si bien las manifestaciones más numerosas se inscriben en el ámbito de la poesía, los testimonios novelísticos no faltan. Género crítico por excelencia, la novela parece esencialmente dotada para dar cuenta de un fenómeno colectivo de tal envergadura y de las experiencias históricas y cotidianas con él enlazadas. Escritores consagrados bordean el tema (José Donoso) o lo enfrentan de modo más o menos directo (Jorge Edwards en *Los convidados de piedra*; Carlos Droguett en varios escritos que prepara). Novelas importantes producidas por narradores que viven fuera de Chile son las de Fernando Alegría (*El paso de los gansos*, Nueva York, 1975; posteriormente, su novela corta *Coral de guerra*, México, 1978) y las de Antonio Skármeta, desde *Soñé que la nieve ardía*, 1975, en adelante. En esta ocasión, me referiré a tres novelas publicadas hacia el fin de los setenta, todas ellas por autores que viven en el exilio. Constituyen una tríada narrativa que, con sus variantes y sus convergencias, proyecta una vívida luz sobre las «fatalidades» del 73.

3. Terminada poco antes de morir², la novela de Guillermo Atías es la última de un narrador al que tradicionalmente se vincula con la generación del 38. Generación ligada, en lo internacional, a la defensa de la España republicana; en lo nacional, a la creación del Frente Popular y, en lo nacional e internacional a la vez, al despertar de la conciencia antifascista, la del 38 comunica a la obra de Atías sus principales preocupaciones: interés por los orígenes y por el destino de Chile, perspectiva clasista en la visión de la sociedad, prosa realista con frecuentes elementos naturalistas, etc. Sin embargo, *El tiempo banal* (1956), primera novela de Atías, ha sido calificada, vaga e inexactamente, de «novela existencial». En realidad, el hecho habla más bien de que en Atías coexistía un hombre afiliado al 38, junto con otro narrador, que permaneció larvado en su obra y que parecía responder a otras solicitudes temáticas y psicológicas. En cierta medida, como insinúa Claudio Giaconi en una penetrante nota, Atías representa un puente entre los del 38 y los nuevos escritores que van a aparecer en los años 50 y que han sido agrupados, por nuestra historiografía literaria, bajo la designación excluyente de «generación del 50». En todo caso, *A la sombra de los días* (1965), que explora argumentalmente el clima hu-

² Atías nace en Ovalle, en 1917, y muere en París, en 1979. V. la nota necrológica firmada por Volodia Teitelboim, «Guillermo Atías: Los días de la contracorriente» (*Araucaria de Chile*, 10, 1980, pp. 69-75).

mano y político de 1938 y, luego, su novela-reportaje, *Y corría el billete...* (1972), escrita en plena Unidad Popular con el propósito explícito de denunciar el tráfico de dólares y el mercado negro de capitales, ratifican la imagen más bien unilateral de un Atías histórica y estilísticamente ligado al espíritu del 38.

Aparecida solamente en ruso y en francés, *Le sang dans la rue*³ anticipa su mensaje desde el mismo título nerudiano. Con todo, nombre y epígrafe —el famoso final de «Explico algunas cosas», en *España en el corazón* (1937)— aluden a una situación que, aunque sí en el orden temático, no está recogida en el interior del espacio novelesco. Quiero decir que la trama, que comienza con los hechos de diciembre de 1971 —la marcha de las ollas o de las cacerolas vacías llevada a cabo por mujeres de la burguesía, inicio de la violencia fascista masiva en las calles de Chile— y que termina inmediatamente después del golpe militar, con el protagonista aislado en la Embajada de Venezuela, no narra ni describe propiamente «la sangre por la calle», si por ésta se entiende, de acuerdo con la referencia nerudiana, el espectáculo concreto de la represión y la masacre. Aspecto que habrá que tener en cuenta, me parece, pues se resuelve en una oquedad significativa en relación con otros indicios de la novela⁴.

El autor forja una perspectiva adecuada para su narración en la figura de un periodista uruguayo (casi argentino por adopción) que hace, al mismo tiempo, de protagonista y de narrador. Perspectiva curiosa, ciertamente, que al par que instaura una justa mezcla de distancia y cercanía con el asunto, estatuye la narración en el plano del entendimiento, de la noticia que busca comprender el hecho y, más abarcadora y profundamente, de la conciencia que se necesita ante un proceso histórico que parece escapar a toda intelección práctica.

El periodista se define a sí mismo, con algo de ironía, como un viejo idealista, comparte las esperanzas del pueblo chileno y es, en el buen sentido de la palabra (como diría Machado), «izquierdista». Ha sido enviado a Chile por un editor de Buenos Aires, Pellegrini, que trata de poner en circulación una empresa destinada a informar de aspectos substanciales de la realidad latinoamericana. «Lati-Sur» se llama el proyecto, al que el rioplatense debe contribuir con su visión de un Chile que vive en esos momentos la experiencia de la Unidad Popular.

No se trata de una óptica «casi virginal», como se ha dicho⁵. Por el contrario, el uruguayo tiene suficiente percepción de lo que ocurre en Chile

³ París, Editions Rupture, 1978, 330 pp. Fue empezada en París, en julio de 1974, continuada en Córcega y terminada en México, febrero de 1976 (v. p. 330). Un fragmento apareció en castellano (*Araucaria*, 3, 1978, pp. 185-192). Hay una reseña importante por J. M. Varas, que la juzga «un libro despiadadamente crítico» (*Araucaria*, 5, 1979, p. 217).

⁴ Un pequeño detalle: Neruda habla de «la sangre por las calles». ¿Quiere decir algo que en el título de la novela se pase al singular? Lo cierto es que *la calle*, más que el espacio del genocidio, apunta a una consigna política que nunca se cumplió, la de «tomarse la calle» para contrarrestar la violencia desencadenada por el fascismo.

⁵ Cf. A. Skármeta, «Narrativa chilena después del golpe», *Primer Coloquio sobre la literatura chilena*, México, UNAM, 1980, p. 67.

como para interesar, con algunos de sus editoriales (los que escribe en Valparaíso, especialmente), a gente del *entourage* político del Presidente. La presencia del asesor Joan Garcés, que figura varias veces en las páginas de la novela, puede ser interpretada en el mismo sentido. Extranjero él también, pero intensamente involucrado en el proceso chileno desde instancias directivas, muestra el grado de conciencia al que se aspira: el de entender los acontecimientos para poder dirigirlos efectivamente.

Y, sin embargo, por una suerte de siniestra paradoja, toda la novela parece destinada a contemplar con perfecta impotencia la marcha irrevocable de la contrarrevolución. Es la «contracorriente», palabra que dará nombre a la edición española y que la única vez que se pronuncia en la versión francesa, está allí justamente para señalar las fuerzas anti-históricas que se imponen victoriosamente en el país. La paradoja que Atías no se cansa de subrayar de mil maneras y que su narrador constata con asombro creciente es que los gobernantes legítimos se hallan en posición de vergonzante defensiva, que los que han triunfado están condenados a resistir, etc. La experiencia está captada de dos modos: el primero, menos importante desde el ángulo de la plasmación narrativa, consiste en las críticas políticas que el hecho provoca. Atías no cuestiona nunca la vía no armada de la revolución chilena, aunque sí insiste sobre su error práctico fundamental, lo que él denomina el «tabú militar». Los ángeles guardianes del comienzo se convierten al final en bestias apocalípticas. Lo decisivo es que Atías logra transmitir la sensibilidad que muchos chilenos compartieron en esos años, la de estar arrinconados y tener el desastre como porvenir. Con una imagen nada original, Atías la concreta en la intermediación del abismo y del precipicio; de un modo tampoco inédito, pero que fue noción física y visceral, yo diría que era una extraña sensación de no poder avanzar ni retroceder, de una parálisis que no era interna ni propia, sino que estaba determinada por la fuerza aplastante de las cosas.

Le sang dans la rue, épica en el fondo de la contrahistoria, da cabida a constantes tentativas de evasión. Son conatos siempre abortados, segados de raíz o abolidos en el curso de su cumplimiento. Aunque nadie puede escapar a la historia y menos cuando ésta expresa la crisis de toda una formación social, la actitud es perfectamente comprensible desde un punto de vista psicológico. El ritmo de los hechos se hace opresivo, su velocidad y aceleración se hacen vertiginosas para sujetos que luchan desesperadamente por reconstruir su equilibrio emocional. Tal es el reflejo, el tropismo de evasión: escapar con cuerpo y mente a una vorágine que es peor que la de la selva, pues no es ciega como la naturaleza, sino que deslumbra con el filo incandescente de la historia.

Salida a las afueras de Santiago, a zonas rurales que encantan todavía por su tranquilidad; peregrinación a Isla Negra; viajes por la noche a las faldas de la cordillera; y, aún, dentro de la misma pieza de hotel, la posibilidad de la evasión, de hurtarle el cuerpo a la historia. El capítulo 28 es bien revelador. Comienza así: «El término "escalada" me disgusta por el uso que se ha hecho de él en los diarios recientemente» (p. 197).

Gran parte del capítulo está dedicada a relatar otro aspecto de esta escalada, la participación contrarrevolucionaria de los estudiantes. En medio de esta atmósfera de violencia, el personaje se refugia en su cuarto:

«Un poco más tarde logré reflexionar con algo más de calma. Me gustaba retirarme a mi pieza: eso me ocurría siempre en el hotel, donde gozaba de cierto aislamiento y donde este ambiente desconocido me estimulaba. Este amoblado uniforme, este decorado que probablemente no había cambiado desde la instalación del hotel, tenían a la vez un carácter tenaz y provisional. Por ejemplo, esta litografía, con grandes perros sentados en la nieve, al lado de un trineo —paisaje bien poco chileno—, por lo demás..., todo esto ayudaba a relajarme» (p. 200).

Esta «litografía» es como una ventana al más allá, hendidura abierta a lo distante y lo distinto. Pero en seguida la realidad parece recuperar sus fueros:

«Me era difícil, no obstante, olvidar los acontecimientos recientes. ¿Qué hacer? Esta cuestión, que es la propia de toda verdadera revolución, se planteaba actualmente en Chile... Tendido en la cama, sin quitar los ojos del trineo y de los perros, les daba vueltas a estas ideas en mi cabeza y el resultado no podía ser más inquietante» (pp. 200-201).

Se ve que la reflexión se produce en el límite de la evasión. El borde hacia lo otro es el centro de donde dimana la conciencia de la realidad. Por eso, con notable coherencia intelectual y artística, el capítulo se cierra de esta manera:

«Los militares aparentemente hacían orejas sordas a estos cantos de sirena (de la derecha, J. C.), pero tampoco los esquivaban. ¿Se trataba solamente de un tabú? Era difícil decirlo. El trineo estaba siempre allí, colgado en el muro. Y los perros parecían mirarme» (p. 203).

La inversión, intensa y profunda, del decorado, muestra bien el sentido de toda la escena. Por un lado, el espacio se cierra definitivamente. No hay ya ventana, sólo muro y pared. Por otro, es necesario este repliegue para comprender mejor el nudo de la situación, el laberinto en que se estaba. Con palabras del propio Atías: estar «tendido en la cama» para resolver la fundamental cuestión leninista del «¿Qué hacer?».

Estas son evasiones plenas de sentido. Hay otras, las magnas, que son las que suprimen absolutamente el sentido: la locura y la risa. En efecto, Marta, la compañera chilena del personaje, periodista como él, enloquece y se suicida a consecuencias de los vejámenes a que la somete un comando fascista y, más que nada, debido a su impotencia para ayudar a cambiar el curso de las cosas. La de Marta es locura que interioriza, como sufrimiento corporal y psíquico, el espanto de la historia⁶. En esta ventana a

⁶ Uno no puede dejar de pensar en el gran estudio *El caso Suzanne Urban*, del psiquiatra suizo Ludwing Binswanger.

lo otro, que Atías clausura rápidamente, hay una vislumbre fugaz de la permutación de la historia en padecer. Sufrimiento ocluido, que es posiblemente el residuo más denso y terrible de la contracorriente histórica, su erosión de llanto. Y la risa —otra faz de la misma renuncia al sentido— se produce, cosa harto significativa, después de una discusión (¡teórica, ideológica!) entre esos jóvenes paladines de la verba encendida que fueron los príncipes de la revolución chilena. La risa del personaje, indomeñable, conduce las ideas, no al reino silencioso de la locura, sino al ruido mefistofélico donde todo el sinsentido revela su sentido: ser cáscara, pedantería, majadería sin par. Ya Hegel señalaba, en su «Prefacio» a la *Fenomenología*, que el prejuicio conservador y el entusiasmo ultra-revolucionario derivan de una misma incompreensión ante lo nuevo (Trad. Hyppolite, I, p. 50 y la nota 99 del trad.).

4. Desde su mismo título, la novela de Poli Délano propone una doble operación, sin duda complementaria, pues *En este lugar sagrado* (México, Editorial Grijalbo, 1977, 255 pp.), introduce una referencia simbólica y grotesca a la vez a un espacio real, históricamente configurado, que no es otro que el propio país. Aunque seguir su sentido implique mencionar una serie de detalles quevedescos, es necesario hacerlo, por cuanto esta óptica recorre el texto en su totalidad, no sólo en el plano de sus ramificaciones narrativas, sino a través de un grupo de imágenes que contiene *in nuce* la visión de Délano —de la historia, de su sociedad—. Antes de ello, sin embargo, es útil describir el carácter general de la novela.

Esta puede leerse, en un primer acercamiento, como la síntesis de varias posibilidades novelísticas, actualizadas por la literatura chilena desde el siglo XIX en adelante. El motivo del provinciano en Santiago —suficientemente destacado en el interior del relato, como uno de sus ejes («Porque érase una vez, en un remoto día, un joven provinciano que llegó a Santiago», es la última frase, subrayada en cursiva, del «Comienzo» de la novela, p. 20)— es bastante antiguo en la narrativa chilena y afincada en condiciones determinadas de la geografía humana del país. Motivo ubícuo en la novela moderna, tanto en el realismo europeo como en el nacional, se presenta aquí, en este caso, en la figura de un joven que llega desde el sur y que se irá apropiando paulatinamente de la capital. La borrachera inicial, gaje de su inexperiencia de la urbe, cumple un papel de escena jocosa y casi tópica en esta clase de novelas (p. 21 y ss.). Al mismo tiempo, y en estricta conexión con lo anterior, asistimos al nacimiento y desarrollo de la conciencia política del protagonista, desde aventuras picarescas y más o menos sórdidas hasta alcanzar una eticidad que, no sin fracturas y medias tintas, representa una nueva etapa en su desenvolvimiento personal. Un aspecto lateral de este mismo proceso, claramente subordinado, es la sucesión de amores y de amoríos del muchacho, sus *liasons* en la pensión a que llega como candidato a estudiante de Leyes (Iris, Mariela) y, luego, su oscilación entre el mundo de Claudia, con su relativa irresponsabilidad social y el de Teresa, que consolida de una vez por todas su

compromiso político. (Curiosamente hallará a la que va a ser su mujer en un baño, es decir, en otro «lugar sagrado» de éstos que dan nombre a la novela.)

— El ámbito de la pensión, que cubre buena parte de la novela, vincula este relato con temas del naturalismo. Tal sector de mundo había hecho su aparición muy temprano en la cuentística de Délano (ver, por ejemplo, «Final», que relata la muerte solitaria de un pensionista ya viejo, en su primera colección *Gente solitaria*, Santiago, Ediciones Mazorca, 1960, 58 páginas). De hecho, la picaresca estudiantil ha recibido casi siempre, en las letras hispanoamericanas, un tratamiento de tono naturalista. (Recuérdese únicamente, para no abundar en algo bastante conocido, *El mal metafísico*, de Manuel Gálvez y *Un pedido*, de Eduardo Barrios.) Este elemento naturalista se une compactamente con los ejes estructuradores mayores de que ya hemos hablado. Hacia el fin de la novela (cap. *Dieciséis*), tres antiguos compañeros de pensión conversan en lo alto de la capital, en las faldas del cerro San Cristóbal. Beben allí una botella de whisky, que uno de ellos ha traído. La altura sobre el lugar, la posición física sobre él transmiten la impresión de falso dominio sobre una ciudad convulsionada. Han creído por experiencia conocer la capital, pero la ciudad de allá abajo es otra, la de un país desconocido que apenas empieza a aflorar. Simultáneamente, los amigos de otro tiempo descubren los caminos divergentes que han seguido en sus vidas. Dos de ellos han tomado posiciones políticas definidas. Otro, que habían considerado muerto en una masacre, reaparece, simplemente, explicando que dejó el país para escapar de ataduras sentimentales. Todo lo ata ahora al emergente fascismo que se impone con fuerza en el país.

— La acción describe una trayectoria inscrita entre la víspera del 2 de abril de 1957 y de el golpe militar de septiembre de 1973. Como desde un fondo y asordadamente llegan primero hasta el protagonista ecos y chispazos de una historia que le es ininteligible; luego, a medida que el tiempo transcurre, reconocerá que todo en él era inconsciencia, que en la égloga del sur se incubaba el fascismo, etc. El aprendizaje social de que hablábamos se da, entonces, entrelazado con la historia del país, en una época llena de mítines y de huelgas, caracterizada por el movimiento en ascenso de la lucha de masas.

Todo está visto desde una mira narrativa deliberadamente reducida. En efecto, el foco perceptivo y evocativo se limita a un «W.C. de un céntrico cine» (p. 11, *passim*). El protagonista, encerrado la noche anterior al golpe en el baño de un cine en que veía una película de guerra contra los nazis, revive desde allí su pasado, su llegada a la capital, el clima de violencia que crece y que impera en todo Chile. Espacio significativo, por lo tanto, y en un doble sentido. Se trata de un lugar en que la historia se ve como proyectada sobre una pantalla. Para el personaje, a pesar de su desarrollo político, la historia es ajena, es extranjera, algo lejano en el tiempo y en el planeta. Por otra parte, en este destino final parece culminar la educación urbana del «provinciano en Santiago». Lo que la ciudad efectivamente

es no hay que contemplarlo desde la altura, iluminada por los destellos del whisky, sino a través del insomnio en el fondo de la cloaca. Este es el olor real de una ciudad que empieza a vivir bajo el fascismo. «Ciudad de mierda», ha anticipado ya uno de los personajes.

En el «W.C.», como se dice en Chile relamida y eufemísticamente (y se pronuncia así, B.C.), el personaje, meditabundo a la fuerza, hace el balance de su experiencia de vida y de la ciudad. Se trata de una verdadera revelación, pues en este póstumo «AWCdario» hay la sabiduría elemental que un país entero nunca pudo alcanzar.

La serie es coherente y sistemática, y no deja resquicio a las dudas. Lugar de los deseos imposibles («echar por un W.C. la codicia, los más mínimos deseos y tirarles sin remilgos la cadena», p. 34), símbolo sucio de un país de mierda» (p. 97), alternativa de la lucha social entre *cagar*, si es que se triunfa, y *ser cagado*, si se es víctima: baste con esto para dar cuenta de la proyección y del alcance organizador del título del relato. Desde este punto de vista, *En este lugar sagrado* es un suntuoso homenaje a formas coloquiales endémicas en el chileno (v. p. 101), que revelan, de paso, lo excrementicio de una mentalidad. (¡Dime cómo hablas, y te diré quién eres!) Cuando el personaje quiere escribir una carta desde su encierro, lo hace en una «larga y angosta faja» de papel higiénico. El recuerdo de la geografía escolar, de hedor militarista, condensa plenamente lo que se busca comunicar.

En el curso de las páginas de la novela hay algo que se adivina a menudo, pero que nunca queda completamente claro, y que, por lo tanto, sólo es posible formular de manera interrogativa: ¿hay, de hecho, una valoración crítica, incluso negativa, del personaje? Es difícil responder con certeza, por la necesaria asimilación que se produce entre protagonista y narrador en primera persona. (Hay, además, otro problema, que sólo señalamos y dejamos de lado. Tiene que ver con un desequilibrio estructural de la novela que, en otros términos, ya percibió Bernardo Subercaseaux en una nota de *Araucaria 2*. Nosotros lo vemos como falla en el dominio de los ritmos temporales.) Con todo, a pesar de la mencionada identificación, advertimos en el modo como el personaje se narra a sí mismo un filón profundamente antipático y mucho de grosería y de ordinarietà. No es que su compromiso político sea débil e insuficiente; esto sería una crítica externa y moral que el personaje no está en condiciones de asumir. Lo que Délano, a lo mejor sin quererlo, nos revela, es que su personaje, dotado de conciencia política y social, comparte los mismos defectos de sus adversarios. La misma mentalidad excrementicia parece presidir sus reflejos, su vida, sus pensamientos. ¿Defectos de una clase social, de ese sector al que pertenece el protagonista, cualquiera sea el signo de sus opciones políticas? Un «obrerismo» primario y primitivo, un triunfalismo político acríptico e irresponsable parecen delatar, entre otras cosas, a nuestro «héroe». Es posible que el autor haya captado, intuitivamente, que en el fondo del pecho de la pequeña burguesía Caín y Abel tienen la misma cara, que ese conglomerado será siempre *gigoló* (como lo fue Gabriel) y nunca com-

batiente, que allí Chile se reconoce entero y que no hay gran diferencia, digamos... entre moros y cristianos.

5. Es fácil ver que *La guerra interna*, de Volodia Teitelboim, contiene un proyecto novelístico extraordinariamente ambicioso. Ello proviene, en gran medida, de que se intenta integrar, movilizar sinfónicamente⁷ áreas de sentido muy heterogéneas, pero, a la postre, unidas en el fondo y en el plexo de lo real. Enumeremos algunas. En la primera de las seis partes que componen el libro, «César Augusto y el poeta» (pp. 7-106), resalta y sobresale la zona de la traición, concentrada principalmente en torno a dos miembros de la Junta. El enfoque del narrador es múltiple: político, ideológico, moral, psicológico. En conexión con estas últimas vertientes, es claro que a Teitelboim le obsesiona el enigma de cómo nace y se hace un traidor. Mientras política e ideológicamente la operación cognoscitiva es sencilla, desde un punto de vista moral y psicológico, el hecho reviste opacidad, resiste al escalpelo intelectual. La historia suministra en último término la clave, pues lo que destaca es el enlace entre la pasada represión del 48 y esta nueva, infinitamente más feroz, del 73. Como Nixon y Reagan en los Estados Unidos hacen sus carreras políticas al calor del mac-carthismo, así también Leigh («Eltao», en la novela) despegas como aviador de González Videla, y Pinochet obtiene sus primeros galardones como jefe del campo de concentración de Pisagua. Técnicamente, los efectos se organizan a partir de una yuxtaposición de monólogos interiores y de *leit-motive* caracterizadores: el prurito melómano de uno, el mimetismo y disimulo del otro.

Otra región —adversaria— es la constituida por la alianza entre el poeta, que desde la muerte adquiere una lúcida conciencia, y Esperanza a Pesar de Todo, personaje femenino que encarna la dignidad y la abnegación de lo mejor de nuestro pueblo. Diálogo subterráneo, monótono en su dura solemnidad, sostenido en medio de las ruinas, de la tortura y la muerte. Los pasajes se elaboran muchas veces contra el fondo y el espejo de la obra múltiple de Neruda: el infierno de «La tierra se llama Juan» (explícitamente aludido), pero también el inicio de *Residencia en la tierra* («Galope muerto», p. 149) y otros numerosos textos nerudianos. En buena medida, la poesía del autor del *Canto general* es el hilo y la hebra para discurrir por el laberinto, hilván de luz para defenderse y luchar contra tanta monstruosidad.

Desde la parte segunda, «Villa Grimaldi» (pp. 107-166) pero, sobre todo, en la tercera, «¿Qué es mi padre» (pp. 167-218), asistimos a la búsqueda que una niña realiza de la identidad perversa del dictador. Penetramos, así, en el espacio de la tortura, de un dolor tecnológicamente programado. La tecnocracia política del golpe halla aquí su complementación, en la cibernética sabia del sufrimiento. Otros textos se incluyen aquí, los orales

⁷ Ver las declaraciones del autor en «Conversación con Volodia Teitelboim», llevada a cabo por el equipo de redacción de *Araucaria* (12, 1980, pp. 137-158).

de tantos testimonios de torturados, las confesiones autobiográficas de otros (la doctora inglesa Sheila Cassidy, por ejemplo). La representación guiñolesca de este espacio se plasma en los fantasmas del terror: Frankenstein, Drácula, Boris Karloff, etc. En el mundo de las tinieblas que vuelve a apoderarse de las vidas humanas, no como encarnación de un inconsciente arquetípico, sino como cristalización histórica y cultural del horror de este siglo. La resurrección de los vampiros encuentra un correlato real en el hecho, presentado especialmente en la sección «El réquiem alemán» (pp. 219-252), de criminales de guerra nazis, como Walter Rauff y otros, que viven libres y tranquilos en Chile o en el Paraguay, o que son liberados como héroes de las cárceles italianas. A ellos, la niña contrapone —intenta contraponer— su mundo de sueños y de maravillas infantiles, los valles de Alicia y de Disneylandia. La contraposición sólo revela que los mitos de las historietas y la fauna negra del terror poseen idéntica raíz: Disneylandia y Transilvania son dos caras de una misma inconsciencia, la dulce de la niñez y la oscura, ya sombría, de los monstruos.

A medida que transcurre la novela, se va haciendo evidente una ligazón histórica que el narrador pone de relieve una y otra vez: el crecimiento y la acumulación de la anti-historia desde 1948 hasta 1973. En un nexo que admite varias dimensiones en el curso de la obra y que se carga con valencias de signo distinto. Nexo personal, en primer término, pues el que fue antes relegado en Pisagua es ahora un exilado en 1973. Nexo literario, en segundo lugar, por cuanto la operación de denuncia que constituye *La guerra interna* es sólo ampliación de la que ya tuvo lugar con *La semilla en la arena* (llamada posteriormente *Pisagua*, en la reedición de Quimantú). Nexo intertextual, como ya dije, porque la visión se diseña en el surco abierto por el *Canto general*. Finalmente, y en definitiva, nexo explicativo de todo un período histórico, que muestra las fuerzas de continuidad subyacentes en la sociedad chilena, las de una contrarrevolución triunfante a lo largo de todo el cuarto de siglo que va desde 1948 hasta 1973. El pasado no ha sido abolido; sigue imponiéndose como presente del país y como su futuro inmediato. La niña que nació en Pisagua sigue encarcelada y atormentada en Villa Grimaldi. Es esto, tal vez, lo que yace en el corazón de ese nombre tan extraño, que en su misma transparencia simbólica oculta su nódulo secreto. Esperanza a Pesar de Todo no es tanto la bandera, débilmente, pacientemente agitada por un pueblo contra la adversidad del *Todo*, sino más bien el enigma del *a Pesar de...* esto es, el pesar, la pesadumbre, el dolor colectivo que están enterrados en el humus y al pie de la *Esperanza*.

6. Al comparar estas novelas y más allá de sus formas tan diversas —la composición lineal y anecdótica de *La contracorriente*, el juego de raccontos y de *flash-backs* de *En este lugar sagrado*, la compleja instrumentación de *La guerra interna*— es posible establecer algunas convergencias significativas.

Las tres novelas intentan conocer la arremetida de la violencia contra-

rrevolucionaria. La «contracorriente» de una es la «guerra interna» de otra. Esta se inicia en las márgenes de la muerte: «El poeta había llegado al final de su camino. Entró a la Avenida de la Paz. Pero, según la Junta, la Guerra Interna sólo comenzaba» (p. 9).

Final de su camino, comenzaba; La Paz, La Guerra Interna: las antítesis buscan desatar el nudo de la contradicción, la contradicción de todo un pueblo que se ve amenazado de convertirse, por largos años, en un simple «cementerio general».

En correspondencia con esto, en dos de los relatos se percibe el brotar de un sentimiento apocalíptico, la sospecha tenaz de que una época ha llegado a su fin. El poeta, ya muerto, recuerda:

«Agonizaba repitiendo como un canto en voz baja una letanía grave, como si tuviera lugar dentro de mi cuerpo, en mi cabeza, el Apocalipsis, como si mis murmullos de moribundo tuvieran todavía algún eco. Muriendo levantaba la mano para contener el pánico. Repetía el ritornello antes de que mi voz se borrara en el aire. Quería desplegar como lienzo una página para que todos la vieran, una página que tenía escrita una sola frase: Los están fusilando. Y otra más, si me permite: Los están matando» (p. 82).

Igualmente, el desenlace de *La contracorriente*, si por un lado da cabida al símbolo más bien externo, tan del 38, de la semilla que renacerá, da paso en lo profundo a un *flash* urbano de las postrimerías:

«He aquí venir la palabra "FIN" en letras luminosas, mucho más grandes encima de la cabeza de todos estos chilenos; se mezcla al mobiliario lujoso de la embajada y se me aparece cada vez más claramente. Vibra como en el cine de otro tiempo, pero su significación es bien diferente. Es el fin de la Unidad Popular, el fin de la revolución chilena, el fin de Salvador Allende» (p. 330).

Esa «letanía grave» y este «FIN» elocuente hacen bien en recalcar la condición de severidad que debe presidir nuestra literatura del exilio. Esta podrá donar la esperanza sólo si es capaz de asumir el inmenso panorama de llanto y desolación sembrado entre nosotros. La trasmutación de este légamo en semilla puede ser un acto de magia, de buena voluntad o una entusiasta metáfora; pero hasta ahora no se ha probado que sea efectiva, políticamente viable. El sacrificio cotidiano es más lento y duradero que todas las palabras, que todos los escritos. Sólo si ellas, sólo si éstos se integran en este cauce profundo podrán balbucear, de veras, la verdad.

Realismo y configuración no mimética de la realidad en dos novelas chilenas

CARLOS CERDA

Me refiero a *Casa de campo* de José Donoso, aparecida en España en 1978 y galardonada en 1979 con el Premio de la Crítica, y a *La guerra interna* de Volodia Teitelboim, publicada en México, en 1979, y reeditada en Cuba en 1980.

Las dos novelas tienen una temática común y coincidencias importantes desde el punto de vista formal. En ambas el objeto de la apropiación literaria es la dictadura fascista surgida en América Latina en la década del setenta y más concretamente la contrarrevolución de 1973 en Chile. Las novelas de Donoso y Teitelboim se refieren a este hecho histórico, recurriendo a métodos de creación y configuración originales, tanto desde el punto de vista del tratamiento de esta temática en la literatura latinoamericana, como en relación con la obra anterior de sus autores: en *Casa de campo* y en *La guerra interna* se intenta una apropiación parabólica de la realidad recurriendo a las posibilidades de lo fantástico como forma también realista de representación.

En este punto, el común denominador es el abandono de las formas miméticas del realismo para acceder a una concepción parabólica de la novela. La realidad histórica es aludida desde un mundo imaginario, absoluta y conscientemente irreal, en el que aparentemente sólo imperan las leyes de la fantasía, y que produce el efecto de una toma de distancia respecto de la realidad para posibilitar la captación de sus elementos más significativos. En el realismo de intención mimética todo el proceso de conformación está orientado a producir una ilusión de pura realidad, de realidad en primera instancia. El mundo imaginario propio de la parábola, en cambio, se reconoce a sí mismo como pura irrealidad. Reniega de la mimesis y del ilusionismo pues para él la realidad objetiva no está en la novela, sino fuera de ella: no es su materia, es su referente.

Así, puede decirse que la novela parabólica es un mundo fantástico que gira en torno a un eje real, o si se prefiere, un cuerpo imaginario que tiene su centro de gravedad fuera de sí, en el hecho histórico, real a que alude.

Pero esta soberanía del mundo ficticio respecto del mundo real sólo puede adquirir una connotación alegórica si el mundo ficticio reproduce

en su estructura los elementos estructurales de la realidad. Por esta vía de la identidad estructural se realiza la apropiación del mundo real, no en la forma de la imitación de ciertos momentos de esta realidad, sino como develación de su dialéctica, es decir, apropiación del proceso de producción y reproducción de esa realidad.

En el análisis del método de configuración es importante entonces establecer los recursos estéticos mediante los cuales el autor:

1) da forma al universo fantástico *desrealizando* la realidad para conformar ese segundo nivel desde el cual se intenta la apropiación de lo que ésta tiene de significativo, y

2) conforma la legalidad o coherencia interna del universo ficticio para reproducir en él la legalidad o coherencia del proceso real, con vistas a producir la identificación de los dos niveles, que permite una apropiación de la realidad por vía alegórica.

Lo característico de un realismo de corte parabólico es que la obra se identifica con la realidad o se apropia de ésta de una manera no inmediata, sino recurriendo a una previa toma de distancia respecto a lo real.

En el realismo de forma mimética, el *mimetismo* consiste precisamente en la búsqueda de una *inmediata* presencia de la realidad en el mundo ficticio de la novela. Lugar y tiempo, fábula y personajes están conformados en función de esta finalidad. Las ciudades nos son presentadas con sus nombres y sus calles son descritas o mencionadas para producir en nosotros una evocación de contenido muy preciso. Se trata de *esa* ciudad *real*, de esa calle, del Hotel de Boulogne, en que se dan cita Madame Bovary y León, su amante pusilánime, o de la estación de Bonn, donde comienzan las reflexiones amargas y sarcásticas de Schnier, el payaso iracundo de Böll. Se trata de un tiempo que normalmente es contemporáneo al del autor, por lo cual éste rara vez se ocupa de especificarlo. Y a los personajes que habitan estas ciudades y este tiempo les ocurren peripecias que pueden abarcar un amplio espectro, desde lo grotesco hasta lo trágico, a condición de no violentar las fronteras de lo posible.

La novela parabólica, en cambio, elude esta presencia inmediata de la realidad en su universo mediante un movimiento de signo contrario al que efectúa la novela realista de forma mimética. Mientras ésta se acerca a la realidad, la novela parabólica se aleja de ella. El tiempo en que está situada *Casa de campo* es impreciso, un vago siglo XIX, probablemente en las cercanías del estreno de *Aída*. La casa de la familia Ventura está protegida y separada del exterior por una cerca compuesta por lanzas de oro, clavadas en la tierra formando una reja inexpugnable que la protege de un eventual asalto de los nativos que trabajan para los Ventura extrayendo láminas de oro. Está situada en un país imaginario llamado Marulanda y en ella ocurrirán hechos fantásticos, peripecias increíbles que padecerán personajes tan irreales como la casa que habitan. En *La guerra interna* asistimos a una especie de aquelarre de torturadores en una casa también fantasmal en la que se han dado cita personajes venidos desde las

páginas de la literatura terrorífica, desde las imágenes del cine expresionista alemán, desde la filmografía truculenta y desde la simple leyenda miedosa. Frankenstein, Drácula, Nosferato, King Kong, Boris Karlof, Bela Lugosi, Peter Lorre, se reúnen en la sombría, descascarada, ruinosa mansión de dos pisos, encerrada por muros también invulnerables en que funciona el laboratorio de la tortura. Esta es la nueva casa de los espejos en la que se desliza Alicia para saber cómo es su padre, quién es y cómo es el tirano.

Este movimiento de toma de distancia para eludir la inmediata presencia de la realidad en la novela consiste en una *irrealización* de la realidad. Y esta irrealización es el resultado de la irrupción de lo imposible en el campo de lo posible, de una trasgresión de la frontera que separa lo real de lo fantástico.

La *irrealización* de la realidad en el universo ficticio de la novela es a su vez el resultado de una alteración en el tratamiento naturalista o mimético de uno o varios elementos composicionales de la narración.

Si reducimos la esencia de lo narrativo a un esquema elemental podemos decir que *alguien* (narrador) relata *algo* (suceso o fábula) que le ocurre a *alguien* en un determinado *lugar* y en un momento (*tiempo*) determinado. Los cinco elementos primarios de este esquema adquieren en el proceso de conformación de la obra el carácter de elementos composicionales. En el trabajo de composición el autor ha de resolver el tratamiento que dará a los personajes, a la fábula y a las coordenadas témporo-espaciales.

En la novela realista de intención mimética estos elementos composicionales están situados en el campo de lo posible. En la novela parabólica (y en este caso me refiero al efecto parabólico que surge de lo fantástico-alegórico, entendiendo que hay otras formas de apropiación literaria de la realidad por vía parabólica) la irrealización de la realidad, ese movimiento de toma de distancia respecto del referente objetivo, es el producto de la alteración de la imaginación realista de uno (o más de uno) de estos elementos para situarlo más allá del campo de lo posible. Un análisis de los elementos composicionales en *La guerra interna* nos muestra que en la novela de Teitelboim el factor *irrealizador* decisivo es el tratamiento no realista de los personajes. Este elemento composicional está violentamente alejado del nivel de lo posible y desde él se influye en los otros elementos composicionales que adquieren así un carácter bivalente, una duplicidad en la que coexisten realidad documental y fantasía.

Esta bivalencia o duplicidad existe también en el tratamiento de los personajes. En la casa del horror conviven, como ya se ha dicho, personajes extraídos de la literatura fantástica y del cine espeluznante con aquellos que el autor ha tomado de la realidad histórica. Es un caso extremo de irrealización, pues, a diferencia de *Casa de campo*, no se pretende borrar la línea divisoria que separa lo posible de lo imposible, sino, precisamente, lo contrario: confrontar ambos campos en su forma más absoluta de irreductibilidad. Que los padres golpeen a los hijos es no sólo posible, si-

no frecuente. Que el castigo corporal alcance el grado de la tortura es absolutamente insólito, pero no imposible. Y si esto se cuenta evitando mostrar la línea fronteriza entre lo frecuente y lo insólito y luego entre lo insólito y lo definitivamente imposible, se está construyendo una ficción ambigua, en la cual el campo de lo posible y el campo de lo imposible no se contraponen, sino que se integran, para situar la ficción exactamente en la línea divisoria o, lo que es lo mismo, para borrar esta línea que delimita ambos campos. En *La guerra interna* el método irrealizador es diferente. Aquí la existencia de la línea divisoria permite que ambos campos, en lugar de integrarse, se confronten. Drácula, Frankenstein, Nosferato y su corte horripilante, irrumpen en la segunda parte de la novela, no sólo para dialogar con los personajes extraídos de la realidad (los miembros de la Junta y algunos torturadores reconocidos), sino para instalarse en Villa Grimaldi, una casa de tortura tan conocida como el Palacio de la Moneda, el estadio nacional o la cárcel pública.

De esto resulta la irrealización relativa de la coordenada espacial. Villa Grimaldi existe, como existe Santiago. Se han escrito decenas de testimonios que transcurren precisamente allí. Sin embargo, la presencia en la casa de las figuras del mundo espeluznante impone una alteración del elemento composicional espacial distinta a la casa de campo de Donoso. Esta última existe sólo en la ficción. Villa Grimaldi es, en la ficción, un *espacio bivalente* construido con datos reconocibles de la realidad documental y, *al mismo tiempo*, irrealizado por la presencia en él de personajes absolutamente irreales.

La misma duplicidad se observa en la construcción de la trama. Y también aquí se trata de una duplicidad de elementos confrontados. En la novela se desarrollan dos líneas que avanzan en forma paralela, que se encuentran en un momento crucial de la fábula y que, finalmente, se separan para continuar sus caminos independientes. Una de estas líneas es el diálogo de Esperanza a Pesar de Todo y el poeta. El poeta es Neruda. Y habla con Esperanza después de muerto. Estos diálogos no se refieren sólo a la peripecia central de la novela, sino que son un balance, un racconto y un recuento de las luchas del movimiento obrero chileno. Esperanza es un personaje asentado en su individualidad, es una de las tantas torturadas de Villa Grimaldi, un ser de carne y hueso, con pasado y con futuro individual, con historia y con esperanza. Pero es al mismo tiempo un símbolo, un momento significativo en la totalidad ficcional que ilumina de manera parabólica o metafórica la realidad histórica aludida. La otra línea de desarrollo en la trama es lo que acontece en la casa del horror (Villa Grimaldi) y el conflicto que precipita la sorpresiva visita de Alicia, la hija del dictador, que irrumpe en este país de las maravillas para preguntar qué esconden los espejos, para saber quién es su padre. La casa del espejo es Villa Grimaldi, y en ella ya se han instalado los personajes de la literatura truculenta. Como en *La divina comedia*, ellos conducirán a Alicia de la mano por el caserón, le mostrarán la tortura, le mostrarán el infierno, le mostrarán quién es su padre.

A partir de esta escueta concentración de la fábula podemos esquematizar la bivalencia, la duplicidad que confronta lo real y lo fantástico, como elemento irrealizador de la trama:

Diálogo de Esperanza con el poeta.	Visita de Alicia a Villa Grimaldi.
Un personaje vivo dialoga con un personaje muerto.	Personajes históricos dialogan con personajes fantásticos.
Esperanza y el poeta tienen una doble dimensión: son individualidad y símbolo a la vez.	Villa Grimaldi tiene una dimensión dual. Es un lugar <i>real irrealizado</i> .

Hemos dicho que una de las características de *Casa de campo* es ser una ficción situada *totalmente* en el plano de lo imaginario o inverosímil. Veremos ahora a qué forma de lo imaginario recurre Donoso para irrealizar la realidad a que alude.

Vargas Llosa distingue cuatro planos de lo imaginario: lo mágico, lo mítico-legendario, lo milagroso y lo fantástico. Llama *mágico* al hecho imaginario provocado mediante artes secretas por un hombre («mago») dotado de poderes o conocimientos extraordinarios; *mítico-legendario* al hecho imaginario que procede de una realidad histórica sublimada y pervertida por la literatura, *milagroso* al hecho imaginario vinculado a un credo religioso y supuestamente decidido o autorizado por una divinidad, o que hace suponer la existencia de un más allá, y *fantástico* al hecho imaginario *puro*, que nace de la estricta invención y que no es producto ni del arte, ni de la divinidad, ni de la tradición literaria, ni de la magia: «el hecho real imaginario que ostenta como su rasgo más acusado una soberana gratuitad». En su análisis de *Cien años de soledad* demuestra, a partir de esta definición de los planos de lo imaginario, que García Márquez ha abarcado todos los niveles y formas de lo imaginario, y que la misma facultad totalizante se advierte en el tratamiento de lo real-objetivo.

Esta clasificación de los distintos componentes de lo imaginario es útil, no sólo para abordar una novela tan avasalladoramente imaginativa como *Cien años de soledad*, sino que entrega un instrumento conceptual que permite aprehender con mayor rigurosidad el caudal imaginario que caracteriza a la novela latinoamericana y distinguir sus distintos afluentes.

A diferencia de *Cien años de soledad*, en *Casa de campo* la hipertrofia de lo imaginario no es el producto de la utilización exhaustiva de sus planos. El método irrealizador de Donoso excluye consecuentemente los elementos mágicos, milagrosos y mítico-legendarios, para construir un universo portentoso a partir de lo que Vargas Llosa llama «el hecho imaginario puro», es decir, lo fantástico.

Pero «lo fantástico» en *Casa de campo* también se diferencia de «lo fantástico» en *Cien años de soledad*. Al analizar este plano en la novela de García Márquez, Vargas Llosa observa que,

«algunos de estos episodios que llamo «fantásticos» (son una pura objetivación de la fantasía, estricta invención) bordean lo real objetivo, del que parecen apenas una discreta exageración, y podrían ser considerado sólo insólitos (es decir, aún dentro de la realidad objetiva), en tanto que otros, por su ruptura total con las leyes físicas de causalidad, pertenecen a lo imaginario sin la menor duda... He aquí los principales: niños que nacen con una cola de cerdo, agua que hierve sin fuego y objetos domésticos que se mueven solos (pp. 37, 305), una peste de insomnio y una de olvido (pp. 39, 49), huesos humanos que cloquean como gallinas (p. 42), sueños en que se ven las imágenes de los sueños de otros hombres (p. 45), un hilo de sangre que discurre por Macondo hasta dar con la madre del hombre del que esa sangre mana (p. 118), un niño que llora en el vientre de su madre (p. 214), manuscritos que levitan (p. 314), un tesoro cuyo resplandor atraviesa el cemento (p. 314), un burdel zoológico cuyos animales son vigilados por un perro pederasta (p. 333), un huracán que arranca a un pueblo de cuajo de la realidad (p. 350)».

En *Casa de campo*, en cambio, se crea una atmósfera fantástica sin que se narren sucesos que rompan con las leyes físicas de causalidad. Hay un solo caso, que analizaré más adelante y que se refiere al tratamiento de la coordenada temporal de la novela, en el cual sí puede observarse una trasgresión de ese tipo. Pero no influye decisivamente en la fábula ni constituye la característica fundamental del método irrealizador de Donoso.

Un análisis del *sujet* nos permite comprender de qué manera y de qué substancia se compone la irrealidad del mundo ficticio de *Casa de Campo*. Lo que en la novela se cuenta, si reducimos el *sujet* a su núcleo, es lo siguiente: aprovechando un paseo de los padres a la laguna, los niños toman posesión de la casa de veraneo y alteran las normas que en ella han impuesto los padres. A su regreso éstos reconstruyen el orden acostumbrado e imponen castigo. A partir de este núcleo o raíz *real* del *sujet*, por la vía de la exageración, es decir, mediante el recurso de la hipérbole, este núcleo real es hipertrofiado, hasta el punto en que explota, se volatiliza y transforma en las mil partículas imaginarias que terminan situando la ficción en el campo de lo fantástico.

Que los niños transgredan la disciplina impuesta por los padres cuando éstos están ausentes es un hecho absolutamente normal y pueril. Que esta disciplina esté ya hiperbolizada (toque de queda, travestismo forzoso, conducta policial de los sirvientes) y que su desacato sea concebido por los niños como un programa político integral que altera incluso las relaciones de propiedad que constituyen la fuente de lucro de la familia, es lo que lleva al núcleo *real* del *sujet* a su destrucción. Que al regreso los padres restituyan el orden de la casa y castiguen una conducta maldadosa es también un suceso cotidiano. Que ésta restauración del orden en una casa de veraneo se describa con toda la violencia y brutalidad de una con-

trarrevolución sangrienta y que el castigo no consista en palmadas, sino en torturas, arrestos y desapariciones, sitúa el tratamiento del *sujet* en un nivel que su núcleo *real* ya no está en condiciones de soportar o de contener. Esta explosión del núcleo del *sujet* por la vía hiperbólica está lejos de ser una mera exageración fantástica; el recurso que la motiva, como veremos en el capítulo siguiente, es el narrar un primer plano desde la perspectiva del trasfondo, o, mejor dicho, el introducir en el *sujet* (que siempre es primer plano, *vordergrund*) un trasfondo (*hintergrund*) que éste no puede contener en los marcos de un tratamiento realista del *sujet*, pero que sí está en condiciones de soportar si la ficción se sitúa en el plano de lo fantástico-alegórico.

La irrealización de la realidad es un movimiento que aleja al mundo ficticio del mundo real. Es una toma de distancia respecto de éste. En la novela parabólica, sin embargo, esta irrealización de lo real, este distanciamiento, es un recurso para abordar la realidad, y por eso el movimiento distanciador está seguido de un movimiento de aproximación que lleva al reencuentro del mundo ficticio con el mundo real. En la ciencia-ficción y en lo que comunmente se entiende por literatura fantástica la irrealización de la realidad no es un momento del proceso creador, sino el fin mismo de la ficción. No existe en este caso el segundo movimiento, no hay viaje de regreso de lo fantástico a lo real ni reencuentro de ambos planos. En la ficción puramente fantástica o fantasiosa lo que se persigue es alejarnos de la realidad, en tanto que en la novela parabólica lo fantástico nos está trayendo constantemente a presencia la realidad misma. Este constante traer a presencia la realidad no sería posible si el distanciamiento parabólico se limitara al movimiento irrealizador.

Al hablar de un segundo movimiento, de un movimiento de aproximación a la realidad, nos estamos refiriendo al momento del proceso creador en el cual el autor *conforma la legalidad o la coherencia del universo ficticio con vistas a reproducir en él la legalidad o coherencia del proceso real*.

Lo que permite que lo fantástico traiga a presencia el mundo real es la conformación de un universo ficticio sometido rigurosamente a la legalidad del proceso real que intenta reproducir. La ficción ha *irrealizado* los datos prescindibles, la forma más externa de manifestación del proceso real, creando así un mundo de apariencias «irreal». Sin embargo, paralelamente, la ficción reproduce en la configuración de su mundo *irreal* aquello que es esencial o necesario en el plano de la realidad. Si en el primer movimiento se *irrealizó* la realidad, en este segundo se *realiza*, se hace real, esta «irrealidad».

Así como el movimiento irrealizador sólo puede verificarse mediante el tratamiento realista de esos mismos elementos composicionales.

Estos dos movimientos (de alejamiento y aproximación a la realidad) constituyen momentos del proceso de configuración cuya unidad, en la obra, es insoluble. Aquí se separan de manera artificial para mostrar cuáles son los mecanismos que hacen posible lo fantástico-alegórico o, para reiterar un concepto ya empleado, un realismo parabólico.

Novela chilena del interior

MANUEL ALCIDES JOFRE

1. La imagen del hombre chileno en la narrativa

Desde 1973 a 1984 se publicaron en Chile alrededor de cien novelas. Una docena de novelas publicadas fuera de Chile también han circulado comercialmente en el país. Estos dos grupos de novelas podrían denominarse novela chilena del interior, tanto porque han sido producidas como consumidas en el país.

De todos los elementos que componen una novela, el lector siempre enfoca especialmente a los personajes. Se interesa por ellos, por lo que los personajes le dicen a él, y en este sentido es lícito preguntarse por la concepción del hombre concreto que aparece en la forma artística y literaria que llamamos novela.

En la mayor parte de las novelas chilenas hay un choque entre diversos tiempos históricos. Hay en nuestra literatura nacional un cruce, un encuentro, una lucha, entre diferentes concepciones de la historia, y por ende, del hombre. Este tema central también se da en el choque entre procesos colectivos y procesos individuales. Incluso esto acontece dentro del personaje mismo: hay contradicciones, por ejemplo, entre lo que siente y cómo lo siente el personaje; cómo ve el personaje la realidad y el tipo de fuerzas mayores que actúan sobre él. Se trata en verdad de seres humanos puestos en las encrucijadas mismas, en los puntos donde las mareas opuestas se tocan, o de seres inmersos dentro de un movimiento mucho mayor que los comanda y el cual no alcanzan a visualizar.

Vivir en una situación como ésta atomiza la vida humana. La personalidad misma de los hombres aparece fragmentada, y a veces casi no se trata de una personalidad coherente. Los personajes hacen una cosa, la deshacen, hacen una nueva, la rehacen, etc. En algunos casos extremos, una parte de la personalidad parece actuar de manera independiente casi, incluso llegando a rechazar así partes de sí misma. Esta fragmentación de la personalidad humana puede corresponder a las numerosas escisiones de la sociedad chilena misma, y no es de extrañarse que además acontezca de manera simbólica o explícita en los textos literarios.

Se aprecia en el discurso de la novela chilena del interior una enorme

Manuel A. Jofré es crítico y profesor de literatura. Es investigador de CENECA, en Santiago.

frecuencia de actos de dominación. Los personajes se definen por su relación con respecto a un cierto tipo de poder. El poder es el tema omnipresente en toda esta literatura. Hay personajes que controlan, manipulan, a otros personajes. Llega a configurarse así la pareja del dominante y el dominado, que en su versión más extrema se convierte en la relación entre verdugo y víctima.

La novela chilena del interior muestra a muchos personajes que poseen un intento, ya sea secreto o descubierto, de controlar la realidad. Como un dios todopoderoso, quieren manejar la realidad, tener control sobre todos los signos, manejarla de acuerdo a sus deseos, transformando así una realidad plural en una monocordia. Este afán por el orden absoluto encuentra su contrapartida en los personajes que tienen una gran tendencia hacia el caos. Todo lo que ellos tocan se destruye. Generalmente, las novelas comienzan con un mundo aparentemente ordenado, armónico, estable, el cual deviene rápidamente un desorden, una decadencia que trastruca revelando un simulacro aparental de orden, poco establecido, poco sólido. Estos personajes son fuerzas que se desatan, y que gatillan a su vez el caos, las desequilibrantes influencias.

En el mundo así polarizado se confunde lo que es apariencia con lo que es verdadero para el personaje. No hay una claridad sobre lo que es real y establecido, aceptado por todos. Mas bien, siempre hay una primera realidad que el lector y los personajes aceptan como la realidad cotidiana operante, funcionando. Hay sin embargo, detrás, otros factores y mecanismos. La realidad aparece pues escindida, confusa, ambigua. No se puede confiar casi en los narradores o personajes cuando crean su discurso de acciones o palabras. Cuesta saber si lo que se narra a veces sólo fue imaginado o realmente aconteció. Como consecuencia, surge una pluralidad de verdades relativas. Los criterios de verdad y realidad, tal como en la sociedad chilena, se han trastrocado.

La narrativa chilena siempre conecta los motivos histórico-sociales con lo existencial. Sin embargo, el drama particular de los personajes individuales está siempre en el primer plano, en el foco de atención, mientras que el tratamiento de lo histórico-social es mucho más diluido, más elaborado, más sofisticado. Es como si los procesos de la sociedad chilena fueran vistos concretados en destinos humanos. En este sentido, y muchas veces de manera encubierta, simbólica, sugerente, los personajes corresponden a fuerzas, tendencias, movimientos o grupos sociales.

El hombre chileno contemporáneo accede a la representación novelesca y se expone allí como un ser sufriente centro de múltiples dilemas: cada aspecto de su vida le es problemático, y no hay casi lugar donde encontrar reposo. Esta imagen agónica o apocalíptica del hombre no puede sino surgir de una literatura muy desigual, convulsa, que ha debido responder a imperativos económicos, políticos, ideológicos, culturales y estéticos, nunca antes enfrentados. El quiebre cultural-histórico-institucional acontecido durante el autoritarismo trajo un universo de desafíos de todo orden que requirieron, como respuesta, prácticas creativas y artísticas autoconscien-

tes, renovadas, con un modo peculiar de ligarse a la situación general que se ha vivido.

La literatura chilena del interior fue vista en un primer momento como una literatura muy descontextualizada, como un tipo de discurso muy autónomo, no referido en primera instancia a las condiciones sociales imperantes en el país en la última década. Un examen atento de las novelas chilenas más relevantes del período evidencia la presencia de un eje en cada una de estas obras, el cual puede estar explícito o no, y que consiste en la referencia o no a la historia inmediata de Chile.

Aunque el lenguaje de la novela sea imaginario, al asumirlo la conciencia, en el acto de lectura, lo hace con los mismos mecanismos para procesar cualquier otro tipo de información lingüística. El discurso de la novela chilena, de manera muy sutil, apunta a un referente extratextual, exofórico: el Chile contemporáneo. Aún en las condiciones de censura existentes, es imposible para la literatura no dialogar con su contexto, ya sea con silencios, vacíos u omisiones. La semiótica y la teoría de la información han advertido sobre la violenta distorsión aplicada al sacar a un texto de sus relaciones y situación real; y así mismo se ha demostrado que las pausas, los silencios, la presencia del signo cero de emisión, aquello que evidentemente no está allí, tiene tanto significado como lo que está presente. Justamente las expectativas del lector van dirigidas a ver si allí en la novela está o no aquello de lo cual no se puede hablar sino sólo veladamente.

El contexto se inscribe pues en el texto de la novela. Como ha dicho Donoso, hay algunas obras, o literaturas, que apuntan hacia dentro de ellas mismas, a la peripecia representada. La literatura chilena parece no funcionar así. La literatura chilena apunta hacia afuera, hacia su contexto, a su sociedad y a sus lectores concretos. El contexto social, que ha determinado esencialmente a la novela chilena de estos años, ha dictaminado permisiones y prohibiciones temáticas, intelectuales, lingüísticas. La mejor visión de la novela chilena del interior proviene pues de una lectura contextualizada, donde se deja que el texto en cuestión juegue libremente, con el horizonte del país real.

2. Cambios culturales y sistema literario

En 1973 se acabó en Chile la libre circulación de discursos en el espacio público comunicacional, iniciándose así la privatización de las prácticas artísticas, las cuales, devueltas al seno de la sociedad civil, se ven obligadas a reorganizarse.

Muchos escritores tuvieron que salir del país, mientras que la (auto)censura, la persecución, la necesidad de sobrevivir, el exilio interno, y la división de las propias fuerzas redujeron, en un primer momento, el radio de acción de la literatura.

La literatura, parte de la llamada alta cultura, participó obligadamente

en un proceso de marginalización. El modelo económico, político y cultural del autoritarismo lanzó la literatura a la periferia, poniendo como centro la cultura de masas vendida en kioscos, escuchada en radios y absorbida a través de la televisión y la publicidad. Al mismo tiempo, se acentuaba la escisión entre la literatura y el arte popular, aficionado.

La polifonía literaria y cultural, el carácter coral de la cultura nacional y democrática casi se apagó en un primer momento. Esto provocó un quiebre en el proceso de identidad cultural, e instaló una crisis en el proceso de conformación de la identidad nacional. La tarea para los creadores y los artistas, en consecuencia, ha sido la de fundar un habla, la de recuperar la voz.

El proceso de reconstitución artística que aconteció durante la segunda mitad de la década del 70 en Chile fortaleció sobre todo los procesos de entrega de identidad colectiva, de recuperación de memoria histórica. Esto contribuyó a la reorganización del movimiento social y popular, pero no permitió un desarrollo cualitativamente nuevo en lo artístico. El lenguaje político se hizo más estético, mientras que el lenguaje artístico se hizo más político. Sin embargo, en ambos casos primaban formas antiguas, y había un temor de instrumentalización recíproca.

La visión autoritaria no pudo empero detener los procesos de significación que acontecen en la sociedad chilena, pues toda ella vivía y sobrevivía mediante esos procesos culturales. Los lenguajes de los artistas en estas circunstancias se hicieron fuertemente simbólicos, metafóricos, en los cuales se aludía a la realidad mediante referencias indirectas. También se utilizó el lenguaje testimonial que comunicaba una experiencia vivida por alguien, y que circulaba de mano en mano, constituyéndose así una literatura clandestina de denuncia.

Como se ha comprobado numerosas veces, es imposible quitarle la creatividad a un ser humano o a un pueblo. La arena cultural, que es la totalidad de la sociedad misma, ha sido siempre un área en disputa. Allí, ciertos espacios fueron gradualmente ganados por los creadores chilenos. De esta manera, la literatura rompe con el monólogo autoritario mostrando al lector un mundo que es, a la vez, diferente e igual al de todos los días. Se trata de un mundo imaginario que, sin embargo, se refiere de múltiples maneras a la sociedad misma donde se ha generado. Dicho de otra manera, los chilenos son parte de la literatura chilena de la misma manera que la literatura chilena es parte de todos nosotros.

Por sobre todo, la literatura chilena apunta a un referente extratextual, a la historia inmediata de Chile, y a lo que es su contexto, al Chile contemporáneo. La analogía más frecuente entre la obra y lo social se da mediante un conflicto central, que escinde el mundo representado. El autoritarismo ha provocado en los escritores chilenos una redefinición de códigos y funciones, lo cual ha llegado a tal grado que la literatura empieza a preocuparse de desocultar la historia de diversas maneras, según el autor y su tradición, comunicando desde un presente crítico, organizándose primero en microcircuitos locales e informales, haciendo diagnósticos

de su propia situación que concluyen en proyectos de plataformas culturales que recién se esbozan, todo lo cual augura una participación aún más profunda de los escritores en el proceso de redemocratización.

3. La novela chilena, 1974-1977

Pese a que no hay estudios sobre la narrativa del período 1970-1973, importa destacar que en 1973 se publica una serie de importantes textos narrativos, entre ellos *El hombre que trasladaba ciudades*, de Carlos Droguett; *Tres novelitas burguesas*, de José Donoso; *Tiro libre*, de Antonio Skármeta; *Moros en la costa*, de Ariel Dorfman; *La aldea más grande del mundo*, de Carlos Ossa; *Como buen chileno* y *Cambio de máscara*, de Poli Délano, y *Novela de Navidad*, de Enrique Lafourcade.

De los cuatro años comprendidos entre 1974 y 1977 pueden extraerse tres novelas escritas en Chile, sin olvidar de que se trata de un período en el cual no entraban al país las novelas escritas fuera. Estas tres novelas son:

- a) *El picadero*, de Adolfo Couve. Santiago, Editorial Universitaria, junio de 1974, 88 págs.
- b) *Ventana al sur*, de Hernán Valdés. Santiago, Zig Zag, julio de 1975, 167 págs.
- c) *Dulces chilenos*, de Guillermo Blanco. Barcelona, Pomaire, noviembre de 1977, 226 págs.

Aunque estas tres novelas fueron escritas en Chile, *Dulces chilenos* fue publicada en España. Por esta razón, y por ser publicada al final de este período, el espectro de realidad que contiene es mucho más amplio que las otras dos novelas. También la diferencia se establece en el hecho que Blanco, el autor de *Dulces chilenos*, pertenece a la generación del 50 (nació en 1926), mientras que Couve y Valdés son miembros de la llamada generación del 70 (nacieron en 1940 y 1943, respectivamente).

El picadero, de Couve, fue escrita entre 1972 y 1973; al publicarse en 1974 establece una ligazón con el período anterior, y al mismo tiempo cumple la legalidad impuesta post-septiembre de 1973.

Se trata de una novela de forma autobiográfica cuyo tema es la decadencia de lo aristocrático. Es la crónica de una familia, que va desde los antepasados coloniales hasta la mitad del siglo XX. Esta historia es reconstituida por un joven cronista que pertenece a otra familia aristocrática. La estirpe en cuestión contiene en sí dos linajes contradictorios: la pasión y el antojo versus el trabajo y la moderación. Mientras que algunos personajes rompen el orden, otros se mantienen dentro de los límites. Personajes que pertenecen a estas categorías diferentes y opuestas, sin embargo, se atraen y complementan. Otros personajes, varones generalmente, están constituidos por una doble vida. Angelino, el hijo donde concluye la estirpe, repite los actos de su padre, y los de Zapiola, su ancestro, en la época colonial: frecuente prostitutas. Cuando su amante francesa queda embara-

zada, acepta el aborto, clausura la posibilidad de continuidad de su sangre, y se autoelimina como hombre. En su violenta muerte reaparecerá el estigma de Zapiola, el gobernador colonial, que desde el pasado sella el apocalipsis de Angelino.

El joven narrador innominado que cuenta toda la historia cede sin embargo la palabra también a un escribano colonial, a Angelino y a un narrador en tercera persona, más distante y más objetivo. Este mismo narrador acepta los estratos jerárquicos del mundo, repudiando a los lacayos. Del picadero, espacio seguro, infantil, circular, umbilicalmente ligado, pasa a un espacio abierto, entrando en un rito de pasaje, un tránsito hacia la adultez. El mismo parece ser a su vez un doble de Angelino, ya muerto. Angelino muere en un accidente ecuestre con su cráneo destrozado, como Zapiola parece haber ultimado a la mestiza. El juego de espejos, que hace la historia cíclica, reduce lo histórico a la biografía del ancestro y la historia cíclica y mítica tiene un mismo personaje que se repite a través de ella, la stirpe.

Novela tensionada entre el orden y el caos, entre la utopía y la violencia, las alusiones de índole histórica son escasas en *El picadero*. El tiempo que viven los personajes, sin embargo, es un mundo ya transitado por la historia. Hay, por otro lado, una obsesión por la muerte violenta, especialmente con la destrucción de la cabeza, del cerebro: cuatro personajes mueren de esta manera.

Ventana al sur, de Valdés, es también una novela de estructura autobiográfica, donde el narrador nuevamente rescata, desde la adultez, su infancia y su pasado. En la historia, tres viajes aparecen superpuestos: el viaje de la familia toda hacia Lago Verde muchos años atrás; el viaje de retorno al origen que Camilo ha realizado en el presente, a ver a su padre enfermo, y el viaje mítico de Camilo al finalizar su infancia y hacerse hombre.

La novela asume una estructura apelativa, en cuanto Camilo, el narrador, constantemente conversa con su padre. Se trae allí en su discurso un tiempo más pleno, donde el retorno a la fuente termina especificando la sanidad del pasado. Para Camilo la ciudad ha sido la ley de la selva, en contraposición a la aventura constante de la colonización. El espacio mágico de la infancia se recaptura pues mediante un menosprecio de corte y alabanza de aldea. El proceso formativo de Camilo, que es lo que se recupera, es un aprendizaje, un rito iniciático de búsqueda de libertad. Camilo es también en sí mismo una encrucijada que une dos linajes: el civilizador, representado por su madre, y la naturaleza, condensada en su padre. A partir de esta situación se va formando, y pasa así por una pelea, y luego por una experiencia amorosa. Más tarde, al modo de *Don Segundo Sombra*, se hace gaucho. La historia que comunica Camilo, a diferencia de *El picadero*, es su propia historia. Esta historia tiene ribetes míticos cuando Camino pasa cuatro pruebas, que representan los elementos básicos del universo: el viento (aire), las piedras (tierra), los incendios (fuego), la lluvia y el río (agua). El cruce del río, antesala de la experiencia más peligrosa, es el umbral del descenso a los infiernos, el momento más crítico.

Camilo ha vuelto a la fuente, a la infancia. Cierra un ciclo al volver al punto donde él se formó. Su padre, que sólo responde al final de la novela, con su única frase, pone un signo de duda a la historia de Camilo.

En estas novelas de Couve y Valdés hay una polifonía de voces, una multiplicidad de puntos de vista. La historia presentada y su conflicto central revelan aspectos de la sociedad chilena funcionando. Las vidas de los personajes de estas novelas han sido codificadas de acuerdo a parámetros que reconocemos como chilenos. Ciertos datos, como al pasar, permiten remitir las historias contadas a Chile en el siglo XX. Sin embargo, nuevamente, el mundo real, histórico-político, contextual, no está presente como una evidencia, sino como una ausencia, como algo que no puede llegar a figurar en este discurso de la novela publicada en Chile. La situación ideológica cultural que vivía Chile en ese momento no permitía una mostración que fuera más allá de historias individuales o de familias, donde jóvenes asumían procesos de aprendizaje que habían acontecido en el pasado. Y son estas características las que permiten hablar de una literatura descontextualizada, autónoma.

Dulces chilenos, de Blanco, va más allá de las dos novelas anteriores. Se trata nuevamente de una estirpe que concluye, de un espacio cerrado, envolvente: la casa de las tres viudas. En la casa, sin embargo, el porvenir ya está también marcado por el pasado. Allí donde la tía Francisca enloqueció, lo mismo le acontecerá a Marta. Los miembros de la tercera generación, los más jóvenes, luchan por cambiar ese pasado, y con su conducta rompen las normas, abriendo el espacio. No siempre sus esfuerzos y acciones son recompensados, sin embargo.

La novela posee un narrador básico en tercera persona que es capaz de desplazarse a la interioridad de los personajes. Así, los puntos de vista de Elena, Marta y Amalia se van entrecruzando capítulo tras capítulo; de ellos surgen verdades personales, relativizadas, visiones humanas que perciben fragmentos de la realidad que hacen empero valer por el todo. El discurso mental de las tres viudas procede a rescatar constantemente el pasado, y el mundo que se vive está historizado por espectros y fantasmas, de tal modo que se cruzan las palabras dichas en el pasado y las palabras dichas en el presente. La reiteración de ciertas frases, así como la humedad, son la materialización de un tiempo estático.

La gente declara que las viudas tienen una mano angelical para hacer los dulces chilenos, pero justamente la historia contradice esto al mostrar una experiencia sufriente, infernal. Las hermanas discuten y se hieren. Finalmente, Elena empuja a Marta a la locura, y la novela concluye con Elena aislada después de haber asesinado en cierto modo a Marta.

Estas viudas pertenecen a la clase media baja, y al igual que los estratos aristocráticos y populares representados en las novelas anteriores, se actualiza el pasado desintegradamente. Este mundo que concluye deteriorado por el tiempo está simbolizado por las goteras y la lluvia. Es una familia absolutamente desquiciada, escindida, fracturada. El diálogo con que conversan es falso mientras que el soliloquio interior revela su verda-

dera rabia. Este estigmatizado tiempo interior es donde coexisten retazos de muchos otros tiempos previos.

La novela completa transcurre en un solo día, un domingo, desde la mañana hasta la noche, que evidencia la degradación del núcleo propio, íntimo. Este proceso de decadencia comenzó con una farsa en la cual las tres mujeres participaron, deformando los hechos, en aras de una apariencia. De esto quieren escapar los hijos de Elena. Eugenio, contiene en sí un amor redentor; Rosaura es un ave que ansía la libertad, pero que se hiere en su proyecto de escape para escapar del sistema que la envuelve.

La novela *Dulces chilenos* despliega un universo cultural cristiano y católico que se desenvuelve dentro de un contexto histórico y político perfectamente definido. La profesada fe cristiana de las viudas es una contradicción, porque no actúan con el amor de Dios. Los dulces chilenos son pues amargos por dentro, no son tentadores, sino de pura degradación. Las mujeres tienen durante el día varias oportunidades concretas para acercarse, para comunicarse, para sentirse juntas. Todas, sin embargo, desprecian esa posibilidad. En este sentido, podría decirse que las historias presentadas son las historias humanas más reales posible, la de los pecadores. El catolicismo aparece en esta obra expresado en diferentes vertientes: un conservadurismo recalitrante ligado al ibañismo, un ritual no auténtico ligado a la burocracia, o una fe práctica y renovadora, aunque tal vez no muy realista, conectada con la Patria Joven (Democracia Cristiana). No se trata aquí de la decadencia de la aristocracia, sino de la desintegración de las capas medias. Esta desintegración familiar también acontece con la empleada de las tres mujeres, una campesina que representa los sectores subalternos. Para las viudas, el universo económico está reducido a una economía de sobrevivencia, como ha sido para numerosos sectores de la sociedad chilena en la última década. El temple que empapa toda la narración, por sobre sus momentos líricos o dramáticos, es de frustración, el vivir en el tiempo de la infamia.

4. La novela chilena, 1978-1980

Las novelas más destacadas de este período no son como en el caso de Couve, Valdés y Blanco, escritas en el país, sino que son novelas producidas fuera de Chile. Estas obras, de Edwards, Donoso y Coloane, circularon en el interior, fueron leídas por los chilenos dentro del país, y no permanecieron como otras novelas del exilio, desconocidas en el país de origen de los escritores.

Las tres novelas más relevantes son las siguientes:

- a) *Los convidados de piedra*, de Jorge Edwards. Barcelona, Seix Barral, marzo de 1978, 364 págs.
- b) *Casa de campo*, de José Donoso. Barcelona, Seix Barral, noviembre de 1978, 498 págs.

c) *Rastros del guanaco blanco*, de Francisco Coloane. Santiago, Zig Zag, noviembre de 1980, 234 págs.

En el caso de estas novelas, las leyes de creación contextual por las que se rigen son diferentes a las de las novelas escritas completamente en el interior. Las novelas de los dos representantes más destacados de la generación del 50, Donoso y Edwards, escritas y publicadas fuera de Chile (en España), no debieron pasar por el permiso de publicación (censura), requerido en Chile, sino que se les aplicó la legislación aduanera aplicable a las importaciones. Con algunas dificultades, lograron traspasar esta barrera. Hay que tener presente que ambos novelistas escriben sus novelas teniendo siempre como límite presente la legislación autoritaria de Chile, la cual intentan vencer mediante novelas armadas con mecanismos significativos de remisión simbólica y textual al contexto. La novela de Coloane, terminada en 1979 y publicada en Chile, fue escrita en Nueva Delhi y Santiago por este autor, miembro de la generación del 38.

Los convidados de piedra, de Edwards, es una abigarrada crónica realista. Los convidados de piedra, en un juego intertextual, son los desaparecidos, los exiliados, los muertos. El narrador explicita que la historia narrada, de 1890 a 1973, son las sucesivas etapas de la decadencia de la clase aristocrática. Factor esencial en este proceso son aquellos miembros de la aristocracia que transitan hacia el universo de las clases subalternas. Otros personajes rompen con la (auto)represión del orden aristocrático mediante la sexualidad. La clase alta ya no tiene vástagos, y es una estirpe que concluye.

La cena macabra, la fiesta que narra la novela, acontece algunos días después del 11 de septiembre de 1973, y al festejar este evento, se rememoran, se traen al presente los momentos más representativos de la historia del núcleo social aristocrático enfocado. De esta manera, la contextualidad histórico política no está amputada en la novela de Edwards, sino que más allá (o acá) del trasfondo, se transforma en fuerza en primer plano. El narrador, cronista y memorialista de una tribu, ha heredado esta función de otros testigos anteriores. La historia menuda, íntima que entrega contiene en sí misma una valoración, que se revela, por ejemplo, en la utilización de la misma explicación (la decadencia de la clase) para la violencia de Silverio, las ideas políticas de izquierda de Guillermo, la sexualidad alterada del Pachurro del Medio.

Como en las otras novelas chilenas examinadas, el pasado es aquí también una fuerza actuante en este ritual de identidad que es el cumpleaños, donde un ciclo culmina.

Casa de campo, de José Donoso, es probablemente la novela más importante de la década. La familia Ventura, foco de la narración, es una estirpe aristocrática nuevamente en decadencia, escindida. Su permanencia en la casa de campo, en el espacio cerrado y ordenado, entra en crisis con la ruptura de los límites, que se realiza tanto en la rebelión de los niños como en la represión posterior ejercida por los adultos.

El narrador en primera persona pretende presentar un mundo inexistente, una fábula, y en la estética que va presentando al lector, legitima la intervención del autor en aras de un objetivo no mimético. No se busca la simulación de lo real, sino que la educativa edificación. Hay, sin embargo, en la novela misma, trasvasijos entre diferentes niveles de realidad. Lo imaginario y lo real se interpenetran, se comunican. El narrador cronista concluye afirmando después de todo una homología entre su obra y la vida misma: ambas son una serie de anécdotas a medio terminar.

El conflicto central de *Casa de campo* es el choque entre dos conceptos de tiempo, entre dos nociones de proceso histórico. Según los niños rebeldes, ha transcurrido un año; según los represivos adultos, un día. Mirado desde otra perspectiva, el conflicto acontece cuando chocan entre sí los diferentes círculos concéntricos que componen este cuerpo. Al centro, los Ventura adultos, más afuera los Ventura niños; luego los sirvientes, los nativos a continuación y, finalmente, los extranjeros. Los niños rebeldes se alían con los nativos. Los sirvientes con los adultos. Debido a esto, la estirpe concluye.

La novela de Donoso puede leerse en un plano literal, pero también puede decodificarse simbólica o contextualmente. La novela captura un sector de realidad donde códigos ficticios y códigos reales coinciden. Hay numerosos isomorfismos entre la historia política chilena reciente y lo que acontece en Marulanda. Está, por ejemplo, el discurso de Adriano Goma-ra (Salvador Allende Gossens), y la muerte de Víctor Jara (Francisco de Asís).

La novela *Rastros del guanaco blanco*, de Coloane, es una obra culturalista, lascasiana y redentora que enfoca la masacre de un pueblo y una cultura: los onas del sur de Chile. Puesta en el marco de lo que ha acontecido en Chile en los últimos años, la historia de la india ona violada por el blanco extranjero, asume otra dimensión, casi de denuncia. La narración se estructura a partir del entrelazamiento y yuxtaposición de la historia de Georgina, más el mundo histórico-real y el mundo mítico que hereda. Al mismo tiempo que se prefigura un conflicto entre los blancos y los onas en un espacio transnacionalmente dominado, la contraposición se establece entre la memoria colectiva de los onas, el *illo tempore* de su teogonía, oralmente conservado, y la civilización occidental, cruel, necrófila, asesina, que extermina mediante la epidemia, el fusil y la violación. Los mitos que recibe Georgina hablan de héroes positivos que vencen el mal e instauran un orden justo. En la realidad acontece todo lo contrario. Los onas son cazados como animales, y ejecutados. El mundo está dividido en cazadores y víctimas, torturadores y oprimidos.

La novela de Coloane documenta un genocidio, donde la civilización se hace sinónimo de muerte. No es sólo el fin de un pueblo, de una cultura lo que acontece, sino que el fin de una época. En este mundo, el guanaco blanco es la oveja. Con ese nombre se la conoce. Sin embargo, el guanaco blanco es también el hombre blanco. El rastro del hombre blanco no es otra cosa que muertos. También las ovejas, guanacos blancos, son apaci-

bles como los onas mismos. Hay pues una multiplicidad de significación en el título de la novela.

Estas tres novelas recuperan para la narrativa chilena circulante en el interior una referencia más directa al contexto chileno. Se aprecia la intrahistoria de los grupos dominantes, el simbolismo de la rebelión y la contrarrevolución, y la masacre de un pueblo. La pregunta que podría hacerse en este punto es ¿cómo va a responder la novela de la década del 80 a los desafíos, tanto literario como contextual que se le presentan?

5. La novela chilena, 1981-1984

Las novelas más destacadas que han circulado en el interior en los últimos cuatro años son las siguientes:

- a) *Dónde estás, Constanza...*, de José Luis Rosasco. Santiago, Andrés Bello, 1981, 112 págs.
- b) *El museo de cera*, de Jorge Edwards. Barcelona, Bruguera, 1981, 190 págs.
- c) *El jardín de al lado*, de José Donoso. Barcelona, Seix Barral, 1981, 264 págs.
- d) *Los rostros ardientes*, de Jorge Mario Méndez. Santiago, Pomaire, 1981, 482 págs.
- e) *Todavía*, de Carlos León. Santiago, Pomaire, 1981, 143 págs.
- f) *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende. Barcelona, Plaza & Janés, 1982, 380 págs.
- g) *El obsesivo mundo de Benjamín*, de Antonio Ostornol. Santiago, Pomaire, 1982, 168 págs.
- h) *La última condena*, de Juan Mihovilovich. Santiago, Pehuén, 1983, 127 págs.
- i) *Trapananda*, de Enrique Valdés. Santiago, Nascimento, 1983, 190 páginas.
- j) *Lumpérica*, de Diamela Eltit. Santiago, Ediciones del Ornitorrinco, 1983.
- k) *Al final del arcoiris*, de Gabriel Rodríguez. Santiago, Acia Ltda., 1984, 48 págs.

Dos de estas once novelas fueron escritas y publicadas fuera de Chile, y pertenecen, por tanto, a la literatura chilena en el exilio: *El jardín de al lado* y *La casa de los espíritus*. Son, sin embargo también parte del corpus de la novela del interior, en cuanto han sido leídas y consumidas en el país.

Dos autores pertenecen a la llamada generación del 38: Carlos León y Jorge Mario Méndez, ambos nacidos en 1916. Su producción, más tradicional, contrasta con la obra más renovada de los escritores jóvenes de las últimas generaciones: Valdés, de la generación del 70, y Ostornol, Mihovilovich, Eltit y Rodríguez, de la emergente generación de los 80.

Dónde estás, Constanza..., de Rosasco, acontece en la clase media santiaguina de los 50. Se ponen en relación en la novela dos mundos diferentes: el de la familia Corsiglia, clase media urbana, oficinista, socialmente pulcra; y la familia Glicker, alemanes aparentemente ordenados y educados que en verdad son los Sandoval, y que aparecen caracterizados como provincianos proletarios caóticos, aventureros, y rupturistas. Alex, el muchacho protagonista, intenta un acercamiento a Constanza, y ambos se fugan a una casa precordillerana donde acontece una frustrada relación sexual que anticipa la huida de Alex del lugar posteriormente, sin enfrentar los hechos. El héroe, Alex, se niega al rito de tránsito, y en última instancia, a la aventura. Escapista, no accede a Constanza ni a la utopía que ella construye. Esta novela, de la frustración y el recato, evidencia en su título una nostalgia y ansiedad por el reencuentro con Constanza, experiencia auténtica de la juventud, que se intenta rescatar. Para Alex, sin embargo, Constanza es la locura, el desorden, que niega. Al hacerlo, reitera el esquema del tío César, solterón, y ese pasado lo influye. La conversión que ambos no aceptan es dar un paso fuera de sí, hacia la locura que significa el encuentro con el otro.

El museo de cera, escrita por Edwards en Chile, aunque intenta mostrar un espacio ambiguo, revela homologías con el país del autor. Se presenta la historia del Marqués de Villa Rica, contada por un cronista colectivo, evidencia el fin de una estirpe nuevamente, la decadencia de un ser aristocrático que se acerca a los sectores subalternos. La unión del Marqués, de la aristocracia, con la criolla Gertrudis, dura hasta que el pianista y Gertrudis son sorprendidos por el Marqués en una situación sexual. Lo escultórico que había en *Los convivados de piedra* se reitera aquí en el museo de cera, en los personajes alegóricos fijados en un momento que es metáfora y sublimación de la realidad, detención del tiempo, concreción de una obsesión. La crisis del Marqués marcha al ritmo de la crisis hegemónica que caracteriza el espacio. El Marqués es un personaje que rompe las normas de su club, de su estirpe, de su clase, y al mismo tiempo aparece en un tránsito donde es voyeurista, masoquista, muñeco, planta y, finalmente, momia. Al presentar con rasgos simpáticos tanto al Marqués como al joven narrador aristócrata en la novela de Edwards el sujeto aristocrático intenta recomponerse y acceder a una posición en la memoria histórica colectiva.

El jardín de al lado, de Donoso, escrita y publicada en España, es una novela dentro de la novela. Novela sobre Chile que es a la vez novela sobre el exilio chileno. Novela testimonio de Julio Méndez es también novela testimonio de Gloria Echeverría, su esposa. De esta manera, se cruza en la novela lo que el personaje escribe como ficción, con lo que el personaje vive como realidad. Chilenos en el exilio, viven aquí y allá simultáneamente; en un presente y en un pasado a la vez. Este exilio es pleno vitalmente de experiencias límite, que piden del personaje, Julio y Gloria, en este caso, un proceso de renacimiento, de conversión, un auténtico rito de tránsito. En la cercanía, están los adolescentes, que parecen romper

con el absurdo mundo adulto. El tema del poder no está ausente. En el mundo literario, la agente editorial es omnipotente. Primero es presentada como una bruja del poder, pero luego se entrega una imagen de ella como mujer justa, casi angelical. El jardín de al lado es el jardín de la infancia en Chile, y también el jardín contiguo en Madrid. Ambos espacios son hollados. Y queda la imagen final del jardín como Chile visto desde España, una especie de casa de campo. La novela se cierra finalmente cuando texto y experiencia vital de los personajes concluyen al mismo tiempo, en un final feliz.

Los rostros ardientes, de Méndez, es una novela de forma autobiográfica que transcurre mayormente en Europa, entre 1939 y 1944. El marco general en París, Bretaña y Alemania es la guerra, un tiempo de ocupación militar. En este espacio el narrador, que rememora este pasado desde el año 1977, vive una búsqueda, y una ansiedad por la plenitud de la escritura. También cada una de las experiencias humanas que le acontecen se transforma en un recuerdo indeleble, en un rostro ardiente. La relación con la mujer es vista como una experiencia mítica que sin embargo es destruida por la guerra. No tiene el narrador fuerza ni deseo para recontactar la mujer y permanece en una soledad llena de fragmentos de recuerdos.

Todavía, de León, como su nombre lo revela, se refiere al proceso de influencia a lo largo de toda una vida de una mujer, Carmen, sobre el narrador autobiográfico, Carlos. Nuevamente se intenta recuperar una experiencia vital ubicada en el pasado, en la juventud del narrador y protagonista. La historia cubierta, a veces con extremas condensaciones temporales, va desde 1914 hasta 1977. Para Carlos, el narrador protagonista, la mujer, como la literatura, es parte de la iniciación. Después del acercamiento a Carmen viene, sin embargo, la expulsión de este paraíso. Carmen sigue después otro camino, y muere posteriormente, pero siempre seguirá actuando en la vida de Carlos, como nutriente, como dadora de identidad. En esa adolescencia perdida se hizo pues un matrimonio indisoluble, que ahora se actualiza mediante la evocación.

La casa de los espíritus, la celebrada novela de Isabel Allende es una saga, la cronología de una estirpe. Se suceden así diferentes generaciones de diferentes grupos sociales, en particular del grupo aristocrático dominante y de los campesinos, es decir, los del Valle, y los García. El poder en este universo está representado por Esteban, que impone su dominio violenta y autoritariamente sobre las campesinas del fundo. Se extiende así su sangre también entre los subalternos. Este acto marcará la historia, porque su violencia será devuelta a la familia del Valle cuando un miembro de la familia García detenga y torture a Alba.

La novela cubre desde la primera década de este siglo hasta el período post-1973. El conflicto nace del choque entre diferentes estratos sociales marcados por la violencia de los dominantes, y acontece en un escenario fuertemente contextualizado, pleno de referencias históricas generales. En el grupo aristocrático, aparte de Esteban, están las mujeres, Nivea, Rosa, Clara, Blanca, Alba, todas ellas mujeres de acción, poseedoras de un po-

der mental sobre la realidad, y grandes experimentadoras del amor como pasión corporal. Ellas, y su espacio, es decir, la casa, están habitadas por los espíritus, por las voces del pasado. Ese pasado violento instaurado por Esteban actúa determinadamente en el presente, el cual podría ser superado por una mujer, Alba, la última de la genealogía, mediante la hija que va a nacer, y que puede ser tanto hija de Miguel, miembro de la resistencia, o de las violaciones que ella sufrió en prisión. Hay en ella pues la semilla de un futuro.

El obsesivo mundo de Benjamín, de Ostornol, presenta un mundo cerrado donde los personajes luchan por el poder y la dominación de unos a otros. Se trata otra vez de la decadencia de un linaje, el final de una estirpe condenada por un pasado ignominioso. Este clímax aparentemente purificador acontecerá durante el ritual social de la fiesta, del cumpleaños, del día del ciclo cósmico donde se realiza la identidad. Cuando el oficial británico Littleford mata un nativo y viola las nativas se inicia un proceso degradatorio que lo trae finalmente a Chile. Hija suya es Beatriz, y nieto suyo Benjamín. Beatriz se vuelve parálitica como signo de su estirpe enferma, y lo mismo acontece con Benjamín. Entre ellos se da esta última batalla, en 1962, cuando Benjamín cumple cuarenta y dos años. Beatriz ha querido siempre distorsionar y embellecer su linaje, fundado en ese asesinato (muy similar a *El picadero*), mientras que Benjamín, el último del linaje, quiere revelar públicamente la historia, para lo cual, de modo shakespereano, se presenta una obra de teatro (en la novela). El apocalipsis que probablemente acontece implica el cierre de la genealogía, pero es ambiguo, porque no queda claro si se rehuye con ello el destino o se lo cumple más profundamente. Benjamín, narrador en primera persona de todos estos acontecimientos es a la vez testigo y personaje central, y el ritual purificador que prepara es un matricidio donde se extermina el linaje infame. La realización del drama sin embargo no purifica ni supera el conflicto.

La última condena, de Mihoviiovich, cubre ochenta años de historia chilena de este siglo. Dentro de un espacio marcadamente mítico de la realidad, Yumbel, está el poder machista de César Roman, puro cesarismo romano, donde como cacique viola y domina. La estirpe, además de violenta, está manchada por el incesto, y de la misma manera, Yumbel, se da como un espacio sagrado donde hay una presencia demoníaca. El narrador cronista fija la historia de César, su teatralidad constante. La novela concluye con la llegada de un nuevo bastardo, que continúa el caos de las violaciones, pero que cierra la estirpe, pues se trata de un niño mongólico.

Trapananda, de Enrique Valdés, es también una ventana al sur, un regreso al espacio natural, primigenio, originario. Todos los datos contextualizados que no aparecían en *Ventana al sur*, la novela anterior de Valdés, alcanzan figuración en *Trapananda*. El viaje del padre al fin del mundo es en realidad un destierro político, acontecido durante el primer gobierno de Ibañez. El narrador y protagonista de la novela, Camilo, se siente so-

breviviente de una catástrofe, y construye una narración dialogal, apelativa, donde él conversa con Maruja, su madre. La historia de Camilo es la de un niño que es enviado a la ciudad a estudiar, en un primer destierro, donde en el internado descubre la amistad, la literatura, la música, y también la mujer. Pero Camilo se siente prisionero en la ciudad, de la misma manera que ve como prisionero a su padre en la Trapananda, y a su hermano Raimundo en un viaje sin fin de retorno a la Trapananda también, escapando de los guardias argentinos, y cruzando la Patagonia. El tono rulfiano de la novela se da a través de las rememoranzas de los diferentes tiempos del pasado que repitense mediante diferentes voces. Camilo es apresado después del 73, y vuelve desterrado a la Trapananda, como su padre mismo varias décadas antes. El padre ya ha muerto, marcando el fin de una época, y Camilo mismo al regresar señala el fin de un ciclo que se cierra con el retorno al origen.

Lumpérica, de Diamela Eltit, es una novela rupturista muy distinta a las anteriores por su ánimo experimental y su intento vanguardista. Es una suma de aproximaciones a un mismo evento único, consistente en una mujer, sentada en una plaza de Santiago. Novela visual, descriptiva, acumula relatos en torno a este personaje marginal, y el texto mismo, en su proceso de lectura, se convierte en un proceso en mutación, que asume una multiplicidad de formas. El espacio presentado es un ruidoso mundo cultural, y el lenguaje que lo entrega está tensionado entre la comunicación y el enigma, constituyéndose como ambigüedad.

Al final del arcoiris, de Rodríguez, es una novela de circuito restringido, de mensaje fuertemente social. Novela corta que evidencia la presencia de una literatura de denuncia, de protesta, que gradualmente empieza a acceder a algunos canales públicos. Transcurre en una población, con un trasfondo de relegados, exiliados, y con las protestas de 1983 en primer plano. Leonardo es un personaje consciente que intenta redimir a otros personajes a su alrededor. Se empieza a hacer cargo gradualmente de Nina, una niña pequeña que su familia ha descuidado. Leonardo quiere formar su espacio, y para ello busca una casa, para irse a vivir con Elisa. Con ella piensa construir una utopía, un espacio feliz, junto a Nina. Pero la realidad dura es más fuerte. Elisa termina la relación porque se va con Joaquín, que es casi médico, tiene auto, y viajará al extranjero. Leonardo queda desolado. En la noche tiene pesadillas, pero al día siguiente reafirma su intención, y se va con Nina, al nuevo espacio. Al fondo, un arcoiris que pone un toque positivo. Pese al arribismo que ha roto la utopía, el mundo sigue adelante. Novela contenidista, *Al final del arcoiris* se contrapone a la experimentación formalista contenida en *Lumpérica*. De esta alternativa se generará posteriormente lo que será la novela chilena del interior en la década del 80.

6. Conclusiones

La novela hoy día como estructura literaria no posee una forma definida sino que asume cualquier forma, una forma abierta. Cada una de las nove-

las examinadas cabe sin embargo de una definición amplia de novela, entendida como una acumulación de múltiples relatos orgánicamente sintetizados a través de ciertos personajes constantes. Y sería justamente la ambición panorámica de la novela, ese típico ánimo expansivo suyo, que se enriquece con otros medios o géneros, el que influiría en esa multiplicidad de formas que es la novela hoy día.

Ariel Dorfman, en un análisis de la novela chilena realizado hace casi 20 años atrás, declaraba que la novela no veía la realidad, que estaba en crisis, tal como el escritor chileno. Se percibía la novela chilena en ese entonces como frecuente de adolescentes, frustraciones sexuales, criminales y viajes al extranjero. Dorfman la definía como una forma fatigada, de estructura caótica, con un falso experimentalismo y una falsa rebeldía. Se impondría en ella, casi a la fuerza una cosmovisión, donde el mundo es reducido a una idea abstracta, a una alegoría, donde se define solamente el mundo, sin desarrollarlo para el lector. Así descrita, la novela chilena era vista como alienada, con personajes como marionetas, y con una profunda insatisfacción del narrador frente a su mundo. Los problemas seleccionados por esa novela chilena estaban separados de su contexto social; en los frecuentes problemas de alcoba, por ejemplo, el sexo es una obsesión que no deja ver a las personas.

La incomunicación de los personajes aparecía narrada y no patentizada en el diálogo, en el mundo de los personajes, y el esquema que se imponía a la realidad no se hacía realmente lenguaje. Se destacaba en todo esto en verdad el tradicionalismo de la novela chilena, su incapacidad imaginativa, al hecho de que a los nuevos contenidos interiores no haya correspondido un cambio en los medios expresivos. Frente a este diagnóstico de la novela de la década del 60, la novela chilena al hacer frente a los desafíos post 1973, se ha enriquecido. ¿Cómo se la podría describir ahora?

La primera constatación es que las hipótesis adelantadas al comienzo de este estudio comienzan a corroborarse. El proceso de la novelística chilena contemporánea en el interior está constituido por obras narrativas complejas, polifónicas, donde habla una multiplicidad de voces y se vierten una multiplicidad de puntos de vista, comunicándose así una variedad de verdades personales, y por consiguiente el relativismo de cada una.

No es ésta una novela homogénea sin embargo. Se usan con propiedad tanto los recursos provenientes de la novela tradicional como así del sistema novelístico vigente, el contemporáneo. No hay nuevos lenguajes ni quiebres formales con la novelística inmediatamente previa.

Lo que a primera vista parecía una literatura extremadamente autónoma, descontextualizada, escapista, que no respondía a las presiones sociales, se va transformando gradualmente en lo opuesto. La lectura contextual de esta narrativa revela una plenitud de signos en los textos mismos, que se vinculan con el contorno socio-político nacional.

Esta novelística urbana ha sido afectada por los acontecimientos chilenos acaecidos de 1970 en adelante. Hay un eje central en cada una de estas novelas: la referencia a una referencia de la historia traumática del Chile

inmediato. Y aunque el lenguaje de la novela es imaginario, ficticio, apunta a un referente extratextual. Es imposible para un texto novelístico no dialogar con su contexto, o con el lector, ya sea utilizando signos lingüísticos explícitos o ademanes narrativos más complejos, tales como las alusiones, los silencios, las referencias oblicuas, las omisiones.

Cada novela es una indagación en la sustancia material que es la vida concreta en Chile. Una imagen de la sociedad chilena se desprende de cada uno de estos textos. Esta imagen del mundo chileno aparece incluso después de haber pasado por el cedazo de la censura y la autocensura. En estas circunstancias, algunas de estas novelas aparecen como en clave simbólica, plenas de sugerentes homologías o analogías con respecto a la serie social. La manera más frecuente como esto se representa es mediante un conflicto básico y central, una crisis, que escinde el mundo. Obsesivamente casi, la atención se concentra en el meticuloso desarrollo de los procesos de choque. Aunque pareciera que las problemáticas psicológicas, subjetivas, fueran lo más frecuente, los motivos existenciales están siempre dados dentro de un marco histórico-social. El drama particular de los individuos, de los personajes, es una tensión constante que busca equilibrio, entre lo individual-subjetivo y lo nacional-general. Los procesos de la sociedad chilena son vistos por la novela chilena concretados en destinos humanos definibles. La gran mayoría de estos personajes aparece en algún momento de su desarrollo como fuerzas sociales en acción. Los fenómenos macro-sociales mismos aparecen actuando sobre los personajes concretos y sus acciones. Todo esto hace que la obra novelesca frecuentemente se presente como una lucha entre esquemas de liberación y de represión, de ruptura y de norma, concretados en los personajes. La siempre presente ruptura de algunos personajes requiere de la atención centralmente focalizada en el narrador. El gran tema de la novela chilena de este período es el poder, especialmente en su relación con respecto a los cambios, y con respecto a las conductas concretas de los personajes.

En casi todas estas novelas predomina el sentido del mundo que le ha sido otorgado por el narrador, y esencial en su sutileza, con la cual interviene en el mundo. En estas novelas predomina el lenguaje sobre la acción, en muy escasas veces el mundo sale a flote con fuerza propia, sino que siempre casi la narración hecha por el narrador es intermediaria en la presentación del mundo, mediatizándolo, por tanto. Priman pues los discursos indirectos. Aparecen tanto narradores personales, corporizados como personajes, como narradores tradicionales, en tercera persona, onmiscientes y omnipresentes. El narrador personal en primera persona, frecuentemente un cronista, un testigo, se transforma con suma facilidad en un narrador en tercera persona, al viejo estilo. Este narrador personalizado está casi siempre al margen de la acción, no en el centro mismo de los acontecimientos. Los narradores, cualquiera sea su tipo controlan cabalmente el material narrativo que comunican. Son narradores cultos, con un mundo de referencias y tradiciones y experiencias vitales e intelectuales. La narración no se circunscribe a la voz principal del narrador, sino que se

permite la expresión de diferentes puntos de vista lingüísticos, de personajes y narradores que toman la palabra, con la característica relativización de lo narrado propia de la novela contemporánea.

Toda esta novelística del período autoritario es parte de una literatura marginal, insular, fragmentada, exilada dentro del país mismo. Las novelas suelen ser ambiguas, atomizadas, a la vez que fuertemente estructuradas. Más que señalarse a sí misma, esta novela señala el afuera, jugándose en relación con ese contexto. Sin embargo, la relación de la novela señala el afuera, jugándose en relación con ese contexto. Sin embargo, la relación de la novela chilena con su país pasa también a través de las numerosas áreas de indeterminación que constituyen aspectos importantes de su lenguaje. Lo social no ha sido escamoteado de la novela de este período. El texto de la novela se refiere al macro-contexto. Sin embargo, hay también una acentuación de lo imaginario de las novelas, de que poseen un carácter ficticio, relacionado con los factores de la censura y la autocensura.

En todas estas novelas el orden de presentación del material narrativo no coincide con la cronología de los eventos. El orden temporal trastocado. El nuevo orden que se presenta se puede describir como un modelo temporal que reiteran casi todas las novelas examinadas. Es un modelo *in media res*, que funciona de la siguiente manera: se fija un momento en el presente, usualmente en el primer capítulo de la novela. Luego se procede a emplazar numerosos *raccontos* hacia el pasado, como construyendo la historia previa a este presente, al mismo tiempo que comienza a desarrollarse ese presente, desenvolviéndose hacia un futuro. El aparente desorden temporal contiene sin embargo un cierto orden lineal, cronológico, indispensable para el avance de la narración en el presente.

La mayor parte de estas novelas procede a realizar un vivisección, cuando no una historia de los grupos sociales dominantes en el país. Podría hablarse así de una novelística, se encuentra más respresentado el mundo del ocio que el del trabajo. La visión que siempre se presenta es una historia que abarca varias generaciones, donde se mezcla la historia privada, íntima, particular, de ciertos seres, con la historia pública nacional. Esta historia es siempre la secuencia de una caída, de una decadencia de un linaje, cuya disgregación social tiende a reproducirse también en ciertos momentos de disgregación de la narración.

Destaca sobremanera el atavismo de la novela chilena, su constante remisión a los antepasados, a un pasado muerto pero todavía vigente, el cual es rescatado mediante el recuerdo y la memoria de los personajes. Así, el pasado viene a hacerse presente, y el estigma mítico de los acontecimientos del pasado conforma y determina la experiencia de presente, en el cual se carece de libertad, porque ya todo está determinado de antemano. La realidad representada funciona en base a estas resonancias fundamentales, donde el presente es sólo un eco de tiempo más determinante.

Hay en estas novelas encuentros entre diferentes tipos de tiempo. Hay fusión, coexistencia o yuxtaposición de tiempo histórico, tiempo psicológico, tiempo mítico, tiempo materializado, tiempo infernal, «atemporal».

Detaca por sobre todo la concreción materializadora que asumen todos estos tiempos, al actuar sobre los hombres y las cosas. Por sobre todo, el tiempo destructor se revela plenipotenciario, en los procesos de desgaste, decaimiento, decadencia, y degradación.

Los personajes de esta novela no son seres felices sino que viven agobiados de problemas, sobreviviendo apenas. Entre los modos de relación más frecuentes entre dos personajes se encuentra: la apropiación de un personaje por otro; la incontrolable atracción que un personaje siente por otro ser; la gestión constante de los personajes creadores de mundo; la fuerza de aquellos que intentan dominar y doblegar la realidad; los personajes escindidos, esquizofrénicos, duales; y también las simbiosis y fusiones de personajes en una sola entidad; sin olvidar los completos antagonismos entre personajes. En estas novelas, los personajes cumplen con un modo de vida o rompen violentamente con él. La rebeldía a la autoridad pasa siempre sin embargo por la exacerbación del individualismo como respuesta. El discurso de cada personaje (su acción y su hablar) es un lenguaje relativizado, donde los restantes personajes son vistos entre sí, es decir, por otros.

Podría decirse que el proceso que se vive en estas novelas es el de la pérdida del *illo tempore*, la expulsión del paraíso. De allí en adelante, la experiencia está marcada por premoniciones funestas, fuertes simbolizaciones, tipos de sufrimiento y expiación. El espacio donde se manifiestan los personajes es muchas veces un ámbito donde se han perdido los criterios de verdad y realidad, donde se han confundido las leyes de apariencia y realidad. Los personajes suelen tener un doble ser: su apariencia, y su verdad, diferentes. Así constituídos, transcurren por los sucesivos ordenes de las cosas que cambian, donde paradójicamente sin embargo lo único nuevo es el estatismo del ciclo, la reiteración del conflicto, la rueda que gira pero no avanza de lugar.

Estas novelas contienen en su interior fuertes oposiciones éticas, y hay en ellas una gama moral que se polariza, y en torno a la cual se organizan los diversos personajes. El mundo, dividido usualmente en estamentos jerárquicos, tiene empero una enorme tendencia hacia su opuesto, a convertirse en desorden. Este mundo, frecuentemente cerrado, circular, está usualmente organizado en torno al motivo de la clausura. Mundo aislado, contiene un tiempo iterativo, cíclico, e inmóvil en tal espacio. Este cierre de los tiempos viene siempre parejado con el fin de una época, la decadencia de un grupo, el cierre de una estirpe.

Las obras examinadas evidencian que lo mítico, lo histórico y lo cotidiano se engarzan en la novela, y al hacerlo, contribuyen, con la presentación de un imaginario que sin embargo remite al contexto, a la memoria histórica social, nacional, y popular, a los procesos de identidad nacional e identidad cultural, y por sobre todo, a nombrar lo innombrable.

La mayor parte de las novelas examinadas acontecen esencialmente dentro de una conciencia, es decir, en un espacio cerrado psicológico, donde mediante la memoria se recobran momentos del pasado o de la infancia,

de la vida previa de los protagonistas o de sus familias. La dificultad para el diálogo, coartado durante el autoritarismo, se reproduce en la incomunicación de los diferentes personajes entre sí. La privatización de la comunicación, su restricción reglamentada, es insuficiente para superar los conflictos, evidenciándose un *hombre en crisis, en situación trágica y dramática*.

No son éstas novelas que entretengan o diviertan; son novelas dolorosas y desgarradas, donde el escritor fiel a su oficio presenta un documento que prueba la seriedad de su actividad. Se trata de novelas amargas, casi sin esperanza. La utopía que se requiere no está en el presente ni en el futuro inmediato, sino que un paraíso perdido en el pasado.

Ha primado en estas novelas una forma autobiográfica, internalizada, de un narrador en primera persona que evidencia la reducción del mundo histórico-social a un mundo psicológico individual. En este sentido, estas novelas son anti-épicas, pues el rapsoda no habla aquí a una comunidad ni se trata de una gesta colectiva, sino que al contrario, se trata de murmullos, soliloquios, mundos angostados.

En síntesis: estas novelas que rescatan el pasado lo hacen desde la adultez. El diálogo dentro del diálogo, y el narrador de primera que se convierte en tercera persona amplían el grado de conocimiento del mundo, y lo mismo hacen los montajes, yuxtaposiciones de tiempo y espacio. Estas novelas que no son populares, sino de elaboración culta permiten en algunos casos la confluencia de otros géneros (ensayo, poesía, drama). El narrador, que experimenta la soledad y el desamparo no sólo traslada el mundo a la conciencia sino que define a la conciencia como un plano esencial de la realidad. Su visión crítica del mundo no le permite sin embargo escaparse de sí mismo o de la internalización del conflicto. Paralelo al conflicto entre la clase hegemónica y la clase subalterna hay una lucha entre matriarcado y patriarcado donde la clase, cerrada desde el punto de vista económico y político, se abre a la vitalidad de las atracciones sexuales, que sin embargo se vincula también al tema de la violencia.

Las novelas escritas fuera de Chile (Donoso, Edwards, Allende) son más épicas, y al comunicar la historia de Chile revelan un espacio opresivo, un conflicto social nacional. Estas novelas son de un realismo, pese a todo, que supera angostos marcos de clase, y en ellas se rechaza el poder, la fuerza, la violencia, tendiéndose a la inclusión y representación de todos los actores históricos. En estas novelas, que tienden a ser de espacio, hay historia y generaciones, están claros los orígenes y las historias en el mundo. Algunas de ellas enfatizan su carácter de sagas de la clase alta, con el despliegue de grandes familias.

Las novelas escritas en Chile tienden a vacilar mucho más en sus referencias al contexto nacional, y son más líricas, más subjetivas, y se evidencia en ellas la dificultad para articular los conflictos internos con los externos. Los actores históricos aparecen aquí reducidos, como así mismo la dimensión del conflicto central. Novelas que enfatizan más al personaje, hay constantemente una falta de claridad con respecto a los orígenes,

y aparecen como novelas de formación, de destinos personales enclavados en el mundo fuertemente individual de la clase media chilena. Parecen ser más sonatas, música de cámara, que sinfonías, como las novelas escritas fuera de Chile.

La gestión de la censura en Chile propendía a llevar a la literatura a una posición formalista del arte por el arte, donde el discurso no debía remitir a la realidad. La novela del interior enfatizó así una preocupación por el significant, que sin embargo transmitía una visión de mundo conmovida profundamente por los hechos acontecidos en la historia chilena reciente. El quiebre de la institucionalidad en 1973 provoca una escisión de mundos, una redefinición de códigos, a tal grado, que la novela misma, la literatura, se ve abocada a preocuparse de desocultar la historia, de manera diversa, según el autor y su tradición. En verdad, se rehace o se construye la historia desde un presente crítico, comunicando desde la metáfora, superando los naturalismos anticuados, mediante una novela firme y cautelosa, carente sin embargo de humor, de juego, de soltura, un poco tiesa y esquemática.

VIRGINIA VIDAL

Algunos aspectos del lenguaje donosiano

El libro *Cuatro para Delfina* (publicado por Seix Barral en Barcelona, en 1982) es el testimonio del reanudamiento del vínculo de José Donoso con su país, luego de años de ausencia. Es evidente, en cada una de las cuatro novelas breves de que está compuesto, el goce del reencuentro con el idioma, con las diversas claves idiomáticas que imprimen un sello a los estratos de una sociedad dividida en capas que parecen impermeables. En «*Jolie Madame*», por ejemplo, llama la atención el consenso

social para evitar el uso de la palabra *amar*: «... ella *amaba* a Mario. Se lo planteaba con exactamente esa terrible palabra, siútica y prohibida, distinta a «querer», e incluso a «estar enamorada» o a «estar caliente con alguien», palabras que no estaban prohibidas, quizá por señalar sólo capas parciales. La palabra *amar*, en cambio, rechazaba con su dureza, y sintetizaba, todos los intentos de análisis». ¿Qué es lo *siútico*, vocablo que se repite una y otra vez a lo largo de estas novelas? Lo cursi, lo huachafó,

Virginia Vidal es periodista y escritora, autora de la novela *Rumbo a Itaca*. Vive en Chile, donde ha retornado después de un largo exilio.

la esencia de la ridiculización que hace el sector dominante de quienes pretenden imitarlos, acercarse a ellos, ponerse en un mismo nivel, *igualarse* hacia arriba. En *El tiempo perdido* se pronuncian cinco veces «siútico» y «siutiquería». El antónimo sería *roto*^{*}, es decir, paria, un ser que ni siquiera puede aspirar a la «siutiquería» de buscar una afinidad. Esta palabra figura nueve veces, y una, el verbo *rotear*: tratar de «roto». Lo opuesto es *pije*: con un significado de vaivén: el «roto» trata peyorativamente de *pije* al *caballero*. Los caballeros pueden tratar de pije a un siútico que pretende imitarlos. A una mujer del sector de los rotos, se la trata de *china*. Es así como una dama se refiere a la amante de su marido que pertenece a un inferior estrato social: «una china indecente, te diré, crespita, de trutos gordos y piernas cortas». Toda una definición tipológica: pelo rizado y muslos gordos: *mujer de pueblo que no tiene esbeltez o finura, ni la elegancia atribuida a los sectores sociales privilegiados*. Es indecente, porque, como también lo analizó hace más de ciento cuarenta años José Victorino Lastarria, la clase dominante dividió al mundo entre *decentes* e *indecentes* (un siútico puede ser también un *roto metido a gente*, lo cual significa que sólo son gentes los caballeros). Sólo con dos adjetivos Do-

* Los matices y connotaciones de *roto* son innumerables: Individuo que no se controla; descomedido; vulgar; grosero; arrotado; con maneras de roto; roto malo: siniestro, artero, peligroso; roteque: peyorativo del peyorativo; hasta llegar al superlativo Roto de mierda. Usado entre la misma gente del estrato superior puede ser: maleducado, desleal, mal pensado. Pudiera ser que un roto, por obra de su trabajo intelectual, ascendiera a la categoría de amigo de quien se considera en un estamento superior, entonces a su nombre se antepondrá siempre el adjetivo pobre: paternalista y compasivo, como sucede con el *pobre Chuto* (llamado así cinco veces) de *El tiempo perdido*, quien no calza en el criollo paralelismo proustiano. Las cosas de roto pueden ser comer, beber, gastar en exceso, rompiendo con el arbitrario y falso molde o estereotipo por el cual los caballeros son discretos, prudentes, comedidos, ahorrativos. Por cierto que si un caballero se desmanda, es celebrado como *rajadiablos*.

noso demuestra la diferencia social de una mujer: no es *regia* (elegante, distinguida), sino *vistosa* (bonita, pero vulgar, llamativa, sin la discreción inherentes a la elegancia). En *Sueños de mala muerte* (novela que el autor trabajó paralelamente al drama del mismo nombre y que llevó a escena el Teatro Ictus), aparece otro estrato: el *medio pelo*. Empleadas de correos, abogado-tinterillo, dueña de pensión, estudiantes universitarios, un presunto descendiente de la rama arruinada de una familia con antepasados mineros del Norte Chico (cuna de la burguesía minera nacional). En un ambiente chejoviano se desenvuelven las vidas de seres de una pequeña burguesía arruinada que lucha desesperadamente por no caer en la proletarización. Para ser *decentes* necesitan una propiedad inmueble, así sea un hueco en un mausoleo del cementerio. Son los seres cuyos apellidos no son «nombres de calle». Viven en una ciudad con calles nombradas por los conquistadores, los encomenderos, los sacerdotes de la antigua jerarquía eclesiástica, los oficiales de las planas mayores del ejército triunfante en guerras externas e internas, los ex presidentes de la república, los ex parlamentarios que representaban a la oligarquía, nombres que en su mayoría corresponden a integrantes del *aparato estatal*. La protagonista de esta novela es Olga Riquelme. Su apellido coincide con el de la madre del prócer de la independencia, Bernardo O'Higgins Riquelme: doña Isabel. El fue hijo ilegítimo de un gobernador impuesto por la corona española: Ambrosio O'Higgins. Durante su infancia y primera juventud, sólo llevó el apellido de la madre, lo que le valió ser llamado *huacho* por la reacción chilena (*huacho* es palabra mapuche que significa huérfano). Su madre era «casi de la sociedad». Un personaje de esta novela define el criterio que fue aplicado a esa mujer y a su hijo por la oligarquía: «Mucho más conocidos son los Riquelme, aunque tú no quieras y aunque sean conocidos por el mal paso que dio doña Isabel, que, para que se diga la verdad, es lo que de carambola hundió al país en el desastre en que está»... Los *huachos* de los caballeros son, entonces, elementos incómodos, secundarios, menospreciados, que fluctúan en

los estratos superiores sin caer más abajo únicamente cuando sus madres han sido «señoritas que dieron un mal paso».

Es interesante observar que esta terminología social tan vigente no ha variado en el curso de los ciento sesenta años de república y de «democracia», y se ha acentuado en la última década; lo que recoge Donoso con acierto se puede constatar en más de una obra de Alberto Blest Gana, sin ir más lejos, en su *Martín Rivas*, que ya cumplió ciento veinte años de su primera publicación.

(No está de más recordar que un deporte de los *pijos* fue *palormear rotos*. Tan infames ejercicio y expresión se ejercieron por las guardias blancas con los sobrevivientes de la matanza de la escuela Santa María (1907), que regresaban derrotados a las oficinas salitreras de la vasta pampa nortina. Sólo volvieron los que se salvaron de los proyectiles de los «deportistas».)

Lastarria afirmaba que «El pueblo se compone en América, y por supuesto en Chile, de toda la gente que no blasona un origen español, de todos los que no tienen otro título que alegar que su trabajo personal, y que por tanto están excluidos de los círculos, del gobierno, de los empleos públicos [aparato estatal], y de los estrados de cualquier persona *decente*. Esta es la verdadera clasificación: personas *decentes* y *no decentes*. Las primeras forman la sociedad que ha de arruinarse por sus vicios: los *indecentes* están destinados a apoderarse de todo y a ocuparlo todo» (*Cuadros de costumbres. El manuscrito del diablo*, de «Miscelánea histórica y literaria», Valparaíso, Imprenta de la Patria, 1869, vol. I, p. 43).

Como retomando ese vaticinio, José Donoso escribe una de sus obras más inquietantes: *Los habitantes de la ruina inconclusa*: verdadera saga de la atracción que ejercen los indecentes en los decentes. Lo real-maravilloso acude en su ayuda para configurar el alucinante desarrollo de esa atracción.

Un elemento nuevo aparece aquí: la *chusma*, conformado por los estratos más bajos de la población (obreros, artesanos, peones, jornaleros, servicio doméstico que, sin trabajo, van cayendo en el último escalón: la mendicidad). Seres que inspiran recelo y miedo. La protago-

nista, vieja dama de una elegante mansión de un elegante barrio santiaguino, exclama con pavor: «Lo único que sé es que no quiero miseria. No la soporto. Últimamente he estado viendo demasiados mendigos por la ciudad, no quiero verlos... los odio, los odio... me da pavor esa gente barbuda y cochina y zaparrastrosa con abrigos desteñidos y sacos al hombro y pelo sin cortar, y ojos de terror, gente sin origen y sin destino, hambrientos, desesperados, aterrados: así es toda la gente que veo ahora y no puedo...»

Esos mendigos invaden a ciertas horas la abandonada construcción vecina (en las obras de Donoso, paralelamente con la trama se van demoliendo ruinosas mansiones de abolengo y construyendo modernas edificaciones y, cosa curiosa, los únicos seres limpios, alegres y jóvenes que pueblan el mundo donosiano son los obreros de esas construcciones que al terminar la jornada parten «recién lavados», con «el pelo negro mojado y relamido», «limpios y bien trajeaditos», «canturreando», «contentos como toda la gente joven»). «Se comunican entre sí mediante un idioma completamente ininteligible», de irreconocibles fonemas y raíces, que no tienen nada que ver con el ámbito del conocimiento humano; «impenetrable idioma... de fonemas aglutinados en ritmos desarticulados y confusos». Se reúnen para celebrar «cruelas verbenas tanáticas». Ejercen un poderoso atractivo que lleva primero a la señora y luego a su marido a disfrazarse de mendigos, a seguirlos, a atisbarlos, a buscar una identificación con ellos. Ambos no han visto nunca nada semejante a esos mendigos. Salvo un antiguo álbum de fotografías de la época de los zares. En desvaídas fotos color sepia reconocen a esos mendigos macerados por la distancia y «el perturbador elemento del tiempo» y se sienten «endebles», sobre todo ante la imagen de los «mendigos jóvenes cuya suciedad de harapos y perdidos en sí mismos y en el espacio, dueños de un orden de experiencias tan distintas a las de ellos, habitantes de este tranquilo barrio arbolado» ... Poco después de descubrir que ese inteligible idioma es *el idioma del rencor*, el señor y la señora deciden

enfrentarlos. Se visten de mendigos y entran en el recinto donde los miserables se hayan congregados. Entonces se produce una situación comparable a la de las escenas más grandiosas de un film de Fritz Lang. Años 30, «M». Son sometidos a juicio: «... de qué culpaba esta multitud, por Dios. ¡Si sólo se lo explicaran, él era abogado y podía defenderse de esos mendigos que aullaban alrededor del círculo de los jueces! ¿De todas sus enfermedades, de su violencia, sí, sí, sobre todo de su violencia, a ellos que se daban el lujo de no necesitar ser violentos?». Tácitamente aceptarán el veredicto, y como reconciliados consigo mismos y con el mundo asumirán la pena, sin protestar, voluntariamente. En una vertiginosa y brusca secuencia

se sabrá que, tras una guerra, un descendiente utilizará el edificio inconcluso y también el terreno donde otrora se alzó la casa de la pareja ajusticiada. Del alucinante relato prevalecerán las imágenes de «los jóvenes obreros, con sus canciones y bullanga de siempre», agitados en la ruda faena.

Con sus cuatro novelas cortas, José Donoso incursionó por toda la estratificada gama social chilena, descubriendo tanto el idioma del rencor como su antecedente inmediato: el de los que sienten vergüenza y encuentran de mal gusto conjugar el verbo amar. Sin saber que han negado de una vez y para siempre todo principio de solidaridad, obligan al autor a renovar el lejano vaticinio de Lastarria.

y dos cuantos que por amar hacen la figura de la cruz.

entre las dos cruces y las puestas sobre el sillón.

dos cruces que hacen la figura de la cruz delante de un árbol.

SUEÑO DE UNA NOCHE DE INVIERNO

—¿En tu casa, tus padres no tienen trabajo?

—No, y a veces no hay plata para la comida y eso me da pena.

—¿Comes todos los días?

—Casi todos, pero a veces no hay no más.

—¿Qué te gustaría hacer para que siempre hubiera comida y trabajo?

—A veces me cuento cuentos, historias de verdad, y yo soy la heroína, la heroína que va a cambiar al país y lo va a hacer libre.

(Carolina Báez, doce años, en *Análisis* n.º 189, 24-30 agosto del 87).

...y de la ...
...de la ...
...de la ...
...de la ...
...de la ...

...y de la ...
...de la ...
...de la ...
...de la ...
...de la ...



...y de la ...
...de la ...
...de la ...
...de la ...
...de la ...

...y de la ...
...de la ...
...de la ...
...de la ...
...de la ...

Poetas chilenos en España

LUIS COCIÑA

El agua como adorno

I

La cruz que hago con bolígrafo azul sobre la hoja de matemáticas.
 La que está en el interior de la parroquia,
 Una de las de la catedral.
 Las que aparecen en la página de defunciones del periódico.

Al fondo está la parroquia,
 la catedral,
 la página de defunciones del periódico
 y dos ramas que por azar hacen la figura de la cruz.

Cojo las dos ramas y las pongo sobre el sillón.
 Las dos ramas que hacen la figura de la cruz delante de un avión,
 de un tren,
 de un autobús

Al tirarlas en el sitio que las encontré,
 ya no hacen la figura de la cruz.

Luis Cocina nace en Concepción en 1960. Llega a España en 1982 y estudia ese y el año siguiente en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Poemas suyos han sido publicados en diversas revistas y en algunas antologías. Tiene en preparación el poemario *Un paisaje precioso*. Vive en Madrid.

II

Un macetero con flores y atrás el salón donde se recibe a las visitas.
La calcomanía de flores que está en el cristal.
Una de las tiendas que la vende.
La fábrica que la fabrica.

Es el ramo de flores puesto en la selva,
en el valle sembrado,
en la autopista.

Compro una calcomanía muy parecida a la del cristal
y la coloco en la pared de mi habitación,
hace cinco años.

III

Hago un orificio con el dedo.
Los orificios de diferentes tamaños cubiertos de agua,
o tierra,
o iluminados.

Hago un canal con el dedo.
Los canales de diferentes tamaños cubiertos de agua,
o tierra,
o iluminados.

Una inundación,
un desprendimiento de tierra,
un corte de luz
y la necesaria inspección regular y el mantenimiento.

IV

Una de las paredes
(no importando el estilo, ni el año en que se hizo).
Las paredes del futuro con materiales del futuro.
Busco la sombra en una de las paredes de la calle del barrio,
de la urbanización,
del centro de la ciudad.

Y por allí cerca pasa un río.

V

Le hago un nudo a una ramita verde
y la huella de los dedos ensucia un trozo de ella.

Es la suciedad en una planta,
en un arbusto
en un árbol.

La mugre que hay en el pasillo,
al lado de la puerta.

La pila de ropa,
al lado de la lavadora.

La ramita ya seca y de color marrón,
al lado del papel mural que imita a la madera.

VI (final)

El cruce de dos calles en una ciudad importante.

El de un camino rural.

El de dos tablas que forman una cruz.

Una cruz,

que sólo es el cruce de dos tablas.

Grécúlo

MAURICIO ELECTORAT

Blanca es la casa de la muerta
habita sobre los troncos encanecidos del océano
flota como una cabellera su luz en las aguas.

Cuando tus piernas cuelgan
entre las zarzas del acantilado
viene ella con su cartílago nasal
y escribe con arena sobre tus muslos
una canción de amor que dice
blanca es la casa del olvido
y te amarra a sus costillas
como un fardo de algas
y te da agua turbia a beber
noche y día te da de beber

Mauricio Electorat nace en Santiago el año 1960. Llega a España en 1981, donde completa sus estudios de Filología Hispánica, en la Universidad Central de Barcelona. Obtiene el Primer Premio de Poesía de la Universidad de Chile, Vicerrectoría de Comunicaciones, Santiago, 1979, por su «Crónica de Perú». Figura en diversas revistas de Chile y otros países. Actualmente prepara la edición de su libro de poemas *Un buey sobre mi lengua*.

La caída de Occidente

Avanzando bajo el líquido sol
las granadas estallaban en la arena roja
microsegundos sangre que se empoza lenta entre los troncos
de los arbustos Viene un hombre la mejilla cuelga del maxilar
piden nadie se detiene

los cazas vuelan rozando
los depósitos de combustible
y ninguna visión de la piel hacia adentro
ni un pájaro nada que cantar y en los barrancos
los últimos del Condestable repelían desde las torres
con lanzallamas

no belleza ni memoria perdida
entre la hueste de cadáveres flotando
sobre las flores blancas de la mora

*et olían peor que ninguna cosa
por mala nin por podrida que fuesse*

ni siquiera la paz de un otoño
bajaban torrentes de agua de cenizas
desde el horizonte de montañas incendiadas
ni voluntad para gritar unas cuantas palabras inútiles
en el aire de la mediatarde inmóvil como esos árboles caídos
por los megáfonos una voz chillaba «no se muevan,
no se muevan» cuando los pájaros de bronce
rajaron sus escondrijos de lona
los pájaros-sepultureros
y sin saber ya más.

con dulce fe

bajo el cielo teñido como un campo de amapolas
emprendimos el camino del desierto

ANDRES MORALES

Words

Movimiento nada más

(Sólo el crujir de la cera
del párpado que abre su mediodía claro

su último descanso
y el silencio
tantas veces
Monumento)

Aquel que repetía lo innombrable
deshaciéndose tal vez
cubriendo
un océano las lenguas del gran muro
en cenizas en cristales

O nada
aquel que dijo
nada

El primero en la sombra reflejado

O el fuego
todo el fuego en una noche
quemando las palabras

Oráculo

—No hay azar más claro que el iris de mi ojo
pregunten a los hijos que van llorando tierra
deténganse en el mar a respirar su vuelo
si el sol es transparente y gime y no aparece

La adivina cierra sus ojos y crepitan
los dientes y su lengua malhumorada, seca.

—La rueda vuelve siempre al centro de su cielo
y todo se detiene y habla y permanece

—Desnuda en el desván irá tejiendo siempre
tal vez nunca regrese su amante de la guerra
y bailarán los años y sin reconocer
los trozos de metal la columnata el mar

—Después veo silencio y un grito despiadado
La sangre descubrió su propio peso hueco
Más allá un incendio y el caballo cónsul
y mártires que huelen a gloria antojadiza
... Hay nubes en mis cejas y peces
hay planetas...

Andrés Morales nace en Santiago de Chile, en 1962. Ha publicado *Por islas extrañas*, Santiago, 1982; *Soliloquio de fuego*, Santiago, 1984; *Lázaro siempre llora*, Santiago, 1985. Desde 1985 reside en Barcelona, donde realiza estudios para doctorarse en Literatura.

Puedo ver la huella como se desfigura y cae
La Luna se acerca el ángel se acerca
dos mil campanas hieren se clavan en mi oído
y Jericó se rinde y el águila parece
mientras el toro huye detrás de los leones

—Penúltimas noticias los heraldos corren
Ha caído Roma Tenochtitlán El Cuzco

—Otra vez el llanto recorre mis anillos

—La policía aguarda detrás de las murallas
no hay escapatoria me arrastran con azufre
me fuerzan me condenan me besan en la cara

—¡Alejen los espejos aviven ese fuego!

—El hambre me conmueve y siento como vuelan
los cuervos en mi boca enloquecidos míos

—¡Porque jamás anuncio lo que se escribe ayer!

... Hay nubes en mis manos
recuerdo sólo el mar...

CRISTOBAL SANTA CRUZ

A unos muros blancos

Estos muros blancos

son
el pudor de habitar

Fértiles se acercan

solo o nada
con la fiebre que suscitan
sus colores
tropiezo llorando con este espacio
que me aguarda desde las frutas

(desnudos de mí)

estos muros

(se alzan)

Cristóbal Santa Cruz nace en Santiago en el año 1957. Llega a España en 1977. Figura en diversas revistas. Ha publicado *Fragilidad de la Tierra*, Joinville le Pont (París), 1985. Actualmente reside en Barcelona donde trabaja como músico traductor.

Cuando aún es temprano
y sin embargo lo dices
en medio de cosas
calladas

(posibles)

nacemos morimos
secretos

Dionisio en Delos

Después el viento
la muerte antigua del cielo
en el cerebro
los caminos sin sed
después los ojos que lloran dentro
de los ojos:

«si ni lo tengo lo soy»
la lengua dentro de la serpiente
las manos en un bosque hundidas

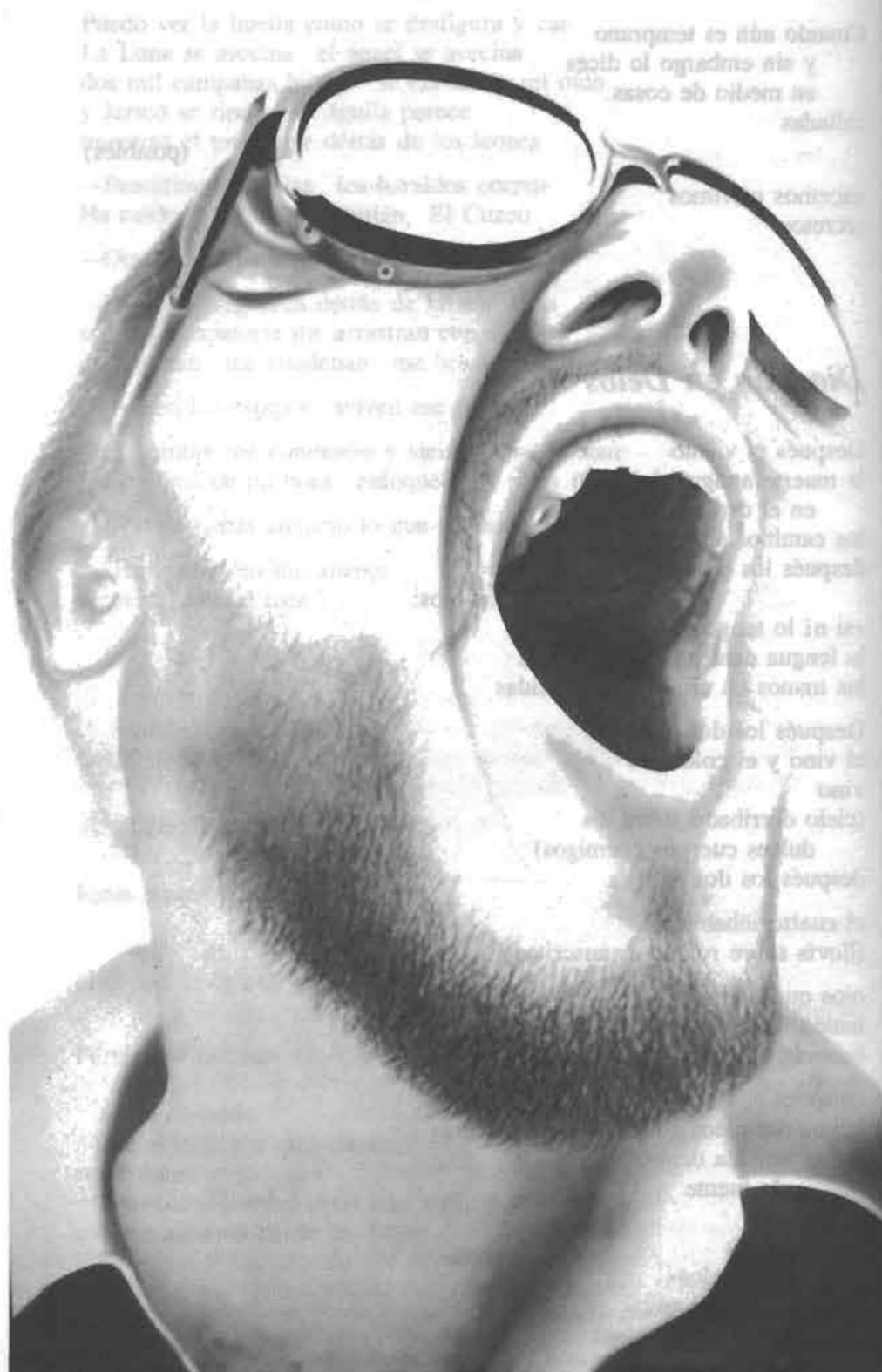
Después los dos
el vino y el color del
vino
(cielo derribado sobre los
dulces cuerpos enemigos)
después los dos

el cuarto inhabitable
(llovía sobre ruidos manuscritos)

ojos que fueran
lamen largamente tierra errante
beberán el exceso de sus ojos

Después el viento
labios dormidos sobre las ramas negras
la luz sentada dentro del pájaro
«y la fuente
el ala
la rueda
los Gemelos»

después cuando no
cuando amaror. los ojos
cautivos



Carta a la redacción

RENE DAVILA

París, 26-I-87

Estimado C.:

En el momento en que comienzo esta carta no estoy muy seguro de si será una carta para la sección correspondiente de *Araucaria* o es una carta normal.

En este momento termino de dar la primera ojeada al último número y, como siempre, me dan ganas de escribir, de comentar los artículos ya leídos, o una impresión general del número, etc.

He estado cerca de escribirle una carta cultural y/o amistosa varias veces. En noviembre estuve a punto. Había viajado a Berlín y estaba pasando mis días en una sala de montaje, trabajando con imágenes chilenas y durmiendo en un colchón que nos habían prestado y que habíamos colocado tiernamente a los pies de Steembeck, la moviola, que, como todo el mundo sabe, es una máquina grande con la cual se arman las películas, donde se van compaginando las imágenes y los sonidos hasta llegar a la película propiamente tal.

Antes de partir me habían pasado dos o tres cosas no muy curiosas en verdad, pero que me desataron los impulsos epistolares. Una mañana, creo, me llaman por teléfono; es un cineasta chileno, amigo de amigos míos que está de paso por París y que me invita a la exhibición de su película. Alguien le dijo que talvez le pueda dar una mano en esa difícil cosa que es mostrar las películas que se hacen. Le menciono al paso que soy una

de las personas menos adecuadas en esta ciudad para las relaciones públicas, pero que en todo caso me interesa mucho asistir a la proyección. Llamo a Marcelle B., que como siempre se muestra atenta e interesada en las cosas de Chile, y a la mañana siguiente estamos instalados en la sala viendo la proyección de *Hechos consumados*, largometraje de Luis Vera, filmado en Chile recientemente y que participó en el último festival de Biarritz, y que sería presentada el día siguiente en la Cinemateca Francesa.

Parece que me está saliendo un tono evocativo que tiende a molestar-me. (Si me queda cuerda desarrollaré más adelante esto de las evocaciones que, dicho sea como adelanto, me provocan una sensación por lo menos contradictoria).

Estábamos en el momento en que puntualmente comenzó la exhibición de una película filmada en Chile; olvidé decir que está basada en la obra homónima del dramaturgo Radrigán, que no tuve nunca la ocasión de ver en Santiago, la obra, digo.

Para resumir, la película me gustó, incluso me entusiasmó. Pertenezco a esa minoría rara de chilenos a quienes les alegra mucho encontrarse con cosas que les gustan, que se entusiasman a muerte ante el hecho de descubrir cosas nuevas y que prefieren encontrar las cosas excelentes a descubrir defectos. Después de esta insolente muestra de autosatisfacción y de agresividad gratuita contra los minuciosos y brillantes comentadores de defectos, tan abundantes entre nuestros compatriotas, seguiré la historia.

Tomando un café le decíamos a Vera lo mucho que nos había gustado su película, que era muy buena, que era lo mejor que habíamos visto en mucho tiempo, etc. A la hora de los postres, ya que nos habíamos trasladado a un pequeño restorán que conozco y al cual no llevo más que a la gente que me cae bien, seguíamos diciendo puras lindezas.

Al otro día fui a la Cinemateca y la vi nuevamente, ¡esta vez... sí!, me gustó más. Je, je, je.

Entre medio me había llamado Gonzalo Justiniano, quien presentaba también en la Cinemateca una película filmada en Chile llamada *Los hijos de la guerra fría*. Debo confesar embarazado que también me gustó. Me reservo el derecho de explicar por qué estas películas me gustaron; sería largo, tedioso y nada edificante. Lo único que hago, por el momento, es recomendarlas calurosamente a quien quiera escucharme. ¿Defectos? claro que sí, pero eso es otra historia (en la película de Justiniano hay unas escenas con un chanco que hay que verlas). En todo caso, para mantener el tono cultural que debe tener esta carta, diré que estas dos películas me parecen importantes y que a pesar de sus diferencias, en ambas hay un aporte, son vivas y hay cosas poco frecuentes: humor, juventud divino tesoro, etc. En fin, hay que verlas.

Esa misma semana había en las salas parisinas dos nuevas películas de sendos cineastas chilenos de las cuales no puedo decir nada, porque ni sé de qué se tratan; o sea, que no las vi.

En ese tiempo me dije que escribiría una carta al Secretario de Redacción de *Araucaria* para advertirle que dos películas filmadas en Chile ha-

bían participado en un festival, que una de ellas, la de Justiniano, había obtenido un premio, que eran muy buenas, etc.

Y entonces viajé a Berlín. En uno de los lívines donde dormí antes de que decidiéramos instalarnos fielmente a los pies de la moviola, conocí al dueño del tal livin, que se llama Navarro, que vive allí y que había hecho un video sobre el exilio. Sospecho que es algo que se ha hecho y tal vez hasta se vuelva a hacer y no ironizaré al respecto; en cualquier caso Navarro resultó ser un tipo muy acogedor (de hecho, tenía su livin invadido), nos invitó a una exhibición de su video en una librería de libros en español que hay en Berlín y cuyo nombre se me olvidó (pido perdón al dueño o dueños de uno de esos lugares inapreciables para quienes leer en español no deja de ser una fiesta).

Asómbrese, estimado Secretario de Redacción, más bien pásmese: el video, que se llama *Se hace camino al andar...* me gustó. Usted se preguntará si mi positivismo ha obnubilado absolutamente las últimas trazas de sentido crítico en mí, para llegar a ser una suerte de tara. No, no y no. Estoy dispuesto a debatir con pruebas, citas, referencias históricas, estéticas y semánticas, dónde y cuándo se me solicite, Je.

El caso es que, por ejemplo, ya me estoy metiendo en las critiquerías, un tema así da para hacer cosas latosas, manidas y remanidas... y no digo que sea la perfección misma, pero uno se ríe, se entretiene, se emociona, uno conversa después sobre lo que vio... yo creo que, modestamente, eso es ya bastante.

... Y me volvió la idea de la carta. Entonces todo estaba más fresco y podría haber enhebrado una teoría sobre por qué me habían gustado esas tres películas; hoy, sentado en mi vieja silla (robada en la terraza del café de abajo, no por mí, debo confesarlo), sólo recuerdo.

Siguiendo con las cartas y con mis recurrentes y nunca consumados impulsos, recuerdo la última vez, hace muy poco, que pensé escribirle.

Un domingo en la tarde había partido hacia un barrio lejano de la periferia sur de París: había tomado el metro, luego un tren en la Gare de Lyon hasta llegar al paradero de buses y darme cuenta que por supuesto los domingos los buses pasan uno por hora y que, casualmente, se acababa de ir.

En realidad, siempre hago ese trayecto a pie, es sólo media hora de marcha, pero ese día estaba cansado, con sueño y frío y hambre, además de un humor más bien entre la desesperanza y la melancolía pura y simple: es decir, que era el peor momento para que empezara a llover. Pues bien, comenzó a llover y continuó lloviendo la media hora del trayecto, salvo durante la detención en un café donde compré cigarrillos y estrujé las zapatillas.

Por esos días había leído por casualidad un trozo de una entrevista o artículo sobre cine chileno y eso me había recordado las películas de las cuales hablé antes y lo de las cartas a Madrid.

Caminando bajo la lluvia y, contra mi costumbre, sin cantar ni silbar, me pregunté de repente por qué diablos tengo que hacer este trayecto un día domingo cuando está lloviendo sólo para ir a buscar una carta, cuando

toda la gente que conozco recibe sus cartas en prácticos buzones instalados en las puertas de sus casas, departamentos, palacios o lo que sea. Como no pude responder a esa pregunta me pregunté entonces: por qué ando caminando cuando todo el mundo tiene auto, de cualquier tipo, pero auto, y lo usan los domingos, sobre todo cuando llueve y uno va a buscar una carta..., y así, una cantidad de preguntas por el estilo que tienden a colocar al desdichado destinatario en ese incómodo estado de *Qué-he-hecho-de-mi-vida*, y me decía, voy a escribirle una carta al respecto a C.; todo esto mezclado con las otras cartas nunca escritas.

Al llegar a mi destino y luego de secarme la cabeza y de recibir una reconfortante taza de té de la atentísima dueña de casa, me olvidé de las preguntas embarazosas y me dije que eran el puro resultado de un invierno muy largo, fuera de una que otra incertidumbre. Me pasa una vez al año, el resto del tiempo, si alguien me hace esas preguntas, le explico con la verdad desnuda las circunstancias que me han llevado a este punto. Como decía Marx: «Partido de la nada, soy un perfecto fracaso». Je, je, je. El Marx en referencia es, por supuesto, Groucho Marx.

Es como el otro día, en una ocasión social que me ocurrió por puro pajarón, se me acerca una dama y me dice: ¿Y tú, qué haces? Y yo le digo, conforme a mi práctica de la veracidad simple, lo que hago y, mientras se lo digo, me doy cuenta lo absurdo que parecía todo, lo sin sentido que era para la dama en cuestión, quien luego de mirarme con una especie de rencor se aleja hacia un grupo de argentinos que hay en el lugar. Era como aquella única cita a ciegas que he aceptado en mi vida, en Santiago, hace algunos años, y también por pajarón. En la oscuridad del Zepelín la dama que me había sido atribuída, luego de las miradillas del caso, me dice como para entrar en confianza y definir las cosas: ¿Cuáles son tus planes en la vida? Esa vez me dio un ataque de risa, lo que terminó, como era lógico, con todo el asunto.

A la primera que pude me escurrí y me metí en un bar que hay al frente y, tomándome una pilsener, me reía solo.

Para terminar con este subtema, otras dos preguntas. En otra especie de fiesta, una de las dos a las que fui el año pasado, se me acerca uno de los anfitriónes y me dice: Así que partes dentro de poco por un importante trabajo. Yo le digo: efectivamente, parto dentro de poco, pero no es tan importante como tú crees. El volvía a la carga y me decía, ya con una leve angustia en la voz: pero, te está yendo muy bien ¿no? Con una cierta lástima que, de alguna manera, se podría afirmar que me iba pésimo y que incluso no había razonables esperanzas de mejoría. Le expliqué además que en todo caso, me sentía muy bien, y, que encontraba que en general todo estaba perfectamente, a pesar del carácter horrible de ciertos aspectos de la realidad, como son la longevidad de Margaret Thatcher, las distintas modas, los anarquistas de derecha, la publicidad y los video-clip, el metro a las cinco de la tarde, las arañas peludas y las visas, para no hacer una lista exhaustiva... Estaba en eso, decía, cuando se alejó ofendido y sacó a bailar cha-cha-cha a una escritora holandesa pelirroja y se en-

frascó en uno de esos numeritos sudamericanos que sólo se ven por estos lados.

Yo tomaba mi vaso de vino cuando recordé simultáneamente que el metro se terminaba y que estaba en la mitad de un tratado de 600 páginas sobre la acumulación primitiva que compré en 15 francos en la librería de abajo; me despedí sumariamente del dueño de la casa, que tocaba ensañado una tumbadora. Después de estos acontecimientos, la amiga que filantrópicamente me había llevado no me llamó en mucho tiempo. Insistió una vez para llevarme a bailar salsa, pero le expliqué que a mí la salsa no me sale en el 14.^o *arrondissement*. Hemos continuado siendo amigos a pesar de todo.

Estábamos en el momento en que me había secado la cabeza, tomado mi té y recibido mi carta, y que ya reconfortado había olvidado las preguntas sobre la vida y las cartas explicativas.

Unos días después entré a trabajar en una bodega donde, junto con un par de lunáticos positivos, movemos todo tipo de cajas y cajones con productos diversos, provenientes de un país tropical y destinados al comercio. Nos divertimos bastante y corremos agitados de un lado a otro.

Mi socio de la pega ha logrado algo que considero digno de mencionarse (no es por cierto su única gracia): hacer pan amasado viviendo en una *chambre de bonne* que, como todo el mundo sabe, son esas románticas buhardillas que hay bajo los techos de París y que estaban originalmente destinadas a la servidumbre, razón por la cual han sido dotadas de escaleras de servicio empinadas e interminables, pasillos húmedos y oscuros, cero calefacción y otras finas terminaciones. Actualmente estas piezas son ocupadas por una élite internacional (cuarto mundo que le llaman) entre la cual nos contamos algunos escogidos chilenos. La gracia mayor de un miembro de este exclusivo club es lograr hazañas en la utilización del espacio. Yo pensaba haber batido un buen récord en la sección culinaria con mi astuto sistema de ventilación, basado en el estudio de los vientos y las puertas y ventanas a abrir, todo esto para cocinar la fina cebolla frita sin olores persistentes, cuando viene éste y me suelta: Eso no es nada, nosotros sólo comemos pan amasado hecho en pieza.

Para terminar de relatar el largo proceso de gestación de esta carta, diré que esta mañana decidí levantarme temprano e ir a la librería española que está cerca de Odeón; tenía la intención de comprar un libro que me encargó mi hermano y otro para una amiga que ha caído inesperadamente en un hospital. Como siempre que parto con esas generosas intenciones, termino comprando libros para mí, con un cierto dejo de culpabilidad; me digo que en realidad no es tanta plata, que el cheque será pagado, que de todas maneras también hay que leer en español y cosas por el estilo. Salí sin libro para mi hermano y con siete libros que deseo fervientemente releer, además del último número de *Araucaria*.

Como en este punto debería empezar a escribir la carta y ya es muy tarde, creo que quedaré hasta acá.

Un abrazo.

R.

Cartas abiertas

SERGIO VILLEGAS

a don Eduardo Romero Olmedo

Usted, con todo, con estar en la cárcel, además, e ignorándolo tal vez, es uno de los personajes más representativos y uno de los productos más típicos de la actual situación. Es cierto, se había hecho estafas con anterioridad, grandes y sonadas, pero como la que hicieron ustedes seguramente ninguna, porque el descaro con que operaron indica no sólo el deseo de llenarse los bolsillos en forma espectacular, sino también toda una concepción de las cosas, toda una concepción del Fisco y del Estado como trastos a los cuales conviene tratar a patadas, como una basura absolutamente subsidiaria. Y ustedes, en verdad, se pasaron de la raya. Porque cobrarle al Fisco millonarias devoluciones por grandes exportaciones que nunca se efectuaron, y hacerlo desembozadamente una y otra vez, significa una capacidad increíble para sentarse en todos los hábitos y tradiciones honorables de la República, en una forma que los convierte a ustedes —en el plano del delito común— en dignos hijos del régimen que defendieron a brazo partido hasta el día que ingresaron a la cárcel por decisión de un magistrado. Aunque significa también la costumbre de la impunidad, la conciencia de que se trabaja y se delinque al amparo de ciertas fuerzas del oficialismo que operan a

Sergio Villegas es periodista y escritor. Los textos que publicamos han sido extractados del programa «Cartas abiertas» que su autor transmite desde hace varios años por Radio Berlín (R.D.A.). Corresponden, como es fácil advertir, a diversos períodos del pasado reciente.

veces de día claro, a veces en la sombra, y que permiten llegar a cualquier extremo sin grandes riesgos. Pues no será casualidad, don Eduardo Romero Olmedo, que usted aparezca tan vinculado al ex jefe de la DINA, Manuel Contreras, y que éste se encuentre trabajando en sus propios y gordos asuntos financieros en la misma oficina que usted le cedió hace algún tiempo gentilmente. Y no será casualidad que todo este escándalo tenga fuerte olor a DINA, a ex agentes de la policía secreta. Como lo revela incluso ese detalle macabro, pero tan característico del régimen, de las grandes facturas fraudulentas a las que se puso la firma o, más bien, la supuesta firma de detenidos desaparecidos, la firma de esos chilenos y chilenas que la policía de Pinochet mantiene muertos en vida por años, cuando no los ha asesinado. Ese detalle, para qué decirle, es como la marca de fábrica de un régimen que no se conforma con inmolar a sus víctimas, sino que pisotea luego su memoria de mil maneras, arrebatando sus restos a los parientes, como ocurrió en el caso Lonquén, o amnistiando a sus verdugos. Ustedes hicieron algo más concreto, aunque en la misma línea ética: aprovecharon los nombres de las víctimas para perpetrar una estafa inigualable. En todo caso, hay que hacer una salvedad: ustedes son personajes representativos, pero no los más representativos del régimen. Ni los más distinguidos, obviamente. Estos se diferencian de ustedes en que para burlar al Estado, echarse a la cartera a los contribuyentes y llenarse de oro no recurren al expediente de mala clase del fraude y la estafa, esa cosa de maleantes, sino a decretos o decretos leyes firmados por Pinochet.

a don Osmán Pérez Sepúlveda

El Cuerpo de Carabineros que usted dirige se luce, por decirlo así. Aunque no es el único que lo hace en este régimen que se declaró alguna vez de austeridad y rectitud y que ya no puede hacer tal cosa porque los hechos mismos lo harían callar severamente. Resulta, señor Director de Carabineros, que una banda de delincuentes que asaltaba y robaba Santiago estaba compuesta, mayoritariamente, por policías que pertenecen a su servicio, por representantes del orden, de ese orden de que tanto alarde hace el régimen de Pinochet. Usted no podrá evitar que la opinión pública sufra un sobresalto, porque pensará, sorprendida, casi incrédula, que los carabineros que con tanto celo golpean a los manifestantes en la calle en nombre de importantes principios de seguridad pública, pueden fácilmente a otra hora del día cambiarse de ropa, tomar a lo mejor las mismas armas de servicio y dedicarse a labores de tipo muy distinto, labores para las cuales no podrán invocar tan fácilmente esos principios de orden y seguridad. Ahora bien, no es para desesperarse, don Osmán, porque no se trata de que su repartición sea la oveja negra, la perla falsa, un mal ejemplo único. Por el contrario, a esta altura, una banda de delincuentes que aparte de atracadores de bombas bencineras y locales comerciales eran

miembros de la policía uniformada, pasa a explicarse más bien como un hecho típico. Para qué hablar de los agentes de la CNI que asaltan bancos, roban millones y borran con tanta perfección las huellas que no dejan ni rastros después de hacer volar con dinamita los cuerpos de las víctimas, un cajero y un empleado. ¿Por qué asombrarse, en realidad, de los carabineros Avendaño, Arias y Carrillo, de la 22.^a Comisaría, y de Alcaíno, de la 4.^a Comisaría, y del ex carabinero Oyanedel, enfrentados ahora a un juez que debe procesarlos por raterías múltiples, si en la cárcel pública de Santiago, a lo mejor muy cerca de ellos, se encuentran otros presos, algo más distinguidos, que fueron altísimos personeros de este régimen militar hasta hace muy poco, y que ahora deben responder por ciertos juegos financieros que no son muy dignos de un ministro de Hacienda y Economía o de un Superintendente de Bancos, como lo eran don Rolf Lüders y don Boris Blanco en la época en que creían posible conjugar, sin que se les confundieran, sus papeles de altos responsables de las finanzas del Estado y aprovechados empresarios. Sus carabineros, don Osmán, son parte humilde de un fenómeno mayor, una puntita de ese «iceberg» gigantesco que va por debajo de las aguas arrastrando muchos asuntos turbios de todas las especies, incluyendo desde luego, con su peso específico, los millones invertidos en el palacete de Lo Curro y los grandes negocios con tierras y maderas del Estado que se permite hacer la yernocracia en el sur, con escándalo, pero sin castigo. Don Osmán, usted puede tener el consuelo, en esta hora desolada, de que no está solo en el descalabro moral. Puede argumentar, además, que sus carabineros por lo menos se sacaban el uniforme para asaltar y robar, mientras otros lo hacían todo sin bajarse de sus altos cargos públicos.

a don Jaime Guzmán

El caso Calama podría parecer cerrado, pero no lo está. Primero, porque hay tras él muchos puntos oscuros (aunque no tan oscuros, pues los responsables máximos del crimen están a la vista, aunque no pueden ser detenidos, procesados y condenados); segundo, porque siempre hay gente como usted que hace comentarios increíbles, milagros de equilibrio en la cuerda floja, gente que haría mejor guardar silencio con discreción, pero que por el contrario sale a la palestra para no dar la impresión de ningún modo de que el tema la inhibe. Y usted encuentra una brecha, un resquicio, por el que se cuelga al escenario mostrando su sonrisa de comentarista especulativo y locuaz de costumbre, tratando, por supuesto, de que nadie recuerde tras esa sonrisa su pasado de asesor directo de Pinochet en una época que se asocia a los más grandes crímenes de este régimen. Usted, naturalmente, no habla de la CNI, la policía secreta a la cual pertenecían los dos condenados a muerte por el doble asesinato de Calama, Hernández y Villanueva. Usted no se pregunta, como se preguntan todos, por qué no se aclaran otros crímenes de la CNI —para no hablar de la DINA, que

debe estar más cerca de sus recuerdos personales. Ni se pregunta si es verdad o no que, como sugirieron los condenados a muerte, tras su atroz acción criminal hay una red espesa de decisiones que conducen a la cúpula del servicio secreto de Pinochet. Es decir, usted no se formula ninguna de las interrogantes que todo el mundo se formula y que llevan a una inquietud central: la existencia de un sistema en que pueden ocurrir hechos de esta naturaleza, en que funcionarios del Estado, con rango militar, vinculados estrechamente al gobierno en ejercicio, se convierten en asesinos capaces de los peores horrores. Incluso prensa vinculada al régimen insinúa la inconveniencia de que sigan indefinidamente en el misterio asesinatos tan terribles como el de Tucapel Jiménez, el del pintor Riveros y tantos otros en que se ve impresa la marca de la CNI. Hasta el padre de uno de los condenados a muerte, Gabriel Hernández, en medio de su desastre íntimo, tiene entereza y perspicacia suficientes para preguntarse por las causas últimas de lo ocurrido, por el trasfondo desde el cual surgen hechos tan espantosos como los que motivaron la condena a muerte. Todo eso a usted no le interesa en absoluto. Y aunque sabe que es el problema de fondo, lo disimula y prefiere decir unas palabras que son, más bien, una comunión con los dos agentes de la CNI condenados a muerte por el asesinato de dos funcionarios del Banco del Estado. Subrayando sus actos de contricción finales y lamentando que algunos no crean en la vida eterna, usted hace este alcance: «Aquellos que, en cambio, tenemos el don de la fe, nos asociamos a Gabriel Hernández y Eduardo Villanueva para decir que ellos, más que una enmienda experimentaron una auténtica conversión, cuyos beneficios recibiremos desde el cielo. Ellos tienen razón. No han muerto. Han nacido a la verdad y la vida eternas». Son, don Jaime Guzmán, palabras sorprendentes. Muchos, por convicción religiosa u otros motivos puramente humanos, han sentido conmiseración por los condenados. Y están, posiblemente, en su derecho. Pero lo han hecho con la cautela del caso, sin olvidar el asesinato demencial. Sólo usted ha entonado este himno sin paralelo a la resurrección de los agentes de la CNI en el otro mundo, cosa que no se ha apresurado a hacer, desde luego, con ninguno de los miles de condenados a muerte, sin proceso y sin culpa, sin publicidad, sin confesor, sin apelación, que ha inmolado este régimen, este régimen al cual usted ha prestado y presta servicios constantes.

a don Israel Bórquez, presidente de la Corte Suprema

Es de esperar, señor Presidente, que esa ilustrísima Corte haya descubierto por fin que el filósofo español José Ortega y Gasset es un filósofo más bien conservador, aunque notable estilista, y que no vale la pena retener un libro suyo por supuesto atentado a la estabilidad del régimen, por mucho que ese libro se llame *La rebelión de las masas*. Ocho días estuvo ese volumen junto con su dueño, un culto ciudadano chileno, en la cárcel. Porque los agentes policiales del régimen, no tan cultos ya, sospecharon

que podía tener un olor ideológico muy inconveniente, alguna sorda vinculación con el derecho a la rebelión, al alzamiento y al uso de todas las formas de lucha que plantean en estos instantes importantes sectores de la oposición. Y ocho días estuvieron sus magistrados, don Israel Bórquez, analizando el libro del autor José Ortega y Gasset, de nacionalidad española, sin antecedentes en archivos, para descubrir: primero, que la obra fue escrita en otra época, de donde puede inferirse que no tiene relación premeditada con el proceso chileno actual. Segundo, que José Ortega y Gasset gozaba y goza de prestigio entre gente que no podría ser calificada de insurgente, sino, por el contrario, de antiinsurgente. Y que se le considera —como puede apreciarse en diversas crestomatías bien informadas— un clásico del género ensayo, al margen de lo que pueda decir. Sus magistrados establecieron, con satisfacción, que el libro está muy bien escrito. Y que Ortega y Gasset tiene de «las masas» un concepto que cuadra bastante con el que tiene sobre el mismo punto el régimen del señor Pinochet. O, al menos, la de aquellos que, dentro de ese régimen, tienen asignada la función específica de pensar. Es decir, un concepto elitista, el concepto de quienes ven «las masas» como un mal necesario, como algo antiestético, pero, qué duda cabe, indispensable. De modo, pues, que llegaron a la conclusión final de que la incautación del libro *La rebelión de las masas* resultaba improcedente, como asimismo la prisión de su dueño, un tranquilo chileno que no había cometido otro delito que poseer una biblioteca surtida, lo que le valió el allanamiento implacable de su hogar, una revisión prolija de cada papel, de cada cajón, la destrucción de varios objetos y un trato nada cortés. Los magistrados bajo sus órdenes, don Israel Bórquez, llegaron luego a una conclusión última: la de que ese ciudadano no debería estar en prisión, sino en libertad, por lo que dieron las órdenes pertinentes. No cabe duda de que han quedado con la conciencia tranquila. Y de que el propietario del libro se ha sentido contento de tanta suerte, porque a cualquiera le resulta agradable salir en libertad, dejar la prisión, después de haberse pasado ocho días en ella por ese simple detalle: haber comprado un día, en una librería de viejos, el aristocratizante ensayo de José Ortega y Gasset *La rebelión de las masas*, cuyo solo título hace saltar de su asiento a ciertos funcionarios acuciosos y sonar todos los timbres de alarma del régimen militar.

a don Francisco del Carmen Michillanca Gunchal

Su caso es simbólico, don Francisco del Carmen. Su historia puede contarse para describir una de las esencias del Chile de hoy, una de esas esencias que no pueden dejar a nadie orgulloso. Ni a nadie con la conciencia tranquila. Se ha hablado mucho de la extrema pobreza, en oposición a la extrema riqueza, la otra flor negra que se ha desarrollado monstruosamente en estos años de libre mercadismo. Se ha hablado tanto de ella, que es difícil imaginar que haya algo nuevo que decir sobre el tema. Hasta

que surge un caso como el suyo, una historia simple que está ahí, explicable y creíble en estos días, pero también absolutamente increíble.

Lo vemos a usted viniéndose del sur a la capital en busca de horizontes mejores. Lo vemos trabajando de chófer una buena cantidad de años, entregando la vida al trabajo, bajo el sol o la lluvia, cumpliendo su misión diaria de ganarse la vida sirviendo a la comunidad. Hasta que no pudo más, porque se enfermó, porque vinieron los años, como que acababa de cumplir sesenta y ocho, y no tuvo otro remedio que ponerse a cantar en las esquinas, como un ciego, acompañado de un perro fiel que tenía la curiosa particularidad de gemir, aullar y ladrar como si estuviera animando y acompañando su canto. Pero ese perro, que era la principal atracción del número, cosas de la vida, murió. Y usted se quedó definitivamente sin «secretario», sin trabajo, sin recursos. Y terminó durmiendo en un banco, en el césped, en cualquier parte, tapándose no con ropas que no tenía, sino con hojas de diario. Fue en ese momento cuando unos vecinos del sector santiaguino por donde usted deambulaba se compadecieron y le dieron lo único que pudieron darle, una casucha de perro donde usted pudiera por lo menos guarecerse de la lluvia en el invierno, de los fríos, de los diversos rigores de la intemperie. Le dieron, además, de comer. Y ahora, en esa casucha de perro, usted vive, sale a pasear cuando lo necesita o a ver cómo está el tiempo, y vuelve y va pasando así los últimos años de su vida, olvidado incluso ya de su época juvenil y hermosa de Nueva Imperial, la zona fluvial, forestal, lluviosa y nerudiana de donde procedía.

Su caso es significativo, sobre todo si se considera que se ha hecho público en el mismo instante, en las mismas páginas incluso, en que se divulgan algunos detalles de otro personaje singular de la sociedad chilena de hoy, aunque en el otro extremo de la paleta: don Agustín Edwards, dueño y director del diario *El Mercurio*, jefe del clan económico que lleva su nombre. Miremos un poco los hábitos, los usos, la vida diaria de este hombre, para que se percate usted de ciertas diferencias que existen en el Chile actual, que han existido siempre, pero que han llegado ahora a extremos asombrosos. Don Agustín Edwards, nos dice la información, es un gordo de 90 kilos, que tiene una tragedia: no puede bajar de peso porque come todo el día. Ha hecho régimen en las más diversas formas, pero tiene un diente incontrolable. Don Agustín Edwards posee un palacete en Santiago, con teletipos y todo, casas en Estados Unidos y otras partes. Va a Europa con frecuencia, por negocios o con fines de descanso, como que es uno de los diez hombres más ricos de Chile y como que las sociedades anónimas que maneja valen 210 millones de dólares. Usted, don Francisco del Carmen Michillanca Gunchal, desde su casucha de perro, se preguntará cómo pueden ocurrir cosas tan sorprendentes cuando por la prensa se entera de que este señor, don Agustín Edwards, tiene una especie de fiebre consumista que lo hace comprar un día pájaros raros, otro día plantas tropicales, otro, aparatos electrónicos, relojes antiguos, perros o caballos, todo lo cual le dura poco, porque, como los niños mimados, abandona pronto sus juguetes.

Así es la cosa, don Francisco del Carmen. La diferencia entre don Agustín y usted no es un asunto extrañísimo que ocurra en un desconocido mundo de ciencia ficción, sino un hecho real que a usted le consta personalmente y que está lejos de ser la excepción, porque de eso está enfermo Chile. Porque de eso, tarde o temprano, habrá que operar a Chile, ¿no cree usted?

PROFESION: TRAIADOR, CRISTIANO Y DEMOCRATA

— *No es por ofenderlo, pero los dirigentes del Comando Nacional de Trabajadores dicen que usted es un traidor porque siendo un hombre del pueblo, de origen humilde, se ha puesto del lado de un gobierno que según muchos ha hecho más ricos a los ricos y más pobres a los pobres...*

— No hay mote que me guste más que el de traidor, porque cada vez que me dicen traidor yo saco la primera mayoría.

— *¿Usted está de acuerdo con eso de que este gobierno ha hecho más ricos a los ricos y más pobres a los pobres?*

— Mire ¿quiere que le sea franco? (...) Esa es la verdad, pero yo creo que esa verdad no va a cambiar porque venga la democracia. A mí los políticos me tienen desilusionado porque veo que los partidos no han aprendido la experiencia. (...) Si yo tuviera que votar, yo votaría por don Augusto. El Presidente es un hombre bueno, democrático y respetuoso de los derechos humanos. Es un demócrata. El ha dicho públicamente que él adora la democracia, que él adora la libertad, que es un hombre cristiano. Todos los que somos cristianos y amamos la libertad somos demócratas (...) A mí, los que se dicen demócratas y cristianos me paralogizan, porque no tienen nada de demócratas y nada de cristianos.

(Entrevista a Guillermo Medina, ex-dirigente sindical del cobre, en *Apsi* n.º 203, 1-7 junio del 87).



Volta la testa, San Francisco del Carmen, La differenza con don Agostino...
Il film è stato visto in un teatro di Milano, ma prima di un debutto nazionale...
da quando Giorgio... in un'occasione personale...
Yaphet Koffi, con il suo stile enfatico...
frangente... 2014, per il...



El cuento chileno, como siempre

JOSE MIGUEL VARAS

Para el lector común y corriente, para la inmensa mayoría de los que leen libros con alguna regularidad, resulta más atractiva la novela que el cuento. Y muchos —de nuevo la mayoría— prefieren la novela larga a la corta. Esto parece un fenómeno contradictorio en un mundo cada vez más acelerado, mecanizado y electrónico, en el que podría suponerse que los seres humanos solicitados simultáneamente por múltiples estímulos habrán de preferir necesariamente lecturas breves, píldoras de fantasía o de observación de vidas ajenas, que puedan consumirse por completo en el curso de un viaje en Metro o en la media hora previa a conciliar el sueño.

Pero los que suponen tal cosa ignoran un aspecto importante del mecanismo de la lectura literaria. Leer un cuento o una novela representa un esfuerzo que sobrepasa el de la mera lectura. Un esfuerzo de imaginación, indispensable para lograr que los signos de la página que desciframos con soltura susciten en nuestra mente imágenes de personas y lugares y sucesos correspondientes —en algún grado— a las que el autor concibió en su momento y que representó bajo la forma cifrada del lenguaje escrito. Ahora bien, cuando leemos una novela, cuando entramos en ella, ese esfuerzo síquico que representa el trasladarnos a un mundo diferente al nuestro, que nos va siendo revelado gradualmente al compás de la lectura, lo hacemos —por así decir— una sola vez. Las páginas iniciales bastan, habitualmente, para que asimilemos el sistema de claves, el código que nos propone el escritor para que un nombre de mujer baste ya, por ejemplo, para suscitar la imagen completa sin que ninguna descripción adicional sea ya necesaria. (A lo más bastará una alusión.) La prolongación de la novela resulta entonces una gratificación para el que ha logrado, por una sola vez, cumplir la operación mental —no simple— que consiste en salir de nuestro mundo habitual para penetrar en el mundo que nos propone el libro.

¿Qué pasa entonces con los cuentos? Salvo casos excepcionales, de libros en que los diferentes cuentos están de algún modo relacionados o vinculados entre sí, cada cuento nos obliga a realizar el esfuerzo de salir de nuestra piel de todos los días para meternos en la de personajes y mundos

José Miguel Varas, es periodista y escritor. Autor de *Porái*, *Chacón*, *Cahuín*, *Lugares comunes* y otros títulos. Vive en Moscú.

ajenos. Y no todos los lectores están dispuestos a efectuar semejante faena, sobre todo cuando no se sabe por anticipado si al final la recompensa será adecuada (o si la habrá siquiera). Aún más difícil, por las mismas razones, resulta leer una antología de cuentos, donde se nos proponen cada pocas páginas nuevos mundos, nuevas claves, nuevos lenguajes.

Pablo Neruda, que nunca escribió cuentos (que sepamos) y que sólo es autor de una novela *El habitante y su esperanza*, que se lee como un largo poema, era un lector empedernido de novelas y solía decir que «la novela es el "biftec" de la literatura». También decía que le habría gustado escribirlas, pero que no le salían.

En fin, toda la reflexión anterior, que se puede desestimar perfectamente por pretenciosa y farragosa, puede justificarse como un consejo o un intento de orientación a los prosistas jóvenes..., aunque en definitiva está totalmente claro que escribirán lo que necesiten escribir, y no lo que más convenga o lo que se les proponga. Es posible también que haya una edad para meterse en la novela, aunque no son pocos los escritores —y de los grandes— que alcanzaron precisamente en el cuento su más alto esplendor.

Contando el cuento, antología preparada por Ramón Díaz Eterović y Diego Muñoz Valenzuela*, nos propone la difícil tarea de enfrentar, leer y asimilar treinta y cuatro cuentos de diecisiete autores chilenos (dos por cabeza) que tienen veintiséis años, el menor, y treinta y ocho, el mayor; sin duda, una muestra representativa de la joven narrativa chilena.

En un prólogo, intento crítico de singular valor, escrito con sobriedad, sin ditirambos ni pretensiones fuera de lugar, los dos autores dicen, entre otras cosas:

«Nuestro hábitat ha sido la violencia. Eramos adolescentes hacia los días finales de aquel estremecedor año 1973. Hasta agosto de ese año pensábamos que nuestro futuro iba a ser otro muy distinto al que nos ha correspondido vivir (o sobrevivir).»

Y más adelante:

«Una generación de escritores surgida y desarrollada en medio de una profunda crisis social que ha trastocado las normas y valores de convivencia, obligatoriamente ha tenido —en la mayoría de los casos— que reflejar en su temática una realidad violenta —o violentada— en la cual la vida parece moverse dentro de una fragilidad a toda prueba. Realidad que desde lo literario se enfrenta de manera abierta, recogiendo vivencias testimoniales, o a través de imágenes y de un lenguaje encubierto que subrepticamente aluden a ella.

»Entre estos dos límites podemos reconocer algunos temas que se reiteran en varios autores. La nostalgia por un lado, constituye un núcleo evidente, y es común encontrar en los cuentos de esta generación del 80, un intento de reconstruir un tiempo que estaba marcado por una felicidad posible, relativa a veces, pero que permitía una proyección de futuro... Otro espacio presente en

* Ediciones Sinfronteras, Santiago, 1986.

los cuentos es el que recoge el acontecer social del país, adquiriendo éstos la ya mencionada calidad de testimonios, ya sean referidos a los días mismos del golpe o a los hechos que en medio del temor y las sombras, ocurrían y ocurren aún en nuestra sociedad.»

El prólogo que citamos contiene además una crónica detallada, necesaria, de los sostenidos esfuerzos realizados en estos años por la cuarentena de nuevos narradores chilenos que tienen entre diecisiete y treinta y cinco años de edad, por llegar de algún modo a los lectores. Se nos habla aquí de revistas, trípticos, periódicos, hojas, encuentros, concursos, actividades en que suelen encontrarse los escritores chilenos del interior y del exilio; y se subraya en especial la trascendencia del Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes (mayo de 1984) en el que participaron unos 150 poetas, narradores, ensayistas y dramaturgos de todo el país.

De los diecisiete autores incluidos en la antología *Contando el cuento*, tres son mujeres; once nacieron en Santiago; cinco en otras ciudades: Punta Arenas, Osorno, Constitución, Viña del Mar; uno nació en Ginebra (Suiza). Once han publicado libros. Los demás han dado a conocer sus cuentos en revistas, o han sido incluidos en antologías o han obtenido premios en concursos.

Estos datos vienen a confirmar lo que se afirma en el prólogo en el sentido de que la depresión editorial que hoy sufre Chile «determina que la mayor parte de la nueva literatura permanezca inédita, a pesar de haber demostrado una calidad indiscutible a través de su participación en lecturas públicas, talleres y certámenes literarios. Las ediciones, por lo general, no superan el millar de ejemplares debido a que son los mismos autores quienes deben financiarlas; los editores no "arriesgan" su capital en nuevos autores que no garantizan recuperar la inversión realizada. Y razón no les falta —en parte— pues la crisis económica chilena ha determinado un continuo decremento en la demanda de libros. Si el pan no llega a la mesa de tantos compatriotas, el libro menos aún. Entonces no existe ningún incentivo real para la producción literaria, que ha de almacenarse en carpetas, armarios, cajones de escritorio, para esperar tiempos mejores».

Digamos, de paso, que esta realidad, agravada por las circunstancias del actual régimen y por la hondura de la crisis, no difiere radicalmente de la que vivió el país en el pasado con la sola excepción del breve período del Gobierno Popular, en que comenzaban a apuntar las posibilidades de una verdadera cultura popular. La literatura chilena se vio siempre postergada, constreñida, limitada en sus posibilidades editoriales y al mirarla retrospectivamente aparece, junto a las imágenes de los pocos que pudieron superar todos los factores negativos, como un vasto cementerio de vocaciones frustradas, de promesas que no cuajaron, de talentos que sólo alcanzaron a mostrarse en un primer libro o en algunas creaciones dispersas en hojas de periódicos y que no lograron un florecer maduro.

Pero, en fin, volvamos al presente, o más bien al futuro que representan estos diecisiete narradores menores de cuarenta que pertenecen a una misma generación, aunque existan doce años de diferencia entre el mayor

y el menor de ellos. Por encima o más allá de sus acusadas individualidades, presentan ciertos rasgos comunes. No se trata de semejanzas de estilo, ni de algún credo estético o ideológico compartido por todos. Lo que hay en común es el aire y el lenguaje de una época a la que todos pertenecen. La experiencia de un período histórico muy singular en nuestra historia, el de la dictadura militar, que imprime inevitablemente sus huellas en todo, aunque sólo algunos de los cuentos incluidos en la antología aborden de manera directa la temática política.

Otro rasgo que estos jóvenes autores comparten es una actitud, digamos, absolutamente seria, profesional y consciente hacia la actividad literaria. Estos no son cuentos de principiantes ni de diletantes. Con éxito mayor o menor, cada uno de estos escritores se esfuerza por transmitir con los recursos propios de la literatura, experiencias auténticas. Hay búsqueda de la perfección formal, pulimento, pero no juego formal. En el fondo, y aunque los matices son muy variados y la riqueza temática es grande, los diecisiete tienden claramente, como orientación básica, hacia el realismo, entendido en un sentido muy amplio.

¿Qué método seguir para hablar de estos cuentos? Tal vez el más natural, aunque parezca poco científico. El que instintivamente sigue cada lector. Hablar primero de aquellos que más nos impresionaron.

«Posibilidades de fotografía» y «Dos minutos para dormirse», de José Leandro Urbina, son relatos que ya conocíamos. Forman parte del libro *Las malas juntas*, de este autor, editado por primera vez en Canadá, en 1978. Hay también una edición chilena, que apareció el año pasado. José Leandro Urbina es uno de los más talentosos escritores chilenos de las nuevas promociones. Sus cuentos se caracterizan por su lenguaje funcional, dinámico, eficaz. La emoción brota en ellos con gran sobriedad, sin efusiones, más bien por la yuxtaposición de imágenes y sucesos relatados con precisión: el resultado es doblemente intenso. «Dos minutos para dormirse», en que el narrador es «nosotros» y no «yo», es una excelente muestra del arte de Urbina, con su tono testimonial y su tremenda carga emotiva.

Algunos rasgos similares exhiben los cuentos de Luis Alberto Tamayo, «Perrito» y «Mi hermano cruza la plaza», cuyos temas, al igual que en los cuentos de Urbina, están cerca, podríamos decir, del núcleo más sensible de la experiencia histórica de estos años. Especialmente notable, y absolutamente excepcional en la literatura chilena contemporánea es «Perrito», que nos hace vivir con estremecedora veracidad, la experiencia del soldado sometido a salvaje entrenamiento en una unidad de «comandos» del ejército chileno, un proceso en el que gradual y metódicamente los instructores van destruyendo reflejos y sentimientos humanos fundamentales hasta lograr el perfecto soldado, la máquina obediente capaz de cometer cualquier crimen en respuesta a la voz de mando adecuada.

Muy diferentes por su temática y por su estilo son los cuentos de Pía Barros, cuyo primer libro *Miedos transitorios* apareció el año pasado en Santiago. «Los pasos en el viento» gira en torno a la relación entre una adolescente y su madre, en un hogar donde el padre, por razones inexplic-

cadadas, se encuentra ausente por largo tiempo. Elvira, la adolescente, juzga con implacable dureza a su madre, que busca alivio transitorio en un desconocido, y luego la denuncia ante el padre cuando éste finalmente regresa, cansado y envejecido. El cuento finaliza con la imagen melancólica de las dos mujeres que esperan unidas, con la certeza de que el hombre jamás volverá.

«Se acabaron los cigarrillos», de Jorge Calvo, aparece como un relato simple y objetivo: una pareja que se encuentra en la cama, en una habitación miserable. Los personajes son él y ella, simplemente. No tienen nombre. El narrador es alguien que mira y escucha sin disponer de información previa ni proporcionársela al lector. Detrás del relato neutro de lo que sucede, sentimos la intensidad del drama chileno contemporáneo: el hombre sin trabajo; la mujer que lo mantiene todavía, al precio de cierta humillación, tal vez de una inevitable forma de prostitución. El diálogo, más bien monólogo de la mujer, no tiene tensión en apariencia. No se nos comunica cuál es la reacción del cesante cuya dignidad recibe un nuevo golpe. Al parecer, lo acepta con fatalidad. O más bien con una desesperación silenciosa que Jorge Calvo no describe, sino que nos deja imaginar o sentir, en la escena final relatada en forma casi telegráfica.

«Ella dice: —Ojalá no me despida— luego, mirando al hombre al otro lado de la habitación: —¿Y cómo te fue en el dato de la mañana?»

El se afirma en la perilla de la puerta.

Ella: —Pero, ¿a dónde vas?

El: —A comprar cigarrillos.

Y se apresura a salir cerrando despacio tras de sí.»

Ramón Díaz Eterović desarrolla sus cuentos en el tono de un soliloquio nostálgico y logra, especialmente en «Atrás sin golpe o la noche que Villablanca ganó el título mundial», conjurar un clima de melancolía colectiva, que parece ser también un sentimiento recurrente en este tiempo.

«Más tarde fue lo otro que tampoco olvido, Villablanca en el ring mirando hacia todos los rincones del desolado Caupolicán mientras Serrano —que por algo era el campeón—, se hacía esperar, y una cámara de televisión buscaba el mejor ángulo del chileno, sin atreverse a mostrar las apesentaduras desiertas ni el nervioso paseo del rollizo promotor alrededor del ring, a cada momento más arrepentido del negocio. Cuando al fin el campeón hizo su entrada abriéndose paso por entre las sillas que rodeaban el cuadrilátero, se escuchó una leve silbatina que apenas logró apagar el ruido que hacía la lluvia cayendo sobre el techo del estadio. En una de las galerías se levantó una bandera chilena que se movió monótonamente mientras duró la ceremonia de presentación de la pelea.»

Al final, la victoria del chileno se produce en una especie de anticlímax, bastante semejante a lo que ocurrió en la realidad con este título de campeón mundial logrado como a desgana, que nadie en Chile tomó totalmente en serio y del que Villablanca en definitiva fue despojado, sin demasiada protesta, para hundirse de nuevo en el anonimato de su pobreza suburbana. En toda la historia hay algo profundamente chileno y doloroso

so, la evocación del largo rosario de nuestras victorias morales, derrotas inapelables y sueños truncados, que Ramón Díaz Eterović comunica como sin querer, en su manera coloquial y suelta.

«Anochece en la ciudad», de Diego Muñoz Valenzuela, acomete un tema difícil: un centro de torturas del régimen. La narración es compleja, avanza simultáneamente en varios planos: el del prisionero torturado y abandonado a morir en una celda; el de los padres que buscan a su hijo detenido y desaparecido; el de la mujer que tiene pesadillas; el de la vecina solterona que durante meses observa lo que ocurre en la casona:

«Durante el día no se notaba movimiento; en la tarde comenzaba el desfile de autos nuevos y furgonetas, jamás alguien a pie. Era muy extraño. Y esas largas antenas de los vehículos, como las que usan los radiotaxis. La mayoría de los coches tenían matrícula extranjera o de provincia; otros no portaban patente o un estratégico brochazo de pintura la ocultaba totalmente.»

Una imagen final estremecedora: la del furgón que avanza en la noche, por la calle vacía.

Otros cuentos de esta antología merecerían sin duda comentarios especiales. Por ejemplo, «El gato de la esquina», de Gregory Cohen, que nos sitúa eficazmente en el mundo y en el ángulo visual de un niño enfrentado a la experiencia de la muerte de los seres más queridos. «Armadura», de Ana María del Río, que registra un movimiento reivindicativo, una huelga de brazos caídos, que termina inesperadamente por decisión de los implacables jefes gringos, en horrenda ejecución. «Ciencia de pájaros» y «Tres músicos callejeros tocaron una serenata en el Cerro Alegre», de Carlos Franz, son relatos de rara perfección, en los que cada detalle aparece registrado con precisión alucinante.

En fin: digamos que todos y cada uno de los trabajos incluidos en *Contando el cuento* son dignos de análisis y exhiben méritos diversos. Así, Eduardo Correa, con sus relatos introspectivos; Alvaro Cuadra, que corporiza una pesadilla compartida por muchos en «El ascensor»; Sonia González, con sus historias entretejidas; Edgardo Mardones con su irónica «Caperucita desnudando al lobo»; Juan Mihovilović, experto en nostalgias, evocando dolorosamente la adolescencia; Antonio Ostornol que en «El hijo de Marcial» enfoca desde un ángulo personal, desde la intimidad de una mujer, una situación posible, producto de este tiempo; José Paredes que describe en «Toples» el espectáculo cruel que solaza a los torturadores; Roberto Rivera, con sus estampas de un exilio bonaerense...

En suma, un libro denso de emociones, de realidades y de promesas. La evidencia de una degeneración de escritores de la que Chile puede esperar el surgimiento de una gran literatura.

Otro modo de contar la Historia

AUGUSTO SAMANIEGO

La obra de Fernando Ortiz Letelier, *El movimiento obrero en Chile, 1891-1919** contribuye con particular fuerza a restablecer y a dinamizar un aspecto esencial de la práctica de liberación y, a la vez, de construcción de la conciencia nacional del pueblo chileno. Práctica de liberación y afán necesario de encuentro con la identidad cultural que se expresan en el más integral de los esfuerzos humanos: el combate por el conocimiento, la disposición a aportar al saber científico absolutamente ligada a la acción social transformadora de la sociedad.

Tal actitud ante el conocimiento —la perspectiva vital, individual— colectiva, de vivir y apropiarse de la dialéctica, entre *teoría y práctica*— ha sido impugnada, demonizada hasta el martirio, por las fuerzas de la opresión. En nuestra América cuando nos aproximamos al cumpleaños de cinco siglos desde el descubrimiento del «Nuevo Mundo», es bueno, tal vez, recordar aquellas batallas por *pensar y realizar* la historia que protagonizaron los primeros americanos llegados de España, y recordar que sintetizaron sus luchas por la historia en la superior acción por lo que contemporáneamente entendemos como Derechos Humanos, proyectándolos a la defensa de los Derechos de los Pueblos, de las masas amerindias sometidas a los encomenderos, exterminadas por el régimen de trabajos forzados con el cual el sistema postfeudal contribuía a la acumulación originaria del capital, volcando las riquezas de América para el mejor despegue del sistema capitalista en Europa. Tal como el obispo de Chiapas, Bartolomé de las Casas, defensor de los indios, otros desplegaron la fuerza humanista de la conciencia cristiana. Hicieron con sus actos Historia y la escribieron actuando. En 1544, por ejemplo, llegó a América el padre —también dominico— Antonio de Valdivieso. Fue el primer obispo de Nicaragua. En carta al Rey denunciaba: «Majestad, mis cartas son tan sospechosas que temo que no lleguen jamás a su destino, o si llegan que no provoquen persecuciones. Os escribo para que sepáis cuán grande es nuestra necesidad de buena justicia. Los indios son aquí de más en más oprimidos». Las crónicas cuentan el asesinato del Obispo, el 25 de febrero de

* Ediciones Michay (Col. Libros del Meridión), Madrid, 1986.

Augusto Samaniego es profesor de Historia. El presente texto fue leído por él en el acto de lanzamiento del libro de Fernando Ortiz Letelier, realizado en los salones de la Sociedad de Escritores de Chile en Santiago.

1550: «... un soldado fue enviado con otros varios hasta la casa del Obispo y sin temor ni respeto por lo sagrado, lo laceraron a golpes de puñaladas». Podríamos pensar en el asesinato del obispo Romero de El Salvador, en nuestro presente.

¿Dirán, algunos, «nada nuevo bajo el sol»? ¿Incitarán, así, al «realismo» para esperar que los opresores se sientan muy seguros de que nada cambiará las leyes que ellos imponen, para morigerar en algo la opresión?

Aún mucho después del siglo XVI ha perseverado la dificultad por entender ese camino dramático del conocimiento vinculado a la práctica social, que los americanos debemos recorrer con denodado ahínco. Se dice que un filósofo esclarecido y progresista como Bertrand Russell, justificó la total omisión de América Latina en sus reflexiones acerca de la filosofía universal, porque estimaba que nuestro subcontinente «aún no había pensado». La verdad es que nuestros pueblos han luchado por subsistir y mejorar su existencia, romper un pasado de esclavitud indígena y negra; hacer frente a los efectos disgregadores de la colonización y del hegemonismo imperialista, al traslado mecánico e impositivo de formas políticas, cánones de pensamiento, instituciones y sistemas socio-políticos. El pensamiento latinoamericano se ha forjado como acción transformadora de nuestra realidad y con ese Norte se ha nutrido de la cultura universal. Aportando, a su vez, a ese patrimonio humano realizaciones de liberación: desde los argumentos del padre Las Casas sobre el «derecho de gentes», es decir, derechos de los individuos y de los pueblos, hasta las revoluciones antiimperialistas y la búsqueda incesante de una democracia y justicia social verdaderas.

Pienso que aspectos como los indicados, que aluden a las regularidades del empeño por el conocimiento científico se condensan y ponen a prueba en una obra sobre la historia del movimiento obrero en Chile. El joven Fernando Ortiz, recién egresado de la Universidad de Chile, escribe esta obra consciente de que «la historia social de Chile recién empieza a estudiarse». Y destaca de inmediato el compromiso gnoseológico que el estudio de la historia tiene con el futuro. Afirma, desde sus concepciones filosóficas que ni a la clase obrera naciente en Chile en el siglo XIX, ni a la teoría revolucionaria del marxismo les es indiferente el legado histórico del pensamiento progresista de los hombres y las clases que realizaron antes tareas de progreso. Desde el epígrafe del capítulo I busca identificar conductas y prácticas que surgen desde las fracciones más avanzadas de la burguesía chilena. Cita a diputados liberales (Maximiliano Ibáñez) o conservadores (Francisco Antonio del Campo) cuando afirman a fines del siglo pasado: «... llegarán a agotarse las riquezas producidas por las minas del salitre... y se nos preguntará: ¿qué hicieron los miles de millones que hemos sacado de Tarapacá?» (Ibáñez), y luego: «En esas regiones —el Norte de Chile— campea libremente el extranjero explotador, para quien no hay otra ley que esa que inspira su interés insaciable» (del Campo).

La investigación de Fernando Ortiz profundiza en el agotamiento de la conciencia nacional, que anidara con pujanza especialmente en el sector

minero de la burguesía chilena. La guerra civil o contrarrevolución de 1891, sustentada por el imperialismo inglés, entrega el proletariado balbuceante las tareas históricas esenciales de articular las metas y los medios para la defensa de los derechos de los explotados y desbrozar día a día el camino del desarrollo nacional democrático, en el cual la soberanía popular cobre realidad y la justicia económica y social posibilite que el «progreso» sea vivido por las mayorías. En efecto, la prensa obrera hablará del mito de las inversiones extranjeras. *El defensor de la clase proletaria*, de Iquique, dirá en julio de 1905: «... hemos sostenido que lo que se llama «protección» a estos países vírgenes de América, llevando gruesos capitales, no es otra cosa que burda explotación de las riquezas con que la naturaleza dotó a esta preciosas tierras». *El proletario*, de Tocopilla, amplía esa reflexión enjuiciando las consecuencias políticas de la expansión del capital imperialista, por ejemplo, a través de la política del *big stick* que siembra invasiones norteamericanas en Centro América y el Caribe, en 1913.

Fernando Ortiz se propuso iniciar su investigación siguiendo el eje de las condiciones de existencia, luchas y creaciones organizativas, socioculturales y políticas de la clase obrera en las ciudades y concentraciones mineras, precisamente en el punto cronológico alcanzado antes por su profesor Hernán Ramírez Necochea. Arranca así del 1891, hito de plasmación de la hegemonía del capital imperialista y frustración de las perspectivas de desarrollo económico relativamente autónomo representadas por José Manuel Balmaceda. Cierra el período de estudio con el triunfo de Arturo Alessandri, contextualizando un momento de eclosión de fuerzas sociales como la propia clase obrera y sectores medios, funcionarios e intelectuales, que pondrán en crisis el sistema de dominación oligárquico tradicional mediante las demandas democratizadoras que sacuden la primera y segunda década de nuestro siglo.

Su aporte a la historiografía se hace específico en múltiples temas. Esclarecedor en cuanto a la formación de trusts y monopolios salitreros, como The Lautaro Nitrate Co.; las actitudes de los partidos políticos de entonces, y de la prensa nacional ante los problemas cruciales de la Nación; las formas de penetración del capital norteamericano de William Braden en el cobre chileno. Su descripción, sintética y bien fundada en índices de producción razonados, acerca de la crisis agrícola, insinúa la relación campesinado-proletariado y el lugar de las luchas contra el latifundio en el avance democratizador del país.

Una idea-fuerza guía la investigación, que el autor define así: «... dar a conocer los antecedentes generales de la cuestión social en Chile en el período 1891-1919, período del parlamentarismo, del auge del salitre y de la penetración de capitales extranjeros». Para agregar: «Chile se destaca en el Hemisferio por su acendrada conciencia democrática; descubrir sus raíces constituye, a juicio nuestro, el más apasionante de los problemas. Esta tesis pretende reunir materiales que faciliten la tarea de los estudios de nuestra realidad social».

Efectivamente, lo que pudiera haber sido considerado una hipótesis que-

da probado —estimamos— por la historia del movimiento obrero chileno. La clase obrera chilena ha actuado como el sector más consecuentemente democrático desde su origen, como el único capaz de convocar, organizar y dinamizar a las diversas clases y capas de la sociedad interesadas objetivamente en preservar y ampliar una convivencia nacional en libertad, desplazando el poder ilegítimo de los monopolios, las relaciones de dependencia impuestas por el capital transnacional, las instituciones obscuras ante el poder dictatorial.

La conciencia obrera expresa en cada momento histórico el potencial máximo de construcción democrática y a través de esa racionalidad y la praxis social, va desarrollando su proyecto histórico revolucionario.

En 1888, el periódico obrero *La Dinamita* pregunta, de cara a las condiciones de vida de la mayoría de los chilenos: «¿Quiénes son los responsables de estos hondos males? ¿A quién atribuir las desgracias y miserias que aquejan a nuestro pueblo? Los datos del autor precisan la situación demográfica y ocupacional del proletariado. Ahonda en los sistemas de «enganches» para proveer la mano de obra en los minerales; las relaciones mutuas entre obreros chilenos, bolivianos y peruanos en el salitre; la cesantía ligada a los ciclos de crisis del capitalismo internacional y sus efectos agudos en nuestra economía dependiente; el estudio de los salarios por ramas de producción tiene un inédito valor histórico; el análisis de las jornadas de trabajo permite perfilar mejor el trabajo femenino e infantil. La síntesis histórica permite apreciar «la cuestión social» a través de la canasta de consumo popular y los ingresos. El auge urbano y manufacturero lleva al autor a dedicar atención a los antecedentes de trabajo, el problema de la vivienda y la delincuencia.

Las luchas y organizaciones del proletariado de 1890 a 1910 obtendrán la respuesta de represión mediante la cual el poder oligárquico entiende afirmar su estabilidad. Los intereses de clase que sustentan la antidemocracia afirman, en 1908, en la Cámara de Diputados: «El fin primordial de un gobierno debe ser amparar la propiedad, la vida y el orden social». Tal «programa» pretende anular al movimiento obrero, cuando en 1907, más de treinta mil trabajadores habrán ya celebrado el Primero de Mayo en el Parque Cousiño de Santiago, y miles de calicheros habían sido ametrallados en la Escuela Santa María de Iquique. No es ésta una historización «tendenciosa», unilateral. Fluye de los antecedentes la diferenciación de actitudes frente a la magnitud del conflicto social. Se nos explica, por ejemplo, cómo en 1903, ante la huelga del puerto de Valparaíso, *El Mercurio* acusa al almirante Fernández Vial de ser «instigador y amparador de los huelguistas». Al contrario, la reacción homenajeará al general Silva Renard, luego de la masacre de Iquique. El rol y proyección nacional del movimiento obrero se esclarece en el estudio de sus iniciativas de defensa de la industria nacional, o por los derechos de campesinos y empleados, así como a través de un perfil señero de las organizaciones obreras femeninas que desde 1894 con la Sociedad Emancipadora de la Mujer, inician sus combates específicos de proletarias sometidas a la doble explotación

social y en virtud del rol supeditado que se asigna a la mujer en la sociedad y nuestra cultura.

La organización política de la clase obrera es el más temido entre los males que la dictadura actual se ha propuesto conjurar. Es una vieja historia. Es una antigua obsesión esa de anular por decreto la «lucha de clases» como si ésta no surgiera de la realidad objetiva de la explotación capitalista.

«La cuestión social no existe», afirmaba Enrique MacIver a inicios de siglo. «¿No existe la cuestión social donde el pueblo que pide justicia se le amordaza, se le sablea, se le encarcela y se le mata?», respondía el periódico *El Defensor de la clase proletaria*, en 1904. Y ese mismo año, Luis Emilio Recabarren profundizaba en un artículo publicado en *La Unión* y explicaba que «la cuestión social» no es una cuestión de estómago, ni se resuelve históricamente con alzas de salarios, etc. «La cuestión social —afirma— existe y toma forma en donde existe una agrupación de hombres que aspire a la reforma del actual sistema social (...) No se resuelve con hacer pan, y los que hoy piensan así se alejan mucho de la solución de este problema que hoy produce en todo el mundo una constante intranquilidad». De allí que los núcleos socialistas revolucionarios bregaran desde el interior del Partido Demócrata por la acción política autónoma de los obreros. Crearán en 1912 el Partido Obrero Socialista, dándole la misión de una vasta acción de unidad social y política de los trabajadores manuales e intelectuales en pos de la democracia real, la superación del régimen explotador, y por el socialismo.

La herencia de Luis Emilio Recabarren y la generación del P.O.S. está vigente. Funda un proyecto histórico que despliega, al menos, tres aspectos:

1. El movimiento práctico impulsado por Recabarren está destinado a *organizar instrumentos de conocimiento y de acción*. Aprender la teoría científica del socialismo (lo universal), obliga a abordar la realidad concreta y a desarrollar ante ella soluciones que aseguren el avance del movimiento. Así, el conjunto de la acción establece interrogaciones y nexos dialécticos entre la experiencia y la teoría. Se trata de conocer los elementos dinámicos de la *formación económico-social*, hacia 1920 en profunda mutación y desarrollo. El desafío es desentrañar la madeja de las relaciones de explotación capitalistas y del imperialismo; preparar al proletariado, captar las aspiraciones de otras clases.

2. *El rol de la clase obrera*, su combate clasista y de contenido popular y nacional. La dialéctica entre el momento de su acción autónoma y la construcción de las alianzas, el proyecto unitario de las clases subordinadas. La experiencia viva del proceso concatenado desde la ruptura con el PD al POS y PC. El camino de las Mancomunales a la FOCH. En fin, los caminos que llevaron a que la Unión de Asalariados (USRACH) surgiese como alternativa popular —en las elecciones de 1925— ante la oligarquía, prefigurando las victorias populares de 1938 y de la UP en 1970. Una perspectiva de luchas y unidad del pueblo para las transformaciones democráticas y revolucionarias.

3. *La concepción del partido*, de sus deberes de dirección de la clase,

expresa la culminación de las tareas fundadoras. Papel de dirección que supone el progreso de la teoría revolucionaria en relación directa con el curso de la lucha de clases y los problemas de la formación económico-social. Proyecto histórico significa dominar, ofrecer soluciones a aquellas contradicciones.

Es evidente que la dedicación a estudiar la realidad, a entender las formas de la dominación económica, política e ideológica enseñada por Recabarren, fructifican enriqueciendo el análisis durante la nueva etapa que se abre en la década de los 30. Es notorio que esas nuevas capacidades de adecuar la lucha, la política obrera, a la realidad nacional, se expresan principalmente desde el interior de las organizaciones de clase. La conferencia del PC de 1933 inició la caracterización de las fases y objetivos del cambio revolucionario; considerando la entronización del capital imperialista norteamericano, la crisis agraria, la industrialización, la profundidad de la crisis socio-política y los efectos de ello en la disposición de las clases y sus representaciones ideo-políticas. El surgimiento del Partido Socialista (1933) es reflejo de esas mutaciones y contribuye a precisar la dinámica plural de la lucha de los trabajadores y del rol de los destacamentos obreros. Lo esencial —aún experimentando contradicciones—, es que la actividad comunista y socialista responderá al legado, abriendo paso al proceso unitario de la clase y de amplios sectores explotados.

De igual manera, la esencia del legado expresa que el proyecto revolucionario no pueda ser sino *ruptura de las relaciones capitalistas. Realización del socialismo*. Señaló los derechos del pueblo y el deber del movimiento revolucionario de poner a prueba, en cada fase, su capacidad para resolver en favor del pueblo la crisis de la dominación burguesa y de la sujeción al imperialismo.*

Este aporte de Fernando Ortiz al conocimiento de nuestra historia cumple con su objetivo de contribuir a que midamos las raíces de la conciencia democrática en tanto clave de nuestras tareas por la justicia social y el desarrollo para todos los chilenos.

La vida entera de Ortiz es testimonio de amor al pueblo y de consecuencia libertaria y democrática. El joven provinciano abrazó, razonando el conocimiento y practicando sus ideas de progreso, la causa de la transformación revolucionaria de la sociedad. Generaciones enteras de chilenos lo conocieron como dirigente estudiantil comunista, defendiendo desde la Federación de Estudiantes de Chile el papel de la universidad contra los embates antidemocráticos, denunciando la llamada Ley de Defensa de la Democracia que a fines de la década de los 40 pretendiera excluir de la vida nacional a un sector de los chilenos. Esos intentos fracasaron y fracasarán. Los golpes de la dictadura han hecho de nuestro maestro Fernando Ortiz un desaparecido, pero nada podrá impedir que las actuales generaciones de estudiantes aprendan de su ejemplo ciudadano y de su legado como investigador.

* V. «El legado de Recabarren», en *Araucaria*, núm. 19, Madrid, 1982, pp. 59-78.

Fernando Ortiz fue, como se sabe, un dirigente académico destacado del proceso de reforma universitaria, y supo ver con claridad en esta tarea el papel que la Universidad debe jugar, desarrollando conocimiento y formación científica y profesional para ponerlos al servicio de un desarrollo nacional independiente.

En 1972, cuando las fuerzas conservadoras que ya se preparaban para prohiar el golpe de Estado, arremetían contra la Reforma Universitaria, Ortiz escribía: «Nuestra lucha no es sólo contingente. Se expresa con fuerza en relación con los contenidos del quehacer académico... En el plano de la lucha ideológica, la influencia del marxismo avanzará como fundamentación científica del conocimiento. Pero el marxismo no triunfará en la Universidad por decisiones administrativas. Entrará por la puerta ancha del conocimiento científico, por su validez en la experiencia histórica del pueblo chileno, por el grado de compromiso y madurez creciente del estudiante, docente, funcionario universitario». El combate por restaurar la universidad autónoma, pluralista, científica y abierta al servicio de los intereses de Chile, es parte sustancial del ejemplo que nos deja Fernando Ortiz. En verdad, movimiento obrero y movimiento universitario están estrechamente vinculados a la hora de tener que batallar por el progreso y por la reconquista de nuestra democracia.

Las memorias de Clodomiro

VOLODIA TEITELBOIM

Plinio el joven le decía a Tácito: «Si tú no has hecho cosas dignas de ser escritas, escribe el menos cosas que sean dignas de ser leídas». Clodomiro Almeyda ha vivido una existencia que vale la pena ser contada y la ha vaciado en una autobiografía que merece ser leída. De un tirón hemos devorado su *Reencuentro con mi vida*, en la ediciones del Ornitorrinco, publicadas en Santiago. Sus palabras preliminares son tan frescas que las escribió en Chile Chico el 27 de marzo de 1987 y terminan con una declaración que compendia en cinco vocablos escuetos la psicología del personaje y el templo de su carácter: «Pero estoy aquí. He triunfado». Comprendemos su euforia. Por el momento su triunfo, que considera vital, consiste en haber retornado a sus raíces, «a lo que es más mío y de lo que se pretendió separarme y alejarme para siempre».

En un país donde las autobiografías son escasas y más raras aún las de los políticos, este libro —como *Algo de mi vida* y *Santiago-Moscú-Santiago*, de Luis Corvalán— no ambiciona sentar cátedra de estética. Carece de pretensiones estilísticas pero no está escrito a matabalho ni con-

cebido a la diabla, sino con el respeto que se debe al lector y también a la verdad.

En sendos casos la sustancia es el combate. De esta manera, enfrentando la máquina de escribir, componen una página necesaria de la historia de Chile.

Ambos escriben un poco como se habla, con naturalidad. La elocuencia nace de los hechos que se relatan.

Alguien ha dicho que la vida no es una comedia en tres actos. La de cualquier revolucionario a menudo bordea el drama y en algunos casos la tragedia. Pero su actitud ante la sociedad y su conciencia eliminan el pesimismo y confieren a su voz el ímpetu de lo que se ha denominado, con frase ya estereotipada, aunque siempre exacta, «optimismo histórico».

Clodomiro Almeyda es un apreciable sujeto que cuando toma la palabra se expresa con abundancia y precisión. Su mundo interior se manifiesta en un temperamento extrovertido. Pero habiendo participado en millares de discusiones, incluso nocturnas, que, al parecer, le gustan, escucha siempre atentamente al interlocutor. Es un dialoguista culto y fervoroso.

Por lo general los llamados hombres públicos chilenos, y también extranjeros, recubren su privacidad con un biombo. Y más inusitado aún es que revelen el secreto casi siempre celosamente guardado de su aventura personal, por no decir íntima.

Ahora, por fortuna, Clodomiro Almeyda ha cedido al placer, a la tentación y a la conveniencia de la autobiografía, como un aporte indispensable para restaurar la imagen de un socialista muy esforzado y consecuente, de un revolucionario que ha recorrido varias veces el mundo, no como un millonario del aire ni del dinero, sino proclamando claramente noche y día sus convicciones. Su odisea, individual y colectiva, es bien representativa, por otra parte, de los avatares sufridos por nuestro pueblo.

El libro nos brinda otro encanto particular: la sinceridad, capaz no solo de la autocrítica, sino también de la sonrisa leve o mordaz de la autoironía. El género encierra un peligro conocido: el que cuenta su vida es difícil que pueda esconder el amor por sí mismo. La egolatría es fea y conduce fácilmente al ridículo. Estas reminiscencias están escritas según la ley del distanciamiento. Clodomiro se mira como si fuera otro. En 350 páginas ha dejado correr el flujo de su memoria. Evoca hechos, personajes, ambientes, pero también deja un sitio a la digresión, que enriquece el suceder vertiginoso del acontecimiento. La obra ceñida a un orden que va desde las remembranzas de la edad de la inocencia hasta el epílogo, está sensiblemente marcada por el sello del exilio.

A pesar de que conozco a Clodomiro Almeyda desde hace muchos años y hemos coincidido en múltiples ocasiones, sobre todo en reuniones y actuaciones políticas, cuando vivíamos en Chile y más frecuentemente aún en el largo destierro, tengo que confesar que con este libro he aprendido muchas cosas sobre él que no me las imaginaba. Se trata de una visión autobiográfica real, un autorretrato sin narcisismo. Es una obra sometida

a la comprensión de la quintaesencia. Por encima de la fragmentación de lo mucho acaecido a través de más de medio siglo, el poder de síntesis proyecta la totalidad centralizada de una imagen y de una trayectoria unitaria decorosa. Naturalmente, como corresponde a la materia, se seleccionan momentos privilegiados por ser fundamentales. En esta retrospectiva, que va desde los descubrimientos iniciales, desde el asomarse al universo diáfano de la infancia a la palpitación inquieta de la juventud, y abarca las peripecias de una zarandeada madurez, se configura la fotografía moral de una personalidad caracterizada por el fuego de las ideas asociadas al acto ciudadano constante. En la fisonomía legible de este rostro se pone de relieve que se trata de un individuo que tiene un motor que trabaja incansablemente, movido por una voluntad indomable de cambiar para mejor la suerte del pueblo chileno.

El hombre es trascendente y se hace una pregunta simple y muy compleja a la vez: «¿Por qué estoy aquí, en Berlín, y no en Chile? ¿Por qué se me impide vivir en mi país? ¿Por qué hago lo que hago? ¿Por qué pienso lo que pienso? ¿Por qué, en fin, he respondido al desafío de la realidad en la forma en que lo he hecho?»

Como cualquiera podrá apreciar, el autocuestionario arremete de frente. En ese soliloquio ensaya las respuestas. Las condensa en una fórmula definitoria: «... Percibo mi presente como producto de la trayectoria de una vida individual instalado plenamente en el torbellino de los conflictos humanos, los de mi país y los del mundo entero».

El prólogo habla también de ciertas mudanzas en su situación. Culmina con una nueva pregunta, a la cual da respuesta de inmediato; «¿Por qué publicar estas reflexiones? Porque todos sentimos la necesidad de expresarnos ante los demás. Yo no puedo hacerlo viviendo en Chile, compartiendo y luchando con su pueblo, que es la forma más auténtica de hacerlo. Por eso lo hago desde afuera, narrando algo de lo que he vivido en Chile y en el exilio, tal vez para afirmarme como persona, quizás también para ayudarme a comprender mejor Chile. Y, sobre todo, para suplir la forzada ausencia de la patria. Porque pensar y contar lo que uno ha sido en Chile es también una manera de estar presente». Eso fue hasta ayer.

Ahora está más presente, porque, relegado y todo, hoy vive adentro. Ello lo obliga a manuscibir apresuradamente, desde las orillas del lago General Carrera, en la Patagonia chilena, nuevas palabras introductorias, para anteponerlas al prólogo, señalando en ellas que su exilio ha terminado. Le deseamos de todo corazón que así sea, en definitiva. Sin duda su valiente determinación, como la de Mireya Baltra, Julieta Campusano, Gustavo Ruz, Isabel Parra, de volver, pese a todos los rescriptos de la Junta, a la patria en que vieron la luz, abre una grieta en el muro ciego y herrumbroso del exilio.

Quien lea este libro se topará no sólo con un hombre sino con un gran trozo de la historia de Chile. Es muy decidora la parábola de su temprana evolución. El niño, en el Liceo Alemán de Santiago, camina desde un conservantismo católico hacia una concepción más abierta, para llegar, cuan-

do joven, al marxismo, impactado sobre todo por la Guerra Civil española y el Frente Popular. Se define como proveniente de un hogar de la clase media acomodada, de ámbito intelectual, puesto que su padre, ingeniero fue un destacado profesor de Matemáticas y Física en la Universidad de Chile, autor de textos e investigador. Su abuelo paterno también atendió las mismas asignaturas y respondió a parecidas vocaciones. La historia de la pasión política de Clodomiro nos revela que la batalla ideológica tuvo por teatro su propia conciencia, donde, desde su adolescencia, pugnó por abrirse paso el pensamiento revolucionario. Su incorporación a la Universidad coincide con la definición socialista.

Estas páginas están pobladas por escenas coloridas e imágenes sin estiramientos. Presentan un animado desfile de sus camaradas, así como de gente de izquierda y de derecha. El libro no es un tribunal, en que el autor ajuste cuentas políticas. Está escrito con altura y con la perspectiva que da el tiempo. Habla, tono objetivo, y a rato nostálgico, de tres figuras muy diferentes del socialismo chileno, Raúl Ampuero, Salomón Corbalán y Eugenio González.

El político ha coexistido en su personalidad codo a codo con el profesor universitario y el sociólogo de avanzada.

El capítulo octavo se titula «Junto al Presidente Allende». Subraya que tuvieron distintas maneras de «acceder culturalmente al socialismo». Una amistad que no existía se transformó en colaboración leal y profunda, sobre todo cuando Clodomiro Almeyda se desempeñó como Ministro de Relaciones del gobierno de la Unidad Popular. Realizó una labor inteligente y de gran seriedad. El libro no oculta los errores que se cometieron en esos tres años. Los analiza como científico militante. Dicha opinión deber ser tomada en cuenta para diseñar mejor el futuro democrático de Chile. Allende le tuvo tanta confianza que lo designó Vicepresidente de la República cuando concurrió a la asunción del mando de Héctor Cámpora en Argentina.

Prisionero de la Junta, hizo su via crucis por cuarteles, cárceles y campos de concentración. Estuvo en la Escuela Militar, en la Isla Dawson junto a esclarecidos dirigentes populares y ministros: en el Tacna, Ritoque. Fue expulsado del país en enero de 1975. Comienza entonces una nueva y febril etapa como alto dirigente de la entonces Unidad Popular y luego como Secretario General del Partido Socialista

Ha conocido a fondo las entrañas del exilio, con todos sus problemas. Tiene autoridad sobrada para sostener que «el exilio chileno es un exilio comprometido. Es un exilio en el que Chile está presente en todo momento. Y lo que pasa o no pasa en Chile determina el ritmo de su vida, su estado de ánimo: lo que hace o no hace la inmensa mayoría de los expatriados...»

Hay compatriotas que cuando vuelvan, por algún mecanismo psicológico, olvidan rápidamente el ostracismo. Esto es bueno cuando se reincorporan de modo orgánico a la vida del país. Es malo cuando se sienten viviendo lo que algunos llaman «exilio interno».

Clodomiro Almeyda, que hizo de la deportación no un motivo de sole-

dad y de inercia, sino que lo convirtió en una fuente formidable de dinamismo, ha retornado para seguir luchando por la unidad socialista-comunista, por el Movimiento Democrático Popular, por la izquierda chilena, desplegando también los más tesoneros esfuerzos por la convergencia de una oposición que, a pesar de tantos años, de tantas amargas lecciones y duros reveses, todavía no aprende la obligación histórica del consenso.

La dictadura quiere imponerle un nuevo cautiverio, encerrándolo en los límites estrechos de un pueblo lejano, de difícil acceso.

Todos reclamamos su sagrado derecho a vivir en Chile sin que se le fije residencia forzosa ni se coarte su movimiento. El clamor del mundo, donde Clodomiro Almeyda tiene un prestigio bien ganado, puede contribuir a lograrlo. Así estaría en situación de escribir un tercer prefacio a su autobiografía, que confirme la declaración triunfante con que cierra sus palabras preliminares. Porque, al fin y al cabo, como Allende lo dijera, la victoria será del pueblo. La forjarán los combatientes.

PERSONAS Y NO-PERSONAS

— *De acuerdo a lo que Renovación Nacional está pidiendo, si se aplica integralmente el artículo octavo de la Constitución, Juan Pérez, militante del partido socialista de Almeyda ¿puede votar?*

—No, porque estaría privado de sus derechos políticos.

—*¿Puede ser profesor de una escuela, trabajar en un correo o en otra repartición pública?*

—No, porque en esos lugares podría divulgar su doctrina totalitaria.

—*¿Puede trabajar en el POJH?*

—Pienso que sí, y puede casarse, vivir en su patria, formar patrimonio y educar a sus hijos.

(Opiniones de Ricardo Rivadeneyra, presidente del Partido de Renovación Nacional, soporte político de Pinochet. *Apsi*, n.º 207, 29 de junio-5 julio del 87).

...en el momento en que se está celebrando el Congreso de la
...de la Unión Soviética...



...de la Unión Soviética...
...que hizo de la deportación de un argentino de sus...

CLAUDIO PERSICO P.

Evocación de Ignacio Valenzuela

Los días 15 y 16 de junio de este año, Santiago fue testigo de uno de los peores hechos vividos por los chilenos en la ya larga cadena de horrores que vienen soportando. Doce personas fueron fría y deliberadamente asesinadas en diversos puntos de la ciudad. Se trataba de la «Operación Albania». Así fue anunciada, como si se tratara de una simple movida de piezas en el ajedrez criminal que la dictadura viene practicando, desde hace catorce años.

Uno de los asesinados fue Ignacio Valenzuela, economista, ultimado en plena calle, cerca de su casa. El texto que sigue fue leído en Madrid, en un acto realizado por grupos de exiliados chilenos.

Ignacio Valenzuela ha sido y es un héroe en todo el sentido de la palabra. De aquellos cotidianos, los que caminan con paso firme y seguro por todas las avenidas de la vida. Las modestas, las humildes y también las más iluminadas y esplendorosas.

Ignacio fue un héroe en vida, aunque su figura se agiganta con su muerte. Atroz e injusta, como todas las que ha gestado el fascismo en nuestro país. Esta vez, agregando el horrible antecedente de la masacre colectiva, a mansalva y eligiendo como blanco a doce jóvenes, algunos casi niños.

Recuerdo a Ignacio hace ya muchos años, con sus ojos iluminados, intensamente claros. Casi tanto como sus ideas que sustentaba y defendía cuando le conocí. Desde entonces, lo ví preocupado de una verdad gigante, inmutable: que las revoluciones había que defenderlas, y que en la lucha contra Pinochet había que incorporar formas nuevas, siempre... siempre con audacia. Y decía él, que sin descartar a nadie, los jóvenes tenían que ser los primeros en alegrar la

lucha con coraje, con decisión y audacia. Sus palabras me impresionaron entonces, lo mismo que sus gestos expresivos y entre ellos, sus ojos que miraban al futuro. Aquella vez, durante el invierno de 1978, me pareció una persona excepcional.

El fue el primero en muchas cosas. Hoy me acuerdo cuando al año siguiente, como profesor ayudante en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, nos hacía clases. Fue el mejor alumno de su generación, y aquella era una generación excepcional. Quizás el mejor y más brillante alumno que haya pasado por la Escuela de Economía. Así lo testimonian, sus colegas, que en carta colectiva a la revista *Apsi* han destacado su inmejorable trayectoria académica y profesional. Eso fue tal vez lo que hizo que la dictadura no pudiera negarle el derecho a hacer clases. Fue el primer profesor a quien oímos hablar de la explotación, del capitalismo para criticarlo y desnudar sus injusticias. Cuando, decir entonces verdades en la universidad intervenida por

los generales era más peligroso que hoy, Ignacio no claudicó e hizo entrar a esas aulas frías e impermeables, las verdades que ya sufría el pueblo allí afuera. Fue un curso inolvidable; en él aprendimos a mirar las cosas de otra manera, a no perder jamás de vista la perspectiva de clase que tiene la economía y toda la ciencia social. Eso nos lo enseñó él. Pero, pienso que lo que más aprendimos entonces fue de su consecuencia, de su inmenso coraje y la pasión que él ponía en defender verdades. Allí nació una amistad y una complicidad que duró hasta siempre.

Al año siguiente, sin sumario ni razón alguna fue expulsado de la universidad como docente. Nosotros seguimos, y él como amigo y compañero nos guió en todo lo que vino después. A él le habían correspondido tareas mayores pero nunca abandonó la labor de contribuir con sus conocimientos a la formación de los demás. Me acuerdo de él también, complementando sus múltiples actividades con el canto popular. Fue en los Festivales de Música y Canto que organizara la Agrupación Cultural Universitaria (ACU), en que junto a su compañera y su guitarra subió al escenario para contribuir desde una nueva trinchera a lo mismo: denunciar las injusticias, cantar a la vida y estimular la lucha contra el tirano.

Su paso por las Juventudes Comunistas como militante y dirigente está sembrado de hazañas y de frutos que nadie olvidará nunca. Creo que el nombre de Ignacio debe ser agregado al de Víctor Jara, Choño Sanhueza, José Weibel, Leandro Arratía, Alicia Ramírez, Manuel Guerrero, Ramona Parra y tantos otros.

De la misma manera, también fue el primero, junto a un grupo de compañeros economistas e investigadores en asumir una tarea algo olvidada estos años: el debate económico-ideológico. Debate como lo entendía él, de cara al pueblo y junto a sus organizaciones. Con Ignacio y otros compañeros nos dimos a la tarea de fundar el área de economía del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz, ICAL. La suya fue una aportación determinante. La nuestra, más modesta, siempre con los sentidos muy atentos, sobre todo para aprender de los maestros. Entre ellos, a pesar de su juventud, de aquella dolorosa juventud

que le arrebataron, estaba Ignacio Valenzuela.

Tampoco olvido aquellas reuniones privadas y públicas en que él defendía con calor, frente a nosotros y a otros colegas, y allí donde fuera, sus ideas. Él fue preclaro también cuando llegó hasta nosotros con el primer borrador de lo que llamaba el *Programa Económico Popular*, un trabajo de sorprendente lucidez. Apenas 30 o 40 páginas que condensaban magistralmente una plataforma económica que le daba contenido a la tarea de derrotar a la dictadura y alcanzar la liberación nacional. Ese documento ha quedado como testimonio de su excepcional capacidad. Es cierto, como dicen sus colegas en la carta a *Apsi* (entre los que hay muchos quienes podrían discrepar de sus ideas), que él trabajó en programas de la CEPAL, que realizó estudios de postgrado en la Universidad Complutense de Madrid y en Escolatina, que fue colaborador de la prestigiosa y seguramente más sólida publicación económica en español, la revista *Pensamiento Iberoamericano*, que trabajó en el Banco del Desarrollo, en Iansa, que era investigador y profesor del programa de economía del AR-CIS y que trabajó en el área de economía del ICAL. Su trayectoria académica sólo tenía sentido para él si estaba ligada a la práctica social. Creo firmemente que en Ignacio Valenzuela se concreta de un modo pedagógico lo que llamamos el intelectual comprometido con su pueblo, ave rara en nuestros días.

Sus participaciones en los equipos de trabajo del ICAL, eran esporádicas, pero recuerdo muy bien algunas de sus palabras. Él decía que no debíamos descartar jamás, a priori, la posibilidad que a la caída de la dictadura fuera el pueblo organizado y sus vanguardias quienes tuvieran la responsabilidad de reconstruir la vida y la economía nacional. Nos exigía a pensar en una plataforma, una alternativa de desarrollo no capitalista para Chile. No era iluso, estoy seguro. Comprendía perfectamente lo difícil de la tarea, lo duro que era el camino, pero también se daba cuenta como pocos, que era imprescindible. Estoy seguro que la fuerza de sus ideas, él las templaba en su incansable labor de trabajo revolucionario.

La dictadura afirma, como siempre lo hace en estos casos por lo demás, que Ignacio y el resto de los compañeros asesinados pertenecían al Frente Patriótico Manuel Rodríguez (F.P.M.R.). Sus colegas, en la carta mencionada señalan que él «tenía sus ideas políticas y muchos de nosotros podríamos discrepar de ellas. Pero eso no importa. Si existían cargos contra él debieron haberse usado las instancias jurídicas correspondientes».

Puedo afirmar con absoluta convicción, que no existía cargo alguno contra él. Que la dictadura, jamás habría podido probar uno solo de los acostumbrados cargos con que intentan empañar la muerte, y así la vida de tantos compa-

triotas. Debo decir también que es absolutamente falso que él llevara un arma o una granada como los sicarios y sus voceros informaron. El arma más temida por la dictadura que sí llevaba consigo, es lo que sus colegas definen como «su conciencia, su preocupación por la crítica situación económica, política y social del país», y el hecho que «siempre vinculó su trabajo con la suerte de los más postergados». Orgullosos de él quienes lo conocimos, más quienes fuimos sus amigos, orgulloso su padre cuando proclama en una entrevista que siente «admiración profunda» por su hijo, «y también, la gran responsabilidad de seguir la tarea de ser revolucionario y marxista como él lo fue».

Ejercicio del regreso

Enrique Kirberg

NOTAS DE UN DIARIO DEL RETORNO

El día antes que llegáramos a Chile, mi hija había recibido una carta firmada por el «Comando 11 de septiembre» en la que se leía:

«A todos los retornados extremistas les seguimos cada paso. No habrá perdón. A tí te está esperando José Manuel Parada. Y dentro de poco estarás junto a él. Por tu integridad física te conviene salir cuanto antes del país. Comando 11 de septiembre, sector 27».

Mi hija se dirigió a la Vicaría de la Solidaridad, cuyos abogados presentaron un Recurso de Protección a la Corte Suprema, que fue acogido y se ordenó protección, lo que se tradujo en un carabinero de «punto fijo» frente a la casa donde yo estuve.

Día jueves 19 de marzo de 1987.

Llegué acompañado de mi esposa por avión LAN, procedente de Montevideo, a las nueve de la noche, y no tuve dificultades en Policía Internacional. Una sorpresa nos esperaba: un grupo de cerca de 300 personas compuesto por estudiantes de la Universidad de Santiago (ex-Universidad Técnica del Estado, UTE), profesores, colegas ingenieros, amigos y parientes nos esperaban gritando y cantando. Había letreros dando la bienvenida al «Rector de la UTE» con banderas color naranja (color de la UTE). La mayoría de los muchachos debieron caminar al aeropuerto desde la última estación del metro pues no dispusieron de dinero para arrendar un bus, como

primero pensaron, ni podían pagarse el pasaje.

Después de numerosos y efusivos abrazos y entre gritos de la UTE, le hablé al grupo haciéndoles ver la emoción que sentía en un momento como aquel, les agradecí por la solidaridad desarrollada y me referí a la necesidad de exigir el fin del exilio. Allí habló también Osiel Núñez, quien fue el último presidente de la Federación de Estudiantes de la UTE de mi tiempo y con quien estuve preso. En un vigoroso discurso político denunció que yo ya había recibido una amenaza de muerte. Finalmente habló el actual Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Santiago, quien lo hizo con mucha emoción. Mientras él hablaba, había llegado un bus repleto de carabineros, los que rodearon a los asistentes; un oficial con escolta se acercó a escuchar los discursos pero no actuaron.

Luego se celebró un cóctel de bienvenida en casa de mi hija donde, pese a lo avanzado de la hora, llegó mucha gente. Allí me comprometieron a participar en otros actos.

Viernes 20 de marzo.

A las 7 p.m. estaba invitado al Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz, donde se realizaban un foro sobre educación. Estaba lleno de gente, se me tributó un cálido homenaje y tuve que hacer un discurso. Fuí saludado por el padre Aldunate y el escritor Francisco Coloane leyó un hermoso discurso. En sus intervenciones me saludaron los representantes de la Asoc. Andrés Bello de la Universidad de Chile, Asoc. Gremial de Educadores de Chile, Colegio de Profesores y la Conf. de Estudiantes de Chile. También se me pidió que grabara un mensaje para la FECH.

A las 9 p.m. llegó una delegación de dirigentes de la Federación de Estudiantes de la USACH (ex UTE) para llevarme al acto de clausura de la «Semana Mechona» que se realizaba en los recintos de la Universidad. Entramos en el automóvil y, contra lo que esperábamos, nadie nos interceptó. En un salón cerrado medio millar de estudiantes me recibió entusiastamente. Sobre el proscenio había un lienzo que decía: «Bienvenido Rector Kirberg». El Presidente de los es-

tudiantes no podía comenzar su discurso debido a los gritos y cantos y por el ya famoso grito de «Uri, urí urí...» con que comienza el simbólico grito de la UTE. En sus palabras expresó que saludaba al «verdadero Rector de la UTE». Luego hablé y les dije que habían encontrado al mismo estudiantado combativo, entusiasta y luchador por las causas justas que dejé en 1973. Fue una hermosa jornada que terminó, felizmente, sin incidentes.

Martes 24 de marzo.

A las 10 de la mañana, entrevista de la Revista *Análisis*. Luego, a las 13 horas, estaba invitado a la Universidad Metropolitana de Educación (Ex Pedagógico, en Macul) a un Vino de Honor que los estudiantes ofrecían a un centenar de profesores exonerados por el Rector de esa Universidad, que es un fascista. A la hora señalada los guardias cerraron las puertas de la reja y varios invitados se quedaron sin entrar. Pero luego, los audaces dirigentes estudiantiles nos introdujeron por una puerta de servicio. Este acto, desarrollado en el Casino de estudiantes, fue muy numeroso y combativo y —al parecer— mi presencia contribuyó a darle más combatividad. Hablaron estudiantes y profesores y allí también pronuncié un discurso.

A las 7 de la tarde se realizó el acto de recepción del Colegio de Ingenieros de Chile. Al decir de uno de los ingenieros fue el acto más grande que se hacía desde el golpe militar. En ese lugar encontré muchos colegas y amigos con quienes nos saludamos emocionados. Me esperaba una gratísima sorpresa: llegó Mario Baeza, el director del Coro de la UTE (de mis tiempos; luego disuelto por el coronel-rector) con unos diez integrantes del coro de aquella época. Todos se manifestaron muy cariñosos y parecían contentos con este reencuentro. Lo más emocionante fue que abrieron el acto cantando tan hermosa y afinadamente como antes. Habló Mario Baeza y luego me dedicó tres trozos musicales que se cantaban en nuestro tiempo: *Gaudeamus Igitur*, el *Ave María* y el *Himno de la UTE*, que ahora se encuentra prohibido. Hicieron uso de la palabra el presidente del Colegio, Genaro Arriagada, el ex director de la Escuela

de Ingenieros Industriales, Arsenio Fica, mi gran amigo el ex Ministro Sergio Bittar —quién hizo graciosos recuerdos de los tiempos de la Isla Dawson— y finalmente hablé yo para referirme especialmente al significado de la solidaridad.

Jueves 26 de marzo.

Este fue un día muy importante para mí, ya que había una invitación de la Federación de Estudiantes de la USACH y de algunos de sus académicos para visitar la Universidad a mediodía. Estábamos convencidos que la Universidad amanecería rodeada de carabineros y que se me impediría la entrada. También sabía que los estudiantes estaban dispuestos a realizar el acto «de cualquier manera», así es que estábamos un tanto preocupados. Desde el día anterior los estudiantes habían hecho propaganda por medio de carteles en la universidad en donde se llamaba a dar la bienvenida «el verdadero Rector de la Universidad». Por lo tanto era evidente que las autoridades y los guardias de la universidad estaban bien informados de la visita. Sin embargo... ¡nada pasó! Entramos al sector de la Escuela de Artes y Oficios y los guardas nada dijeron. El acto se realizó en el Casino, donde había unos mil estudiantes y otro tanto en los patios que no pudieron entrar por razones de espacio. Debo decir que fue muy emocionante volver a lugares donde yo había llegado por primera vez como estudiante en 1929 y que no veía desde 1973. El acto fue bullicioso y combativo. Habló el Presidente de la Federación, un docente y luego tuve que hablar yo. Hice recuerdos de lo que fue una universidad democrática y participativa y enraizada en el pueblo de Chile, de cómo dirigimos la UTE junto a los estudiantes, de los cursos de trabajadores y la extensión llevada a todos los puntos del país, especialmente a poblaciones, sindicatos y otros sitios donde la cultura había sido negada tradicionalmente. También recordé el asalto a la universidad y su cañoneo. Luego habló la autora teatral Isidora Aguirre quién dijo que ella podía ser testigo de la importancia que la antigua universidad daba a la difusión y ayuda del arte tales como los coros universitarios. (Coro UTE, de Química y coros en cada sede), el teatro (Teknos), el folklore (Inti-

Illimani, Quillapayún, Cuncumén, Víctor Jara, hermanos Parra, el grupo de bailarines, etc.).

El acto terminó con la actuación de un conjunto. Cientos de estudiantes me acompañaron hasta las puertas por la Quinta Normal y todos querían abrazarme o darme la mano.

Viernes 27 de marzo.

Ese día tenía lugar una vigilia de un día y toda una noche en apoyo de los profesores exonerados de diversas escuelas universitarias. Tuvo lugar en el Instituto Blas Cañas, pues era apoyada por la Iglesia. Se llevaron a efecto varios focos y asistieron algunas personalidades. Fuí un invitado a concurrir, lo que hice alrededor de las 9 de la noche acompañado de algunos profesores y sus esposas. Cuando llegué estaban los ex rectores Boeninger y Castillo Velasco, a quienes saludé. El orador, Manuel Antonio Garretón, suspendió su discurso para anunciar mi llegada a la audiencia me hizo una ovación. El foro continuó y a finalizar fueron presentados diversos dirigentes de organizaciones y personalidades donde me tocó hacer uso de la palabra.

Sábado 28 de marzo.

En la mañana se realizó una conferencia de prensa ofrecida por un grupo de personas que estuvieron en la Isla Dawson, en apoyo de Clodomiro Almeyda, exiliado que había llegado al país por la cordillera y fue sobreseido por un juez por una antigua causa en la que se le había querido involucrar; la dictadura lo había relegado inmediatamente a Chile-Chico. En esa conferencia me correspondió hablar sobre el significado del exilio y rendí homenaje a los dawsonianos fallecidos: Orlando Letelier, José Tohá, Daniel Vergara, Osvaldo Puccio, Tito y Julio Palestro. Luego se emitió una declaración firmada por todos que se publicó en algunos diarios.

A mediodía de ese sábado se realizó un almuerzo con antiguos funcionarios de la UTE. Fue nuevamente una fuente de profundas emociones y recuerdos. Asistieron alrededor de cuarenta personas de los más cercanos y lejanos colaboradores en la universidad, más el actual Presidente de la Federación de Es-

tudiantes. Ofreció el acto en un hermoso discurso el ex Vicerrector Académico, Schiferly, miembro del PS. Enseguida usó de la palabra un profesor en ejercicio quien dijo que hablaba a nombre de la Universidad de Santiago pues todo lo bueno que hizo la UTE, con el rector Kirberg, quedó en la UTE y la de ahora, autoritaria, corrupta, anticultural, y arbitraria era la USACH, que nada tenía que ver con la UTE. Luego con palabras cortadas por la emoción habló a los concurrentes el presidente de los estudiantes, quien dijo que en la UTE tanto se había hablado del rector Kirberg como un símbolo de lo que fue una buena universidad, que ahora su presencia física era un impacto tremendo para los estudiantes que nunca lo habían conocido personalmente. El acto terminó entre recuerdos y anécdotas de las cosas que se realizaron hace más de una década.

En la noche se realizó una comida organizada por profesores miembros del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschütz. Se preparaban para una asistencia de unas ochenta personas, pero llegaron más de doscientas. Fue un acto unitario al que se le sacó buen provecho político. Lo inició Osiel Núñez, el Presidente de la Federación de Estudiantes a la fecha del asalto a la universidad, con un buen discurso político. Luego hizo uso de la palabra Luis Molina, representante de la Asamblea de la Cívica de San Miguel (comuna en que se realizaba el acto) y dio a conocer que me habían declarado Hijo Ilustre de la comuna, entregándome una madera tallada por un artista local. Enseguida, Francisco Coloane leyó un hermoso y poético discurso en su peculiar estilo. A continuación habló el ex ministro Aníbal Palma quien pronunció un interesante discurso sobre educación universitaria y la labor de la UTE. Impresionó a la concurrencia la petición del ex rector de la Universidad Católica, Fernando Castillo Velasco, para hacer uso de la palabra, ya que, como se sabe, está aquejado de

un cáncer a la laringe y está casi afónico. Sin embargo, acercándose bien al micrófono se hizo oír en una hermosa elocución donde recordó que en el Consejo de Rectores había admirado siempre «la elegancia exterior e interior el rector Kirberg». Luego ocupó la tribuna el poeta Víctor Hugo Castro, director de la Casa de la Cultura José Manuel Parada, de La Legua (que ha sido allanada varias veces) y junto con su discurso leyó un verso alusivo y me obsequió un libro con sus poesías. Finalmente, y lleno de justificada emoción, agradecí el acto, hablé del exilio, de la solidaridad y dije que afuera no se comprendía que el pueblo chileno, con tan alto espíritu cívico, no haya podido encontrar todavía los caminos de la unidad contra la dictadura y llamé a redoblar los esfuerzos unitarios por terminar con todo el exilio.

Lunes 30 de marzo.

Viaje a Quintero «a descansar». Una hora después de arribar sonó el teléfono y una voz siniestra dijo: «Te estamos vigilando de cerca, no escaparás.» Fui con mi esposa a Carabineros a hacer la denuncia y pedir protección, no tanto como un «punto fijo», sino para que estuvieran atentos si llamábamos por teléfono para que acudiesen en vehículo de inmediato. Pero nada ocurrió.

Sábado 4 de abril.

Comida de todos los dawsonianos que están en Santiago, en casa de Sergio Bitar. Fue muy interesante. Se habló de política actual. El grupo es considerado una instancia unitaria de cierta influencia. Finalmente se hizo un llamado a Clodomiro Almeyda y todos conversamos con él. Nos comunicó que en ese momento un numeroso grupo de argentinos habían cruzado la frontera a saludarlo y le estaban preparando un asado de gran estilo.

Domingo 5 de abril.

Regreso a Montevideo. Hasta que nuestro retorno pueda ser el definitivo.

Varia intención

FERIA DEL EXILIO Y DEL RETORNO

La violencia de la dictadura hizo en agosto el mes del exilio chileno. Se asocia al natalicio de O'Higgins, desterrado en 1823 hasta su muerte en el Perú veinte años más tarde, con el drama de muchos miles de compatriotas expulsados de su tierra. En agosto, los aromos están en plena madurez con sus grandes ramos amarillos, las yemas rojas de los durazneros se rompen en flores en las arboledas que se extienden por el valle central, se huele la primavera en el viento que baja de la montaña.

Variadas iniciativas hubo en Chile esos días, no sólo en la capital sino también en las otras ciudades principales. Coincidieron con lo que se hizo en lugares tan diversos como Caracas, Montreal, Ciudad de México, Berlín o en esa fabulada Tocopilla que se trasplantó junto al mar en el norte de Europa.

Por quinto año consecutivo, como una hermosa costumbre que sus organizadoras ponderan con modestia, se presentó la Feria del Exilio, que fue, ahora, además, la primera del Retorno, en Santiago, Valparaíso y Viña. Iniciada en 1983, la muestra se ha convertido en un destacable acontecimiento humano y cultural. Bajo un techo hospitalario —un sindicato, los patios de la Vicaría, la Comisión de Derechos Humanos, una sala de espectáculos— se reúnen en ella chilenos retornados, vueltos hace ya tiempo o recién llegados a este país tan diferente del que dejaron, con familiares que esperan el regreso de los suyos. Cuadros, tapices, afiches, paneles, y muchos libros sirven de marco a recitales, videos y debates apasionados. Por todas partes hay niños. Se derrama una fraternidad profunda que no hace olvidar que allá afuera, en la calle, al lado, acecha la dictadura.

Organizada por el Comité pro Retorno de Exiliados, un grupo pequeño pero incansable de familiares, en su mayoría mujeres que han luchado duramente para terminar con el exilio y ayudar a la reinserción de los que regresan, sin olvidar, por cierto, que la mejor contribución será la democracia, la Jornada de agosto se hizo este año con una esperanza reanimada.

Clodomiro Almeyda, Julieta Campusano, Mireya Baltra sufrieron relegaciones por haber desafiado al régimen, ingresando a su patria para vivir en ella, como antes lo hiciera Edgardo Condeza y un puñado de hombres y mujeres valerosos. El poder ha sido vencido; llegarán otros, a pesar de las prohibiciones. Los chilenos quieren que el exilio termine; no hay un partido o movimiento que haya dicho una palabra en contrario, ni siquiera los seguidores militantes del gobierno. Cuando el almirante Merino, buscando un apoyo bíblico al destierro dijo que ya Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, el Cardenal Fresno le recordó con ironía que ese castigo había sido impuesto por el pecado original y nada menos que por el mismo Dios.

En estos dos años, el Comité pro Retorno ha sensibilizado a mucha gente y ayudado a esta generalizada conciencia que desputa vigorosa motivada por los dramáticos regresos de los perseguidores y la crueldad de la medida que impide a los hijos estar junto a padres que viven sus últimos días. Por su parte, la Feria ha mostrado algo de lo que hacen los chilenos en el extranjero sin olvidar sus raíces ni abandonar sus compromisos.

Una intepelación implícita hay, sin duda, en esta lucha por el retorno que pregunta a los exiliados que vuelven qué entregarán a Chile en esta nueva etapa de sus vidas; que interroga a quienes los

recibimos cómo aprenderemos de ellos y cómo les traspasaremos lo vivido en estos años; que nos cuestiona a unos y otros diciéndonos qué haremos juntos para *rehacer caminos*, para construir nuevos mundos y defenderlos de los peligros que los amenacen.

J. S. T.

DESAPARECE LA REVISTA «AUCA»

El No 50/51 de la Revista AUCA ha llegado a nuestras manos tras algunos meses de haber aparecido. Fue un número sacado con mucho esfuerzo, quizás si más del común, tiempo después de cumplido el motivo de su tema central: la celebración de sus veinte años de vida. La carta de la secretaria de redacción de la revista que la acompaña, nos anuncia el fin de la publicación. Paradojalmente, el número viene encabezado con cuatro páginas de entusiastas saludos de sus lectores y colaboradores. Sin excepción, le desean una larga vida, felicitándola, a su vez, por la labor cumplida. Pero sus editores ya no ven como continuar y han decidido «congelarla». La asfixia, pensamos, es otro de los mecanismos que ayudan a la dictadura en su insistencia por apagar la luz de la cultura en Chile.

Tal vez no sean tantos los que la conocieron. Era una revista de corte profesional, dirigida más bien a los arquitectos, a los planificadores y a los artistas. En ese marco, fue una de las mejores que se hayan editado en América Latina. Ganó premios internacionales, incluso a nivel mundial.

Un grupo de colegas visionarios fundó AUCA en 1965. Continuaban la labor iniciada por Largio Arredondo, legendario arquitecto chileno, maestro de varias generaciones, teórico profundo y sensible proyectista, fallecido prematuramente. Comprendiendo el rol que les tocaría jugar, sus fundadores combinaron ingeniosamente la voz araucana AUCA —«revelde», «indomable», «irreductible»— con las iniciales de los temas que eran el centro de su preocupación: Arquitectura, Urbanismo, Construcción y Arte.

Recuerdo como si fuera hoy la mañana en que un colega ferroviario llegó con el primer número —dedicado a nuestra realidad habitacional, por cierto— al taller de la estación Mapocho. Lo habla comprado en el librería Studio. Me escapé del trabajo para adquirir mi ejemplar.

Ese era el N.º 1. Con el tiempo también legendario, pues adquirió vida propia, y con ella, la curiosa costumbre de desaparecer de los estantes de sus lectores al cometer éstos la imprudencia de decir que poseían la colección completa.

Los veinte años de la revista estuvieron siempre llenos de sobresaltos. Pero AUCA terminó por imponerse.

Sus temas estuvieron siempre relacionados con cuestiones candentes, o acontecimientos importantes en la vida profesional y chilena. «Santiago, una metrópolis!», febrero de 1966; «Prefabricación en Chile», julio del mismo año; «El ocio», diciembre de 1967; «España-Finlandia», marzo del 69 (ejemplo del interés en el acontecer internacional); «Las Ciudades latinoamericanas», marzo del 70, (conteniendo las siluetas de todas las metrópolis del sub-continente a la misma escala, esfuerzo nunca antes visto y de enorme valor pedagógico); «La Arquitectura escolar», diciembre de 1970; «Transporte urbano» en diciembre del 74; «Enseñanza de la arquitectura» septiembre del 76; «Santiago, metrópoli en crisis», de agosto del 79, (muestra de posiciones ante el urbanismo neoliberal impuesto por la dictadura); «Obras de arquitectos chilenos en el extranjero», de abril del 81; «Arquitectura del Centro de Santiago», junio de 1982; «Anatomía de un sismo», de agosto del 85, son solo algunos ejemplos.

Ante la noticia de la desaparición miramos con los míos el estante de nuestro hogar en Estocolmo en el que guardamos en bellas cajas suecas, diseñadas para esos efectos, la colección. Falta, como era de preveer, el N. 1. Pensamos en todas las veces que hemos citado sus artículos en los trabajos sobre Chile que hemos escrito. En como AUCA nos ha acompañado en incontables seminarios, apoyando lo que queríamos plantear. En su rico material gráfico que, transformado en diapositivas por obra de la solidaridad, nos ha ayudado en in-

numerales ocasiones a esclarecer qué es y quiénes son Chile. A mostrar cuál es la realidad que está siendo atropellada, y pretende ser destruída.

Releo al azar trozos de artículos que nos rememoran nuestras propuestas para la ciudad chilena: bien planificada, libre de especulación y superando la injusta segregación entre sus habitantes. Veo a colegas desaparecidos o exiliados participando en las mesas redondas organizadas por la revista. Hojeo el número dedicado al espíritu «aucano» de tantos colegas, que también sufrieron nuestra suerte. El mundo contiene hoy, repartida por innumerables países, la obra de muchos arquitectos chilenos que no se dejaron doblegar y siguieron crando o enseñando en el exilio. Me encuentro con la publicación de nuestro esfuerzo colectivo por concretizar la consigna allendista: «EL TECHO ES UN DERECHO». AUCA era entonces el mejor canal para difundir esas ideas entre los profesionales.

Está también la incansable búsqueda por destacar la buena arquitectura. Ningún historiador podrá desentenderse de AUCA en el futuro, si es que intenta entregar una visión objetiva acerca de cuales fueron las tendencias y lo que fue la creación nacional durante las dos décadas cubiertas por la revista.

Los aportes de AUCA, si bien es cierto, que se centraron en la labor de los arquitectos y urbanistas, fueron extensivos al mundo de las artes visuales también. Hay incontables referencias al proceso creador en estas áreas en los diferentes números de la revista. Esta fue uno de los principales canales que permitieron hacer público el desarrollo que iban experimentando la pintura, la escultura, el diseño y las artesanías. Aspecto no olvidado por AUCA fue el de la integración de estas expresiones al medio físico construído y, por consiguiente, la búsqueda de la conjugación de todos los elementos que lo constituyen. El intento por lograr un medio digno para los seres humanos visto en su otra dimensión, diferente de los niveles materiales, el medio orgánico e integrado, que es a la vez expresión de la cultura del pueblo que lo ejecuta y vive.

Este sin número de aportes de AUCA terminan por ser doblegados en el am-

biente de asfixia que vive la cultura nacional bajo la tiranía fascista. Su Director, en la página editorial, nos dice: «De las distintas etapas que ha vivido la revista, esta última que ya dura doce años... ha resultado la más difícil para poder mantener una continuidad editorial». Las razones quedan claras a continuación: «AUCA constituye una voz independiente y crítica, que no tiene patrocinio de instituciones ni recibe subvención alguna. En el actual sistema, la falta de estímulo a las manifestaciones culturales autónomas y las duras condiciones en que se ha desarrollado la profesión y la actividad económica en general, limitan de una manera dramática las posibilidades de financiamiento de esta publicación.

Abriremos una esperanza, sin embargo. La expresión usada en la penosa comunicación del término de AUCA es: «congelamiento». Valiéndonos de una metáfora y, superada la ira inicial al constatar que la tiranía nos arrebató otra luz más de nuestra cultura, pensamos en que será posible sacar a AUCA del congelador en un futuro muy próximo, descongelarla y agregarle el calor necesario acerca de como deben ser tratadas las materias concernientes a la creación. Queda claro también que ese descongelamiento no será posible sin la previa caída de la dictadura.

Posiciones como las sustentadas por AUCA a lo largo de su historia no dan para compromisos intermedios. O se vive en democracia y se desarrolla una línea de extensión y debate acerca de la creatividad, sin obstáculos económicos ni de forzadas autocensuras, o simplemente no hay condiciones para que ésta contribuya a los procesos productivos y al desarrollo de la comunidad.

Germán Perotti

SHERIDAN CIRCLE

Ví por primera vez el Sheridan Circle camino de la embajada chilena en la Avenida Massachusetts. Me gustaron sus árboles y también la estatua que parecía galopar en el prado quemado por la

nieve. Del general Sheridan que verde cabalga en el bronce, honestamente, no tenía idea.

Tuve por eso una doble referencia física concreta cuando supe de la muerte de Orlando en el Sheridan Circle, con su auto volado por una bomba, ordenada desde Santiago. Letelier era técnicamente entonces un apátrida. Pinochet había decretado absurdamente que ya no era más chileno un hombre que había defendido con inteligencia y honor a su país y que luchaba con denuedo contra la dictadura.

Años más tarde ví las fotografías; el auto destruido, Letelier mutilado. Lei en alguna parte que Orlando mostraba en sus ojos un infinito asombro enfrentado a su muerte.

Los recuerdos se agolpan dispersos. Son imágenes nítidas que prevalecen contra el tiempo. Orlando no envejece, sigue mirando con un dejo de tristeza.

Orlando e Isabel, de gala, tomados de la mano bajan a toda carrera la escalinata de la embajada para asistir a una recepción.

Orlando trabaja a la cabeza de un equipo negociador chileno; preciso, minucioso, con pleno dominio de los asuntos en curso; despierta lealtades y afectos. Brillante, argumenta en el Departamento de Estado con funcionarios norteamericanos que se sienten jugando una comedia mientras progresa en las sombras la conspiración contra Allende.

Saca fuerzas de flaqueza en Dawson; enseña inglés, entona canciones de José Alfredo Jiménez o canta «We shall overcome» —el «Venceremos» del Movimiento de los Derechos Civiles— ante 300 presos de Magallanes.

Pierde una tras otra las partidas de ajedrez que organiza incansable.

Aparece en los recuerdos de Ritoque, demacrado por la incertidumbre. O discute con vehemencia si vale o no la pena escuchar a Beethoven mientras Pinochet encarcela a medio Chile.

Vive el 12 de septiembre en la Escuela Militar luego de una noche de espanto en el Tacna interrumpida por las descargas de fusilamiento y los gritos de los torturados.

Sale del campo de concentración hacia el exilio en Venezuela, erguido, alti-

vo; adelanta el mentón con el mismo gesto con que entró solo al Ministerio de Defensa tomado por los golpistas la mañana del 11 de septiembre.

Y escucho de nuevo el discurso del Comandante de la Base Aérea de Quintero que nos dice que Letelier partió al exilio por benevolencia del gobierno, cuando todos sabemos que la solidaridad le dobló la mano a Pinochet. Y que agrega: «no olviden los que tengan que partir al destierro que el brazo del gobierno es muy largo y puede llegar a cualquier parte».

Como hasta esa plaza de Washington, dos años más tarde, cuando los últimos calores del verano agobiaban los árboles del Sheridan Circle.

Hernán Soto

CUMPLIR SESENTA AÑOS

Sergio Villegas Salas cumplió sesenta años y está muy confundido por el pequeño alboroto cordial que hemos hecho sus amigos y compañeros de trabajo. Haciendo de tripas corazón se ha visto obligado a lo peor para él: pronunciar pequeños y discretos discursos de agradecimiento con toques de suave humor y de nostalgias, con reconocimientos a su entorno, con leves protestas porque jamás su físico ni su espíritu se adaptarán a las seis décadas ya que permanece con los ímpetus todavía juveniles de los 40.

Villegas es uno de los mejores periodistas que yo conozco. Su talento en el oficio ha estado durante cuarenta años de su vida al servicio de su pueblo en las publicaciones siempre heroicas de la izquierda chilena. Ha contribuido como nadie a darles, una personalidad, a sintetizarlas con lo que los lectores quieren saber, a imprimirles la calidad de dinamismo, la forma y contenido que son indispensables para que la prensa popular logre convencer, unir, combatir con tanta o más eficacia que los hábiles aparatos publicitarios de sus enemigos. Es modesto pero no a la manera de esos redomados vanidosos que a veces son los modestos con fama de tales. Simplemente disfruta con la vida anó-

nima y sin ruidos; no le desesperan las omisiones, no quiere sentarse en las mesas de honor ni estar a la diestra de los poderosos; le gusta pasar inadvertido y que le dejen en paz tal como es. Lo mejor para él es una tertulia de amigos en la que se puede hablar de libros y autores; no ama mucho los viajes y hasta el bello París le deja indiferente. Prefiere ver viejos films en la televisión y escuchar música sin llegar a Bach ni a los verdaderos grandes maestros. Quizás donde mejor se siente es frente a la máquina de escribir. Allí discurre sus crónicas e informativos como si estuviera en otro mundo. Está siempre distraído y es inútil hablar con él de cualquier asunto ajeno porque no escuchan y se le olvidan hasta las respuestas.

Este hombre quitado de bulla es un perfeccionista del idioma. Redacta con nobleza hasta los párrafos más insignificantes y se empeña en dejar libre de polvo y paja retóricos sus escritos de mayor relevancia. Por eso le resultan crónicas magistrales como «Funeral Vigilado», que convirtió unas entrevistas con testigos de la muerte y los funerales de Neruda en una pieza de antología del periodismo de estos años.

Otra de sus características singulares es su irrenunciable optimismo. Hay que acercarse a él cuando nos vence el desaliento por los reveses del difícil combate contra la dictadura. Siempre posee algún dato o esgrime una teoría que significa que avanzamos y que nos acercamos a la victoria.

Fue un estudiante del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile hacia fines de los años 40 y comienzos del 50. Formó parte de una valiosa generación que luego se comprometió a fondo en su militancia en los partidos populares. Los maestros eran allí Mariano Latorre y Ricardo Latcham. Villegas quería ser escritor y poseía dotes naturales notables. Publicó un libro de poemas, *Bajo esta rueda silenciosa, inmensa* que fue saludado, con entusiasmo hasta por los críticos más exigentes. Se ganó algún tiempo la vida como libretista y locutor de radio. Pero luego lo atrapó

el periodismo. Empezó como comentarista de cine en la revista *Vistazo* que dirigía Luis Enrique Délano. Hizo todo el recorrido hasta llegar a la dirección. Con él *Vistazo* fue una de las revistas chilenas de mayor circulación e impacto a pesar de su papel ordinario y de su impresión anticuada. Después fue designado subdirector de *El Siglo*. En el diario de los trabajadores permaneció por más de quince años. Todos los periodistas que trabajamos allí le debemos algo. Nos enseñó a redactar, a titular, a calibrar las noticias a distinguir lo interesante de lo superfluo. Todo esto sin aires de dómine, con suavidad pero con certeras exigencias. De pronto el periodista comunista era desafiado por el escritor secreto algo surrealista y humorista que es Sergio Villegas. Apareció en una antología su delicioso cuento «Una cuestión de honor» y después algún amigo justicieron ha publicado por allí fragmentos de sus *Historias de monos* que poseen una agudeza singular, una visión de lo absurdo y esperténticas que son a menudo las ocurrencias y pasiones humanas.

Despachó al taller la última edición de *El Siglo* legal el 11 de septiembre de 1973. Un titular rojo decía «Cada cual a su puesto de combate». La persecución y asesinato de periodistas del pueblo le obligó a marcharse al exilio. Eligió la República Democrática Alemana, que ya conocía, porque había sido en Berlín corresponsal de *El Siglo*. Apenas llegó publicó *El Estadio* que es también un libro de antología de testimonios de la ferocidad fascista y de su odio al pueblo. Sin parar, asumió la jefatura chilena en la redacción del programa «Chile al día» de Radio Berlín Internacional. El programa jamás se ha dejado de transmitir durante estos casi catorce años. Allí se puede encontrar en estos momentos a Sergio Villegas, distraído como siempre y con sesenta años de plena vida y con muchos nuevos capítulos pendientes.

Luis Alberto Mansilla

NARRATIVA

Andrés Gallardo
Cátedras paralelas
 Ediciones LAR, Concepción (Chile),
 1985

Nacido en 1941, profesor de lingüística. Andrés Gallardo publica su primer libro sólo en 1982; él es *Historia de la Literatura y Otros Cuentos*. Ahora nos entrega su primera novela, *Cátedras Paralelas*. Es decir, pese a su madurez, Gallardo es un escritor de estos años, de este tiempo inmediato.

La obra comienza en el momento en que el protagonista —Rojitas se llama— recibe el «sobre azul». El desconcierto y la impotencia frente a una decisión inapelable de un orden autoritario y de densa e inexpugnable burocracia comienzan por delinear la situación del profesor de teoría literaria inerme ante el despojo arbitrario de su cargo en la Universidad: ... «Sus colegas obviamente no sabían nada, los mismos comentarios, las mismas mansas caras ante una jornada calurosa y sin estudiantes. El director no sabía nada, la misma complacencia, la misma elaboración de interminables informes iguales, el decano no sabía nada, la misma impasibilidad algo boba, los mismos gastados comentarios que insistían en sonar sesudamente académicos, nadie sabía nada, el café tenía el mismo gusto tibio, la silla del escritorio tenía la misma pata coja, las teorías de Jacobson tenían el mismo aire de sencillez, sólo la soledad de los pasillos tenía un dejo triste, un aircillo maloliente de amenaza» (p. 12).

Evitando todo dramatismo y recurriendo más bien al escepticismo, la ironía y un ligero humor acre, la novela nos traza, en seguida, los esfuerzos del protagonista por procurarse una nueva ocupación. Primero es el auge y ocaso del «Taller de Semiótica», taller de teoría del arte al que llegarían «los jóvenes

talentos rechazados por el sistema universitario vigente» y pronto, muy pronto, la incursión en el ámbito rural: la mitad de la novela está referida a los intentos del ex académico por transformarse en un pequeño agricultor, aprovechando el «boom frutícola», trabajando como un buey, empeñado en liberarse de obsesiones y recuerdos y en ganar su derecho a vivir.

Esta novela, cuyos capítulos se designan con humor entre burocrático y académico del 1 al 7, de acuerdo al sistema de calificaciones utilizado en la educación chilena, delinea en su parte más visible, el precario mundo del intelectual pequeño-burgués, enfrentado a un orden adverso y que pugna por una existencia digna, balanceándose entre sus anhelos e inestabilidades, afirmaciones y vacilaciones, su capacidad crítica y sus deformaciones profesionales. Por un lado, junto con emprender con esfuerzo sus actividades de agricultor, el ex académico duda, vacila, llega a sentirse un explorador y piensa en regalarle la chacra a los gañanes que trabajan para él. De otro ángulo, Rojitas vive sus quehaceres agrícolas entre recuerdos y lecturas, especialmente de escritores criollistas; en tal sentido es singularmente elocuente el episodio del fugaz amor con la profesora rural. Cuando el amanecer ella se despide con un tierno «adiós mijito», él le contesta evadiéndose literalmente: «adiós, Zurzulita», «para odiar con toda la fuerza de su alma la literatura chilena» (p. 55).

El carácter inseguro, inestable y contradictorio de Rojitas no es sólo una condición inherente a las capas medias. Hay más, otras raíces, otras causas. Sólo que en una novela hábil y prudentemente autocensurada —el espacio que ha ganado la libertad de expresión en Chile es todavía estrecho—, las alusiones al entorno político-social se eluden con deliberación y —como lo observa ciertamente en el epílogo crítico el profesor Mauricio Ostría— la concepción global de la novela tiende a minimizar acontecimientos y personajes y a restar-

le trascendencia a las situaciones planteadas, con un lenguaje también deliberadamente antirretórico y cuidadosamente llano. De partida, el mismo apelativo de *Rojitas* dedicado al protagonista es mucho más que una imitación del *Varguitas* o el *Zavalita* de novelas de Vargas Llosa y es notorio que connota una visión afectiva-despectiva-conmiserativa, una suerte de desvalimiento del personaje. Repetidas veces el narrador reitera la visión de «la boba, la miserable vida de *Rojitas*» o de que «se sentía idiota, se sentía absurdo, se sentía mediocre, se sentía solo, se sentía triste, se sentía inmesamente desolado» (p. 18), y al terminar la novela, cuando pudiera parecer que se ha hecho justicia, se nos entrega una observación sutil y mordaz, que reclama lectura interlineal: «El pobre diablo de *Rojitas* reinstalado en gloria y majestad como profesor de teoría literaria porque a alguien que no es ciertamente *Rojitas* le dio la gana» (p. 101).

Cabe señalar que este sentimiento de minusvalía que persigue al protagonista guarda relación con una cierta necesidad de protección que él recibe o busca: la Nana, el campesino don Vena y la aristocrática señora Marta son, de una u otra forma sus protectores. Tal contradictorio sentimiento de inferioridad guarda igualmente relación con los calificativos a menudo peyorativos con que *Rojitas* valora a colegas de la Universidad y a discípulos de su taller. Las calificaciones de patán, patanes circulan con sugerente frecuencia por las páginas de esta novela e irradian hacia todo un ambiente.

La superestructura, las causas reales que determinan este mundo precario, achatado, mediocre e inerte, causas que el narrador pareciera escamotearnos con habilidad, las sentimos, sin embargo, escondidas tras del rico subtexto que esta novela alberga. Pese a que sus núcleos temático-lingüísticos han sido concebidos —lo repetimos— con calculada mesura, esta obra compele al lector a confrontar la realidad ficticia del mundo novelesco con la alienante realidad histórico-social de la cual el texto se nutre. Lentamente, a medida que avanzamos en el voltear de las páginas, vamos sintiendo cómo golpean en nuestra con-

ciencia los mecanismos que la narración parece ocultar. Son la represión, la coacción, la censura, todo un orden social regido por el poder de las armas y manipulado y distorsionado por el miedo los que determinan el desvalimiento, el absurdo, la mediocridad, las arbitrariedades. Son el autoritarismo y la ineptitud en el plano cultural, es la «universidad vigilada», que cercena de sus aulas a todo aquel que piense con su propia cabeza, las que gravitan en la indefensión y en «la boba, miserable vida de *Rojitas*», cuyo pequeño drama es el pequeño o gran drama de los miles de profesores que, desde el golpe militar de 1973, han sido exonerados de las universidades chilenas. En tal sentido, un par de cartas de académicos exiliados que recibe el protagonista, diciéndole que sí, que se venga, que le podrían conseguir una beca, diciéndole que no, que no salga de Chile, que el exilio es una enfermedad, esas cartas aluden sutilmente a la enorme diáspora de académicos chilenos repartidos por el mundo.

Hay otros signos de indicio. Buenos ejemplos son un par de capítulos narrados desde una perspectiva que remeda el impersonal y vago estilo del chisme y del comentario en voz baja: «dicen que doña Marta» y «dicen que el señor administrador» y «el artículo aquel que dicen que era destemplado», etc. Es decir, recurriendo a un mecanismo expresivo usual, especialmente frente a un régimen represivo, se trasunta también con eficacia un clima de intriguillas, arbitrariedades y desconfianza.

La novela termina cuando el protagonista reasume su cargo académico. Sin embargo, no se trata de un acto de justicia. Se trata más bien de vínculos, influencias y ocultas manipulaciones del aparato oficial. Por ello, el brindis de retorno de *Rojitas* tiene también resonancias que van más allá de su alegría dionisiaca no exenta de escepticismo y resignación: «Me fui sin preguntar por qué, no me hagan preguntar por qué me dejan volver, sólo déjenme estar de nuevo entre ustedes. Sólo por esta noche hagamos que el vino nos deje creer que el miedo no existe y que la dignidad consiste en querer bien a los amigos y en hacer un trabajo que nos gusta» (p. 98).

Escrita con mesura y talento, *Cátedras*

Paralelas es al mismo tiempo una buena novela chilena y un testimonio sutil y acusador del autoritarismo en la cultura y en la vida.

GUILLERMO QUIÑONES

Juan Carlos García

Historias del poder

Santiago de Chile: Editorial Sinfronteras, 1986, 107 pp.

Una de las obsesiones creadoras de la narrativa hispanoamericana actual, y a la vez uno de los problemas que tensan su desarrollo, es la confrontación de los códigos del discurso del poder, de la historia «oficial», para dar cuenta significativa de la experiencia y los sueños que ocurren en lo que a falta de otro nombre llamamos la realidad. Realidad que la nueva narrativa dejó hace tiempo de confundir con realismo, aunque escritores entendieron la diferencia como un problema meramente técnico, enfatizando la transformación formal de la escritura por sobre la búsqueda de una proposición «nueva» de sentido por lo narrado. Una mala lectura de Mc Luhan hizo que unos cuantos entusiastas continuadores del «boom» adoptaran como principio creativo la noción de que «el medio es el mensaje». Afortunadamente los narradores que empiezan a publicar en los últimos años no se preocupan mayormente de justificar su obra en términos de una «revolución del lenguaje», interesados por completo en definir con claridad la íntima verdad de lo narrado. Y es que la propia realidad del continente ofrece una amplia gama de situaciones (paradójicas, contradictorias, inhabituales in-creíbles, extra-ordinarias, y hasta im-penetrables) que no sólo garantizan, sino que exigen del escritor con talento, la formulación de una escritura nueva.

Juan Carlos García asume con una perspectiva segura la difícil tarea de escribir sobre el tema del poder: no desde la tradicional configuración realista, ni extrapolando las opciones de los códigos literarios para deslumbrarnos con la experimentación narrativa, sino ase-

diando las versiones oficiales de la realidad con la capacidad liberadora de la imaginación, pero de una imaginación que sabe controlar su vuelo.

El tema del poder, una preocupación que no necesita justificarse en la reciente producción cultural chilena (está en el teatro, la pintura, la canción, las arpilleras, la literatura) ya tuvo una atención destacada en la narrativa del «boom», y sin duda Juan Carlos García ha hecho una lectura atenta de esa obra (su tesis doctoral en la Universidad de Toronto es sobre la novela del dictador en Hispanoamérica). Si bien su perspectiva literaria se separa de esas proposiciones «totalizadoras», acercándose más bien a la perspectiva del caleidoscopio episódico que encontramos en los conjuntos de historias de un Eduardo Galeano, en algunos de sus cuentos alientan ciertas resonancias garcíamarquianas (por ejemplo, en «El comedor de tierra» y en «Inundación»).

Uno de los rasgos que sobresalen en el conjunto de relatos es su variedad: una estimable apertura temática y una exploración desenvuelta de varios registros narrativos, desde la concentrada configuración de núcleos anecdóticos que conllevan una significación autosuficiente («Toda llena de lágrimas», «Cuento feudal», «Nosotros los de entonces») hasta el envoltivo entramado paródico o alegórico de los asuntos («El comedor de tierra», «Camino de investigaciones», o «Poderes plenos»).

Si tuviera que marcar preferencias, y ésta es una de las exigencias implícitas en el ejercicio de la crítica, destacaría tres relatos, de estructura bastante diversificada: «Allá», un cuento que logra equilibrarse muy bien entre el despliegue optimista de la experiencia juvenil antes del golpe y la cauta reflexión del exilio, uniendo la expresividad coloquial que dominaba los relatos de Carlos Olivares (*Concentración de bicicletas*) a las claves alegóricas que empezaron a formularse en los relatos posteriores al golpe, cuando la (probable) relación con un destinatario chileno exigía un lenguaje con referentes sub-entendidos, (si no me equivoco, este es uno de los primeros cuentos que escribió Juan Carlos cuando estaba recién llegado a Canadá, «El comedor de tierra», en que la historia na-

rrada estructura su asunto y sus connotaciones un diseño expresivo autosuficiente, sin que fuerce al lector a elucubrar sobre las posibles transferencias alegóricas; y «*Poderes plenos*», sin duda el texto más ambicioso, donde une el motivo kafkiano, la parodia de confesión judicial y la reflexión sobre la literatura sin que los planos se resientan o se superpongan ostensiblemente).

En varios de los relatos se advierte una tendencia a la alegorización del asunto, tentación explicable si se piensa que el libro está dirigido al público chileno, pero que no siempre logra estructurarse con una dilucidación clara del referente. Este es sin duda uno de los problemas que más llama la atención en el cuento chileno del exilio, y que paradójicamente los escritores que viven en el país han ido resolviendo con mayor facilidad.

Los escritores chilenos que viven en el exilio, con muy pocas excepciones, han sido parcos en su acercamiento a la contrastante, compleja y por lo mismo valiosa experiencia de vida en las latitudes donde están afirmando sus pasos. Asumir creadoramente el exilio, como reclamaba Cortázar en sus artículos, implica a la vez afianzar los vínculos con las proposiciones nacionales y articular significativamente la experiencia distintiva en los espacios sociales y culturales al que han sido desplazados: una experiencia que tarde o temprano el escritor sentirá la necesidad de emplazar.

Estos dilemas y motivaciones han estado presentes, con mayor atención, en las proposiciones y formulaciones literarias de los jóvenes escritores chilenos que se avicindaron en Canadá. La antología editada por Naím Nómez, *Chilean Writers in Canada* (Ottawa: Ediciones Cordillera, 1982), es un antecedente en varios sentidos pionero de la apertura que puede ofrecer la literatura chilena cuando asume el exilio como realidad cultural, problema estético y opción expresiva.

Juan Carlos García, que merodeó en las vecindades del grupo *Trilce* (ese grupo heterogéneo que alentaba la primacía de la poesía esperando tiempos propicios para la prosa, sin llegar a aquilatar que esos podían ser también los tiempos venideros, para parafrasear unos versos de Lihn) y luego se vincu-

ló, por un azar del destierro, al grupo de escritores chilenos con residencia canadiense, cuenta con una base propicia para convertir el desplazamiento, ese estar fuera-de-lugar que puntualiza Federico Schopf, en eje motivador de sus nuevos proyectos literarios.

El libro que ahora prepara, *Tierras de Alla y de Acá*, anuncia en el título esta promisoría y necesaria apertura.

JUAN ARMANDO EPPLE

POLITICA

Luis Maira

Las dictaduras en América Latina
Cesoc / Edics. Chile-América,
Santiago, 1986.

Como un intento por comprender mejor los fenómenos autoritarios en el continente, describe Luis Maira este último libro suyo, que reúne cuatro ensayos escritos entre 1976 y 1986, relativos a las dictaduras que surgieron en el Cono Sur, luego del golpe de Estado que derrocó a Goulart; la comparación entre el estado de la Seguridad Nacional y los estados fascistas clásicos; el autoritarismo en Centro América y el Caribe, y las complejidades de la lucha democrática en Chile.

Avalados por la trayectoria política y la solvencia intelectual del autor, dichos trabajos penetran desde una posición definida de izquierda, en la especificidad latinoamericana eludiendo, conforme al criterio central, la utilización de categorías propias de los países capitalistas desarrollados.

La relación existente entre los fenómenos dictatoriales con la fase actual del imperialismo y la política represiva que impulsa a nivel continental Estados Unidos de acuerdo a la doctrina de la Seguridad Nacional, aparece con claridad a lo largo de sus páginas. «Mientras la doctrina de la Seguridad Nacional se mantenga como concepción oficial de las Fuerzas Armadas — sostiene Maira — no existe posibilidad alguna de democra-

tización real». «Por eso mismo la actividad de los sectores democráticos y del movimiento popular tiene que pasar necesariamente por la destrucción de la base ideológica y material del poder que al interior del aparato represivo ha permitido el surgimiento y desarrollo de esta concepción antipopular» (p. 30), concluye.

En lo que se refiere a la naturaleza de los regímenes que enfoca, la obra postula que estamos frente a una variable diferenciada, «a una forma diferente del fascismo, del bonapartismo, de las dictaduras militares modernas o de las dictaduras de notables»; frente a un modelo propio de América Latina que se desvía considerablemente de los rasgos de Alemania de Hitler y de Italia fascista.

Al caracterizar las dictaduras de Centro América y el Caribe, que no están basadas en la Seguridad Nacional, y su posible evolución, Maira sostiene que los regímenes autoritarios de esa región, en crisis durante la última década, «representan (junto al patriarcal régimen paraguayo del general Alfredo Stroessner) la última expresión de aquellos autoritarismos tradicionales aparecidos en los años 30 y cuya funcionalidad fue extinguiéndose a medida que cambiaban las condiciones imperantes en la sociedad latinoamericana y se hacía más vigoroso el avance modernizante. Esto explica — a su juicio — las dificultades de recomposición interna que estos gobiernos enfrentan y permite entender, al mismo tiempo, la amplitud que ha alcanzado la crisis política en esos países» (p. 81).

En el ensayo «Chile, autoritarismo y lucha democrática», que cierra el breve volumen, presentado con pulcritud, Luis Maira desarrolla ideas ya expuestas en declaraciones y artículos y también en el reciente planteamiento conjunto hecho público con Luis Corvalán y Clodomiro Almeyda, de positivo impacto unitario.

Para el autor no hay diálogo posible con la dictadura que debe ser derrotada. El agente victorioso han de ser las masas capaces de levantar a través de sus referentes sociales y políticos las reivindicaciones y anhelos sectoriales que integran la Demanda de Chile; de declarar inequívocamente la ilegitimidad del régimen y de culminar su movilización

sostenida y creciente con el Paro Nacional y el derrumbe de Pinochet.

Una consideración acerca del «imperativo patriótico» que representa para la izquierda la formulación de su propia propuesta como única manera de resolver en favor del socialismo su contradicción con el capitalismo que «se hará presente a poco andar cuando se intente dar una respuesta seria a los profundos males que el país arrastra» (p. 158) pone fin a este ensayo y al libro que comentamos.

Como es obvio, no escasean en la obra planteamientos que invitan a la discusión. Veamos dos ejemplos.

Parece cuestionable la caracterización de las dictaduras militares del Cono Sur como diferentes del fascismo, como una forma nueva de gobiernos de excepción expresiva de las condiciones latinoamericanas. Y no se trata sólo de una cuestión de nombre: una definición correcta apunta también a las raíces del fenómeno y precisa el perfil de quienes lo impulsan, sostienen y defienden. En Chile existe fascismo, con una tipología, por cierto, diferente a la hitleriana o italiana, que fueron desarrollos extremos en las condiciones de su época. Este es un fascismo cuyos elementos esenciales trasantan su carácter de respuesta terrorista a la amenaza de la revolución, de ataque sangriento contra el movimiento popular y las organizaciones democráticas, todo ello en provecho del imperialismo y el capital financiero. Cualesquiera sean las formas y especificidades nacionales que lo impregnan, ya sea fascismo nacional o transnacional, central o dependiente, en un régimen semejante al de Pinochet estarán presentes los trazos que lo definen como opción apremiante para las clases dominantes en peligro.

Otro tema que asume especial interés dice relación con las formas «para acabar con una dictadura», que Maira esquematiza (p. 120) en la negociación intrasistema (ej. Uruguay y Argentina); en el enfrentamiento militar y la victoria armada sobre la tiranía (ej. Cuba y Nicaragua) y finalmente en la «resistencia social» que culmina con el Paro Nacional y la consiguiente «derrota política del régimen autoritario». Descartada la primera opción, argumenta de un modo

que contrapone en términos absolutos el choque militar y el proceso de resistencia social, lo que parece erróneo puesto que existe la posibilidad de combinar formas de enfrentamiento armado, movilización popular y resistencia civil en un proceso en que el elemento central se encuentre en el despliegue de una política de masas, con neto predominio de la lucha política sobre los aspectos exclusivamente militares.

Que esto es así lo reconoce el propio Maira en una nota al pie de página (p. 121) cuando escribe: «En estricto rigor habría que sostener que esta conceptualización atiende al factor básico y desencadenante del fin de las dictaduras, porque en la práctica es muy difícil que un curso de acción se de en forma nítida y pura. Así por ejemplo —agrega— la negociación uruguaya se hizo posible luego de dos paros nacionales que interrumpieron en forma total las actividades de la nación, mientras que la culminación del cerco militar de los sandinistas pudo llegar a feliz término gracias al desarrollo de las organizaciones populares en Managua y otras ciudades y al constante asedio que sus acciones pusieron sobre el régimen de Anastasio Somoza, hijo».

Pensamos que estos y otros planteamientos polémicos no disminuyen el valor de una obra que es un aporte al debate chileno. Por lo demás, ellos expresan criterios significativos en materias en que no puede pretenderse que se ha dicho la última palabra.

HERNAN SOTO

Arturo Chacón Herrera y Humberto Lagos Schuffeneger

Religión y proyecto político autoritario.

Ediciones Lar y Presor (Proyecto Evangélico de Estudios Socio-Religiosos), Concepción, 1986.

Los autores de este volumen de extraordinaria vigencia parten de una novedosa afirmación, cual es que en Chile no es que el espacio político haya invadido o se haya intronizado en los espacios

propios de la religión —como piensan muchos—, sino al revés: lo que ocurre es que la religión ha invadido a la política. Tal situación tiene diversas consecuencias, la primera de las cuales —sostienen ambos investigadores evangélicos— reside en que la política imbuida de lo religioso tiende a ser peligrosamente totalizante, pues «buscando lo absoluto termina en el totalitarismo» (pág. 8).

Tal fenómeno no es exclusivo de Chile. Pensemos un momento, por ej., en las revoluciones musulmanas, en la participación de los evangélicos reaccionarios en la política norteamericana o en las inquietudes políticas de las comunidades de base en Latinoamérica.

Dividido en dos partes, el texto inicial que firma Arturo Chacón, analiza las relaciones entre el autoritarismo y una reactualización y deformación de las antiguas tesis del milenarismo basadas en una marcada tendencia autoritaria que, a través de una concepción de una milenaria lucha entre el bien y el mal, tiende a acentuar una suerte de impotencia y fatalismo singularmente propicios al trasfondo ideológico autoritario y no participativo que implica una dictadura.

Por otra parte, el proyecto político autoritario mismo es presentado «como un acto de salvación, de intervención divina y de inauguración de un nuevo amanecer» (pág. 19). Así lo atestiguan especialmente discursos del general Pinochet y otros altos mandos de las FFAA chilenas. De la misma manera, en concordancia con la práctica de diversas dictaduras que se han instaurado en América Latina desde 1964, la manipulación abierta de categorías religiosas es parte consubstancial del aparato ideológico que propugna el régimen. Por ej., en «la guerra antisubversiva, la utilización de lenguaje de origen religioso aparece constantemente: sacrificio, redención, mártires, culto, sagrado y, en la denuncia del llamado enemigo diabólico, satánico». Con ello se propicia una cultura política que se mueve más por el sentimiento que por la racionalidad y, en última instancia, se propicia una suerte de irracionalismo político.

En su parte final, el trabajo de Arturo Chacón revela con lucidez las raíces de las imposturas de los regímenes milita-

res que se justifican como defensores de la sociedad cristiana y occidental y en lucha contra el ateísmo y el materialismo. Se trata en último término, de un totalitarismo político que es tan grave como el totalitarismo económico y que, eliminando la racionalidad inherente a la política, propende a invalidar y a descalificar todo postulado ajeno o diferente al proyecto político dictatorial.

El segundo estudio de este incitante libro va firmado por el sociólogo Humberto Lagos Schuffeneger y se aboca a las relaciones entre mesianismo y el proyecto político autoritario que se ha impuesto en Chile. Discursos y declaraciones del general Pinochet entregan un nutrido material que evidencia el intento pertinaz de erigirse en «el enviado» o «el salvador». Las autorreferencias con que el jefe de gobierno se designa a sí mismo y a los institutos armados y de orden tales como «mano de Dios» o como «movimiento (salvador) de la parte espiritual del país» o aquello de que «yo obtengo mi guerra de Dios» (pág. 57), evidencian, sin lugar a dudas, el afán ostensible de asignarse a sí mismo y a las FFAA una función mesiánica, la que actuando a un nivel metasocial, cumpliría el rol de legitimación de la dictadura y su proyecto político.

Ahora bien, las acciones críticas y la resistencia de una parte significativa de la Iglesia Católica frente al sistema autoritario, han determinado a éste a buscar «legitimaciones religiosas supletorias entre algunas iglesias evangélicas, especialmente de la tradición pentecostal» (pág. 56), las que fundamentándose en argumentos teológicos de procedencia medieval, tales como el de la «divinidad del poder», han entregado durante largo tiempo un apoyo incondicional al militarismo gobernante. Tal situación, sin embargo, tiende también hoy a deteriorarse —lo destacan dos sociólogos de profesión evangélica—: un buen testimonio es la «carta abierta» que un grupo de iglesias evangélicas dirigieran al general Pinochet el 29-8-86, exigiendo el retorno a la democracia y haciéndolo «acreeador, junto a las FFAA y de orden, al juicio de Dios, por la sangre derramada» (pág. 75).

Singularmente útil y necesario en la

hora actual para entender las complejas pero evidentes relaciones entre religión y poder autoritario, y muy útil, igualmente, para acercarnos a una mejor comprensión de la ideología imperante en las FFAA, chilenas, «Religión y Proyecto Político Autoritario» enfatiza también la ineludible necesidad de considerar el fenómeno religioso al tratar de interpretar la realidad global de la sociedad chilena presente.

G. Q.

Ana María Ezcurra

El Vaticano y la

Administración Reagan

Editorial IEPALA-Fundamentos,
Madrid, 1986, 181 páginas.

El reciente encuentro entre Juan Pablo II y Ronald Reagan en el Vaticano el 6 de junio de 1987 pone de relieve, en síntesis, el contenido de esta obra de A. M. Ezcurra. A propósito de este encuentro el periódico español *El País* expresaba que ambos mandatarios han «coincido en su condena al sistema comunista y su fe en los valores tradicionales». Este libro intenta desentrañar el porqué y cómo de esta relación entre este papado y la Administración Reagan buscando para ello en primer lugar antecedentes ideológicos en la política norteamericana actual.

Fruto de la búsqueda de estos antecedentes la autora constata los cambios existentes en la política exterior norteamericana a partir de Carter, destacando cómo emergen en Estados Unidos hoy dos filosofías políticas con afanes hegemónicos: la «nueva derecha» y el «neconservadurismo». Ideologías, las dos, con poder de decisión en la Administración Reagan, muy relacionadas entre sí, caracterizadas por afianzar dentro de Occidente y el Tercer Mundo el siguiente axioma: la democracia política es impensable sin capitalismo. Para que esa «democracia» fructifique es conveniente recurrir en el fondo a una lucha ideológica («guerra de ideas» la denominan los estadounidenses) contra el socialismo donde incluso las iglesias católicas y

protestantes, y en general todo campo de lo religioso, sean instrumentos valorados como propios, «naturales», genuinos del pensamiento conservador. Tentativa clara de amalgamar religión y política en función de una restauración. Con ello se quiere mutilar toda transformación social, histórica, política que intente llevarse a cabo a partir de esa fe cristiana que emerge de ambientes progresistas de países ricos y del Tercer Mundo, especialmente pensando la «intelectualidad» neo-conservadora en Nicaragua y en la Teología de la liberación

Sin embargo en estos dos nuevos empeños ideológicos estadounidenses hay ciertas divergencias respecto al ámbito político nacional donde actúan. La autora señala: «Mientras la nueva derecha desea consolidar una coalición de masas —congregadas en agencias y entidades propias— con el fin de poder disputar el poder político interno, los neoconservadores se perfilan como una corriente intelectual de influencia en los sectores dirigentes y en la opinión pública. Mientras la nueva derecha pone hincapié en “asuntos singulares” morales y sociales, los neoconservadores se esfuerzan sobre todo en temas de política exterior. Ambos subrayan el valor de la lucha ideológica contra los liberales y la “nueva clase” o “izquierdistas” y, para ello, les pelean el dominio de lo religioso como un terreno clave para la recreación de consenso» (p. 40).

El «Instituto sobre Religión y Democracia» (IRD) cobra un papel importante a partir de 1981 en USA para los neoconservadores. Con él se intenta consolidar en el terreno internacional una postura beligerante respecto a la revolución nicaragüense, promoviendo intereses religiosos en contra del proceso sandinista pues éste amenazaría toda democracia centroamericana. Con este fin el IRD aprovecha reivindicar el papel de los miskitos en Centroamérica, instrumentalizados por las decisiones de la «contra». Junto a ello diversos círculos católicos e iglesias protestantes en Estados Unidos van adquiriendo una mayor identificación con el discurso del IRD, encargado de defender los intereses de la democracia norteamericana gracias a la mediación de una religión civil.

Al calor de este proceso ideológico norteamericano, apunta la autora, el Vaticano emplea en América Latina una política restauradora de valores amenazados por la secularización y el marxismo. Los cambios de posiciones pastorales en el CELAM estimulados por el Papa Wojtyla, las ofensivas contra la Teología de la Liberación por el Cardinal Ratzinger y ciertos episcopados latinoamericanos, la crítica permanente a la Iglesia de los pobres por ideólogos católicos de Centroamérica, las amenazas y sanciones a los ministros nicaragüenses por el Vaticano, el auge del Opus Dei en el cono Sur, son ciertos síntomas de convergencia sobre la religión entre las perspectivas reaganianas y el actual papado. En este sentido comenta la autora la concordancia de obstáculos puestos a Nicaragua entre el Vaticano y la administración Reagan, con apoyos de la jerarquía nicaragüenses (Cardenal Obando y Bravo), señalando además el clima común que respira el Papa con los movimientos ideológico-religiosos que emergen en Estados Unidos en cuanto diseños de una nueva cristiandad.

Todo ello sin duda lleva a pensar cuál puede ser el papel liberador que cumpliría el Papa una vez que se refiere en lenguaje evangélico a la opción por los pobres. Algo que con cierta facilidad se subraya por teólogos de la liberación en Chile cuando Juan Pablo II ha viajado a Latinoamérica.

Percibir, gracias a esta obra, la relación ideológico-política entre los «pobres de este mundo» facilita en cierto modo cómo encauzar con eficacia los deseos de liberación del pueblo pobre y creyente.

El libro se cierra con anexos documentales relativos a la Iglesia y cristianos en Nicaragua, y a opiniones de Ratzinger sobre la Teología de la Liberación. Una sugerencia final. Para conocer más de cerca el pensamiento de esta autora ver sus obras: *La ofensiva neoconservadora. Iglesias de Estados Unidos y lucha ideológica hacia América Latina* (Madrid, 1982) y *La Doctrina Social de la Iglesia. Un reformismo antisocialista* (México, 1985).

Marion Merriman y Warren Lerude
American Commander in Spain.

Robert Hale Merriman and the
Abraham Lincoln Brigade

Reno: V. of Nevada Press: 1986,
 225 pp.

La bibliografía existente sobre el Batallón Abraham Lincoln en la guerra civil española es abundante. La mayoría de ellos escritos por sus protagonistas o escritores de la época que entendieron lo que la guerra civil significaba en el contexto mundial.

El libro que hemos leído, escrito cuarenta y dos años después de la muerte de Robert Merriman, es una meditación en voz alta sobre la hermosa inocencia de los años 20 hasta la cruel realidad de la guerra civil. Bob Merriman se licenció en Economía en la Universidad de Nevada en 1932. Al mismo tiempo obtuvo las presillas de subteniente en el Cuerpo de Reserva del Ejército. El mismo día de la graduación, Mayo 9, Bob y Marion, 23 y 22 años, se casaron. Bob prosigue sus estudios graduados en la Universidad de California en Berkeley. La Depresión hace sentir sus estragos y los economistas buscan nuevas soluciones para viejos problemas. La Unión Soviética ofrecía una alternativa a través del socialismo. Bob mientras tanto experimenta el síndrome del revolucionario: ve injusticia y pobreza. Trabaja en el verano en una planta de automóviles y observa la forma inhumana en que son tratados los trabajadores. En la bahía estudia las condiciones de los estibadores, la no existencia de sindicatos. En el campus de Berkeley asiste a las reuniones de grupos izquierdistas en el Club de Problemas Sociales y en la Organización de Defensa del Trabajo. No toma partido, sino observa. Su interés por la Unión Soviética se acrecienta, especialmente cuando el Presidente Roosevelt la reconoce oficialmente en 1933. Esta invierte millones de rublos en trabajos de ingeniería que atraen a jóvenes americanos desocupados. Bob logra una beca por sus altas calificaciones e interés en su campo y en enero de 1935 em-

prende su viaje a la U.R.S.S. Sus contactos le permiten viajar y conocer el trabajo colectivo desarrollado en el campo agrícola. Lentamente Bob Merriman se va transformando de observador en activista, al darse cuenta que hay que hacer algo para cambiar el mundo en favor de los que nada tienen. Roosevelt estaba haciendo algo. Lo mismo los soviéticos. Ya en el otoño de 1936 se agudiza su interés político, cuando ocurre la rebelión fascista en España, y los rumores se acrecientan sobre el envío de tropas, tanques y aviones de parte de Hitler. Se dice lo mismo de Mussolini. Pronto corrió la voz en Moscú que hombres de muchas naciones se dirigían a España para formar una «Brigada Internacional» para luchar contra el fascismo y detenerlo en España antes que el resto de Europa se viera envuelta en un conflicto guerrero. Bob deja a Marion en Moscú y se dirige a España en busca de su destino. En marzo 2, 1937, Marion recibe un cable: «Estoy herido. Ven inmediatamente». Así es como Marion Merriman empieza la historia del comandante americano en España. Entre este comienzo y los veintinueve capítulos que componen el libro, conocemos la heroicidad y miseria humana de la Guerra Civil española. Personajes legendarios pasan por sus páginas: Hemingway y su no desmentido amor por la causa democrática y los españoles; John Dos Pasos y su actitud dubitativa ante el conflicto; «La Pasionaria», Herbert Matthews, los hombres del Batallón Lincoln y las ambiciones y manejos políticos en juego.

Pero sobre todo este trasfondo, brota la sinceridad y el amor de una mujer por un hombre extraordinario, cuya fe inquebrantable en el futuro y su compromiso con los desposeídos de la tierra, sirviera de modelo para el héroe de *Por Quién Doblan las Campanas*, Robert Jordan. La honestidad de Marion Merriman para evocar a su marido queda palmariamente demostrada, cuando al referirse a sus hazañas y comportamientos, como comandante del Lincoln Battalion, se apoya en autores y testigos, y no en sus recuerdos o notas.

Cuarenta años de espera, entre ellos la guerra europea y luego la histeria anti-comunista hizo difícil, si no imposible,

escribir este libro. Warren Lerude, comenta, «Cuarenta y dos años más tarde a los setenta, luego de fallecer su segundo marido, Marion regresó al rocoso altiplano de Aragón, al noreste de España... Allí miró por sobre los ondulantes campos de trigo para determinar por sí misma, si ahí fue donde Bob Merriman se había perdido» (p. 236).

Más que exacto es el epígrafe que Marion seleccionó: «Para Robert Hale Merriman, un gigante entre los hombres, un luchador que escogió a sus enemigos cuidadosamente y que luchó hasta la muerte por un mundo mejor».

PEDRO BRAVO ELIZONDO

POESIA

Floridor Pérez

Chilenas i chilenos

Editorial Sinfronteras Santiago, 1986.

Hay en esta poesía una permanente búsqueda de profundidad esencial, venida de la tierra, de los decires, de la palabra de todos los días; del eje legendario que permite el movimiento del mundo y, sobre todo, de una batalla por la sencillez que elimina, por un lado, el afán de decirlo todo, y, por otro, la pesantez de una cultura que despoja a la gracia de sus normales atributos.

Cuando Floridor Pérez escribe «En el huerto miramos / la cara oculta de la tierra: / esa que sólo conocen los abuelos / enterrados bajo el manzano», lo que se está postulando es un arte que sutilmente hace de la raíz familiar un entorno antropológico, capaz de unir, en un abrazo, lo vivo de la tradición y lo simbólico que se proyecta gracias a ello.

Que el mundo, por momentos, parez-

ca estar viniéndose abajo, en los estremecimientos y sacudones de la tierra, es fermento de una vida nueva, es parte de la magia que Floridor Pérez pone en el rescate de una mirada muy limpia y pura, entrenada para «ver» perfectamente lo que tiene un aire visionario puesto en lo mismo de siempre, en la palabra de todos los días, en la acción común. Su gracia consiste en transmutar cuanto toca sin doblar la mano a lo natural.

Sus poemas apelan a hechos conocidos en la historia cotidiana, a sucesos que dijeron algo a alguien, y por ello el «Canto a la derrota de Arturo Godoy» puede servir de preámbulo a las nostalgias de esa señora Celmira, que es una mujer arquetípica, toda ella urdimbre de un mundo. Cuando el Lunik 9 o la Apollo II se enfrentan con la magia popular, el chonchón emula la hazaña, posponiendo su antigua costumbre para dejar pasar estos nuevos seres legendarios que tratan de posesionarse del mundo, cobrando los tributos.

Muy pocas veces en nuestra poesía, la transcendencia y la gracia han marchado a parejas, y he aquí cómo el milagro se prodiga en un afán de apoyar la tradición con el mundo que viene del presente, volviéndose, en la primera esquina, parte del rito esencial del aquí y el ahora. Si la misa popular es quehacer del vivir del pueblo, ¿por qué no inventar una consagración que deje a cada uno la sensación de fluidez renovada del rito: «Comed de esta espiga, / bebed de este racimo / ¡y brindad por la tierra!»?

¿Es que puede decirse algo más de una poesía que, sin apelar a lo multisonoro, encierra en sus versos el mundo que vivimos y en el que, alegre o tristemente, habremos de evitar que lo oscuro lo derribe, minando sus cimientos? Porque el hombre prevalece, y ése es el secreto de esta poesía de Floridor Pérez.

ALFONSO CALDERON

